ME MUERO POR VIVIR

ALEXANDRA CASTRILLÓN G.

Me muero por vivir

ALEXANDRA CASTRILLÓN GÓMEZ

Me muero por vivir
Alexandra Castrillón Gómez
alexandracastrillon.com
alexandra@alexandracastrillon.com

Síguenos en Instagram:

@acastrillon

@memueroporvivir

#MeMueroPorVivir

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en algún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio (mecánicos, fotocopias, grabación u otro), excepto por citas breves, sin la autorización por escrito de la autora.

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, nombres, incidentes, organizaciones y diálogos en esta novela son producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

Ninguna información incluida en este libro sustituye las recomendaciones de expertos en cada uno de los temas.

Copyright © 2019 Alexandra Castrillón Gómez

Edición: Natalia Hernández Zuluaga

Diseño de carátula: Ginger Magenta

ISBN: 978-958-48-7639-3

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
AGRADECIMIENTOS
PRÓLOGO
PASE DE ABORDAR
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
ACERCA DE LA AUTORA

A David, por mostrarme que el mundo es infinito…

AGRADECIMIENTOS

Agradecer es un hábito que incorporé a mi vida en el 2019, el mismo día en el que empecé a escribir esta novela. Durante los meses en los que trabajé en ella fueron muchos los nombres que cada mañana quedaron registrados en mi diario, y que de una u otra forma contribuyeron a hacer de este libro una realidad.

El primero de ellos es David Posada, mi compañero de vida desde 1998. Además de llevarme por el mundo a muchos de los destinos que están incluidos en esta historia, tuvo la paciencia de verme cada noche dedicar horas a escribir, leer y corregir. También fue mi primer lector de principio a fin y su apoyo en todo lo que va más allá del proceso de escritura es imposible de cuantificar.

A Gilma Gómez, mi mamá, por haberme alentado cada día y convencerme de que no tenía nada que temer. A mi hermana Mónica Castrillón por ser inspiración a través de su creatividad y bondad. A cada una de las personas de mi familia por su apoyo. A Natalia Hernández por ser mi editora, gerente de proyectos y por encima de todo amiga. Quedan en nuestro recuerdo todas las conversaciones en las que discutimos, reímos y lloramos en el proceso de sacar adelante este libro.

A Lina Cabarique y su familia, quienes han vivido de cerca la esclerosis lateral amiotrófica y me han enseñado tanto con su valentía y tenacidad. A Orlando Ruíz, presidente de la Asociación Colombiana de Esclerosis Lateral Amiotrófica, y a su hermana Alba Nidia Ruíz y a Lucy Barrera, vicepresidente de la Asociación, quienes me dieron su punto de vista.

A José Alejandro Betancur por compartirme su experiencia como escritor independiente y por ser un lector alfa cotidiano. A cada uno de los lectores beta que aceptaron el reto de leer el borrador y darme su retroalimentación: Adriana De La Barrera, Alexandra Castillo, Ana Isabel Cartagena, Andrés Higuita, Angélica Torres, Beatriz Jaramillo, Bryan Zapata, Catalina Carrillo, Catalina Castaño, Catalina Ramírez, Catalina Serra, David Valderrama, Gregorio Patiño, Javier Bocanegra, Jorge Rave, Juan Carlos Leguizamón, Juan Pablo Velasco, Julián Bilbao, Julio Martínez, Lorena Carvajal, Luis Gutiérrez, María Zuluaga y María Velandia. También a los #booktubers y #bookstagrammers que incluso sin conocerme me han apoyado en la difusión de mi proyecto y a todas las personas que a través de las redes sociales me han acompañado en los altibajos de este proceso.

Gracias a David Moreno por sus aportes sobre España, a Emilia

Peña de Cataya Pena Photography por las fotografías, a Alba Maldonado y Pablo López de Ginger Magenta por el cariño para diseñar la portada y todos los activos gráficos que acompañan a este libro.

Y por supuesto a Parvez Sheikh-Taj por haberme compartido una parte de su historia cuando nos conocimos en Malasia inspirándome para escribir esta novela.

Gracias a ti por leerla.

PRÓLOGO

Alguna vez leí que todas las decisiones se toman desde el amor o desde el miedo y yo empecé a escribir este libro con mucho miedo. Ahora mismo hay una voz que me dice que esto es un error, que todo saldrá mal, que soy una impostora al creer que puedo escribir una novela. Cierro los ojos mientras intento controlar la ansiedad y las ganas de llorar. Sí, hoy también tengo mucho miedo, incluso más que cuando escribí "Capítulo 1" hace varios meses. Y con todo este miedo que más que vencer apenas puedo controlar, aquí está *Me muero por vivir*, mi primera novela.

Esta historia comenzó en 2017 cuando hice mi segundo viaje alrededor del mundo con David, mi esposo. Mientras cenábamos en una construcción rústica de madera en medio de la selva de Kinabatangan en Borneo, la humedad de la lluvia y de la selva nos cubría con una ligera capa de sudor pegajoso. Nos sabíamos rodeados por millones de insectos que se hacían notar con sus ruidos agudos desde afuera del restaurante. Entre risas, los viajeros que coincidimos esa noche en el lugar nos presentamos brevemente, cada quien contando su historia. Parvez, un inglés que estaba al otro lado de la mesa, acariciaba instintivamente su argolla de matrimonio y le pregunté si era casado. Pude ver cómo su cuerpo se tensó inmediatamente. Sin poder deshacer mi imprudencia, intenté cambiar el tema de conversación. Él con nostalgia nos habló de su exesposa, de quien se había divorciado unos meses atrás porque ella tenía una enfermedad poco común que le causaba mucho dolor y no quería que él, siendo tan joven, sufriera el resto de la vida con ella.

¿Es posible amar tanto? No podía imaginarme cuánto amor y valentía tuvo ella para pedirle que la dejara. Cuánto amor y valentía tenía él (disimulando las ganas de llorar mientras nos contaba) para alejarse y seguir viviendo. Apreté la mano de David debajo de la mesa con miedo de que alguna vez nos pasara algo así. Sabiendo que por amor él haría lo que fuera para hacerme feliz, y que yo lo haría por él, aunque me diera tanto miedo como la muerte.

Esa historia inspiró este libro, pero esta novela no es esa historia. *Me muero por vivir* habla del amor de quien deja a su pareja para hacerla feliz, aunque parezca la decisión menos acertada. Del miedo que se va colando en la relación cuando el tiempo y la distancia se hacen presentes. Es también la historia de nuestros viajes alrededor del mundo, muchos de los que en su momento documenté en mi blog ViajaLiviano.com y que ahora tienen otros

protagonistas y otros caminos, pero en los que están presentes muchas de las anécdotas que David y yo hemos vivido.

Este libro es la muestra de que el miedo también puede ser una fuerza creadora, por eso hoy te lo entrego con amor.

PASE DE ABORDAR

¡Vámonos de viaje! Este libro va más allá de las páginas que estás leyendo. Te invito a que vivas conmigo una experiencia más completa de diferentes maneras:

1. Ingresa a alexandracastrillon.com y regístrate para tener acceso a contenido exclusivo relacionado con la novela como el mapa del itinerario de Pablo e historias paralelas.

2. Sigue la cuenta en Instagram @memueroporvivir donde encontrarás imágenes complementarias a la historia del libro. Si quieres ver la fotografía correspondiente a un día específico utiliza #MMPV acompañado del número del día (en tres dígitos) para verla; por ejemplo: #MMPV001 corresponde al día 1, #MMPV147 hace referencia al día 147.

3. Comparte en tus redes sociales imágenes del libro o extractos de su contenido usando #MeMueroPorVivir y etiquetándome en Instagram o Twitter.

4. Infórmate sobre la esclerosis lateral amiotrófica (ELA) y ayuda a generar consciencia sobre esta enfermedad. La Asociación Colombiana de Esclerosis Lateral Amiotrófica es un buen punto de partida.

CAPÍTULO 1

Día 1

Cuando el oficial de migración le preguntó hacia dónde se dirigía, Pablo no supo qué responderle. Países de los que no sabía más que el nombre pasaron por su cabeza: Botsuana, Malaui, Myanmar, Laos… Incluso le costaba recordar la lista completa y se ilusionó (por un momento) con que le negaran la salida de Colombia. Si el destino decidía por él tendría una excusa para quedarse y seguir su vida con Sofía.

—¿Hacia dónde viaja?

—Yo…

—¿Va en el vuelo de Miami?

—Sí… Miami.

Mientras esperaba el momento de abordar llamó a su esposa varias veces para despedirse. Sintió un cosquilleo en la espalda al pensar que no estaba haciendo lo correcto, pero descartó la idea de inmediato: eso era lo que Sofía quería y él le había prometido (se había prometido) hacerla feliz incluso por encima de sus propios deseos.

> Sofía:
>
> Me duele tu nombre, me atormenta escribirlo, pronunciarlo en mi cabeza, verte en él, revivir esa pequeña referencia a ti. Me duele infinitamente ahora que el avión que debíamos tomar juntos ya superó los diez mil pies de altura, se recomienda mantener los cinturones de seguridad abrochados y se pueden encender los equipos electrónicos. Este momento que durante tantos meses planeamos y que debería haber sido uno de los más felices de nuestras vidas, me duele como no te imaginas. Aún no entiendo cómo pudiste convencerme; cómo lograste que me subiera a este avión sin ti, sin ni siquiera despedirnos, sin permitirme cambiar una vez más esos planes que hicimos y deshicimos, sabiendo que no tiene sentido recorrer el mundo si no vienes conmigo.
>
> Sofía. Me duele pensar en ti. En todo lo que no haremos juntos.
>
> Esto es un error. Voy a ver a mis papás en Miami una semana y me regreso. Este viaje no es vida sin ti.
>
> Pablo.

Se bajó del avión en medio de gruñidos y empujones, dejándose

llevar por los demás pasajeros. Aprovechó la fila de migración para enviarle el correo a Sofía antes de que lo regañaran por usar el celular, pasó el control de pasaportes y cuando salió sus papás ya estaban esperándolo.

Día 2

Mensaje de Sofía: Ni se te ocurra devolverte.

Pablo se había propuesto escribirle todos los días. De hecho, fue su condición para irse al viaje.

—No tienes que escribirme, no seas tonto. La idea es que vivas el viaje, no que estés pensando en que tienes una obligación conmigo.

—A ver Sofía. O me dejas escribirte todos los días y además me respondes, o yo no voy a ningún lado y esta conversación se termina aquí.

—OK, OK, OK… entendido. Te respondo tus correos, pero si hay días en los que no puedes, o se te olvida, o llevas un mes sin escribirme, quiero que sepas que NO PASA NADA.

Él se aguantó la respuesta. Obviamente le iba a escribir todos los días. Sin importar las circunstancias. ¿Un mes sin escribirle? Estaba loca. Como era imposible refutarle algo, cuando volviera le iba a decir "¿viste que te mandé 365 correos?". Es más, los pensaba imprimir, hacerle un libro, adjuntarle las estampillas de los países por donde pasara, tal vez algunas fotos; sería un diario completo, el compendio de todas sus aventuras.

Sofía:

Mi mamá insiste en que llevo muy poca ropa para viajar por un año; dice que mañana deberíamos ir al almacén de pesca donde venden también ropa como "esa". Jajajaja no se imagina los meses que nos demoramos decidiendo exactamente qué llevar, calculando el peso de cada cosa, repartiendo lo que iría en las mochilas. Tampoco entiende cómo pienso lavar la ropa, dormir en el *sleeping bag*, de qué manera una lucecita en un "lapicero" puede purificar el agua, ni mi obsesión por empacar todo en bolsas secas. Mi papá se preocupa más por la plata, la seguridad, qué va a pasar si me enfermo (sabiendo que nunca me enfermo) y… bueno… ni te cuento… Cuando mi mamá no estaba me dijo: "¿y dónde están los condones? Por allá en África hay mucho SIDA". ¿Que quéééé?

Bueno, hoy no hice mucho, compartir con ellos a su ritmo. Te mandan saludes, dicen que en diciembre de pronto van a Medellín y te hacen la visita. ¿Cómo te fue hoy?

Besos.
Pablo.

Clic en enviar y se arrepintió de haber puesto lo de los condones. Demasiado tarde. Seguro Sofía entendería la anécdota.

Día 3

Otro día y el dolor era insoportable. Se había despertado varias veces en la noche, no podía dejar de pensar en lo que pasaría cuando Pablo se enamorara de otra mujer. Necesitaba anticiparlo, entenderlo, aceptarlo, perdonarlo. Él era un hombre joven, inteligente, atractivo, solo. Debería sentirse, ante la posibilidad de que Pablo se enamorara de otra mujer, como ahora se sentía sobre su muerte: ya la había anticipado, entendido, aceptado. Ya había comprendido que no tenía que sentirse culpable. Igual debía hacerlo con él, se lo había dicho antes del viaje: "te amaré hasta el último segundo en que esté viva y tú también a mí, pero quiero que vivas… No te pierdas de nada, de otra manera todo esto que estamos haciendo no tendrá sentido". Había sido otra de esas conversaciones en las que él terminaba cediendo, no solo porque sabía que ella buscaría más argumentos para convencerlo, sino porque estaba decidido a demostrarle lo contrario. ¿Cómo enamorarse de otra mujer?

Mensaje de Sofía: Dos paquetes de condones talla L no pesan nada. Ya pedí unos por Internet, te llegan en un par de días.

Maldita sea. Ni un te amo. Ni un te extraño. Ni un vuelve ya que no puedo vivir sin ti. Era apenas el tercer día y el dolor también era insoportable para él. Había soñado que se casaban de nuevo. Esta vez no con la fiesta ostentosa que habían tenido, sino los dos solos con una especie de sacerdotisa (que se parecía a su exnovia), diciéndose palabras que despierto ya no recordaba. Sin arreglos florales, vestido blanco ni *smoking*. Sin coro de niños ni primas llorando. Sin amigos que se hicieran gestos ni *hashtags* para compartir las fotos en redes sociales. Catorce meses atrás habían tenido la boda que ella soñaba desde niña, exagerada por todas las cosas que la *wedding planner* había incluido como "infaltables" y por todos los detalles que él nunca llegó a comprender.

Sofía:

Te amo. Te amo infinitamente. Te amo como a nada ni a nadie. Te amo, aunque seas la mujer más terca del mundo. ¿Sabes qué hice hoy? vi con mi mamá todas las fotos y los videos del matrimonio. TODOS. Creo que es la primera vez jajaja. Qué linda estabas ese día, qué bobo me veía con ese

smoking, qué perfecto salió todo, qué felices nos sentíamos. Yo estaba demasiado desorientado; no tenía miedo, sabía que eras la mujer de mi vida, pero todo parecía un *show*, como una película en la que tenía que ir siguiendo el guion que me pasaron… y obvio la directora era Sara con su "minuto a minuto" ordenándome con miradas cuándo debía hablar o hacia dónde caminar… ¿Sabes que me corrigió tres veces los votos? Yo estaba tan bravo que al final dije lo que quise y podía sentir su mirada clavada en mí a punto de matarme (lo cual no hizo porque habría dañado el resto de la obra, digo, de la boda). Estabas divina. Eres divina. Te amo. Te amo infinitamente. Te amo como a nada ni a nadie. ¿Qué tal salieron los exámenes?

Pablo.

Día 4

Mensaje de Sofía: Lo sé, fui yo la que corrigió los votos. ¡A la cuarta Sara me dijo que ya era demasiado!

Los exámenes salieron mal, como era de esperarse. "Cada día es un milagro" había dicho el médico, y a veces el milagro parecía una broma de mal gusto. ¿Cómo podía llamarse "milagro" a ese sobrevivir en el que se convertía su vida? En Medellín no paraba de llover, y aunque le encantaba ver caer las gotas y el olor a tierra mojada, odiaba el sofoco de la humedad, la ciudad "engrisecida", la ausencia de paseos por el barrio, el silencio de los pájaros. Medellín lluviosa era una prisión, ahora más que nunca.

Desde niña le gustaba imaginarse el mundo: en un corcho pegaba los recortes de revistas que mostraban paisajes lejanos, edificios desconocidos, caminos a la sombra de los árboles, personas diferentes y comidas indescriptibles. Los viajes habían marcado su vida en todos los aspectos. Su papá no la dejó estudiar Hotelería y Turismo porque esa no era una profesión de verdad, así que estudió Administración de Empresas (con énfasis en Hospitalidad) y haciendo la práctica en Procolombia conoció a Pablo.

Sofía:

Hoy fue uno de esos días de Miami que me recordaron cuando te conocí. Por la mañana salí a correr por Brickell Key, desayuné con mis papás mientras escuchábamos las noticias de Colombia, me fui a leer a la piscina un rato, acompañé a mi mamá a dar una vuelta por los almacenes de descuentos del *downtown*, en fin… Pasé por tu oficina como mil veces y te imaginé saliendo de ese edificio como si llevaras tu propio ambiente portátil: inmune a la humedad del verano, perfecta de

pies a cabeza mientras los demás sudamos con solo respirar, sonriendo en el calor aplastante… Qué raro es escribirte, no sé ni qué contarte jajaja, en especial cuando apenas me respondes una línea. ¿Y si me cuentas cosas tú también? ¿Qué tal salieron los exámenes?

Me fui a comer con Marcos y Felipe y terminamos tomando vino, tocando guitarra, cantando, y yo más triste que nunca. "Ay amor mío, qué terriblemente absurdo es estar vivo, sin el alma de tu cuerpo, sin tu latido, sin tu latido". No te pierdas los videos en las historias, Felipe jura que canta igual que Aute.

Pablo.

Día 5

Mensaje de Sofía: Recuerda reclamar los condones, el paquete llega a nombre de tu papá. Y Felipe canta más parecido a Aute que tú.

La vida los juntó por primera vez en Miami, la ciudad que ella amaba porque significaba la libertad y que él odiaba porque carecía de montañas. Sofía llevaba cinco meses como pasante del fondo de promoción turística de Colombia en Estados Unidos y Pablo había ido a visitar a sus papás. Su primer encuentro fue un viernes mientras ella caminaba rápido por la calle Ocho desde la estación de Brickell hacia el trabajo y él iba corriendo casi derritiéndose sobre el asfalto. No se miraron como en las películas, no vieron pasar su futuro en cámara lenta, no sintieron el flechazo del amor a primera vista. Ella se detuvo bruscamente a quitarse algo de la suela del zapato mientras él, que justo estaba mirando hacia otro lado, casi la tumba por no detenerse a tiempo.

—*Hey idiot! This isn't a running track!*

—*Hmmm... sorry.*

—*What were you thinking? You almost crashed me!*

—*I'm sorry… you suddenly stopped… and I was…*

—*You know what… never mind!* Bobo pendejo.

—¡Ah! ¿Qué tal esta? Se para en la mitad del andén, no acepta mis disculpas, me interrumpe, me dice pendejo y además es de Medellín. Me perdona, pero ¿tras de gorda hinchada?

Y Sofía literalmente se estaba hinchando de la ira, pero empezó a sonarle el celular, el jefe la estaba esperando para una reunión y no tenía sentido discutir con un paisa maleducado de esos que se creen de mejor familia por vivir en Estados Unidos, así que no le respondió y siguió caminando. El resto del día fue un desastre por culpa del incidente. Todo la irritaba, en especial no acordarse bien de la cara del "bobo pendejo". Con más tiempo, le habría dicho que su falta de educación y civismo era justo el cliché del latino en

Estados Unidos, pero ese día debía mostrar los resultados del proyecto en el que estaba trabajando para que definieran si la contrataban como empleada permanente en la empresa, y la jornada había empezado de la peor manera.

Sofía:

Te necesito hasta para que me digas que pare de tomar vino. ¡Me voy a morir del guayabo! Hoy además me di cuenta de que no traje los bastones de *hiking* y ya no tengo tiempo de pedir unos por Internet. Voy a ver si en un almacén que vi en Coral Gables los venden.

Te amo,

Pablo.

P.D.: Llegaron los condones. Mi mamá casi se infarta cuando destapó el paquete pensando que era de mi papá.

Día 6

Esa noche prácticamente no durmieron. Ninguno de los dos. El 8 de junio era el día marcado como inicio oficial del viaje. Desde el principio pensaban pasar un tiempo con los papás de Pablo, como en una especie de vacaciones, pero tomar el avión hacia Nueva York era el momento que marcaba un antes y un después. Sofía sentía el peso de haberlo obligado a hacer el viaje que ella soñaba. Lo tenía claro, desde un principio él se había embarcado en ese proyecto por ella. Por complacerla. Por hacerla feliz. Y cuando fue evidente que el viaje ya no era una opción para Sofía él pensó que podría librarse, pasar con ella el tiempo que le quedaba; esos seis, siendo afortunados tal vez nueve, siendo honestos tal vez tres meses de vida que le habían decretado. ¿Cómo se puede ser tan insensible? ¿Cómo poner un cronómetro sobre la vida de alguien? Su propósito era hacerla feliz en esos últimos meses y para ella eso significaba que Pablo tenía que irse de viaje.

Los primeros días después del diagnóstico estaban más concentrados en entender todo lo que pasaría con la enfermedad. En pedir una segunda opinión. En quedarse despiertos hablando toda la noche como intentando alargar cada una de esas horas. Después vino la depresión de ella. Sus ganas de acabar con todo de una vez. Su mirada vacía y su ausencia permanente. Pablo no sabía qué hacer; después de los primeros días que le dieron en el trabajo sacó las vacaciones que le quedaban, cuando se le agotaron pidió una licencia, pero llegó un momento en el que fue evidente que no podría concentrarse en nada sabiendo que cualquier minuto podría ser el último, y renunció.

Ese día Sofía le reveló sus planes. Las ideas que la habían mantenido taciturna durante las últimas semanas. La decisión que

ya había tomado por los dos.

—Amor, estuve pensando y ya que renunciaste… mmmm… Tal vez…

—Uy, se viene algo grande… ¿tú dudando para decirme algo?

—Es que… no sé… con esto de la enfermedad…

—Dime, qué estás pensando.

—Creo que deberías irte de viaje.

—¿Irme de viaje?, ¿a dónde?, ¿cómo así?

—¡Al viaje! A nuestro viaje, al que pensábamos hacer en un par de años.

—¿Me estás hablando en serio?

—Muy en serio.

Él no podía creerlo... ¿Cómo iba a dejarla?, ¿a negarse esos últimos momentos juntos?, ¿en qué quedaba su promesa de "en la salud y la enfermedad"?

—Mira Sofía. Intentaré no ser muy duro, pero no me puedo quedar callado. Yo no me voy a ir, mi lugar es aquí, contigo. Si alguna vez consideré la idea absurda de irme un año de viaje, fue por ti; a mí poco me interesa descubrir cómo vive la gente en África o si en Asia solo comen arroz.

Sofía se quedó en blanco. ¿Idea absurda? ¿Y todos esos días que habían pasado trazando rutas, leyendo guías de viaje, buscando recomendaciones, haciendo presupuesto?, ¿acaso se los había inventado ella? ¿Quién era ese con el que se había casado que no compartía su deseo de recorrer el mundo?

El día que Pablo renunció para no perderse ni un segundo de la vida de Sofía cada uno durmió mirando hacia su lado de la cama, no hubo conversación antes de dormir, beso de buenas noches, ni piernas entrelazadas debajo de la cobija.

> Sofía:
>
> Dicen que los hombres no sabemos lo que es el dolor. Que nos salvamos de sentir cada mes que algo se nos parte por dentro. Que no entendemos qué es estar sensibles sin motivo aparente. Que nuestra piel desconoce el sufrimiento del parto, el cual es minúsculo al lado de todas las angustias que traerán los hijos. A pesar de todo esto que estoy sintiendo ahora es una pena que me supera. Mi mamá me despidió llorando porque no sabía si sería la última vez que iba a verme. Yo ni siquiera tuve esa oportunidad y todas las probabilidades dicen que no volveré a verte. Este dolor que no se quita con nada, que inunda cada espacio de lo que soy, es mayor que cualquier tortura.
>
> Me dueles Sofía. Me atormenta pensar que no voy a estar ahí cuando me necesites y que el futuro que tanto soñamos para los

dos ya es un imposible.

Pablo.

El hotel en Nueva York le pareció el lugar más triste del mundo, aun así fue el refugio para todas las lágrimas que no se había atrevido a soltar antes.

Mensaje de Sofía: Te amo, sé fuerte y vive por los dos.

Pablo se secó las lágrimas. Sofía llevaba meses sin decirle que lo amaba.

Día 7

Incluir a Nueva York en el itinerario de su viaje no parecía tener sentido, sin embargo, era una de las ciudades favoritas de Sofía y había convencido a Pablo de darle una oportunidad.

—¡A todo el mundo le gusta Nueva York!

—Mmmmm no sé… sabes que las ciudades no son lo mío.

—Eso lo piensas porque para ti Medellín "es una ciudad" jajajajaja.

—No es gracioso Sofía, Medellín es una ciudad increíble.

—OK, bueno, no me malinterpretes, pero al lado de Singapur, Londres, Nueva York…

—No entiendo qué tienen esas ciudades que no tenga Medellín. ¡No me mires así!… Está bien, soy un montañero.

—Creo que mejor lo ves por ti mismo, no puedo creer que de Estados Unidos solo conozcas Miami.

—Vale, voy a Nueva York, pero yo veré en qué me gasto los días.

—¡Pero te hice un itinerario!

—Ni hablar, yo voy a donde quiera. Mínimo incluiste esos museos de arte contemporáneo que odio y algún barrio bohemio que en realidad es una trampa para turistas.

Sofía se sintió avergonzada. La verdad es que para ella Nueva York estaba lleno de pequeños tesoros que siempre quiso compartir con él. Intentó convencerlo de que fuera su destino de luna de miel, pero después de que él cedió en casi todo lo referente a la boda, aceptó que pasaran esos días en las islas Galápagos. En el fondo sabía que él no iba a disfrutar de su itinerario y siendo la primera ciudad del viaje decidió permitir que la viviera a su manera. Finalmente ¡a todo el mundo le gusta Nueva York! Cualquiera se enamoraría de ella.

Por primera vez en muchos años Pablo no puso alarma para despertarse. Abrió los ojos bañado en sudor porque el aire acondicionado había dejado de funcionar y cuando miró la hora ya

era casi mediodía. Su mamá le había dejado decenas de mensajes, los amigos ya le habían escrito preocupados y Sofía le había mandado un enlace para descargar una audioguía.

Mensaje de Sofía: Puedes ir a tu ritmo, aunque acá vas a encontrar mucha información útil. Te hice una reserva en L'Artusi para cenar, no te vas a arrepentir.

Ay Sofía, ¡qué difícil querer controlarlo todo y descubrirse controlada por una enfermedad que nadie entiende! Qué tortura se había impuesto a sí misma pidiéndole a él que hiciera el viaje que ella había soñado sabiendo que él "se equivocaría" en prácticamente todo. No por falta de inteligencia, por supuesto, sino por su falta de habilidad para organizarse y seguir el plan. Bueno, también por no entender hacia dónde ir. Y ni hablar de la vergüenza que le daba hablar en inglés o preguntar algo a un desconocido. Aun así, siempre lograba resolverlo todo, encontrar un camino, comunicarse, descifrar los laberintos. Ella solo podía atribuirle ese resultado sin falta de método a que era una persona con buena suerte.

Mi querida Sofía:

Me he propuesto llevarte la contraria en todo así que no descargué tu audioguía ni fui a cenar a L'Artusi. Es más, me quedé en el hotel y comí en el McDonald's de la esquina, muy inferior al de la avenida El Poblado, donde todo está limpio, organizado y te atienden con amabilidad. Por ahora, Medellín 1 - Nueva York 0.

Con mucho cariño,

Pablo.

Esta vez no se arrepintió. Para él era muy difícil llevarle la contraria a Sofía, pero había decidido en esas largas horas en que no hizo más que cambiar el canal del televisor, que iba a vivir el viaje como a él le pareciera. Y ese día le pareció que no debía hacer nada diferente a descansar. Llevaba años siguiendo la agenda de alguien más: de su madre que siempre tenía una opinión, de su jefe que no soportaba estar rodeado de personas con iniciativa, de Sofía que tenía decidido lo que harían en los próximos años, el nombre de sus hijos y el diseño de la casa de campo para vivir cuando se jubilaran. Así que pudo descansar. Descubrir que el despertador no sonó por primera vez en años, saber que nadie lo estaba esperando para nada, entender que él podía decidir por su cuenta a dónde ir y qué hacer fue el momento más liberador de su vida. De alguna forma, también para Pablo, Nueva York ahora era un símbolo de la libertad.

Día 8

Mensaje de Sofía: …

Pablo se despertó embriagado de vitalidad. Por segundo día no sonó el despertador, salió a correr por la ciudad y antes de darse cuenta ya estaba viviendo uno de tantos clichés de Nueva York: correr en Central Park. A diferencia de lo que se imaginaba el terreno no era plano ni el parque aburrido. Había muchas personas corriendo de todas las edades, orígenes y estilos. Los que iban con sus perros, los que saludaban sonrientes, los que estaban inmersos en el sonido de sus audífonos. Empezó por el circuito exterior y sintió esos diez kilómetros apenas como un calentamiento; entonces se dejó llevar por algunos de los circuitos interiores hasta completar veinte kilómetros y terminó caminando alrededor del Reservoir, fantaseando con ser parte de una película de Woody Allen.

Nueva York empezaba a gustarle y no quería admitirlo. Después de ducharse y desayunar, se zambulló en el Museo Metropolitano. Fue allí donde pudo ver por primera vez uno de los autorretratos de Vincent Van Gogh y una de sus obras más conocidas: Campo de trigo con cipreses. Recorrió varias veces los cuadros de Monet, Manet, Cézanne, Rodin, Renoir; e inspirado por un libro de Mario Vargas Llosa que acababa de leer, donde se da vida a Paul Gauguin cuando se va a la Polinesia, buscaba como loco sus obras tratando de identificar el momento del libro en el que habían sido descritas.

Poco sabía de arte, pero desde que vio muchos años atrás una película que se titulaba *La vida de Vincent* se dejó conmover por sus obras y de paso por las de ese grupo de europeos que idearon una nueva forma de pintar.

Sofía:

Tal vez Nueva York tenga su encanto. Hoy además de correr en Central Park y dejarme “impresionar” por los impresionistas, estuve un buen rato caminando en los alrededores de Times Square. Por un momento te imaginé contándome que el nombre lo ganó por ser la primera sede del New York Times (uno de esos datos que sabes de casi cualquier lugar del mundo), y de repente me sentí más triste que nunca. Extrañé el afán que siempre tienes, tu necesidad de tomar fotos de todo, tu risa explosiva, tu mano en mi mano… tú.

También hablé con tu mamá (por favor no te enojes con ella) y me contó que los exámenes no salieron bien. ¿Por qué no me dijiste? Te hice una promesa y la voy a cumplir, pero necesito saber de ti, entender cómo estás, acompañarte aunque esté lejos. Marta no supo explicarme qué sigue, por favor amor, dime qué

está pasando. Cuenta conmigo como si estuviera ahí porque yo siempre estoy a tu lado.

Pablo.

P.D.: Los puntos suspensivos no son una respuesta. ¡Cumple tu parte del trato!

Ese día Sofía también se despertó embriagada de vitalidad. Le pidió a la enfermera que la maquillara un poco, le pusiera un vestido azul que le encantaba y la llevara a pasear, aunque fuera al centro comercial donde no había que dar muchas vueltas para encontrarse con algún conocido. Era una de esas señales que mostraban que Medellín era un pueblo. Se cruzó con Iván, uno de sus primeros jefes, un poco más calvo que antes pero tan sonriente como siempre; él la saludó con efusividad, admiró lo linda que estaba y le presentó, por décima vez, a su esposa. También vio a Sandra, antigua compañera del colegio, quien evitó su mirada y no se acercó a saludarla, como si no la hubiera reconocido. Eso le bajó un poco el ánimo; antes era muy popular y sabía que ahora en la silla de ruedas era imposible pasar desapercibida, aunque muchas personas se sentían incómodas ante la enfermedad y preferían evitarla sin saber que ese dolor de ser excluido provocaba una pena más difícil de curar que el mismo sufrimiento físico.

El mensaje de Pablo la regresó a la realidad. Llevaba varios días evitando hablar con los médicos sobre los resultados de los exámenes. A veces sentía que solo se divertían haciéndole pruebas para ganar apuestas sobre el conteo de leucocitos o la cantidad de aminoácidos en su sangre.

Quería decirle cuánto lo extrañaba, vaciar su cabeza de todos los pensamientos mientras él, en silencio, catalogaba la información cuidadosamente para después darle una solución que ella no había imaginado. Verlo sonreír con su gesto tímido que a veces la gente confundía con una mueca de enojo y, sobre todo, saber que él sostendría su mano hasta el último momento.

Le escribió un correo largo y detallado contándole lo que había pasado desde que él se fue. Cuando la enfermera le sugirió que continuara al otro día porque ya la veía muy cansada decidió cerrar el mensaje sin enviarlo. Pablo no merecía hacer parte de toda su miseria.

Día 9

Mensaje de Sofía: Recuerda descargar el tiquete del tour en el celular.

Esta vez Pablo puso el despertador, no podía llegar tarde a conocer la estatua de la Libertad y había reservado un pase que

tenía un horario fijo. Se compró un sánduche de huevo antes de enfrentarse a su primer miedo: entender el metro, llegar a tiempo y no perderse. Finalmente, el *subway* no le pareció tan difícil de comprender, aunque, por supuesto, lo encontró mucho más feo y sucio que el Metro de Medellín. Una hora después estaba en el ferri embarcado en un viaje de quince minutos que lo llevaría a Liberty Island y se formó en la fila para ingresar al pedestal de la estatua.

Mientras veía a las otras personas que esperaban como él, pensó en Sofía. Ella estaba lejos del prototipo de mujer del que se había enamorado antes y ahora no podía pensar en otra chica más linda que su esposa. Siempre en su punto. Arreglada de pies a cabeza. Con zapatos de tacón que sabía manejar hasta en la playa, con vestidos de diseñador que combinaba mágicamente con ropa de almacenes de cadena, con el pelo castaño claro que parecía natural y el maquillaje indicado en toda ocasión. Una mujer de porcelana que estaba quebrándose.

Cuando Margarita, su exnovia, se los encontró una vez saliendo del cine no disimuló su sorpresa al verlo con una mujer así:

—Pablooooo ¡marica! ¿cuánto tiempo? ¿Dónde te habías metido parce? No volví a verte por el Tíbiri.

—Hola Marga, ufff sí, hace rato no voy por allá… mmmmm ¿Cómo va todo? Te presento a Sofía, mi prometida.

—Mucho gusto, Sofía Castaño. Pablo me ha hablado mucho de ti.

Y entonces ese silencio incómodo en el que dos mujeres se revisan de arriba abajo intentando entender cómo el mismo hombre puede enamorarse de los polos opuestos. De Margarita llena de tatuajes hasta el cuello, con un jean viejo, camiseta raída, manillas de cuero y una mochila *wayú*. De Sofía y su maquillaje "natural", con un vestido impecable, accesorios Tous y un Birkin de Hermes que había comprado de segunda mano después de ahorrar varios meses.

—Uy parce, yo no pensé que lo hubiera dejado tan traumatizado. ¿Se buscó la más distinta a mí que había en Medellín?

—Pues Margarita, después de conocerla en persona, a mí no me extraña, ¡cualquiera habría quedado de manicomio!

—¡Sofía!... No, Marga, ¡cómo se te ocurre! Vos sabés que yo no me fijo en lo exterior y la verdad es que ustedes dos son muy parecidas.

Y entonces ese momento en el que cuatro ojos de dos mujeres ofendidas lo miran sin entender cómo puede compararlas.

—Bueno, tenemos que irnos, nos están esperando. Me alegró mucho verte… Saludame a tu mamá.

Y aunque pudo zafarse de Margarita, sabía que del enojo de Sofía no se iba a librar.

—¿Entonces yo soy igualita a Margarita a quien te has referido varias veces como una desubicada?

—No amor, obvio que no, no me refería a eso…

—¡Ah! ¿te referías entonces a Margarita la loca bipolar?

—No… claro que no… no entiendes…

—¡Ah claro, soy igual a Margarita la exnovia que nunca te entendía!

—Amooooor… no es eso… Me refería a que las dos son mujeres inteligentes, interesantes, empoderadas… No quise ofenderte… Perdóname…

Y silencio hasta que la dejó en la casa y ella se despidió con un simple "hasta mañana".

La parte favorita de Pablo en la visita a la estatua de la Libertad fue el pequeño museo en la zona inferior donde aprendió un poco de su historia. En ese lugar, que por años fue el principal puerto de entrada del país, la estatua se convirtió en un símbolo de esperanza para millones de personas que llegaban de todas partes del mundo en busca de mejores oportunidades.

En la tarde, de regreso a Manhattan visitó Ellis Island, la isla que los estadounidenses destinaron para la recepción de todos los inmigrantes desde finales del siglo XVIII hasta que fue cerrada en la década de los cincuenta. Miles de personas pasaban a diario por la isla y en las paredes del museo pudo percatarse del riguroso proceso que se llevaba a cabo pese a que solo al 2% se le negaba el ingreso.

> Sofía:
>
> Estuve en la estatua de la Libertad y no es tan alta como se ve en las películas. Me pareció un símbolo interesante y me encantó cómo se ve la ciudad desde ahí; sin embargo, todavía no entiendo del todo este país. Un lugar que ha sido adorado por muchos no solo ahora sino desde muchos años atrás. Un país que le robó el nombre a América y se convirtió en la cuna de la libertad y en un mar de oportunidades. No sé cómo puedes admirarlo tanto si tiene la emisión de carbono per cápita más alta del mundo… ¿Sabías que aquí se produce el 30% de la basura del planeta? ¡Me dan ganas de vomitar cuando me acuerdo de que comí en McDonald's esta semana! Menos mal mañana es mi último día aquí. Definitivamente, Nueva York 0.
>
> Pablo.

Día 10

Contrario a lo que esperaba no encontró un mensaje de Sofía al despertar y se dio cuenta de que tampoco había visto las historias

que había subido a las redes sociales en la noche desde el edificio Empire State. Parecía que no se conectaba a Internet desde el día anterior en la mañana. Intentaba no preocuparse, pero era inútil. Si había algo que no le gustaba de ella era la terquedad de querer resolver todo sola y no involucrarlo.

El primer síntoma de la enfermedad fue la sensación de fatiga permanente. Al principio Sofía no le dio mucha importancia; acababan de regresar de la luna de miel y entre los últimos meses con todos los preparativos para la boda y los días que pasaron en Galápagos, se imaginó que su cuerpo le estaba cobrando la intensidad. A veces amanecía sin ganas de levantarse de la cama y se tenía que obligar para que Pablo no se diera cuenta. Otros días parecían normales y se sentía con tanta energía que compensaba lo que había dejado de hacer antes. Durante un par de meses solo lo comentó con Cristina, su mejor amiga, quien sugirió desde prueba de embarazo hasta lectura de la carta astral, pero en nada encontró una respuesta.

Poco tiempo después los síntomas fueron más evidentes. Se le caían las cosas y había quebrado la mayoría de los vasos y hasta una artesanía africana que les habían dado como regalo de bodas. Empezó a ser difícil para ella abrir frascos, abotonarse la camisa, ponerse los aretes e inclusive abrocharse el brasier. Fue cuando aparecieron los calambres que decidió ir al médico sin comentarlo con nadie.

La angustia de Pablo aumentaba cada momento. Le escribió a su suegra que no le respondió. Llamó a la casa y nadie contestó. Era su último día en Nueva York y tenía que decidir entre hacer check-in para el vuelo que saldría hacia Sudáfrica al día siguiente o cancelar todo y regresar. Estaba buscando boletos hacia Colombia cuando lo llamó Marta: Sofía había recaído la mañana anterior pero ya estaba fuera de peligro, y le había pedido específicamente que lo llamara a decirle que no podía cancelar el viaje.

Pablo sabía que discutir con su suegra no tenía ningún sentido, solo era una mensajera de su testaruda esposa. Encontró un vuelo con millas para viajar al final de la tarde a Medellín y sin decidir, dejó la maleta lista y salió a recorrer algunos sitios más en lo que quedaba del día.

> Sofía:
>
> Acabo de hablar con tu mamá y me contó lo que pasó. También me dijo que no quieres que vaya a verte y sabes que es en lo único que pienso. Sé que esta enfermedad es una tortura para ti, pero para mí no poder estar contigo también lo es. Si antes de las 4 p. m. no te has comunicado conmigo salgo para

Medellín esta noche.

Pablo.

Mensaje de Sofía: Estoy bien, fue un descuido de la enfermera, nada grave. Mi mamá se asustó y terminé en la clínica, pero no te preocupes. No canceles el viaje por favor, me muero por conocer Ciudad del Cabo a través de ti.

Recorrió el Museo de Historia Natural con poco interés siguiendo un tour guiado, pensando en todas las riquezas extranjeras que se habían apropiado con la excusa de la investigación: como la esmeralda en bruto más grande y pura del mundo hallada en las minas de Colombia. Luego de comer un kebab en uno de los camiones que se estacionan alrededor del Central Park y sintiéndose todo un experto tomó el metro hacia el memorial del World Trade Center, pero no quiso visitar el monumento, ya su propia tragedia lo tenía bastante abrumado.

Pasó la tarde en Soho con la esperanza de ver un poco de ese supuesto barrio de bohemios y artistas, pero después de recorrer varias calles se sintió decepcionado del excesivo comercio, los restaurantes de todo tipo y los Starbucks en cada cuadra. Se fue a dormir agotado por el intenso recorrido, el calor insoportable del día y, especialmente, por la batalla emocional en la que había estado desde que se despertó.

CAPÍTULO 2

Día 11

Mensaje de Sofía: Amor, estoy muy emocionada por todo lo que viene. Que cruces el océano y vayas por primera vez a África para complacerme es lo que necesito en este momento para seguir adelante. Todo va a salir muy bien, no te preocupes por lo largo del vuelo, ni por la mochila (nadie quiere robarte la ropa interior de secado rápido, créeme). Estaré muy pendiente de ti. Te amo.

Sofía:

No sabes la alegría que me dio tu mensaje. Gracias por seguir adelante, eres una luchadora, la inspiración más grande para mi vida, la persona más fuerte que conozco. Tengo que abordar ya, me despisté en la sala leyendo, te escribo apenas pueda.

Te amo,

Pablo.

Día 12

Llegar a Ciudad del Cabo le tomó un día completo. En el aeropuerto lo estaba esperando un transporte enviado por el hostal. La ciudad se veía bastante moderna. Su alojamiento estaba en la zona de Green Point cerca de la playa y del complejo deportivo que se construyó para el Mundial de fútbol del 2010. En las calles se podía ver la mezcla racial propia del país, y mientras las casas y las avenidas reflejaban un estilo de vida bastante ostentoso, el transporte público no era más que viejas camionetas llenas hasta el tope.

Sofía:

Llegué. Ya es mucho decirlo. A pesar de ser el vuelo más largo de mi vida también fue el más tranquilo. Recordé cada uno de los consejos que me diste para relajarme y hasta puse la *playlist* de meditación que me descargaste en el celular. El hostal que elegimos es el peor que he visto en mi vida. ¿Recuerdas que decía en la página web que tenía medio baño? ¡Es una ducha en una esquina de la habitación separada del resto por una cortina plástica!

Aproveché la tarde para caminar por la zona y cambiar algunos dólares y encontré otro alojamiento más barato y mejor, así que mañana me cambio de lugar. El clima está muy frío y seco, me animé a correr al final de la tarde, pero no llegué ni al primer kilómetro… Me da pena admitirlo, pero me sentí intimidado. Por la noche el barrio de casas bonitas y avenidas con árboles se transforma en un corredor de mendigos, y varios

se me acercaron muy agresivos a pedirme plata, entonces terminé comprando pan, queso y jamón en una estación de gasolina a un par de cuadras para devolverme corriendo (literalmente) al hotel y hacerme un sánduche con un francés que estaba "pelando" un aguacate.

¿Cómo seguiste? ¿Tuvo algo que ver lo de esta semana con los exámenes?

Pablo.

Día 13

Mensaje de Sofía: Es el día más feliz de mi vida :)

El inicio oficial de su relación fue meses después del tropiezo en Miami cuando los presentó Miguel, primo de Sofía y compañero de trabajo de Pablo, en una fiesta de disfraces en Medellín. Ambos asistieron obligados esa noche y su incomodidad en el lugar fue lo que los acercó para terminar conversando sobre mil cosas que tenían en común. Un par de semanas después, cuando ya iban por la tercera cita, Sofía soltó la expresión "bobo pendejo" para referirse a alguien y él reconoció a la mujer insoportable con la que se había tropezado en Miami. Ninguno de los dos podía creerlo. Aparte del calor del día, de la ansiedad que ella tenía, de la respuesta displicente de él, lo que había pasado era una anécdota que ambos contaban con exageraciones y que a partir de ese momento servía para introducirse mutuamente, como cuando Sofía se lo presentó a su mamá:

—¿Te acuerdas del que me dijo "tras de gorda, hinchada"?

—Sí hija, cómo olvidarlo, ¿un flacuchento con bronceado bogotano que casi te tumba en Miami?

—Bueno, te lo presento… es Pablo.

—Ay Pablo, mucho gusto... qué pena, creo que me confundí con otro…

Y él después de ponerse muy serio soltaba una carcajada.

Sofía:

En la tarde estuve en el Waterfront, una especie de centro comercial abierto donde también hay hoteles, restaurantes y todas las marcas de lujo que se encuentra uno en Miami. Ahí me quedé viendo el atardecer sobre Robben Island, la famosa isla que fue utilizada como cárcel para los prisioneros políticos del apartheid como Nelson Mandela. Es impresionante verla a lo lejos tan… calmada. Las horas se me pasaron volando y decidí regresarme caminando al hostal; no te imaginas el miedo que me dio. De repente las calles estaban oscuras y solas y me sentí

muy vulnerable, por segunda noche consecutiva “corrí” por Ciudad del Cabo.

Por cierto, no me he olvidado de los exámenes. Cuéntame por favor qué ha pasado.

Pablo.

Día 14

Cada tres meses le hacían a Sofía los exámenes para determinar el avance de la enfermedad. A ella le parecían una pérdida de tiempo. No necesitaba ningún examen para saber que sus músculos estaban más débiles y atrofiados. Pablo empezó a sospechar que algo no andaba bien cuando Sofía dejó de escribir a mano. Para muchas personas habría sido un detalle menor, pero ella era obsesiva escribiendo todo el tiempo: notas en la nevera con la lista de compras, mensajes cariñosos que él encontraba en los bolsillos de las chaquetas, frases de superación personal escritas con marcadores borrables en el espejo del baño, publicaciones en las redes sociales con la caligrafía que había aprendido de su abuela. Escribir a mano era uno de sus talentos y solía practicarlo todos los días.

La confirmación de sus sospechas la tuvo cuando llegó el momento de marcar las invitaciones de la boda de una de sus primas y Sofía sacó una excusa para no hacerlo. Era algo que no tenía sentido: llevaba meses ensayando diferentes tintas, ángulos y texturas para darle un toque especial a las tarjetas de Anita. Desde ese momento estuvo más atento a los cambios de su esposa. Algunos los notó de inmediato y otros pasaron desapercibidos. Sofía empezó a maquillarse menos, ya no se delineaba los ojos como antes. Dejó de montar en bicicleta después de perder el equilibrio un par de veces. Todos los días se le caía algo al piso. No volvió a comer sushi, su comida favorita, por la dificultad para usar los palillos y prefería los platos que vinieran en porciones pequeñas para no tener que cortar nada.

Un día chocó el carro al estacionarse en el edificio; Pablo la encontró con las lágrimas secas de tanto llorar y apretando el volante con la fuerza que le quedaba en ese momento. Esa noche le confesó que llevaba un mes haciéndose pruebas y aunque ya le habían descartado algunas enfermedades que solo con el nombre la aterraban, aún no tenía un diagnóstico definitivo. Después de llorar juntos, hablar durante horas, buscar en Internet y hasta discutir, ambos fingieron dormir esperando que al amanecer se terminara la pesadilla.

Decidido a no dejar de correr, Pablo planificó un recorrido corto durante la mañana antes de desayunar. En el camino se encontró

con Dennis, el francés que había conocido en el hostal anterior, y se sentaron a conversar en un café de Camps Bay. Ese día de invierno había pocas personas en la playa de arena blanca, y las montañas a sus espaldas, conocidas como Doce Apóstoles, estaban cubiertas por una leve capa de neblina.

Sin tener muy definido el plan del día, Dennis lo convenció de tomar un tour por la península que incluía la visita a uno de los viñedos donde tuvieron una pequeña cata, la cual continuaron en el hostal con un par de botellas compradas en la estación de gasolina.

Mensaje de Sofía: Cuídate por favor, no vuelvas a salir a correr.

Sofía:

Hoy estuve en los viñedos y terminé emborrachándome con Dennis en el patio del hostal. Antes de darnos cuenta ya éramos como quince hablando en todos los idiomas. Lo mejor fue una pareja que imitaba los acentos de todos los demás ¡en argentino! Mañana te cuento más, no me da la cabeza.

Pablo.

Mensaje de Sofía: ¿Quién es esa Dennis?

Día 15

A pesar de todo el vino que había tomado el día anterior se levantó temprano, corrió algunos kilómetros por Sea Point y llegó a tiempo para encontrarse con los argentinos de la noche anterior, visiblemente más afectados que él por la resaca, e irse a Simón's Town.

El trayecto lo hicieron en tren, algo poco convencional para los turistas. Si bien el recorrido era de apenas una hora, Pablo se avergonzó de sí mismo al sentirse intimidado por ir en un tren en el que ellos eran los únicos blancos. Esto lo hizo reflexionar mucho sobre los prejuicios con los que había crecido. Nunca se había identificado como un racista, pero se sentía todo el tiempo en peligro, a pesar de que los negros a su alrededor eran personas comunes que usaban el tren para ir desde sus casas a sus trabajos, parejas conversando animadamente, padres regañando a sus hijos... En resumen, iba en un transporte público tan normal como cualquier otro.

Sofía:

Dennis no es una "ella" es un "él". Es el francés con el que comí la primera noche, ¡no te pongas celosa!

Una vez más queda demostrado que cualquier barrera se rompe con un poco de licor, creo que no había mejorado tanto mi inglés en todos los cursos que hice.

Hoy estuve visitando una colonia de pingüinos. ¡Fue impresionante! Había cientos en una playa a la que llegamos a través de unas pasarelas. Nos quedamos tomando fotos una hora más o menos (fui en tren con los argentinos) y de regreso nos bajamos en la estación de Muizenberg, una zona llena de surfistas. No te imaginas lo emocionante que fue verlos pelear con las olas, desde niños principiantes hasta algunos que se veían súper profesionales. Otro atractivo del lugar son las pequeñas casas de madera pintadas con colores vivos, bodegas en las que ellos y los pescadores guardan sus equipos para tenerlos a la mano siempre.

Me haces mucha falta amor... ¿Podemos hablar mañana por teléfono?

Pablo.

En los últimos días Sofía había estado más callada que de costumbre. Después de la recaída le costaba más hablar y se tragaba las palabras en las frases largas. Se pasaba horas leyendo todos los artículos disponibles sobre la enfermedad, unas veces sintiéndose esperanzada por algún paciente en el que los síntomas se habían revertido, otras veces desesperada hasta el llanto al darse cuenta de que su caso no tenía un buen futuro.

Su mamá pensó que una buena forma de animarla sería reunir a la familia como solían hacerlo antes. Sin que ella lo esperara la casa empezó a llenarse de tíos y primos de tres generaciones distintas, hablando en un tono de voz descomunal y devorando toda la comida. A pesar de las buenas intenciones de Marta, para Sofía fue un desafío mantener la compostura, esquivar las preguntas difíciles, hacerse entender entre tanto ruido y no llorar cada vez que le preguntaban por Pablo.

Mensaje de Sofía: ¡Obvio que no estoy celosa!, así fuera una mujer… solo quería saber quién era :) Hoy vinieron todos los tíos y los primos y te mandaron muchas saludes, especialmente mi tío José quien extraña mucho las conversaciones eternas en las que se embarcaban los dos.

Día 16

Cada día antes de empezar a correr Pablo miraba hacia Table Mountain intentando decidir si el día estaba lo suficientemente despejado para que valiera la pena subir a la famosa meseta. Ese domingo seguía nublado, pero era su última oportunidad para el ascenso. Aún no se sentía cómodo tomando el transporte público en la ciudad, por lo que optó por pagar el bus turístico para llegar a la base y de una vez aprovechar para conocer las partes de Ciudad del Cabo en las que no había estado.

En el recorrido cruzó por el distrito seis, una zona en la que

durante una época del *apartheid* desplazaron a más de cincuenta mil personas y destruyeron sus casas para dejar una separación física entre los blancos y los "no blancos". Se bajó al llegar a Table Mountain y tomó un sendero de escalones de piedra, marcado y bastante empinado. Ese día había otras personas subiendo, algunos turistas como él y también deportistas locales.

El ascenso desde la entrada del camino hasta la cima le tomó casi dos horas. Ciudad del Cabo se veía hermosa abajo, pero casi llegando al punto más alto empezó a llover y no llevaba impermeable. Para bajar tomó el teleférico y siguió el recorrido del bus turístico hasta el centro.

Sofía:

¡Ciudad del Cabo es falsa! Bueno, no literalmente... La han ido expandiendo, incrementando la distancia entre las montañas y el mar, rellenando la playa. Hoy fue mi último día en la ciudad calificada como una de las más bellas de África: fundada por holandeses y luego ocupada por alemanes e ingleses; dicen que es una mezcla del ambiente sofisticado europeo con una gran porción de ciudad tercermundista. Uno como turista encuentra de todo: playas, un centro hermoso, Table Mountain que estuvo a punto de ser una de las siete nuevas maravillas del mundo, y por supuesto, mucho comercio. Todo esto mezclado con injusticia social y pobreza que se reflejan en la cantidad de mendigos pidiendo limosna en las calles y en muchas advertencias de no caminar solo en la noche, cosa que pude comprobar yo mismo y va más allá de los mitos.

He reflexionado mucho sobre el racismo al estar por primera vez enfrentado a una ciudad con un alto porcentaje de la población negra. Después del *apartheid* se supone que se acabó la separación entre negros y blancos, pero el racismo persiste y de una forma muy patética.

Hoy te estuve marcando varias veces, ¿no quieres que hablemos?

Pablo.

Sofía no quería hablar. Por primera vez desde que Pablo se fue sintió rabia de no ser ella quien estuviera en Ciudad del Cabo viviendo el viaje soñado al que tantas horas de planeación le había dedicado. Tenía rabia con la enfermedad, con ella misma por haberse quedado en Medellín, con él por haber cedido e irse. Esa noche se durmió en silencio sin ganas de vivir.

Día 17

Fue extraño no encontrar un mensaje de Sofía al despertarse, de

alguna forma se había vuelto una nueva rutina, y con la diferencia horaria de ambos era lo primero que revisaba en el celular después de apagar la alarma. Era su último día en Ciudad del Cabo y sabía que en Johannesburgo no podría correr con tanta facilidad así que salió temprano e hizo un recorrido por el Waterfront, Green Point, Sea Point y Camps Bay. Apenas llevaba seis días en la ciudad y ya se orientaba fácilmente, sabía dónde tomar un buen café y se empezaba a sentir más tranquilo.

Aprovechó el día para visitar el centro de Ciudad del Cabo. En el siglo XVII se constituyó la primera multinacional en el mundo, la Compañía Holandesa de las Indias Orientales que fue creada por los Países Bajos como monopolio para el comercio con Asia, empresa que llegó a ser la más rica del planeta en menos de setenta años para luego declararse en bancarrota principios del siglo XIX.

Cuando se fundó la Compañía, la ruta hacia Asia desde Europa consistía en rodear África usando los itinerarios que fueron abiertos por los portugueses. En este trayecto Sudáfrica era un punto importante para abastecerse de insumos, lo cual dio pie al establecimiento de la Colonia del Cabo. Allí construyeron el castillo de la Buena Esperanza como fuerte de defensa y como lugar de almacenamiento de las provisiones de los barcos, siendo el edificio colonial más antiguo del país. Los jardines, a su vez, fueron construidos para cultivar productos frescos para abastecer los barcos. Entre ambas construcciones se encontraba la plaza Greenmarket, inicialmente usada como mercado, allí también funcionó en su época el comercio de esclavos y después el bazar de las pulgas.

> Sofía:
>
> No sé cómo explicártelo, pero he llegado a pensar que podría vivir en Ciudad del Cabo. Aunque lo más difícil es la seguridad, sé que hay muchos tesoros ocultos que no alcancé a descubrir. Me alegra que hayas elegido esta ciudad como inicio de nuestro recorrido; Dennis, que viene viajando desde El Cairo hace nueve meses, dice que Ciudad del Cabo es África para principiantes.
>
> ¿Está todo bien? No sé de ti hace un par de días.
>
> Pablo.

Día 18

> *Mensaje de Sofía: Está todo bien, han sido días ocupados. Después te cuento.*

En realidad nada estaba bien. Empezaba a sentir rigidez en los dedos y le costaba escribir en el computador. Y más allá de los síntomas físicos, emocionalmente estaba destrozada. Pablo ya iba a

cumplir tres semanas de viaje y era evidente que lo estaba disfrutando. A pesar de lo que le transmitía en sus mensajes, al verlo tan feliz en las historias que subía a las redes sociales se sentía muy sola y empezaba a pensar que muy pronto dejaría de interesarse en ella. La depresión volvió a aparecer en su vida.

Sofía:

Acabo de llegar a Joburg (así le dicen a Johannesburgo). Tuve que esperar casi dos horas para que me recogieran del hostal y resultó ser un lugar bastante caótico, cerca del aeropuerto y alejado del centro de la ciudad. Hay muchas advertencias sobre no salir de noche, así que me junté con un grupo de españolas y fuimos a un supermercado cercano para comprar con qué cocinar pasta.

¿Qué te tiene tan ocupada amor?

Pablo.

Día 19

Pensamientos, muchos pensamientos. Eso era lo que tenía a Sofía ocupada. Metida en la cama todo el día lo único que hacía era pensar en Pablo viviendo su sueño (el de ella, no el de él) sin entender la mitad de las cosas que estaba conociendo, siguiendo su itinerario (el de ella, no el de él) como un autómata, sin haber ido a Robben Island, sin estar actualizando el archivo de presupuesto *online*, sin hablar de ella en sus contenidos en redes sociales.

Odiaba a Pablo al otro lado del mundo. Odiaba a su mamá que intentaba animarla con las ideas más absurdas. Odiaba a las enfermeras que la querían obligar a salir de la cama para que no se le atrofiaran los músculos. Odiaba a los médicos diciéndole que era afortunada por seguir viva. Se odiaba a sí misma. Y principalmente odiaba esa maldita enfermedad que convertía a su cuerpo en una cárcel mientras sus pensamientos seguían tan agudos como siempre y tenía todo el tiempo para pensar (porque era lo único que todavía podía hacer).

Sofía:

Hoy estuve en el Museo del Apartheid. Es el lugar más conmovedor que he conocido en mi vida. Se me revuelve el corazón con solo recordarlo y me hace sentir avergonzado por la estrechez mental de la raza humana y a la vez esperanzado porque hasta los problemas más complejos pueden resolverse si hay quien tenga la determinación para hacerlo.

El *apartheid* fue impuesto en 1948 por los ingleses y significa “estar aparte”. Se encargó de regular el comportamiento social de negros, blancos y otras personas de color con leyes que hoy

suenan impensables, pero que para los ingleses tenían una lógica perfecta. Se establecieron lugares para negros y blancos (baños, restaurantes, transporte público, escuelas), se prohibieron las relaciones interraciales y, por supuesto, el derecho a votar y ser elegido. Se consideraban blancos solo los europeos. El resto de las personas sufrían una discriminación sin límites.

Grandes líderes lucharon por el derecho a la igualdad, el más conocido Nelson Mandela quien fue silenciado por los ingleses y condenado a cadena perpetua en una cárcel en condiciones durísimas. Allí, en su pequeña celda en Robben Island, Mandela solo podía recibir una visita al año y escribir una carta de quinientos caracteres cada dos meses.

En 1990 como consecuencia de la presión internacional y de muchos años de masacres civiles por parte del ejército, Frederik de Klerk, en ese entonces presidente de Sudáfrica, se atrevió a pensar y a actuar diferente. En un acto de valentía les prometió a Mandela y a otros presos políticos su liberación si se comprometían a estar en contra de una lucha armada. Tras veintisiete años de encierro lo liberaron, durante los siguientes dos años acabaron con el *apartheid* y Mandela fue elegido por votación popular como el primer presidente negro del país.

Sudáfrica todavía tiene muchos problemas sociales. Inseguridad, pobreza, SIDA, corrupción… una herida inmensa que apenas está comenzando a sanar. En Ciudad del Cabo, cuando pasaba por una zona verde que era la casa de miles de africanos antes de ser desplazados por la segregación, alguien me dijo: “todavía el gobierno no sabe cómo devolver esas tierras. Es muy difícil solucionar en veinte años los problemas de cien. Sudáfrica apenas se está recuperando y falta mucho por hacer”.

En los pasillos del Museo del Apartheid reflexioné mucho sobre nuestra situación como país. Colombia está pasando por el momento de transición con el que hace algunos años soñábamos con esperanza; sin embargo, el proceso de paz está lejos de ser la solución a tantos años de violencia. ¿Quién será nuestro Mandela?

Amor, qué difícil es este viaje sin ti. Habría querido comentar contigo todas estas cosas. Que me enseñaras esta historia que seguro sabes de memoria mientras que yo apenas conocía lo básico. Tomarnos de la mano en silencio mientras proyectaban un video de Mandela con su mensaje lleno de paz, reconciliación y perdón a pesar de todo lo que había soportado. Quiero cumplir mi promesa de vivir tu sueño, y en este camino cada día eres la inspiración que me mantiene abierto a tantas experiencias.

Te amo.

Pablo.

P.D.: Perdón por el mensaje tan largo, pensaba en Mandela y sus quinientos caracteres y eso sería menos que el primer párrafo. A veces damos por sentado todo y en realidad somos afortunados por lo tener hasta lo más básico.

Sofía leyó la carta incontables veces. Vio todos los videos de Mandela que encontró. Lloró imaginando la vida de tantas personas que viven en cautiverio solo por tener ideas diferentes. Se avergonzó de pensar que su cuerpo era una cárcel. De su prisión imaginaria. De los límites que se había impuesto. De cómo estaba desperdiciando su vida pensando en tonterías. De odiarlo a pesar de que literalmente se estaba sacrificando por ella.

Mensaje de Sofía: Gracias amor por contarme tantas cosas hoy, yo también habría querido estar ahí contigo.

P.D.: Recuerda actualizar el presupuesto. Y no eran quinientos caracteres, eran quinientas palabras.

Día 20

Sofía:

Hoy viajé de Joburg a Nelspruit en bus y estuvo bastante bien. El hostal que elegimos no es muy central, pero tiene un bar donde había turistas y locales viendo un partido de rugby. ¡Mañana antes del amanecer salgo para Kruger! No sabes la emoción que tengo de dejar tantas ciudades después de casi tres semanas de viaje. Parece que no hay Internet, posiblemente no tengas mensajes míos hasta el martes.

Pablo.

Día 21

Mensaje de Sofía: No te imaginas lo feliz que estoy de pensar en ese primer safari. ¿Será como en las películas?

A las 5 a. m. Pablo salió rumbo a Kruger con Dave el dueño del hostal, quien le ofreció una buena tarifa por un tour privado de tres días. El parque, de trescientos cincuenta kilómetros de largo y cincuenta de ancho, es uno de los principales destinos del mundo para hacer safaris. Ingresaron por Crocodile Bridge y en menos de diez minutos apareció un elefante entre los arbustos. Aún no había amanecido y Pablo tuvo que hacer un esfuerzo para reconocer en esa sombra que se imponía entre los árboles la figura de su primer animal salvaje.

Estar en un safari era uno de los anhelos de infancia de Pablo.

Había visto tantas veces en televisión las manadas de animales salvajes en la sabana africana y ni siquiera pensaba que una experiencia así estaría a su alcance algún día. Paralizado de la emoción no lograba encontrar las palabras en inglés para preguntarle a Dave si era un elefante hembra o macho, por qué estaba solo o qué estaba comiendo. Segundos después se dio cuenta de que tampoco había tomado ninguna fotografía y pasó de la felicidad a la tristeza pensando que ya no vería más y había perdido la oportunidad.

Dave resultó ser un gran conversador y muy buen guía. Le habló a por primera vez sobre los "cinco grandes", el objetivo de casi todos los turistas: elefante, león, rinoceronte, leopardo y búfalo. El término fue creado por los cazadores, quienes consideraban a estos cinco animales los más difíciles y peligrosos de matar. Mientras manejaban por la amplia red de carreteras del parque, Dave le enseñó a reconocer las señales para ver los animales, a fijarse más en el movimiento que en las formas, a escuchar los sonidos de cada especie, a identificar la dirección en la que un grupo de antílopes mira fijamente… Esa primera mañana para tranquilidad de Pablo, pudieron ver muchos más elefantes, una manada enorme de ñús, cuatro grupos de leones, impalas, kudús, hipopótamos, un grupo de unos cincuenta babuinos, un rinoceronte, una manada de cientos (Dave diría miles) de búfalos, avestruces, cocodrilos, otras especies de antílopes y muchas aves increíbles.

Observaba atento e intentaba mejorar sus habilidades, sin embargo, se sorprendía una y otra vez con los hallazgos de Dave y no lograba entender cómo entre el pasto se formaba la imagen de un león que segundos antes, ante sus ojos inexpertos, no estaba. Se dio cuenta de que había muchos nombres de animales que no conocía porque al otro lado del mundo nunca han existido, y juiciosamente los iba anotando en una pequeña libreta para buscar la traducción cuando tuviera Internet y aprender que *warthog* en español se dice facóquero, una palabra que no conocía, a pesar de ser la especie de "Pumba" el famoso personaje de *El rey león*.

Ese día reservó un safari nocturno con los guías del parque, los únicos autorizados a salir de los campamentos después del atardecer, y aunque no vieron tantos animales, la experiencia le pareció sobrecogedora; los sonidos de la sabana en la oscuridad se multiplicaban, haciendo evidente que en medio de esa nata oscura miles de vidas seguían su propio ritmo, esta vez sin la interrupción del hombre.

Día 22

Mensaje de Sofía: Leí todo lo que pude sobre Kruger. Ver los animales debe ser

impresionante, pero ojalá también vayas a los sitios arqueológicos. ¡Ya quiero que sea mañana para enterarme de todo!

Pablo durmió en una carpa de safari del tamaño de una habitación completa al lado del río Sabie, desde la cual podía escuchar los sonidos de los hipopótamos en la noche. El campamento era un pueblo en el que había restaurantes, estación de gasolina, supermercado, piscina y facilidades comunales como cocinas, baños, duchas y hasta un teatro. En el horizonte, las montañas Lebombo complementaban el paisaje perfecto de ese lugar en el que cientos de visitantes de diferentes partes del mundo compartían alegremente sus principales avistamientos del día.

A las seis de la mañana, en el momento en que abrían las puertas del campamento, empezaron a manejar en busca de algún leopardo, el único de los cinco grandes que no había visto. Hacía frío y apenas se veían buitres con las alas extendidas sobre las ramas más altas de los árboles, hasta que casi una hora después de dar vueltas se encontraron a una leona acostada en el borde de la carretera buscando calentarse con los primeros rayos de sol.

Pudieron ver manadas de leones en diferentes partes del parque: un macho con tres hembras y ocho cachorros que jugaban a mordisquearse las orejas sin dejar que los adultos durmieran. Al atardecer, un león viejo caminando lentamente a la distancia con una enorme cicatriz en el lado izquierdo de la cara y muchas marcas en diferentes partes del cuerpo.

Durante el safari nocturno sintieron un desagradable olor en la distancia. El conductor disminuyó la marcha mientras el guía observador agudizó la mirada en la dirección de la potente linterna que apuntaba entre los pastizales. La ansiedad iba en aumento, los turistas estaban en silencio sin saber qué buscar. De repente un frenazo los sacó del trance. Un par de leones, justo en la carretera, comían lo que quedaba de un búfalo que habían arrastrado hasta allí. Otros leones, más atrás, se lamían los restos de sangre de las patas o se quedaban dormidos iniciando la pesada digestión. Con la nariz cubierta con las manos para evitar el mal olor y los ojos más abiertos que nunca, la ráfaga de clics en las cámaras fue el único sonido que emitieron mientras se escuchaba a lo lejos el llamado de las hienas esperando su turno para devorar hasta el último resto de la presa.

Pablo se sentía intranquilo por no saber de Sofía. Le costaba centrarse en el presente sabiendo que la vida de ella era tan frágil, y temía que llegara su último día estando él tan lejos. Ya no dudaba sobre el viaje, con el paso de los días empezó a entender que para Sofía era la principal motivación para seguir luchando, que ella no solo hacía un esfuerzo enorme por seguir adelante, sino que pedirle

que se fuera había sido el acto de amor más grande del mundo. Pero la lejanía, la zozobra, el silencio, lo alejaban por momentos de todo lo maravilloso que ocurría a su alrededor y lo devolvían a la angustia de no estar con ella.

Dia 23

Mensaje de Sofía: ¿Ya viste los cinco grandes? ¿Y los cinco pequeños?

La mañana comenzó con mucha agitación en el campamento. Uno de los guías había empezado con síntomas de apendicitis en la madrugada y tuvieron que evacuarlo en helicóptero hacia Nelspruit. Antes de irse le pidió a Dave que acogiera a sus clientes, una pareja de alemanes que habían viajado a Sudáfrica solo para este safari y a la que le faltaban tres días más en el parque. Dave prometió darle una solución para que se fuera tranquilo al hospital, pero en realidad dependía de que Pablo estuviera dispuesto a extender su estadía. Lo dudó porque serían más días sin saber de Sofía, pero entendió que era una oportunidad increíble para seguir explorando el parque y, tal vez, ver al fin algún evasivo leopardo.

En Medellín Sofía se sentía muy sola. Acompañada veinticuatro horas al día por alguna enfermera, su mamá, las tías, el resto de la parentela, algunas amigas que aún la visitaban e incluso excompañeros de trabajo, cada vez sentía que la conexión con las otras personas era más funcional que emocional. ¿Te dio dificultad tomarte las pastillas? ¿Quieres más agua? ¿Cambio el canal? ¿Te pongo otra cobija? ¿Te quito la cobija? ¿Quieres ir al parque? ¿Te ayudo a pasarte a la cama?... Pero detrás de tanta condescendencia lo que se escondía era un profundo miedo. El terror de quienes la rodeaban de no saber qué preguntar, cómo comportarse, cómo reaccionaría ella ante las cosas, qué hacer si Sofía se sentía mal, o triste, o enojada, o sola.

Pablo era su conexión con la vida. La única persona que le hablaba de verdad sobre sus sentimientos, sus emociones, sus vivencias. Llevar casi tres días sin saber de él la hacía sentir muy triste, tenía que recordar todo el tiempo que él estaba en Kruger, que no tenía conexión, que seguramente no le había pasado nada. Aun así, esa tristeza seguía creciendo y solo por momentos parecía interesarse por lo que pasaba afuera de su cabeza.

Día 24

Mensaje de Sofía: Espero que estés haciendo muchas fotos y videos.

Para ese momento Pablo ya se sabía muy bien la rutina del safari: levantarse antes del amanecer y tomar café con algunas

galletas. Estar en la puerta del campamento minutos antes de su apertura. Recorrer la extensa red de carreteras del parque en busca de los animales hasta pasadas las diez de la mañana. Regresar al campamento a ducharse y descansar un poco. Almorzar con Dave (y ahora también con los alemanes) en el restaurante. Compartir con otros turistas sus experiencias, fotos, anécdotas. Tomar el té como si todavía fueran una colonia inglesa. Unirse a la salida nocturna con los guías del parque minutos antes del atardecer. Regresar sobre las ocho de la noche para disfrutar el *braai*: un delicioso plato tradicional sudafricano que incluía carne asada, algunos embutidos, vegetales a las brasas y pan con ajo que Dave preparaba para todos.

Los alemanes tenían una extraña obsesión por las aves y ese día se concentraron en buscar algunos ejemplares que no habían visto con su guía anterior. Tenían unos binoculares potentes, un par de cámaras profesionales con lentes de largo alcance y un libro enorme que usaban para ir identificando los pájaros que veían, buscando rápidamente si eran iguales a los que habían encontrado cinco minutos antes, o si había alguna característica para clasificarlos como una especie diferente.

Al principio a le pareció una pérdida de tiempo. Él quería ver a los leopardos y ahora Dave se concentraba en observar las copas de los árboles y en llevarlos a zonas donde no solía haber muchos depredadores, pero al final de esa primera mañana ya estaba señalando algunas aves y se emocionaba con ellos cuando lograban encontrar pájaros exóticos. En el safari nocturno se cruzaron con una enorme manada de elefantes y pasaron un buen rato observando su comportamiento tranquilo: era la hora de amamantar a las crías.

A miles de kilómetros de distancia Sofía se iba volviendo pequeña. Durante la noche había revisado varias veces su celular esperando el mensaje diario de Pablo. Para ella ya debería estar de regreso. Las horas la iban consumiendo, la ansiedad, la angustia. Buscó en Internet las noticias de Sudáfrica para estar segura de que nada había pasado (una guerra civil, un desastre natural, una invasión extraterrestre). Estuvo atenta a cada contenido que subían en redes sociales las cuentas del Parque Kruger y los *hashtags* de quienes estaban allí de safari. Incluso envió un mensaje al hostal preguntando por él, pero nadie le dio respuesta. Pequeña, muy pequeña. En un cuerpo cada vez más inmóvil sentía que el corazón se le arrugaba y no lograba entender muy bien por qué la afectaba tanto.

Día 25

Mensaje de Sofía: Escríbeme cuanto antes. Estoy preocupada.

Mensaje de Sofía: ¿Qué pasó? ¿Dónde te metiste?

Mensaje de Sofía: ¿Un correo al día? No llevas ni un mes y ya no me escribes.

Mensaje de Sofía: Perdón, amor. Estoy preocupada.

Mensaje de Sofía: ¿Nada?

Mensaje de Sofía: Pablo, por favor. Respóndeme.

Mensaje de Sofía: Si no quieres hablar conmigo por lo menos escríbeles a tus papás, también están preocupados.

Último día en Kruger. Antes de regresar a Nelspruit iban a visitar un lugar llamado Blyde River Canyon, así que salieron del parque por una zona que no habían recorrido antes. De repente Dave se detuvo y les pidió hacer silencio. Apenas empezaba a amanecer y todavía no lograban ver nada. Dave dio marcha atrás lentamente hasta detenerse al lado de… algo… un leve movimiento en medio del pastizal… nada… otro movimiento… el sonido de una rama partiéndose… y de repente, un hermoso leopardo caminando hacia ellos. Pablo no podía ni respirar. En todo el safari los animales siempre habían estado muy despreocupados por su presencia: los leones cuando comían, los elefantes con sus crías, inclusive los búfalos y los hipopótamos que eran conocidos por ser bastante agresivos.

El leopardo se movía rítmicamente hacia ellos. Pablo sentía que lo miraba a los ojos. Dave les pedía por señas que permanecieran calmados y subieran las ventanas muy despacio. El leopardo se detuvo a menos de un metro de distancia. Levantó el hocico para percibir mejor los olores. Movió los bigotes. Los alemanes, un poco más tranquilos, tomaban cientos de fotografías por minuto. Pablo apenas podía contener la emoción. El leopardo dio una vuelta alrededor del vehículo, arañó una de las llantas y al escuchar otro carro que se acercaba se internó de nuevo en la sabana. Antes de desaparecer, giró por unos segundos hacia ellos, Pablo sintió otra vez que lo miró a los ojos, emitió un maullido tenue y salió corriendo como si nunca hubiera estado ahí.

El cañón Blyde, de veinticinco kilómetros de largo, tiene en promedio setecientos cincuenta metros de profundidad. Siguieron la ruta Panorámica deteniéndose en cuatro puntos diferentes para ver las formaciones rocosas. Los alemanes estaban bastante desinteresados, pero a él le pareció fascinante ese cañón profundo y verde, muy diferente a los que había conocido antes. Llegaron al hostal antes del anochecer.

Sofía.

¿Qué fue esta avalancha de mensajes? Lo siento, no tenía forma de escribirte. La excursión a Kruger se alargó un par de días (por el mismo precio) y me pareció que debía aprovechar. Estoy demasiado cansado, pero bien, ya en Nelspruit de nuevo. Mañana te cuento los detalles.

Te amo,

Pablo.

Mensaje de Sofía: ¡Ya iba a mandar un equipo de búsqueda y rescate! Descansa.

Día 26

Cuando regresaron al hostal Dave había recibido un mensaje urgente y debía salir casi de inmediato hacia Johannesburgo. Le propuso a Pablo llevarlo para no hacer las cuatro horas de carretera solo; acordaron dormir hasta las 3 a. m. y salir antes del amanecer.

Después de pasar los últimos días juntos ya habían superado todos los temas triviales y ahora cada uno se interesaba más sobre la opinión que el otro tenía de la vida, cómo eran las costumbres en sus países, las épocas de violencia que habían superado, las ideas que tenían sobre el futuro. Dave quiso saber mucho más sobre Sofía, para él era muy extraño que Pablo no estuviera acompañándola en sus últimos meses.

—Ella es una mujer muy decidida. Cuando algo se le mete en la cabeza, no hay forma de hacerla cambiar de opinión.

—Aun así, tampoco es que te haya puesto un arma en la cabeza. Tú saliste y has continuado este viaje por ti mismo.

—Sí, sí… obvio. Pero hacer el viaje es como… como cumplirle su último deseo, como cuando alguien tiene una lista de cosas que quiere hacer antes de morir, solo que ella no podía viajar y quiso que yo lo hiciera por ella. Y no creas, para mí en realidad es un sacrificio.... Sé que todo el mundo ama viajar, pero yo soy el extremo opuesto: para mí no hay nada mejor que quedarme en Medellín, estar con mis amigos, ir a cine el domingo, comer en la casa… Esto de ir decidiendo cada día qué hacer, conocer gente nueva, recorrer lugares, en realidad es muy desgastante. La gente piensa que hacer un viaje alrededor del mundo es como tomarse unas vacaciones muy largas ¡y es un trabajo de tiempo completo!

Sofía:

Estoy de paso en Joburg, rumbo a Botsuana. Hoy voy en bus hacia Gaborone, que es la capital, y desde ahí seguiré conectando ciudades hasta llegar a Maun. Kruger fue una experiencia impresionante para mí: ver a todos esos animales libres, en equilibrio, casi todos indiferentes a los humanos, especies enormes y pequeñas que no conocía. Además los

amaneceres y los atardeceres, con los colores más intensos que te puedas imaginar; es como si el cielo se estuviera incendiando, una mezcla de tonos del naranja al rojo pasando por el rosado y el amarillo.

En el recorrido compartí mucho con Dave, el dueño del hostal quien fue mi guía. Hablamos de miles de cosas y otra vez reflexioné mucho sobre el rumbo que ha tomado Sudáfrica después de tanta violencia. Espero que algún día nuestro país pueda recorrer el camino de la reconciliación; y aunque ellos todavía no han llegado a la meta, con su experiencia nos muestran que sí es posible.

Dave dijo una noche en la fogata unas palabras que anoté para no olvidarlas nunca: "El fin del conflicto comienza con el cese de la violencia, se consolida con la verbalización de todo el daño que unos y otros se hicieron, se sella con la reconciliación y el perdón de quienes ya escucharon la verdad, se materializa con el castigo para quienes cobardemente ocultaron sus pecados; pero la verdadera paz solo se logra cuando en los corazones de cada persona ya no hay diferencias que marquen quién pertenecía a qué bando".

Yo estoy de acuerdo con él.

Pablo.

Día 27

Mensaje de Sofía: ¡Sigo esperando los detalles!

A pesar de intentar mantenerse optimista con Pablo, el 28 de junio era uno de los días más tristes de la vida para Sofía. Hacía exactamente un año había ido por primera vez al médico para contarle sobre esas "cosas extrañas" que le estaban pasando. Fue el inicio de un proceso que seguía inconcluso. El primer doctor con el que habló le mandó algunos exámenes de sangre y Sofía se sintió asustada porque en la lista incluyó el de artritis. No podía imaginarse lo que vendría después: electromiografías, radiografías, biopsias, exámenes neurológicos, análisis del sistema nervioso, incluso hasta una punción lumbar. Había visitado decenas de médicos en los últimos meses que le daban piezas de un rompecabezas con diagnósticos confusos, pruebas inconexas y reacciones de su cuerpo a tratamientos que parecían hacerle más daño.

Había sido una montaña rusa hasta que apareció en su vida el doctor Ramírez. Al principio parecía un médico más de la larga lista de recomendados, sin embargo, fue quien unió todos los puntos y le puso nombre a su enfermedad: esclerosis lateral amiotrófica, ELA. Nadie se imagina lo que cambia la vida con un diagnóstico, mucho

más el de una enfermedad degenerativa e incurable. Ponerle un nombre era, al fin y al cabo, etiquetar al demonio que la acechaba todos los días. Tener algo para investigar. Encontrar especialistas. Probar tratamientos sin que fueran disparos al aire. Era pasar de decirles a los demás "no tengo fuerza, se me traban las palabras, me siento cansada" a decirles, sin tener que justificarse "tengo una enfermedad poco común y es el motivo de mi comportamiento".

Intentó concentrarse en otras cosas. Leer sobre Botsuana. Revisar las finanzas en el archivo de presupuesto del viaje. Bajar las fotos que él había subido de los días en Kruger para verlas con detalle. Investigar cómo podría ir de Zambia a Tanzania sin tener que tomar un avión. Pero entretenerse con el viaje era insuficiente para dejar de pensar en ese día en que su vida cambió radicalmente.

Mientras intentaba dormir para pasar las horas Pablo la llamó. Casi todas las semanas le marcaba, y ella no le contestaba nunca. Aunque no era el mejor momento decidió responderle; escucharlo siempre la hacía feliz.

—¿Sofía? ¡Amor no lo puedo creer! —Su voz, alegre, lejana, nítida, siempre optimista.

—Sí amor... ¿Cómo estás?

Y un par de minutos de él diciéndole que el Internet no era muy bueno donde estaba, pero quería escucharla, que le hacía mucha falta, que Kruger había sido increíble…

—Sé que hoy es un día triste para ti, no intentaré negarlo. Pero escucharte... no te imaginas lo que siento, ¡se me quiere salir el corazón! Cuéntame tú, ¿cómo has estado?

Esa pregunta, la de siempre, la peor de todas. ¿Acaso quería saber que ya casi no podía sostener el teléfono?, ¿que se ahogaba si hablaba más de quince segundos?, ¿que las enfermeras cada vez le duraban menos?

—Bien amor, ya sabes…

—No, claro que no sé, cuéntame, quiero escucharte.

—Un poco cansada, un poco débil.

—¿Te duele algo?

—No, no…

—¿Estás juiciosa con los tratamientos?

—Sí, ya sabes, las enfermeras…

—¿Las enfermeras? ¿tienes varias ahora?

—No, o sea, la enfermera.

—Ahhhh… Amor tengo que irme, ya me voy a montar al bus a Francistown. Lo siento, no pensé que me ibas a contestar, habría comprado un tiquete para salir más tarde. ¡Soy tan feliz! Te amo.

—Y yo, no lo olvides.

—Con mi vida.

—Con mi vida.

Con mi corta vida, se quedó pensando Sofía cuando colgó. Un día triste que mejoró después de escucharlo. Aunque estaba tan lejos, quería abrazarlo una vez más.

Día 28

Mensaje de Sofía: Revisé ayer el presupuesto y creo que hay algo mal... ¡te está sobrando mucho dinero!

Cuanto más se alejaba de la capital los buses que iba tomando se volvían más básicos, más lentos, más llenos y especialmente más calientes. Estaba anticipado un par de días a la fecha en que debía llegar a Maun para tomar el safari que había contratado, así que decidió quedarse en Francistown y bajarle un poco a la velocidad con la que venía moviéndose los últimos días. Encontró un pueblo calmado, de calles pequeñas y bien organizadas, casas de una planta en colores tierra, algunos arbustos y un poco de comercio.

Sofía:

Aún tengo cara de felicidad por nuestra llamada de ayer, deberíamos hacerlo al menos una vez por semana.

Decidí parar por primera vez desde que llegué a Sudáfrica y es muy raro no tener ningún plan para el día. Recorrí la ciudad sin estar buscando un destino o una actividad en especial. Prendí el televisor y vi por horas películas de Van Damme de esas que tanto odias. Desde que empezó el viaje me he tenido que enfrentar a muchos prejuicios que no pensé que tenía, pero después de casi tres semanas en África me siento más cómodo siendo el único "blanco" en el transporte público, sintiendo las manitos del niño de la silla de atrás tocándome el pelo liso, sabiendo que están hablando de mí sin entenderles nada.

Hoy en la calle, mientras intentaba adivinar cómo llegar al banco, me abordó un hombre y mi primera reacción fue de rechazo. Me imaginé que quería robarme o algo peor. Él me preguntó hacia dónde iba y me dio aún más miedo, así que le dije que al supermercado. Se ofreció a acompañarme porque no había ninguno cerca, y a pesar de que le dije que no era necesario, siguió a mi lado buscando conversación. Con cada frase mis defensas fueron bajando. Me contó que casi nunca hay turistas en su ciudad, entonces cuando me vio medio despistado quiso ayudarme; él mismo ha viajado por muchos lugares, incluyendo Cancún, y tiene como política personal ser amable con los extranjeros para que se lleven una buena impresión de su país. Se interesó mucho por Colombia (que al principio

confundió con Camboya) y al llegar al supermercado nos tomamos un café y hablamos un buen rato más. Nos mostramos fotos familiares y me dio algunos consejos para el resto de los días en Botsuana. Después de todo me sentí feliz de haberme permitido conocerlo mejor, sabes que soy un desastre abriéndome a la gente y en un país desconocido me siento muy vulnerable.

¡El presupuesto está bien!, he logrado ahorrar un montón.

Te extraño,

Pablo.

Día 29

El último bus antes de llegar a Maun le hizo recordar el transporte escolar en Medellín cuando era niño. Con sillas metálicas rígidas apenas cubiertas por algo de espuma, las siete horas del recorrido le parecieron eternas y ya no tenía paciencia para soportar el pequeño televisor en el que mostraban películas cristianas con canciones acompañadas de mucha percusión. El bus paraba en todos los pueblos que en realidad eran pequeños caseríos de dos o tres cuadras.

Sofía:

Ya estoy en Maun con muchas expectativas sobre el safari en Botsuana. Me estoy quedando en un campamento muy organizado que está un poco alejado del centro del pueblo y mañana debo ir a comprar algunas provisiones para los próximos días. Me hizo falta tu mensaje al despertarme. ¿Cómo estás?

Acuérdate que me voy ocho días de safari, ¿hablamos mañana?

Pablo.

En la noche una pareja de holandeses invitó a Pablo a unirse a su asado vegetariano con vino sudafricano. Le sugirieron hacer con ellos un sobrevuelo sobre el delta del Okavango, ese lugar único en el que el enorme río se va diluyendo en la tierra sin desembocar en ningún lugar.

Día 30

Sofía:

Quisiera describir con todo detalle la experiencia que viví hoy, pero no hay palabras para explicarte algo tan único. Saliéndome del presupuesto diario tomé un vuelo sobre el río Okavango en un pequeño avión que compartí con dos

holandeses y el piloto. A escasos ciento cincuenta metros sobre la superficie pude ver la expresión más impresionante de la naturaleza que te puedas imaginar. El río, literalmente, desaparece en medio de la tierra, como cuando con los dedos escarbas en la arena de la playa. Todo es verde, y café, y naranja, y amarillo, y lleno de vida. Por mi ventana pude ver elefantes, jirafas, antílopes… Enormes manadas de pájaros en formaciones perfectas que de repente se convertían en figuras caprichosas. El atardecer en el horizonte hacía que el agua se viera plateada y la escena misma parecía un caleidoscopio gigante: caótico y simétrico al mismo tiempo.

También tuve una corta reunión con los guías del safari que voy a tomar. Me explicaron los detalles de lo que será la logística diaria y mañana debo unirme a ellos a las 4:30 a. m. Te llamé un par de veces, quería despedirme antes de salir al safari.

Te amo,
Pablo.

Día 31

Mensaje de Sofía: Que te vaya muy bien en el safari amor, disfruta mucho.

Sofía había estado evadiendo a Pablo para que no mencionara de nuevo la idea de hablar por teléfono. Aunque escucharlo la había reconfortado un poco se le hacía difícil mantener el ritmo de las palabras, intentar sonar lo más natural posible, no ponerse a llorar con él al otro lado de la línea. Los últimos días habían sido buenos y una nueva terapeuta la había convencido de que retomara la caligrafía, esta vez como parte de la rehabilitación. Debía usar marcadores de punta gruesa y escribir letras muy grandes para que fueran entendibles, pero lograba encontrar en esos momentos de concentración una conexión más profunda con ella misma y de alguna forma sentía que no estaba muriendo lentamente.

Mónica, la terapeuta, la fue llevando hacia un estilo de meditación, algo que antes Sofía consideraba solo un escalón abajo de la brujería. Sin ponerle etiquetas, le fue ayudando a mejorar la respiración, que se traducía en que podía hablar un poco mejor, también a mantener la conciencia y la conexión con cada parte de su cuerpo, incluso con las que ya estaban muy débiles. Fue así como descubrió por ejemplo que en los dedos de los pies, que ya creía inútiles, todavía conservaba alguna sensibilidad, y eso le ayudó a sentirse esperanzada sobre sus posibilidades.

Sofía:
Voy saliendo para el safari, somos un grupo de siete turistas

con dos guías principales (Gabriel y Baeti), un asistente (Kenosi) y un guía alemán (Daniel) para uno de los turistas que no habla inglés. Los primeros tres días estaremos recorriendo el delta en unas canoas; ¡me asusta un poco pensar que estaré en el río con hipopótamos, cocodrilos y serpientes!

Te amo,
Pablo.

Día 32

La terapia con Mónica le estaba dando a Sofía nuevos resultados, al principio imperceptibles para ella que todo lo quería inmediato, pero fue aprendiendo a reconocer y agradecer los pequeños cambios. Ese día Mónica le llevó los trazos que habían hecho en la primera sesión, apenas una semana atrás. Al repetir el ejercicio, Sofía pudo ver cómo las líneas eran más rectas, los finales más precisos, los movimientos más rápidos. Mónica le había llevado también una frase escrita delicadamente por ella misma en acuarela con un marco dorado para colgar que decía "El progreso es más importante que la perfección", un concepto que había aprendido años atrás en los grupos de alcohólicos anónimos y que para ella era una enseñanza de vida aplicable a todas las circunstancias.

Mónica daba la impresión de ser muy seria y exigente con los ejercicios, le daba a Sofía instrucciones exactas sobre cómo balancear los marcadores entre los dedos, ayudarse un poco con ambas manos o el ángulo apropiado sobre el papel. Cuando se frustraba, ignoraba por completo sus comentarios negativos y la hacía repetir todo de nuevo, sin importar si ya estaba en la última letra del abecedario. Se quedaba mirándola mientras se esforzaba, frunciendo un poco el ceño, nunca con gestos de aprobación o rechazo. De alguna manera esto fue lo que hizo que se ganara su confianza: sentir que la trataba como una persona sana, sin limitaciones, exigiéndole a pesar de sus ganas de rendirse o de los ataques de ira por no hacerlo bien.

Era una mujer alta, robusta, de dedos redondos y uñas cuadradas, muy diferente a la imagen que tenía Sofía de las calígrafas. En contraste, su voz era muy suave y todos sus movimientos delicados. Se maquillaba con maestría y siempre llevaba prendas llamativas que había hecho ella misma. Era una de esas mujeres con manos maravillosas que saben cocinar, cortar el pelo o dar masajes; cualquier manualidad hacía parte de su lista de talentos.

Ese día después de la terapia Sofía escribió el nombre de Pablo muchas veces, una letra a la vez, cada una del tamaño de una hoja de papel completa, y cuando sintió que le había quedado lo

suficientemente entendible le envió las fotos para que lo viera.

Mensaje de Sofía: Hoy te siento más cerca que nunca.

Día 33

Los primeros tres días del safari estuvieron cerca a Maun haciendo un recorrido por el delta en unas canoas de seis metros de longitud llamadas *mokoro*, en las que un *poler* o balsero en pie impulsaba la embarcación con su *ngashi* (un palo largo y ligero) que le permitía navegar ágilmente en el pantano con un estilo similar al de los gondoleros en Venecia. En cada *mokoro* podían ir dos turistas, y a Pablo le tocó compartir el recorrido con Tatiana, una madrileña que estaba viajando con Cort, el alemán que no hablaba inglés.

El delta se veía muy diferente desde abajo en comparación con el sobrevuelo. Estando al nivel del agua era imposible apreciar la verdadera extensión del lugar, pero cada trayecto avanzado iba mostrando los secretos del río. A veces por largas horas solo se veían aves, insectos o algunas ranas. De repente un grupo de elefantes rompía la tranquilidad del momento mientras pasaban muy cerca de la frágil embarcación sin inmutarse por los humanos.

Pablo se sintió feliz de compartir con alguien que hablara español. Aunque con los días había ganado más confianza para hablar en inglés, era extenuante el esfuerzo de hacerse entender con palabras que a veces no encontraba y la atención permanente para comprender todo lo que le decían lo agotaba. Sin embargo, después de un par de respuestas cortantes por parte de Tatiana, se dio cuenta de que ella lo que menos quería era hablar e iba muy concentrada tomando fotos todo el tiempo.

—Creo que te estás perdiendo de algo por andar tomando tantas fotos…

—¿Qué?

—Bueno, es que no sé… no soy tan fan de tomar fotos como tú, pero como nunca bajas la cámara me pregunto si estás dándote cuenta de lo que hay alrededor.

—¿Qué?

—Nada, olvídalo…

Y un segundo después de nuevo el sonido de la cámara. Ni siquiera se interesaba por las explicaciones que les daba su *poler*.

En la noche en el campamento los guías contaban historias de safari alrededor de la hoguera, como la del niño al que una hiena había sacado una noche de la carpa y no había sido encontrado nunca, o la leyenda del tejón de miel que era casi del tamaño de un carro, aquel animal que se hizo famoso en la película *Los dioses deben estar locos*. Era impresionante como los guías lograban mantener la atención de todos, como niños que escuchan historias

de terror sin querer oír más, pero sin atreverse a irse a la cama… y para ellos la cama era una colchoneta y un saco de dormir en una pequeña carpa en medio de aquel reino salvaje, sin cercas o paredes que realmente pudieran evitar que esas historias se hicieran realidad.

Mensaje de Sofía: Hoy hice tu nombre de nuevo y me quedó más bonito, van las fotos.

Día 34

Sofía:

Acabo de salir del delta y pasamos por Maun para internarnos en una zona llamada Moremi. Vamos en un carro 4x4 descubierto que tiene cinco filas de puestos a las que se accede desde los lados, creo que lo más parecido que he visto antes es un bus de escalera. Hoy mi lugar es en la silla de atrás con Daniel, pero cada día vamos a ir rotando para que todos podamos estar en la primera fila. Tengo muchas expectativas de este recorrido, lo único que me preocupa es estar tantos días sin saber de ti. Me alegró demasiado ver que estás escribiendo de nuevo, tienes un talento impresionante para la caligrafía, gracias por este regalo mi amor.

Pablo.

A las 4 p. m. llegaron al que sería su primer campamento. Los guías se tomaron un rato para explicarles cómo armar las carpas y desarmarlas ya que tendrían que hacerlo todos los días hasta el final del safari. Mientras los turistas intentaban torpemente seguir las instrucciones que habían recibido apenas cinco minutos antes, los guías se encargaron de disponer el resto del campamento: cavar un agujero sobre el que ponían un asiento de sanitario, construir una ducha de paredes de lona en la que cada uno tendría derecho a tres galones de agua tibia al día, desensamblar el remolque en el que llevaban todo lo necesario para cocinar, encender la fogata y organizar las sillas y las mesas.

Después de cenar, Gabriel les dio indicaciones detalladas por si alguno necesitaba ir al baño durante la noche. Su expresión seria contrastaba con su blanca sonrisa.

—Lo ideal es no salir de la carpa que para los animales es como una roca.

—Pero, yo tengo problemas de vejiga, en realidad necesito ir al baño —comentó Julie, una neozelandesa que viajaba con su esposo.

—En ese caso deben activar muy bien los sentidos, primero escuchar que no haya ningún sonido. Abrir despacio la cremallera de la carpa y sacando una mano dirigir la linterna en todas las

direcciones, buscando “ojos” que brillen en la oscuridad.

—Si todo hasta ahí está bien —lo interrumpió Baeti— deben salir lo más rápido posible, cerrar de nuevo la carpa para evitar que algún animal entre, caminar directo al baño explorando con la linterna en busca de ojos y escuchando atentamente.

—¡Debieron haber dicho esto antes de tomarnos esas cervezas! —comentó Iaian el esposo de Julie, mientras todos menos los guías soltaron una carcajada.

—¡No es un chiste! —los calló Gabriel—. Es la forma de mantenerse vivos. Nosotros estaremos atentos a cualquier sonido. Una vez terminen deben hacer exactamente lo mismo para regresar a la carpa.

El grupo se quedó en silencio por unos minutos y cada uno fue al baño, incluso sin ganas, para evitar salir más tarde.

Día 35

La noche fue bastante agitada en el campamento. Cerca de las 2 a. m. empezaron a escuchar el ruido de ramas quebrándose y la excitación creció hasta que los guías los calmaron gritando que solo era un grupo de jirafas alimentándose. Aun así, todos estaban en pie rodeando a Kenosi en la cocina a las 5 a. m., media hora antes del momento establecido para despertarse.

Daniel fue el encargado de poner orden a tanta excitación mostrándoles que las ramas partidas y el excremento coincidían perfectamente con la teoría de las jirafas, y respondiendo a las preguntas más inverosímiles que los siete citadinos tenían sobre la vida en la sabana.

En realidad Daniel no interactuaba con nadie. Se sentaba siempre en la última silla y solo hablaba para indicar algún animal en la distancia o para explicarle a Cort algo muy extenso que después resumía en inglés con una sola frase. Hijo de padres alemanes, había llegado a Botsuana hacía diez años y aunque había ido a la universidad para graduarse como guía profesional al igual que sus compañeros locales, se notaba de lejos que se sentía superior a ellos. No los ayudaba en ninguna de las tareas del campamento y participaba solo cuando podía exhibir algún conocimiento que los demás no tuvieran; sin embargo, era el mejor avistador de todos y lograba descubrir los animales mucho antes que cualquiera.

Para Sofía también había sido una noche agitada. Mónica le había pedido que hiciera un ejercicio antes de dormir que consistía en recorrer mentalmente cada parte de su cuerpo prestando mucha atención a cualquier sensación que tuviera: concentrándose en el tacto de su piel sobre las sábanas, en la presión de la espalda sobre

la cama, en el cosquilleo del aire con cada respiración. Haciendo este ejercicio Sofía se descubrió moviéndose de manera suave para que la pijama le acariciara los pezones. Llevaba meses sin sentir ningún impulso sexual, incluso desde antes de que se fuera Pablo, y esa pequeña sensación despertó su curiosidad por ir un poco más allá, deslizar los dedos entre las piernas, darse cuenta de que estaba un poco húmeda, separar los labios y permitirse jugar con ella misma, amarse con sus limitaciones, excitarse, dejarse llevar y terminar con un gemido de placer.

Día 36

Mensaje de Sofía: ¡Eres mi vida!

Era sábado y los fines de semana Mónica no trabajaba. Sofía estaba llena de preguntas, quería entender cómo había podido sentir tantas cosas la noche anterior, entonces optó por estudiar por su cuenta y leer todos los artículos que pudo sobre ELA y el sexo. Entendió que la enfermedad no afectaba directamente su deseo ni su capacidad sexual y que muchos pacientes lograban establecer una conexión incluso más profunda con sus parejas a través de la intimidad, lo cual les ayudaba a sobrellevar otros aspectos más difíciles de sus relaciones cotidianas. Pensó en Pablo y todas las ocasiones en las que lo había rechazado después del diagnóstico, en realidad en el último año apenas habían hecho el amor un par de veces.

En Botsuana Pablo había entablado una buena relación con los neozelandeses. Iaian también era corredor como él y pasaban las lentas horas de la tarde hablando sobre sus métodos de entrenamiento, las zapatillas que prefería cada uno, los tiempos que habían logrado y la falta que les hacía salir a correr en esos días de viaje.

Los safaris, aunque eran extenuantes, no eran físicamente demandantes. Durante las horas de recorrido, por lo general de 7:00 a 10:30 a. m. y de 4:00 a 6:30 p. m., bastaba con quedarse sentado e ir prestando mucha atención para ver algún animal. Al llegar al campamento al mediodía era el momento para almorzar, ducharse, hacer la siesta, leer, presumir las fotos y conversar con los demás compañeros del grupo en el que también había una pareja de australianos ya mayores quienes parecían disfrutar más de contar historias sobre sus nietos que del safari mismo.

Fue así como supo que Cort y Tatiana no eran pareja sino compañeros de trabajo. Ambos pertenecían a una agencia de viajes con oficinas en varios países de Europa y habían sido invitados por la empresa de safaris para que conocieran sus servicios y los

incluyeran en las recomendaciones a sus clientes. Cort solo hablaba con Daniel y Tatiana parecía estar siempre de mal humor y únicamente participaba cuando estaban compartiendo fotografías.

Los días eran muy fríos y secos. En la mañana salían con al menos tres capas de ropa, gorro, bufanda y guantes que complementaban con cobijas sobre las piernas. Al pasar las horas se iban despojando de las capas, para volver a ponérselas en la tarde al caer el sol. Los campamentos eran diferentes cada día; estaban recorriendo el país desde el centro hacia el Norte y el lugar al que llegaban a dormir era apenas un espacio que había sido despejado de maleza con un número pegado de un árbol.

Esa noche Sofía quiso experimentar de nuevo, pero no logró sentir la misma conexión con su cuerpo que la noche anterior.

Día 37

Mensaje de Sofía: He aprendido tanto estos días, ojalá podamos hablar cuando llegues a Livingstone.

Cada noche desde las débiles carpas podían escuchar diferentes tipos de animales: hienas a lo lejos llamándose entre sí, elefantes caminando muy cerca, mangostas dando pasos ligeros o leones rugiendo. El grupo se iba sintiendo más confiado, comentando entre susurros de una carpa a la otra lo que estaban escuchando hasta que Gabriel o Baeti los regañaban y les pedían que se callaran.

Ese día Pablo se despertó con muy poca energía y con las horas se fue sintiendo enfermo. Le dolían los huesos y la garganta, tenía los ojos llorosos y estaba muy cansado. Tatiana de inmediato se ocupó de él. Buscó en el botiquín alguna pastilla para ayudarle con los síntomas y se hizo cargo de lavar sus platos después de comer.

Para Pablo era como si se tratara de una persona diferente. Lejos de la indiferencia de los días anteriores, todo el tiempo estuvo pendiente de que se hidratara bien, se cubriera en las horas más frías del día, tomara algo caliente con las comidas, e inclusive revisó en la despensa móvil lo que había para hacerle algún té que le ayudara. En la noche antes de irse a dormir pasó por la carpa de él, que se había ido a acostar inmediatamente después de comer, para llevarle unas botellas de agua caliente que le ayudaran a subir la temperatura dentro de la bolsa de dormir y se ofreció a hacerle un masaje en la espalda con un ungüento mentolado.

—¿Te sientes un poco mejor? Respira profundo que este vapor te ayuda.

—Sí… un poco…

—Vaya, eres igual a todos los hombres, y te lo diré yo que tengo cuatro hermanos. Se golpean un dedo del pie y literal... se hacen

polvo.

—No, no creo, yo soy muy fuerte…

—Claro que sí, ya te he visto hoy queriendo salir corriendo a que tu madre te cuide… Mmmm creo que tienes un poco de fiebre, ¿te parece si me vengo a dormir acá esta noche?

Y aunque hizo una pregunta realmente era una afirmación. Antes de que él insinuara una respuesta ya ella estaba pidiéndole a Daniel que le explicara a Cort que esa noche iba a cuidar al colombiano enfermo. Pablo hacía muchos años no dormía con una mujer diferente a Sofía, pero esa noche necesitaba sentir que alguien lo protegía.

Día 38

Sofía tenía muchas preguntas preparadas para hacerle a Mónica y cuando llegó la saludó con un "tuve un orgasmo" tan efusivo que hasta su mamá pudo escucharlo desde la otra habitación. Mónica estalló de risa y Sofía sintió que había derrumbado una pared. Ese día no sacaron los papeles ni los marcadores, Mónica se dedicó a explicarle a Sofía cómo a través de la práctica tántrica podía incrementar su consciencia usando técnicas de relajación y respiración como las que le había estado enseñando en los últimos días.

Hicieron varios ejercicios juntas para que Sofía pudiera practicar estando sola. Unos meses atrás no habría imaginado que alguna práctica espiritual llegara a serle útil o que a través de la consciencia de su propio cuerpo pudiera sentir la energía que ella misma emanaba y la que recibía de otros. Mónica le pidió que fuera lentamente, era un proceso que requería movilizar muchas cosas en ella y no debía tomarse a la ligera.

Pablo había pasado el día un poco mejor; Tatiana no se había despegado de él ni un momento, cuidándolo y consintiéndolo cada vez de manera más cariñosa. Esa noche de nuevo durmió en su carpa sin siquiera preguntarle.

Mensaje de Sofía: Esta noche soñaré que hacemos el amor.

Día 39

—Oye Pablo, ¿tú que vas a hacer cuando lleguemos a Kasane?

—Voy para Livingstone a las cataratas, ¿tú no?

—No lo sé aún, tengo ganas de seguir para Namibia ya por mi cuenta. Ya ves todo lo que nos han contado los neozelandeses, parece que es un país precioso y se me antoja aprovechar que está tan cerca. ¿Tú vas a ir luego?

—Lo pensé antes de salir de Colombia e incluso saqué la visa,

pero después lo descarté porque ya me gasté una parte importante del presupuesto en este safari y según vi es un país costoso para viajar, o al menos para mí que voy solo.

—Pues mira, eso ya que lo sé, que es caro…, pero si nos juntamos, a lo mejor podemos ahorrar algo. ¿Te vienes conmigo? Yo con mi licencia de turismo puedo conseguir uno que otro descuento.

La idea sonaba tentadora. Tatiana se encargó de que Julie les contara muchos detalles de Namibia y pasaron las horas libres de la tarde viendo las fotos que Iaian había tomado justo un par de semanas antes. Pablo sin embargo se sentía muy inseguro; ¿qué pensaría Sofía de que se fuera con una mujer?, ¿una mujer soltera?, ¿una mujer soltera y joven?, ¿una mujer soltera, joven y hermosa?, ¿una mujer soltera, joven, hermosa y cariñosa?, ¿una mujer soltera, joven, hermosa, cariñosa e inteligente? Entre más lo pensaba más adjetivos iba sumando: ¿una mujer soltera, joven, hermosa, cariñosa, inteligente, divertida y sexi? ¿Desde cuando le parecía sexi?, ¿qué hacía él fijándose en la forma en que se tocaba el cabello?, ¿por qué andaba recordando lo suaves que eran sus manos cuando le había dado el masaje en la espalda?, ¿cómo era que terminaba sonriendo cuando la veía sonreír a ella, aunque no estuviera hablando con él? Entre más lo pensaba la conclusión le parecía más obvia: era una muy mala idea irse a Namibia con Tatiana.

Sofía seguía obsesionada con el sexo tántrico, pero no había podido repetir la experiencia de la primera noche, aunque estaba más informada no solo por las indicaciones de la terapeuta, también por decenas de videos que había visto y artículos que había leído sobre el tema. Mónica, quien se divertía con su frustración, le explicó que era normal que la energía se bloqueara ahora que intentaba forzarla, así que por algunos días volverían a la caligrafía.

Sofía escribió el nombre de Pablo una vez más. Esta vez con marcadores más finos y de menor tamaño. Quería sorprenderlo cuando regresara del safari en un par de días.

Día 40

Como todas las mañanas Baeti pasó revisando la manera en que habían empacado las carpas para guardarlas y los regañó por su falta de pulcritud. Habían amanecido rodeados de babuinos en las copas de los árboles esperando el menor descuido para robarles la comida, y aunque no había salido el sol, podían verlos moverse ágilmente entre las ramas y escuchar sus gritos muy cerca.

Pablo había dormido poco; ya se sentía bien de salud, pero creía que estaba engañando a Sofía por dormir las últimas tres noches

con otra mujer. Aunque no había pasado nada con Tatiana, ahora hablaban durante horas de todos los temas y cada vez le parecía una mujer más fascinante. La indecisión sobre si seguir o no con ella hacia Namibia lo había mantenido desvelado. Sofía le había dicho muchas veces que eso iba a pasar y que no debía limitarse pensando en ella, pero era inevitable considerar que estaba casado y que el amor de su vida estaba al otro lado del mundo estirando al máximo los días.

—Tatiana, tengo que decirte algo antes de tomar alguna decisión sobre el viaje a Namibia.

—¡Vaya tío! qué serio te has puesto, ¿qué ha pasado?

—Bueno, no me lo has preguntado, no te lo he dicho, no quiero que pienses que estoy anticipándome a algo o que estoy malinterpretando tu amabilidad, pero quiero que sepas que... estoy casado.

—Jajaja Pablo, ¡qué gracioso eres! Eso ya que lo sé… Si lo dijiste desde el día en que te presentaste y lo has repetido varias veces. Además, he oído hablar de mujeres que viajan solas y llevan argolla de matrimonio para que no las molesten, pero serías un hombre muy extraño si hicieras lo mismo.

—Jajaja sí es cierto… Bueno, ¿y qué piensas?

—Pues, qué te puedo decir, yo en eso no pienso. Es tu condición, no diré que tu problema. A mí me caes muy bien y me parece que nos entendemos mucho. Si voy a irme a Namibia dos semanas me parece mejor hacerlo contigo que irme sola, pero la verdad no afecta mis planes si vienes o no.

La conversación lo hizo sentir más tranquilo. Al menos a Tatiana no le estaba ocultando nada. En la salida de la reserva se detuvieron a tomarse algunas fotos con los inmensos baobabs, y ya un poco cansados de tantos días con la misma rutina fueron a Kasane donde pasarían la noche en unas cabañas al lado del río. Tatiana no pidió que les asignaran la misma habitación cuando hicieron el *check-in* y compartió con Cort como estaba previsto en su itinerario. Antes de irse cada uno por su cuenta, le dijo que necesitaba saber máximo a la hora de la cena si iba a unirse a ella o no.

Pablo se emocionó leyendo los mensajes de Sofía de los últimos días y viendo las fotos de las hojas con su nombre. Intentó hablar con ella, pero no logró contactarla en todo el día.

> Sofía:
>
> Pensé que después de Kruger sería imposible vivir una experiencia de safari más increíble, pero Botsuana fue aún más espectacular. Luego de recorrer el delta en *mokoro*, estuvimos tres días en la reserva Moremi y otros tres días en Chobe. Cada

uno de estos lugares fue diferente y especial. En Moremi encontramos la sabana en su máxima expresión: espacios amplios, casi infinitos, en los que una acacia a veces sobresalía en medio del pasto; algunos pozos de agua que eran ideales para esperar a que se acercaran los animales, por momentos mucha arena (nos quedamos atascados el segundo día y casi no sacamos el carro de ahí), y en general un paisaje en tonos ocre perfecto para que los animales se camuflaran.

Nuestros guías resultaron ser expertos: tenían mucho conocimiento sobre los animales, sus hábitos, sus sonidos. Sabían diferenciar perfectamente la mierda de unos y otros e incluso cuando había viento podían indicarnos hacia qué dirección mirar por los olores que percibían. Yo he ido agudizando mis sentidos y ya me sé los nombres de muchos animales en inglés. Ellos me explicaron lo de los cinco pequeños que mencionaste algún día y nunca te respondí, les encantaba buscarlos y pudimos ver cuatro: la musaraña elefante, el bufalero piquirrojo, la tortuga leopardo y el escarabajo rinoceronte. La verdad es que vimos algunos agujeros de las hormigas león, pero no teníamos tiempo de quedarnos esperando a que salieran y los guías jamás hicieron nada para modificar el comportamiento de los animales. Ellos eran muy divertidos y nos hablaron de los cinco feos, los cinco tímidos y los cinco imposibles: calificativos que han ido creando para alimentar la curiosidad de los turistas.

Cuando llegamos a Chobe la experiencia fue diferente: a lo largo del río Zambeze miles de animales encuentran tierras fértiles y en algunos casos zonas llenas de árboles para refugiarse. Es también el lugar del mundo con la mayor concentración de elefantes por kilómetro cuadrado y pudimos ver manadas de cientos de ellos, de todas las edades, observar sus lentos movimientos, la manera en la que cuidan a las crías y lo expresivos que son sus gestos. Vivimos un momento muy especial con un grupo de leones: cuatro hembras, un macho joven y cinco cachorros. Estuvimos mirándolos durante al menos una hora, viendo cómo jugaban, la manera en que las leonas parecían regañarlos, la melena de principiante del macho que todavía no estaba en edad de aparearse.

El grupo fue muy diverso y me hice muy amigo de una española que trabaja en una agencia de viajes y seguirá para Namibia por un par de semanas. Me dio la opción de unirme a ella para aprovechar que sea más económico y creo que voy a tomarla; en el grupo también había una pareja de Nueva Zelanda que estuvo allá antes de venir a este safari y quedé

impresionado con sus fotos y sus historias. En teoría voy a tener más conexión a Internet que en Botsuana, pero si dejo de escribirte algunos días no te preocupes por mí, voy a actualizar en el archivo del itinerario los lugares tentativos a donde vamos a ir. Ya revisé las fechas y están bien con el resto del plan, creo que le voy a quitar algunos días a Tanzania o Kenia y también estoy dentro del presupuesto que habíamos considerado.

Gracias amor por tus mensajes, estoy muy feliz de que hayas retomado la caligrafía.

Te amo,

Pablo.

Envió el mensaje con mucha consciencia de lo que había escrito y de la decisión que ya estaba tomada. Intentó explicar las cosas de la manera más imparcial posible para no prevenir a Sofía sobre Tatiana.

Mensaje de Sofía: ¡Qué experiencia!, sentí como si estuviera ahí contigo. Me encanta que te vayas a Namibia, es un país del que sé muy poco pero las fotos que he visto son hermosas. Te amo.

Durante la cena el grupo se concentró en recordar las anécdotas de los últimos días y en agradecer a los guías por su buen trabajo. Todos se despidieron con mucho cariño e intercambiaron números de teléfono y cuentas en redes sociales. Pablo le pidió a Tatiana que se quedaran para hablar de Namibia y frente a una hoguera ya casi extinta en una terraza que daba al río en el que escuchaban a los hipopótamos a lo lejos le confirmó que se iría con ella.

CAPÍTULO 3

Día 41

Gran parte de las fronteras de Namibia fueron dibujadas sobre un mapa con una regla por algún europeo durante la repartición de África; sin embargo, en esa zona del Norte tenía un apéndice que se adentraba en el río Zambeze entre Botsuana y Zambia, un área que no había sido protegida oportunamente y que era territorio de pescadores y agricultores. Desde Chobe, en el lado de Botsuana, se podían ver las pequeñas embarcaciones que solo llegaban hasta la mitad del río y era evidente la diferencia entre la vegetación y la vida salvaje en cada una de las orillas.

Se despidieron de los demás compañeros para cruzar la frontera lo más temprano posible. Al otro lado los estaba esperando un transporte que Tatiana había coordinado con un *lodge* de safari en Caprivi donde pasarían esa primera noche. Les tomó ocho horas llegar después de cruzar el Parque Nacional Bwabwata donde tuvieron la oportunidad de ver elefantes, búfalos y antílopes. El parque estaba literalmente dividido por una carretera por la cual transitaban todo tipo de vehículos, incluyendo los camiones que iban hacia Botsuana. La velocidad estaba controlada y se sentían un poco extraños al encontrar vida salvaje cruzando la carretera en cualquier momento.

El *lodge* resultó básico, pero bastante cómodo y con una hermosa terraza hacia el río. El atardecer fue el momento perfecto para planear mejor la ruta que iban a seguir y ponerse al día con los mensajes y llamadas que cada uno tenía pendientes. Pablo conversó con sus papás y con un par de amigos, pero no se atrevió a contactar a Sofía porque el tema de Tatiana aún lo hacía sentir inseguro.

> Sofía:
>
> Ya dejé actualizado todo el itinerario con los lugares en los que vamos a estar las dos próximas semanas, y aunque la experiencia del safari es increíble estoy sintiendo la necesidad de cambiar de actividad. En Namibia voy a estar también en algunas ciudades (donde espero volver a correr) y en el desierto más antiguo del mundo. Sin embargo, lo que más expectativa me genera es conocer algunas de las tribus locales, en especial la *himba;* parece que aún conservan sus tradiciones y eso me llama bastante la atención.
>
> ¿Tú cómo has estado amor? Cuéntame más sobre la

caligrafía.
Pablo.

Con los ejercicios que le había recomendado Mónica, Sofía se dio cuenta de que había bajado considerablemente de peso en los últimos meses. Ya había notado que la ropa le quedaba mucho más suelta, sin embargo, al explorar su cuerpo con mayor detalle pudo sentir que los huesos de la pelvis sobresalían un poco. También notó que sus senos eran más pequeños y que le empezaba a colgar la piel de la barriga. ¿Qué pensaría Pablo de su cuerpo? ¿Le gustaría ahora que estaba más delgada? ¿Sentiría aún deseo por ella?

Mensaje de Sofía: El viaje se ve espectacular, ya tracé la ruta en el mapa.

Día 42

En el *lodge* de Caprivi Tatiana y Pablo organizaron un recorrido de tres días por el parque Etosha, el principal destino de safari de Namibia. Tatiana era muy hábil con la negociación y usó sus conocimientos sobre turismo para obtener una muy buena tarifa que incluía transporte gratis para llegar a Windhoek, la capital del país.

Etosha era un parque muy diferente a todos los anteriores. Se trata de una extensa planicie en la que se encuentran varias lagunas saladas ya secas, la mayor de ellas con casi cinco mil kilómetros cuadrados. Estas lagunas dejaron una capa blanca sobre la superficie de la tierra que le da una apariencia única al parque y en muchos casos a los animales. Su guía y conductor tenía un nombre que no lograron aprenderse, se llamaba Ngazetungue, solo superable por el nombre de las montañas que rodeaban el parque: Ondundozonananandana, que significa “lugar donde el muchacho perdió a su rebaño, probablemente a causa de un leopardo”. Fue así como entre risas, intentando repetir las palabras que parecían un trabalenguas, aprendieron que en Namibia la mayoría de las cosas se nombraban de una manera muy descriptiva e inclusive para muchos nativos las fechas no se rigen por los calendarios sino por los acontecimientos que las representan.

Su primera noche la pasaron en Namutoni, un campamento muy especial: a lo lejos se veía como una fortaleza, un castillo blanco con algunas torres; allí encontraron un par de restaurantes, una pequeña tienda, una piscina y una terraza de observación que daba hacia uno de los pozos de agua construidos para atraer a los animales durante la época de sequía. Su guía les explicó cómo ensamblar la carpa que llevaban sobre el techo de la camioneta, una solución muy común en Namibia por su practicidad para acampar y les preparó una cena sencilla mientras ellos buscaban ver algunos

animales en el bebedero sin mayor éxito. Esos pozos eran lagunas artificiales construidas en lugares estratégicos del parque que permitían a los animales disponer de una fuente permanente de agua y a los turistas de un lugar para observarlos.

Pablo y Tatiana intentaron dormirse sin pensar en lo mucho que disfrutaban de estar juntos.

Mensaje de Sofía: Me pasé todo el día viendo las fotos que tomaste en Botsuana, están impresionantes. ¿Cuál de las mujeres es la española?

Día 43

Antes de que fuera la hora de despertarse, Pablo miraba a Tatiana en silencio, intentando medirla en pensamientos, entender su personalidad llena de extremos, la capacidad que tenía para lucir diferentes emociones apenas con algunos minutos de diferencia, lo apasionada que era con todo lo que se proponía, las muchas cosas de su vida privada que jamás llegaba a compartir. Desde la última noche en Chobe no había vuelto a ser cariñosa con él, lo trataba como a un hermano: le hacía bromas todo el tiempo y hasta se quitaba la ropa para ponerse la pijama cuando los dos ya estaban en la carpa, sin ningún pudor.

Desayunaron, guardaron la carpa en el techo e iniciaron el recorrido rumbo a Halali, el campamento donde pasarían las siguientes noches. La primera parada fue el pozo de agua Chudop donde pudieron ver un par de hienas bañándose, algunos kudús con sus orejas de terciopelo, las cebras con los diseños únicos de sus pieles y los órices, el animal nacional de Namibia, con sus enormes cachos rectos sobresalientes a la distancia.

En el recorrido también se detuvieron cerca a la depresión más grande del parque, de la cual toma su nombre Etosha, “el gran lugar blanco”. Allí algunas jirafas lamían la superficie seca y su guía, a quien apodaron “Enga”, les explicó que los animales hacían esto cuando sentían que les faltaba algún mineral.

—Enga, ¿qué es eso que se ve allá muy lejos?

—Páseme los binóculos que están ahí atrás —pidió el guía a Pablo mientras detenía la camioneta a la orilla del camino.

—Me parece que es un elefante —opinó Tatiana.

—¡¿Pues cómo!?, ¿no ves que es todo blanco? ¿Acaso hay elefantes albinos?

—Sí, Tatiana tiene razón es un elefante… Esperemos a que se acerque para que lo vean mejor.

Mientras el elefante (un joven macho que deambulaba solo) caminaba hacia ellos, el guía les explicó que estos animales se hacían un baño con los minerales secos de la superficie de la depresión, como una medida para protegerse del sol. El elefante

pasó apenas a unos metros y pudieron apreciar a un ejemplar maravilloso que parecía tallado en mármol.

La tarde la pasaron en el bebedero de Halali, un campamento menos ostentoso en su construcción, pero mucho más completo en servicios que Namutoni, con una enorme piscina, restaurante, bar, estación de gasolina y un minimercado. Al bebedero podían ir caminando, y prácticamente en todas las horas del día y de la noche había algunos animales merodeando.

Mensaje de Sofía: Creo que ya sé cuál es la española... ¿Era la chica joven del grupo?

Día 44

Cuando Pablo se despertó Tatiana lo estaba mirando muy pensativa y él se preguntó si ella también lo observaba mientras dormía como él lo había hecho apenas el día anterior.

—Buenos días Tati, ¿decidiste madrugar?

—Sí, ayer nos acostamos muy temprano, llevo despierta un rato.

—¿No te parece impresionante despertarte en medio de África, durmiendo en una carpa en el techo de un carro?

—¡Vaya, cuando lo dices así sí que suena impresionante! Nadie creería que en realidad se duerme tan a gusto, y contigo es muy fácil, no te mueves nada en toda la noche.

Todavía mirándolo le acarició el marco de la cara, lentamente bajando por su incipiente barba. Él, petrificado, la observaba sin moverse, reprimiendo las ganas impulsivas de besarla. Hacía varios meses que no lo acariciaba ninguna mujer y desde Francistown no tenía un momento oportuno para liberar un poco la pulsión sexual. Enga los sacó del trance avisando que el desayuno ya estaba listo.

Mientras comían apenas se miraron para pasarse la sal o la mantequilla. La mañana fue bastante pesada al inicio manejando grandes distancias en las que además de los tradicionales antílopes, pudieron apreciar algunas hienas y leones a lo lejos. Sin embargo, cuando ya se dirigían de nuevo al campamento para almorzar, sorprendieron a un joven leopardo descansando fuera de unos arbustos al lado de la carretera. Alcanzaron a tomar unas cuantas fotografías antes de que se escabullera entre los matorrales de la sabana.

En la tarde Tatiana prefirió quedarse en la piscina y Pablo se dedicó por horas a observar los animales en el bebedero cerca al campamento. Decenas de elefantes llegaban hasta allí para tomar agua y pudo ver algunos rinocerontes negros, ya casi extintos en todo el continente.

La cena la pasaron también en silencio, y después de comer fue Tatiana quien prefirió irse para el pozo con el pretexto de no acostarse tan temprano. Cuando llegó a la carpa Pablo fingía

dormir.

Mensaje de Sofía: Leí lo que te escribí ayer y no quiero que pienses que me dan celos, solo es curiosidad. Quiero saber todo del viaje.

Día 45

Esta vez ninguno se despertó antes de que el guía los llamara, o al menos eso quisieron simular para evitar la tensión que seguía creciendo entre los dos. Enga sugirió que cambiaran la rutina y salieran a hacer el recorrido en la tarde; el bebedero en la mañana solía estar muy concurrido y las oportunidades de ver animales eran inclusive mejores que manejando por las carreteras del parque.

Tatiana se quedó organizando algunas fotos para liberar memoria de la cámara y Pablo se fue de inmediato al bebedero. Ella llegó casi una hora después y se sentó a su lado. Por el pequeño pozo de agua pasaron elefantes, leones, cebras, hienas y un rinoceronte negro.

Caminando hacia el campamento Tatiana abrazó a Pablo cariñosamente y él le dio un beso en la sien. Ambos extrañaban esa pequeña intimidad que habían perdido y a la hora del almuerzo ya estaban de nuevo hablando de todo y de nada. En la tarde hicieron un circuito por los alrededores, y esta vez algunos chacales de lomo negro fueron la principal atracción. En esa zona del parque, a diferencia de Namutoni donde había un poco más de vegetación, el terreno era seco y apenas algunos arbustos sobresalían en medio de la sabana.

Después de la ducha se sentaron en el bar a tomar un par de cervezas y conversar. La punta de los dedos de ella roza suavemente los dedos de él. Las rodillas se acercan un poco más debajo de la mesa. Los silencios son miradas a los ojos, a la boca, al televisor encendido a lo lejos. Ella se acerca para decirle algo al oído. Él no la deja apartar y le pasa los dedos por la nuca jugando con su pelo aún húmedo. Ella cierra los ojos para disfrutarlo, para olerlo, para sentir la respiración de él que se acerca ahora a su oreja, a su mejilla, a su boca. Él le pasa los dedos por los labios. Ella los moja levemente con la punta de la lengua. Él acerca más su silla. Ellos se besan, se conocen, se recorren, se olvidan.

Enga los llamó para que fueran a cenar. Comieron en silencio, con las ganas puestas en otros deseos. Cada uno se durmió mirando hacia su lado, esperando a que fuera el otro quien diera el primer paso.

Mensaje de Sofía: ¡Odio que te vayas de safari!

Día 46

Pablo acarició suavemente la cara de Tatiana para despertarla,

pero ella se asustó pensando que era algún animal y en medio del sueño terminó dándole un puño que hizo temblar la carpa en el techo. Se rieron tanto que los campistas vecinos empezaron a gruñirles y tuvieron que contener las carcajadas con un beso. Tatiana besaba con toda la boca, con todo el cuerpo, con toda la vida. Él se sentía embriagado de deseo, intentando salirse de la bolsa de dormir, luchando por sacarla a ella. Toda la escena era tan absurda que terminaron de nuevo riéndose y decidieron irse al pozo donde seguramente no habría nadie antes del amanecer.

Para su sorpresa, el bebedero estaba lleno de animales y de turistas en la terraza. En silencio los binoculares y los lentes de largo alcance se destacaban entre los rostros cubiertos por el frío, observando la escena en la que un leopardo se acercaba lentamente mientras un impala solitario tomaba agua. Sus intenciones pasaron a un segundo plano y regresaron equipados con lo necesario para observar aquellos movimientos sutiles apenas marcados por un par de ojos iridiscentes que medían la distancia, el tiempo, los pasos necesarios para lograr su presa. Un leve ruido fue suficiente para que el antílope estuviera alerta, la nariz en dirección al depredador, aunque no pudiera verlo, las orejas atentas a cualquier otra señal, el cuerpo tenso y listo para huir. Escucharon el crujido de una rama y ambos animales salieron corriendo, el impala con saltos en zigzag, el leopardo con movimientos precisos. Un segundo después, el bebedero estaba en calma como si nada hubiera pasado.

Su siguiente destino fue Okonjima, “lugar de los babuinos” en lenguaje herero, uno de los idiomas tradicionales de Namibia. Allí llegaron a una zona de camping privada, donde los recogió un vehículo de safari para hacer un recorrido en el que vieron a un gran leopardo que vivía en una zona confinada y a una familia de guepardos en proceso de rehabilitación; además visitaron el centro de educación de la fundación que servía para acercar las comunidades a los grandes felinos y a través de la comprensión de estos hermosos animales contribuir a su protección.

Antes de dormir se dieron besos y caricias como un par de adolescentes, la carpa en el techo del carro definitivamente no era cómoda para avanzar y no había un espacio privado al que pudieran ir.

Mensaje de Sofía: ¿Alguna vez has oído hablar del sexo tántrico?

Día 47

Enga los llevó hasta el hotel en Windhoek, la capital del país, donde se despidieron de él con agradecimiento por todo lo que les había enseñado y con mucha ansiedad por lo que seguía. Para Pablo escribirle a Sofía, leer los mensajes que ella seguramente le había

enviado, decidir si contarle lo que estaba pasando o no. Para Tatiana la expectativa sobre ese hombre casado que cada día la atraía más. Para ambos la oportunidad de estar a solas en un cuarto de hotel antes de seguir su recorrido por los diferentes campamentos del país al día siguiente.

Sofía:

Etosha es una planicie enorme con depresiones que dejaron antiguos lagos salados; allí los animales se han adaptado a un ambiente muy especial. Pude conocer algunas especies nuevas, ver con más detalle las hienas, observar de cerca los rinocerontes y dormir por primera vez en una carpa en el techo del carro.

Pensé mucho en ti mi amor. En cuánto habrías disfrutado ver este lugar. En las hermosas fotos que tomarías, muy superiores a mis pobres intentos con la cámara automática. También estuve en una reserva de felinos donde vi por primera vez a los guepardos. Lo más impresionante son las enormes manchas negras que salen de sus ojos como si fueran lágrimas permanentes. Nunca se me va a olvidar la imagen de su cuerpo estilizado sobre pequeñas montañas de tierra desde donde observan atentamente todo lo que pasa a su alrededor.

Esta noche estaré en Windhoek, que se pronuncia “Vínduk”. Por lo que vi cuando llegué, es muy distinta a lo que un turista podría imaginarse de una ciudad africana. Las calles son limpias y alineadas de forma perfecta, tiene una arquitectura que dicen parece europea y en general se ve muy solitaria comparada con todas las otras ciudades que he visitado en este continente.

Mañana temprano alquilaremos un carro para el resto del recorrido, similar al que usamos en Etosha: una camioneta 4x4 con carpa en el techo y todo lo necesario para cocinar en los campamentos, pero esta vez iremos sin guía. En la noche dormiremos en el desierto del Kalahari y voy a estar otra vez sin conexión por varios días.

Acabo de buscar en Internet lo del sexo tántrico, ¿por qué la pregunta? Ya me hiciste dar curiosidad.

Te amo,

Pablo.

Decidió que no valía la pena hablar de Tatiana. Solo se habían dado algunos besos y encontrar los mensajes de Sofía, de sus papás, de sus amigos, lo había acercado por algunas horas a su círculo en Colombia.

Esa noche fueron a cenar a Joe’s, el lugar recomendado por el hotel, las guías y todos los foros de viajeros que visitaban la ciudad.

Se trataba de un restaurante y bar bastante auténtico, lleno de objetos decorativos locales, muchos turistas, música a alto volumen y vasos de cerveza acumulándose en las mesas.

—¡Uy! mira este menú, hay carne de cebra, de oryx, de kudú, de gacela, de cocodrilo…

—No sé Tati... Después de verlos tan de cerca... no soy capaz de comer nada de eso.

—¿Estás loco? te he visto comer carne sin medida.

—Sí… pero estamos hablando de carne que salió de una nevera, no sé… esto es otra cosa.

—Uffff, para la doble moral no hay argumento… Yo sí voy a pedir oryx, al fin y al cabo es el animal nacional.

Pablo comió muy pensativo masticando lentamente la ensalada que pidió. ¿Acaso el comentario de la doble moral iba más allá de su repentino vegetarianismo? Se sentía mal por no haberle contado a Sofía sobre Tatiana. Por no haberle contado a Tatiana más sobre Sofía. Fingiendo que estaba indispuesto sugirió irse a dormir temprano. En el hotel Tatiana le consiguió un té pensado que le iba a volver el virus y lo abrazó para poder sentir si le subía la fiebre, pero a él lo estaban quemando sus pensamientos que no hacían otra cosa que competir con sus deseos.

Mensaje de Sofía: Las fotos cada día te salen más lindas, me encanta todo lo que has subido.

En una de las fotos Sofía reconoció a la chica joven del safari de Botsuana acostada en bikini en una silla para tomar el sol al lado de la piscina, con unos enormes lentes oscuros, sonriendo a la cámara, transmitiendo confianza, incluso con un gesto un poco coqueto… Una foto que Pablo había tomado específicamente de ella, de ese momento.

Día 48

Sofía no pudo dormir. Sentía náuseas de pensar en esa mujer tan cerca de Pablo. Se despertó varias veces para ver la foto, para interpretar sus gestos, su sonrisa, la pose en la que tenía las manos, el ángulo desde donde la había retratado, la distancia que había entre ambos. Se sentía amargada, impotente, enferma, incoherente, celosa. Terriblemente celosa. Intentaba controlarse, se repetía que todo lo estaba imaginando, que Pablo no le ocultaría un romance, que ella le había dado la confianza y la tranquilidad para que le dijera esas cosas. Lloraba. Mordía la almohada. Leía el mensaje de Pablo para descubrir lo que no decía. Veía de nuevo la foto. Se odiaba. La odiaba. Lo odiaba.

Cuando Mónica llegó la encontró con los ojos hinchados y sin

bañarse, parecía una persona diferente a la del día anterior.

—Sofía, ¿qué pasó? ¡Te ves terrible!

—Claro que me veo terrible, ¿no sabes que estoy enferma?

—¿Cómo así? ¿Qué pasó? ¿Quieres que llame al médico?

—Estoy enferma Mónica. Tengo ELA, ¿no sabías?

—Claro que sé, pero… ayer estabas muy bien, ¿qué pasó?

—A mí no me ha pasado nada. Estoy enferma. Empecemos de una vez que con lo que cobras por hora, no estoy para conversar.

Mónica sonrió porque había dicho una frase larga sin tener que hacer una pausa, y empezó sin más retrasos; ya había tenido antes pacientes temperamentales como Sofía, sabía que a veces la recaída emocional podía ser más difícil que la física y no valía la pena insistir sobre el tema hasta que se les bajara un poco el enojo. Antes de irse le dejó un libro sobre sexo tántrico.

Pablo decidió alejarse un poco de Tatiana y evitar que las cosas avanzaran. Ella asumió que en el paso por Windhoek habría hablado con su esposa y volvió a tratarlo como a un hermano. Solo hablaron de cosas prácticas durante el día: la recolección del carro, la compra en el supermercado para abastecerse, el fondo común para ir pagando los gastos cotidianos y la ruta para conducir al Kalahari, donde finalmente llegaron al atardecer.

Prepararon la comida, cenaron sin hablar mucho y se durmieron temprano ya que al día siguiente debían madrugar.

Dia 49

Tatiana despertó a Pablo para ir a ver el amanecer en una de las dunas del campamento. Desde ese pequeño montículo de arena anaranjada, el sol se levantaba sobre el horizonte y se sentaron muy cerca el uno del otro para soportar mejor el frío de la mañana. A pesar de su sentimiento de culpa él no podía dejar de desearla y pasar todo el día juntos no ayudaba en absoluto.

—Tati, creo que debemos hablar.

—Claro, dime.

—Bueno, ya sabes que estoy casado, pero no te he contado mucho. Hace casi dos meses que me fui de Colombia para cumplir el sueño de mi esposa de hacer este viaje.

—¿Cómo así? ¿Es el sueño de ella y eres tú el que está viajando?

—Sí… es un poco complejo, pero sí. Te voy a contar la historia y déjame terminar antes de juzgarme porque ya he vivido esto un millón de veces.

—Está bien, dímelo.

—A ella le diagnosticaron una enfermedad degenerativa, hace como un año. Sí ya conozco esa mirada... déjame terminar. Al principio fue muy confuso porque tenía algunos síntomas que no

eran concluyentes y cuando al fin supimos el diagnóstico las cosas no mejoraron. Se deprimió mucho, yo no sabía qué hacer para ayudarla.

—¿Cómo?

—Decidí renunciar al trabajo para estar con ella el tiempo que le quedara, pero Sofía me pidió que hiciera este viaje, su sueño, que yo lo hiciera por ella. Fue muy difícil, intenté convencerla de que no podía irme, de que quería acompañarla, pero me dijo que si no cumplía su deseo nos divorciábamos y al final perderíamos los dos.

—¿Es en serio?

—Sí, y bueno, aquí estoy. Casado con una mujer maravillosa de la que apenas recibo un mensaje corto cada día, sabiendo que un día más es en realidad un día menos, siguiendo la ruta que ella diseñó, intentando transmitirle todo lo que vivo a diario.

—Vaya, Pablo. Qué fuerte. No me habría imaginado algo así nunca.

—Ya sé, piensas que soy un desgraciado por haberla dejado.

—Claro que no, todo lo contrario, creo que hay que amar mucho para hacer algo así.

Se quedaron en silencio un rato más, tomados de la mano hasta que llegaron a buscarlos para ir a visitar una tribu *san*. Tatiana se sentía muy impactada, le costaba creer que la gente se amara tanto. Pablo estaba aliviado, al menos le había contado las circunstancias de su viaje y de alguna forma sentía que ya no estaba traicionando a Sofía.

La visita a la tribu, que duró un par de horas, les permitió conocer de cerca las costumbres de este pueblo tradicionalmente nómada. Su lenguaje fue lo que más les impactó ya que las palabras son formadas a partir de chasquear la lengua con el paladar.

Después de la visita, recogieron todo para dirigirse hacia Sesriem donde encontraron un campamento con muchas facilidades y acceso a Internet.

> Sofía:
>
> Hoy conocí los bosquimanos de Botsuana. Son personas pequeñas, con la piel teñida de un color anaranjado similar a la tierra en la que viven. Son lampiños y se cubren apenas un poco con ropa que ellos mismos hacen en cuero. De esa tribu solo quedan dos mil viviendo en la forma original; es decir, como nómadas cazadores. Los demás viven en granjas, tienen prohibido cazar y subsisten de la ganadería.
>
> Estando Namibia entre los diez países más desiguales del planeta, las bonitas ciudades no son más que fortines de blancos que viven a expensas de negros, quienes, hacinados en

suburbios, trabajan de sol a sol para mantener el nivel de vida de personas cuyos ancestros les arrebataron las tierras y sus recursos naturales, aniquilando sistemáticamente su forma de vida. Un fenómeno que vemos todos los días en nuestros hogares latinos y que se repite a gran escala entre países desarrollados y los mal llamados países en vía de desarrollo.

Su forma de vida pacífica, la ausencia de clases, su estructura social simple fue aprovechada por los colonos europeos quienes no tuvieron ni siquiera que luchar contra ellos. Los *san* fueron apartados, olvidados y encerrados en su propia tierra, y dependen de la ayuda que les pueda brindar el gobierno.

Siento mucha impotencia al ver todo esto, pero sé que es un problema muy complejo que no tiene una sola forma de resolverse y falta mucho más en este camino que estamos recorriendo.

Cuéntame de ti, esperaba leerte hoy.

Te amo,

Pablo.

Sofía lo odió aún más. Lo imaginaba como el más hipócrita de todos, un cobarde que ni siquiera tenía las agallas para contarle la verdad. Obviamente ella ya había deducido, después de revisar todas las fotos que el grupo de Botsuana había publicado en sus diferentes redes sociales, quién era la española, cómo se llamaba, qué hacía y, gracias a los contenidos que ella había subido, lo mucho que estaba disfrutando de ese viaje por Namibia con Pablo, su amigo colombiano.

Día 50

Al día siguiente se levantaron a las 5:30 a. m. con el fin de ver el amanecer en las dunas del desierto del Namib. Manejaron hasta la duna cuarenta y cinco, una de las más famosas, y subieron su ladera para sorprenderse de nuevo con los hermosos colores de la luz sobre la arena. Desayunaron en la carretera y siguieron hacia Sossusvlei por quince kilómetros más. En el camino pudieron ver algunos avestruces y unos cuantos órices.

En Sossusvlei había un gran parqueadero y algunos baños. Lo demás era un desierto infinito, naranja, misterioso, pero muy cercano. Se propusieron subir la duna que les pareció más alta: Big Daddy con 387 metros de altura; sin embargo, pronto vieron que las distancias eran engañosas ya que solo llegar a la base les tomó cerca de media hora. Les sorprendió ver cómo la vida se abría paso aun en las condiciones más extremas: árboles de todos los tamaños formaban un pequeño bosque en un lugar en el que no había llovido en más de diez años.

A medida que subían la duna los impactó la inmensidad del lugar. Después de conquistar la primera cima se abrió ante ellos una especie de cráter blanco, evidencia de un lago que había ocupado ese lugar. Cuando llegaron al punto más alto, el desierto se mostró en todo su esplendor: cobre, naranja, inclusive rosa. Luego de descansar por algunos minutos empezaron el descenso y como niños bajaron a toda velocidad, saltando sobre las dunas. En la base encontraron un paisaje único: Deadvlei. Allí árboles petrificados, de troncos cafés con formas retorcidas, sin hojas y que parecían de plástico, emergían suspendidos en el tiempo en medio de un valle completamente blanco.

Regresaron al campamento sobre la una de la tarde, bajo un calor que parecía derretirlos. Luego de arreglar una de las llantas, almorzar, hacer la siesta, darse un chapuzón en la piscina, ducharse y beber un par de cervezas, salieron antes del atardecer a visitar el cañón de Sesriem, ubicado a unos cinco kilómetros del campamento.

> Sofía:
>
> Estoy seguro de que ya sabes todo sobre el desierto del Namib, pero tal vez no has oído hablar de Sesriem, un cañón de un kilómetro de longitud y treinta metros de profundidad en su parte más alta que fue formado por un río durante dos millones de años y por el movimiento de las placas tectónicas en el continente. Al final de la tarde estuve recorriéndolo, estaba fresco y nos dirigimos hacia el Este donde aún hay un pozo de agua permanente. Mientras caminábamos por el lugar, podíamos imaginar a los habitantes del desierto de otras épocas, llegando a este sitio para refrescarse o pasar la noche. Ahora es el hogar de miles de pájaros y otros animales pequeños. Algo que me llamó mucho la atención es que sus paredes no son labradas como en la mayoría de los cañones, parecieran más bien formadas por la acumulación de sedimentos en diferentes capas.
>
> Estoy preocupándome otra vez, ¿todo está bien?
>
> Pablo.

Sofía seguía enojada con Pablo y cada mensaje en el que no le contaba nada la hacía enfurecer más. Su mal temperamento lo extendía a todos los que la rodeaban y su mamá, para evitar tener que contratar nuevas enfermeras, les dio un par de días libres mientras su hija recuperaba la paz. También canceló las terapias con Mónica y el cambio de rutina para Sofía fue peor porque tenía muchas horas para seguir buscando información sobre Tatiana y armar en su cabeza el guion de películas sobre lo que estaba pasando al otro lado del océano.

—Sofía, por favor, esto no tiene sentido. ¿Qué te está pasando?

—Nada mamá. No me pasa nada.

—Claro que sí te pasa y además tiene que ver con Pablo. Me escribió preocupado por ti.

—Mira mamá, en esto ni te metas que no te incumbe. Ya bastante hiciste decidiendo que no venga ninguna de las enfermeras esta semana.

—Pero hija, es por tu bien…

Y Sofía decidió que no quería tampoco hablar con su mamá, a quien de paso estaba odiando por no entenderla.

Día 51

Pablo llevaba varios minutos mirando la silueta de Tatiana mientras dormía. Sintiendo su respiración tranquila. Acariciándole suavemente el cabello para no despertarla. Tatiana no dormía tampoco. Con los ojos cerrados disfrutaba del juego, de la sutileza, del afecto.

Pablo le pasa el pulgar por los labios y ella lo besa con delicadeza. Los cuerpos se acercan mientras los ojos se miran adivinándose en la oscuridad. Tatiana suspira y la boca de Pablo la interrumpe. Las manos torpes intentan abrir las bolsas de dormir. La carpa cruje.

—Pablo… espera.

—¿Qué? No puedo más…

—Bajemos, vamos a estar más cómodos.

—¿A dónde?

—Dentro de la camioneta.

Hacía frío a esa hora, antes del amanecer. Mientras Pablo buscaba los condones en la mochila, Tatiana quitaba las cosas que tenían en la silla de atrás de la camioneta.

Acostados, él abajo y ella arriba, detienen el tiempo mientras se miran sin verse, se huelen ansiosos, se escuchan respirar, se sienten por primera vez tan cerca, hasta que regresan al presente y se prueban, se prueban sin mesura, dos bocas ansiosas de beberse, morderse, descubrirse. Se abren camino entre la ropa, las manos en la piel, la piel en la boca, la boca en el sexo, el sexo en el sexo. El tiempo se estira y se contrae al ritmo de sus cuerpos que ahora son un cuerpo, el deseo contenido tantos días desbordándose en forma de gemidos, de sudor, de los líquidos de uno y otro. El placer de sentirse unidos, de saberse prohibidos, de abrazarse mientras afuera nace un nuevo día.

El camino los llevó a Solitaire donde probaron los famosos y deliciosos *brownies* de la pastelería McGregor's antes de dirigirse a Walvis Bay, parada obligada para ver una de las comunidades de

flamingos más grande de África. Finalmente llegaron a Swakopmund, el principal balneario de Namibia, donde pasaron la noche casi sin dormir en un pequeño hotel de arquitectura tradicional alemana.

Día 52

Una vez derrumbadas las barreras, Tatiana era una mujer muy tierna y Pablo estaba rendido por las atenciones y los detalles que tenía todo el día con él. Le encantaba la forma en que usaba la palabra "cariño" cada vez que le iba a hablar o que se dejara el pelo suelto porque él había mencionado que así se veía más linda. Se bañaron juntos sin ninguna prisa. Pidieron el desayuno a la habitación para comer en la cama. Se reconocieron sin ansiedades, decidiendo que el día no tendría agenda y que podían disfrutarse sin medida, olvidándose de que necesitaban recuperar las horas de sueño de las últimas dos noches.

Cuando el hambre fue insoportable, salieron a buscar algo de comer caminando tomados de las manos. Pablo se sentía tranquilo con una mujer que no era su esposa en un país tan desconocido que casi ninguno de sus amigos sabía ubicar en un mapa. En la feria de artesanías le compró una pulsera hecha con semillas que para ella fue el regalo más valioso del mundo.

Swakopmund era el puerto más importante por el que se entraba a África del Sudoeste en la época de la colonia, cuando aún pertenecía a los alemanes. La ciudad les pareció bastante ordenada, pero casi sin vida. A las cinco de la tarde sus calles y comercio estaban solitarios. Rodeada por el desierto del Namib y por las frías aguas del Atlántico, la ciudad tenía un clima templado que se enfriaba rápidamente al llegar grandes capas de neblina, lo que contribuía a que desde muy temprano todo el mundo se fuera a su casa.

Día 53

Sofía sentía que se iba a morir. Que Pablo la estaba matando. Sabía que había pasado dos noches en Swakopmund: podía ver en su cuenta bancaria que había pagado con la tarjeta de crédito el alojamiento y una comida en un restaurante. Inclusive llamó al hotel, no para hablar con él sino para constatar que tenían conexión a Internet y que estaba funcionando.

Sofía quería morirse, no porque quisiera dejar de sentir el dolor y la rabia que la estaban consumiendo, sino porque anhelaba que Pablo se sintiera culpable por no haberle escrito en tres días, por estar revolcándose con una cualquiera, por olvidarse que ella era el amor de su vida. Se moriría y él tendría que tomar el próximo vuelo, dejar a la otra abandonada en medio del viaje, intentar llegar

a tiempo a su velorio, saber que ella sufrió y sufrió mucho por culpa de él. Él, el maldito con el que se había casado, al que no le importaba su dolor. Se lo imaginaba llorando en su tumba, pidiéndole perdón, gritando que se había equivocado y que quisiera devolver el tiempo para no haberse ido nunca.

En un estado delirante, producto de varios días sin dormir y de perder la noción del tiempo para tomarse la medicina oportunamente sin el control de las enfermeras, Sofía se desmayó y terminó en la sala de urgencias.

Día 54

El destino de Namibia, al igual que el del resto de África, estuvo atado al de los europeos y sus conflictos a miles de kilómetros de distancia. En 1915 debido a lo sucedido en la Primera Guerra Mundial, como era una colonia alemana fue entregado a Sudáfrica, convirtiendo a Namibia en una provincia más. Los sudafricanos establecieron en la región el régimen del *apartehid* en 1970, destinando una porción del país para los negros, a la cual llamaron *Damaraland* o La tierra de los *damaras*.

Pablo recorrió en dos días una extensa porción de esta región con Tatiana: empezaron por la costa de los esqueletos donde se detuvieron para visitar una enorme colonia de focas; siguieron hacia The White Lady en la base de Brandberg, la montaña más alta del país, un cañón lleno de pinturas rupestres con más de dos mil años de antigüedad. Llegaron a Twyfelfontein a pasar la noche.

Allí visitaron el lugar arqueológico, en el que se encuentran figuras grabadas en roca de por lo menos tres mil años de antigüedad; el museo viviente de los *damaras*, el lugar en el que nativos representan las tradiciones de su cultura en un esfuerzo por no perder sus raíces; y finalmente el bosque petrificado, donde se pueden apreciar algunos árboles fosilizados que tienen al menos doscientos sesenta millones de años.

Su campamento en Madisa era un poco surreal, como salido de la imaginación extravagante de algún artista: enormes rocas de color naranja se apilaban unas sobre otras de manera caprichosa dando lugar a formas inusuales, en medio de las cuales construyeron baños, duchas y cocinas para los visitantes. Desde uno de los montículos observaron abrazados el atardecer que se fundía con los colores de la tierra sobre un valle casi infinito.

Decidieron dormir al lado de la fogata que habían encendido para la cena. Al estar rodeados de rocas su campamento tenía cierta privacidad y estaba resguardado del viento. Durante horas intercambiaron historias sobre su infancia, la de ambos siempre al aire libre, en el campo, en la playa, en los paseos espontáneos de

sus familias que buscaban cualquier pretexto para dormir bajo las estrellas, como ellos esa noche.

Las rutas de Tatiana eran improvisadas: salían con el auto lleno con lo necesario y se quedaban donde encontraban un lugar lindo. Las de Pablo, en cambio, tenían toda la planeación que se necesitaba en la Colombia de los años 90 para estar en zonas seguras en las que no hubiera problemas con la guerrilla. Durante décadas no fue posible ni siquiera viajar entre Medellín y Bogotá y el "aire libre" se redujo a las fincas del oriente antioqueño; después, ni siquiera a eso podían acceder.

A punto de quedarse dormidos mientras conversan, Pablo se acerca para besar a Tatiana diciéndole tenuemente:

—Beso tu boca.

Ella responde con un gesto y con otra frase:

—Con un dedo toco el borde de tu boca.

Y entre frase y frase, convierten en teatro su capítulo favorito de *Rayuela*, el libro preferido de ambos.

—Voy dibujándola como si saliera de mi mano.

—Como si por primera vez tu boca se entreabriera.

Un par de párrafos que ya desnudos terminan de la misma forma en que lo escribió Cortázar: "Y hay una sola saliva y un solo sabor a fruta madura. Y yo te siento temblar contra mí como una luna en el agua".

Día 55

Siguiendo su recorrido por la tierra de los *damaras* llegaron a Grootberg, zona famosa por sus montañas de cimas planas y laderas de casi noventa grados. En su recorrido habían visto a las mujeres *himbas* cuya presencia no pasaba desapercibida para los turistas. El color cobre de su piel y sus miradas profundas eran inconfundibles. En la carretera vieron varios asentamientos pero su actitud les pareció demasiado mercantilista: exhibiéndose con saltos a los turistas que pasaban para hacerlos parar y pagar por sus fotografías; así que su objetivo fue adentrarse en el territorio para visitar una población auténtica de esta comunidad.

Desde el campamento salieron preguntando por un lugar sin nombre. Llegaron a una puerta de control y allí el oficial de turno se ofreció para ser su guía e intérprete. A medida que avanzaban la severa tierra árida daba paso a un pequeño río que formaba en su lecho un oasis con palmeras y toda clase de animales.

La población apareció de repente. Cincuenta personas: mujeres, niños y un solo hombre vivían su rutina de la mañana. El lugar tenía diez chozas construidas de manera rudimentaria, cada una con una habitación de unos nueve metros cuadrados. Una reja

encerraba al rebaño de aproximadamente un centenar de cabras. En medio estaba *okuwuro*, el fuego sagrado, y alrededor mujeres peinándose entre sí y niños jugando. El guía negoció el precio con una de las mujeres, la mayor de ellas, quien hacía las veces de líder siempre respaldada por el único hombre.

Eran mujeres hermosas. Se cubrían con tierra ocre que mezclaban con mantequilla y hierbas aromáticas, un ungüento que les daba su color y olor característico, y que también las protegía del sol. La mezcla también la usaban para el cabello, el cual llevaban largo hasta la cintura en trenzas que con el tiempo se endurecían, como si llevaran serpientes en la cabeza. Con la parte frontal del pelo se hacían unos pequeños cuernos y las puntas las cepillaban con firmeza para exhibir una especie de penacho.

Las *himbas* les contaron de su estilo de vida. De los días llevando el rebaño a los pocos lugares donde crecen hierbas, recolectando el agua lluvia que llevaba más de seis meses sin caer, viviendo una vida de madres que comienza casi el mismo día en que se convierten en mujeres, protegiendo el fuego, haciendo collares para ellas o para vender a los turistas, construyendo nuevas casas que no logran hacer más altas que su propia estatura.

Vieron a los niños jugar alegremente, como los niños de cualquier rincón del mundo. Correr unos detrás de otros, imitar a sus madres arrullando muñecas de trapo o hacerse cosquillas entre sí. A pesar de ser tan distintos, eran iguales. Sus diferencias no estaban más allá de las ropas que usaban o los alimentos que comían. Las mujeres *himbas* eran vanidosas, madres dedicadas, trabajadoras, curiosas, inteligentes… Lejos de lo que ellos consideraban una vida cómoda, lejos del televisor, el Internet, la nevera, la ducha diaria o el microondas, ellas sonreían de manera sincera y su sonrisa les hizo sentir que allí, en medio de esta gran tierra árida de Namibia, ellas eran profundamente felices.

Esa noche durmieron de nuevo al aire libre, abrazados y sintiendo que, en su pequeña vida de fantasía, allí en medio de África, desconectados de sus rutinas, sus familias, sus trabajos, viviendo el presente que pronto sería pasado, ellos también eran profundamente felices.

Día 56

El recorrido de Grootberg a Windhoek les tomó cerca de ocho horas. Ocho horas en las que Pablo no quiso ni siquiera pensar en Sofía. Ocho horas que intentó extender al máximo, deteniéndose en las pocas paradas del camino para tomar un café y conversar un rato. Ocho horas en las que sentía la necesidad de llenarse de Tatiana por cada uno de los poros. Quería saber todo de ella, la

llenó de preguntas, la repasó mil veces.

—Tati, antes de que nos registremos en el hotel…

—Dime, cariño…

—Quiero que sepas que estos días contigo fueron muy especiales para mí.

—También para mí... gracias por decirlo. ¿Esta es la despedida?

—No, no... claro que no. Pero seguro apenas me conecte tendré mil mensajes de Colombia y ya no podré estar dedicado solo a ti.

—Bueno, ya me estabas asustando, todavía nos queda todo el recorrido de veinticuatro horas hasta Zambia, no podría resistir semejante viaje solo con el ruido de mis pensamientos.

Se abrazaron riendo a carcajadas y se besaron lentamente, estirando esos segundos que antecedían a la normalidad.

En cuanto terminaron el registro en el hotel, desocuparon la camioneta para ir a entregarla y fueron a comer a una pizzería que les quedaba a diez minutos caminando. Pablo no quiso conectarse a Internet hasta llegar en la noche, o al menos esa era la excusa que se daba mientras pensaba qué le iba a contar y a ocultar a Sofía de lo que había pasado en los últimos días.

Sin duda, el problema no era haber tenido sexo con otra mujer. Era algo que Sofía había anticipado y de lo que habían hablado en varias ocasiones. Lo que lo mortificaba era que Tatiana le gustaba de verdad, más allá de la atracción física que era muy intensa, se sentía seducido por su forma de ser, por sus ideas, por los proyectos que tenía para el futuro, por la manera en que lo trataba, por lo fácil que era todo con ella. Intentaba no compararla con Sofía, pero pensaba que con su propia esposa no lograba sentirse tan cómodo siendo él mismo, sin que lo estuviera juzgando por todo lo que pensaba, hacía, decía (y también por lo que no pensaba, no hacía y no decía).

Cuando se conectó a Internet el celular parecía que iba a explotar. No sabía ni siquiera por dónde comenzar. No tenía mensajes de Sofía. Sus padres, su suegra, sus amigos, lo andaban buscando como locos para avisarle que ella estaba en la clínica en un estado muy delicado.

—Cariño ¿qué te pasa? te ves muy mal.

—Es Sofía… parece que lleva varios días en la clínica. No logro entender bien la cronología de tantos mensajes.

—¡Deja de leerlos y llama a alguien que te informe! Voy a estar afuera, avísame si necesitas algo.

Llamó a su papá que de inmediato le dio un resumen de lo que había pasado: al parecer los músculos que intervienen en la respiración se estaban debilitando y al bajar la cantidad de oxígeno en el cerebro, Sofía se había desmayado. Afortunadamente estaba

en ese momento con su mamá y pudo llevarla de inmediato a urgencias, sin embargo llevaba todos esos días inconsciente y estaban haciendo pruebas para determinar si había algún daño cerebral permanente o alguna otra condición severa. La tenían bajo control con respirador y al parecer solo era cuestión de esperar.

Pablo se desmoronó en segundos. Mientras él vivía una aventura tan intensa con una mujer que apenas había conocido algunas semanas atrás, su esposa estaba en un estado delicado de salud cuyas consecuencias no eran claras. Tatiana lo encontró buscando boletos en Internet para regresar a Colombia cuanto antes.

Día 57

Amanecieron evaluando todas las opciones para que pudiera viajar a Medellín. Tatiana tenía acceso a los sistemas de la agencia de viajes y podía ver las diferentes aerolíneas, conexiones y precios, pero no había ninguna opción viable y a un costo razonable que le tomara menos de dos días. Dentro de lo que vieron, podría ser más fácil y económico que tomara el vuelo desde Zambia y no desde Namibia; era un país con más conexiones aéreas.

Pablo estaba desesperado. Si bien Sofía había tenido la crisis hacía cuatro días, llevaba una semana y media sin escribirle ningún mensaje y eso le pareció muy extraño. Decidió descansar un par de horas antes de tomar una decisión, y justo cuando se estaba durmiendo recibió una llamada de su suegra.

—Hola, perdona que no te pude contestar antes, estaba en una junta de médicos.

—Marta, no te preocupes, discúlpame que te marqué tantas veces, no sabía si estaba entrando la llamada. ¿Tienes alguna noticia?

—¡Sí y son buenas noticias! Sofía se despertó hace unos minutos, el doctor le está haciendo algunas pruebas, pero alcancé a verla y me pareció que está bien.

—Uy Marta, no te imaginas el alivio que siento.

—Sí, igual yo, pensé que se nos iba…

—No lo digas, ni lo pienses, por favor.

—Perdona hijo... ha sido tan duro. Pero bueno, hay esperanza. Cuando la desentubaron por unos minutos me preguntó por ti.

—¿En serio?

—Claro, ¿por qué lo dudas?

—No sé, es que llevaba muchos días sin escribirme, ¿cómo la viste esos días antes?

Marta le confesó que Sofía llevaba varios días mal, no tanto físicamente, eso había sido algo inesperado, estaba decaída, de muy mal humor, triste, aburrida. Le contó que se enojaba por todo y que

incluso había tenido que prescindir de manera temporal de las enfermeras porque ya habían amenazado con renunciar. Sin embargo, tampoco sabía el motivo, su hija estaba más hermética que nunca.

—Pablo, me están llamando a la habitación, te busco en un rato.

—Por favor, sí… gracias. Avísame si puedo hablar con ella.

Las noticias le cambiaron el semblante de inmediato, se dio una ducha y salió a buscar algo para desayunar, necesitaba entender de nuevo todas las opciones para poder regresar a Medellín cuanto antes. Cuando volvió a la habitación, Tatiana aún estaba dormida. Él se quedó observándola por un rato: disfrutaba de su gesto tranquilo, de su respiración rítmica y de la sutileza de su cuerpo bajo las sábanas. La llamada de Marta le interrumpió sus pensamientos.

—Acabo de ver a Sofía, está un poco adormecida, pero en general el médico la encontró muy bien.

—Marta, no puedo creerlo, ¿puedo hablar con ella?

—No por ahora, pero le dije que había hablado contigo, le conté que estás organizando todo para volver y... ya te imaginarás.

—Ya sé… no quiere que vuelva.

—Se desesperó horrible, le quitaron de nuevo los tubos y te manda a decir que no es una opción que regreses, que lo que menos quiere es que interrumpas tu viaje y que se sentiría muy decepcionada de que no cumplieras su sueño de recorrer el mundo… así es que… no sé… ¿Qué opinas?

—Pues no Marta, yo tengo que estar allá, estoy viendo opciones y me tomará un par de días, pero mi lugar es al lado de ella. Todo este viaje fue una locura.

Despertó a Tatiana para desayunar y prepararse para irse a Zambia. Iniciaron el proceso de comprar los boletos para que Pablo pudiera viajar desde Livingstone al día siguiente en la noche; la mejor ruta dentro de un presupuesto razonable era por Madrid.

> *Mensaje de Sofía: Tu lugar es en el viaje, no aquí. Te ordeno que no vengas. Si decides regresar entenderé que no cumples tus promesas y no pienso escribirte, hablarte o verte nunca más.*

Pensó que Sofía era la mujer más cruel del mundo. ¿Cómo podía escribirle esas frases tan frías después de no estar en contacto por más de una semana y llevar varios días inconsciente en la clínica? Tenía tanta rabia con ella y su falta de empatía hacia los sentimientos de él que no pudo más que odiarla por primera vez en la vida.

Sofía:

Espero que te recuperes pronto. Seguiré mi viaje, no porque

tú me lo ordenas, sino porque no estoy dispuesto a que me trates sin ninguna consideración. Ojalá cuando estés de nuevo con tus cinco sentidos podamos tener una conversación adulta sobre este tema.

Pablo.

A la una de la tarde, después de comprar algunas provisiones para el viaje, Pablo y Tatiana tomaron el bus hacia Livingstone. Sofía no pudo leer ese último mensaje, el médico ordenó que le quitaran el celular para que pudiera descansar tranquila. Se durmió con algo de dolor de cabeza, pero feliz pensando que muy pronto Pablo estaría de nuevo con ella.

Día 58

El trayecto en el bus fue bastante pesado, pero Pablo estaba muy cansado y durmió casi todo el tiempo. Cuando se despertaba, Tatiana intentaba animarlo sin ser excesivamente cariñosa con él; sabía que estaba confundido y no quería ser un problema más en su vida.

En Livingstone se quedaron en una pequeña cabaña al lado del río Zambeze. Después de comer algo y ducharse, tomaron un taxi hacia las cataratas Victoria que con 108 metros de alto y 1.7 kilómetros de longitud, son casi el doble de grandes que las cataratas del Niágara. Su nombre local, *Mosi-oa-Tunya* significa "el humo que truena" por el agua vaporizada que tras la enorme caída asciende por fuera del acantilado, formando una lluvia vertical.

Esa noche hicieron el amor sin prisa y en silencio. A pesar de que él ya no se regresaría para Colombia, el vuelo de ella hacia Madrid salía al día siguiente y esa era su última noche juntos.

Día 59

Después de desayunar, se dirigieron a la frontera de Zimbabue; el plan ese día era ver las cataratas desde el país vecino, donde eran más majestuosas. Sin embargo, al llegar a la frontera su sueño se desvaneció. Después de que varios oficiales de migración llegaran a hablar con ellos, concluyeron que Pablo por ser colombiano necesitaba una visa que no podía tramitar allí mismo como la mayoría de los viajeros.

En realidad querían que él les diera algo de dinero. Indignado por la mera sugerencia, decidió que no quería ir a un país que era corrupto desde la frontera, ni ese día ni nunca. Tatiana renunció también al recorrido, prefería pasar las horas que le quedaban con él. De regreso al hotel le dijo que debía organizar algunas cosas personales y volvió media hora después, más sonriente que nunca.

—Cariño, no sé cuándo es tu cumpleaños, pero tengo un regalo

para ti.

—A ver, dímelo…

—¡Nos vamos a Zimbabue!

—Tati, obvio que no… ya te dije que no pienso ir a ese país nunca. No voy a donde no me quieren.

—Esa es la mejor parte… ¡no necesitas visa¡

—No entiendo…

—¡Vamos a sobrevolar las cataratas en helicóptero!

Pablo no podía creerlo. Montar en helicóptero era un sueño que siempre había querido realizar, pero le parecía un plan demasiado costoso y no podía aceptarlo. Tatiana lo convenció diciéndole que por comprometerse a recomendar la empresa y subir información el sistema de la agencia, le habían dado el paquete casi gratis.

El recorrido fue inolvidable. Desde el aire las cataratas cobraban una nueva dimensión: parecía que la meseta se partía en dos para tragarse el agua. A un lado el río Zambeze se podía ver ancho transcurrir entre cientos de pequeñas islas para después caer dramáticamente por el acantilado. Al otro lado se observaba la carretera que unía a los dos países y el puente con el arco de acero suspendido sobre el río, que en ese punto era profundo y estrecho. Al final se acercaron al borde de las cataratas lo suficiente para sentir el rugir del agua.

Al final de la tarde Pablo acompañó a Tatiana en el aeropuerto hasta el último minuto. No se hicieron promesas sobre el futuro, cada uno se había entregado por completo en ese presente que ya estaba terminando.

Día 60

Sofía había pasado los últimos días bastante adormecida por las medicinas que le daban para el dolor de cabeza que cada día era más intenso. Cuando se despertaba le costaba enfocar con claridad y el esfuerzo le causaba unas terribles picadas por lo que los médicos decidieron hacerle más exámenes. Los pulmones estaban respondiendo bien y ya habían podido desentubarla, pero por momentos su respiración era inconstante y el corazón tenía que trabajar más para compensar la falta de oxígeno.

Entre sueños y delirios preguntaba si Pablo ya había llegado. Marta no lograba entender si era consecuencia de la medicina o si realmente estaba esperanzada en verlo, pero le angustiaba que Sofía lo estuviera esperando y cada vez que preguntaba por él le decía que había salido a descansar o que estaba en el restaurante comiendo algo. Ella se tranquilizaba, se volvía a dormir y el ciclo se repetía una y otra vez.

Pablo se despertó triste de quedarse otra vez solo en el viaje. Las

últimas tres semanas con Tatiana habían sido muy vigorizantes, era más fácil viajar con alguien y tener con quien tomar decisiones, especialmente con ella que por su trabajo hacía que todo pareciera sencillo y conseguía que le abrieran las puertas en todos lados. Tomó el bus hacia Lusaka la capital de Zambia, y después del mediodía llegó al hostal donde aprovechó para organizarse y decidir qué hacer en los próximos días.

Día 61

Pablo se levantó a correr de nuevo. A pesar de las advertencias del administrador del hostal, diseñó una ruta que le pareció segura, siguiendo la vía principal para hacer un recorrido de al menos diez kilómetros. Aunque era temprano, las calles ya estaban llenas de adultos que caminaban rumbo al trabajo y chicos en sus uniformes escolares hacia el colegio. No se encontró a nadie más corriendo y los locales lo saludaban y alentaban como si fuera un verdadero atleta. La ciudad era una mezcla de lo que ya había visto antes en casi todos los países africanos por los que había pasado: una leve capa de polvo cubría todo, los andenes parecían construidos aleatoriamente, enormes casas rivalizaban con pequeñas chozas; no obstante, en Lusaka había una decena de centros comerciales modernos con grandes supermercados, tiendas de café, algunas franquicias de almacenes de ropa y restaurantes de comida rápida.

Luego de revisar todas las opciones, decidió contratar dos safaris en zonas distantes entre sí: uno en Kafue y otro en South Luangwa. El día lo pasó tranquilo leyendo en una hamaca del hostal, haciendo lavandería, consolidando la información del presupuesto del viaje y subiendo a Internet una copia de las fotos de los últimos días. En algunas de ellas salía Tatiana, mirándolo cariñosamente, sonriendo, jugando con la cámara. Esas prefirió dejarlas en su celular para no tener que darle explicaciones a Sofía.

Aún estaba muy enojado con ella, pero su suegra lo mantenía informado sobre la recuperación y estaba muy preocupado por los dolores de cabeza que no se le habían quitado en los últimos días.

Día 62

Cuando se despertaba, Sofía sentía que la vida pasaba como en una película. Veía su propio cuerpo, a los médicos y las enfermeras, a su mamá, a Cristina y otros amigos y familiares que habían ido a visitarla… a todos menos a Pablo. Los veía proyectados a su alrededor, pero lejos de su alcance; en el mismo espacio, pero en un tiempo distinto. Todo era confuso, a veces se sentía muy adormecida, otras con mucho dolor, a ratos llena de euforia.

En los pocos momentos de lucidez que tenía intentaba entender lo que estaba pasando. Su mamá andaba de un lado para otro, con

expresión agotada, con la camándula en la mano todo el tiempo y siendo más condescendiente que nunca con ella. Logró entender que se había desmayado, que la falta de oxígeno tal vez había afectado algunas funciones del cerebro (los exámenes no revelaban nada en especial, pero se sabría con el tiempo) y que Pablo seguía en el viaje porque ella no quería que volviera.

¿En qué momento había entendido que ella no quería que regresara? Si era lo único en lo que pensaba desde hacía… no sabía con exactitud cuánto tiempo había pasado. ¿Dónde estaba él en ese momento? ¿Por qué no estaba con ella? Los dolores de cabeza volvían, la medicación, el sueño.

Kafue es el parque natural más grande de África y en él se encuentra la mayor diversidad de especies en el Sur del continente, incluyendo algunos animales raros y elusivos que viven en zonas específicas de la reserva. La principal expectativa de Pablo era conocer los perros salvajes que solo había visto en televisión y, según había leído, en Kafue estaba la población más grande de cualquier parque de África.

Viajó en compañía de una pareja de mexicanos que conoció en el hostal. Armaron sus carpas al lado del río donde podían ver algunos cocodrilos y muchas aves. En la tarde un guía local del campamento los recogió para hacer el primer trayecto. Pronto se dieron cuenta de la inmensidad del lugar, el solo hecho de acercarse a las zonas donde se podían ver los animales les tomaba al menos una hora. Pudieron disfrutar uno de esos atardeceres africanos en los que parece que el sol va a incendiarlo todo y ver algunos antílopes, aunque en general el recorrido fue un poco aburrido.

En la noche el cocinero preparó *nshima*, una masa a base de harina de maíz y agua, similar a la arepa cruda, que se come con la mano acompañada de un guiso de pollo y vegetales. Pablo no tenía muchas ganas de socializar y se fue temprano a dormir pensando en Sofía, pensando en Tatiana, sintiéndose solo y vacío.

Día 63

En la mañana salieron a hacer un recorrido en el carro en el que vieron algunos elefantes y antílopes, incluyendo varias manadas de pucús, animales que solo se pueden ver allí. Según les explicó su guía, al ser Kafue un parque muy extenso y lleno de recursos, los animales se dispersan por las diferentes regiones, y es difícil verlos sin manejar grandes distancias.

En la tarde salieron a navegar por el río en bote, lo cual trajo una nueva perspectiva: pudieron ver hipopótamos y cocodrilos muy de cerca, aves de todos los tamaños y un atardecer de postal.

Rodeado de tanta inmensidad, Pablo empezó a cuestionarse

muchas cosas. Pensaba en Sofía de quien no sabría nada en los próximos dos días hasta volver a Lusaka; en Tatiana que apenas le había enviado un mensaje el día que regresó a Madrid avisándole que estaba bien; en su nueva vida de viajero sin más pertenencias que una mochila, tres camisetas, dos pantalones, un computador y una cámara.

Sus compañeros de safari mexicanos, Hugo y Beatriz, eran viajeros experimentados que habían hecho varios recorridos de larga duración. Rondaban los cuarenta años, parecían completamente habituados a la vida de viajeros y no se habían establecido en un sitio fijo en los últimos tres años. Él, en contraste, se sentía un farsante. Nunca había soñado con recorrer el mundo, con participar en los grandes safaris de África, con conocer gente de todos los países. Sin embargo ahí estaba. Pretendiendo disfrutar de esa rutina, que ya no era un viaje sino un estilo de vida, mientras sus pensamientos estaban en Medellín con Sofía y sus deseos en Madrid con Tatiana.

Día 64

Los médicos llevaban varios días disminuyendo las dosis de medicamentos de Sofía y ya estaba bastante estable por lo que le recomendaron a su mamá que se fueran a casa, con el acompañamiento debido las veinticuatro horas. Aunque Marta se opuso al principio, pronto entendió que cambiar de ambiente podría ser más beneficioso para la recuperación de su hija.

Al llegar a la casa, Sofía vio en las paredes de su cuarto los ejercicios de caligrafía que había hecho semanas atrás. Enfurecida quiso arrancarlos, y aunque ya podía respirar con normalidad, cualquier esfuerzo adicional la agitaba. Su mamá la ayudó a quitarlos, entendiendo que la frustración de Sofía tenía mucho que ver con Pablo, sin lograr sacarle ninguna información concreta.

Sin importar que fuera sábado llamó a Mónica porque quería retomar la terapia. A pesar de que llevaba todo lo necesario para hacer ejercicios de escritura, Sofía le pidió expresamente que se concentraran en los ejercicios tántricos.

Mónica dejó a un lado los materiales y sin hacer más preguntas le pidió a Sofía que se relajara y cerrara los ojos.

—No me hagas esa cara, no te voy a tocar.

—Perdona… se me hizo extraño.

—Te voy a enseñar a relajarte con mayor profundidad para que llegues a un estado de conciencia en el que se te facilite más conectarte con tu cuerpo. Solo sigue el sonido de mi voz.

A diferencia de lo que Sofía esperaba (un ejercicio centrado en sus zonas erógenas) Mónica la llevó lentamente a pensar, sin ni

siquiera tocarse, en cada parte de su cuerpo.

—Imagina que eres un barco de papel liviano sobre un lago muy calmado. Cada parte de tu cuerpo que voy a nombrar se va a ir relajando aún más, hasta que sientas que se levanta del agua.

Cuando terminaron el ejercicio que duró cerca de una hora, Sofía ya no estaba enojada.

—No entiendo bien… qué tiene que ver esto… con el sexo tántrico.

—Veo que no leíste el libro que te dejé, porque esto tiene todo que ver.

—Es cierto, no lo leí… voy a retomarlo, pero… explícame.

—En el tantra, el presente es la mejor manera de conectarnos con nosotros mismos, y hacer una declaración consciente de cómo está tu cuerpo te permite abrir el flujo de energía a las sensaciones sutiles. Cuando logras centrar tu atención en el aquí y ahora, vas reduciendo el universo exterior y expandiendo el universo interior.

—Uy, entonces… todo salió mal. Muchas veces… mientras hablabas... yo estaba pensando en otra cosa.

Mónica sonrió con paciencia. Ser consciente de las distracciones era el primer paso para ir aprendiendo a dejarlas ir. El ejercicio había cumplido muy bien su propósito.

Esa noche Sofía leyó el último mensaje que le había enviado Pablo y lloró hasta el amanecer sin saber cómo deshacer todo lo que había iniciado. Se dio cuenta de que Tatiana ya estaba de nuevo en España por las historias que estaba compartiendo en las redes sociales y eso la tranquilizó todavía más.

Mensaje de Sofía: Soy una idiota. Perdóname.

Día 65

El último día en Kafue contrataron un recorrido a pie al que también se sumó un guardia armado cuya función sería ahuyentar a cualquier depredador, en caso de que se encontraran con alguno. Caminando uno detrás de otro y sin hacer mucho ruido, se detenían cuando el guía quería mostrarles alguna planta, huella, ave o excremento. Todo parecía indicar que el lugar estaba lleno de vida salvaje, pero no vieron ningún animal representativo durante las casi dos horas que se tomaron.

De regreso a Lusaka, Pablo se sintió aliviado por el mensaje de Sofía y por todos los otros que había recibido de sus padres y su suegra avisándole que ella ya estaba mucho mejor y en casa.

Sofía:

Eres la mujer más inteligente que conozco... hasta el momento en que te enojas. No he podido entender qué hice mal,

y en uno de los mensajes tu mamá me dijo que sí querías que fuera a verte. Todos estos días han sido de mucha angustia para mí sin saber qué es lo que quieres. Te amo más que a nadie en el mundo, eres mi vida, dime qué es lo que pasa y veremos juntos cómo superarlo.

Mañana me voy para South Luangwa, y aunque Kafue fue un poco decepcionante y no tengo muchos ánimos para irme de safari de nuevo, no puedo cancelarlo porque ya lo había reservado. Estaré sin conexión seguramente, pero quiero que sepas que sea lo que sea que haya hecho, nunca fue con la intención de lastimarte.

Te amo,
Pablo.

Día 66

Tomó un bus que se tardó doce horas en llegar a Mfuwe. El trayecto desde Lusaka, dominado por un paisaje monótono de planicie cubierta de pasto seco, le sirvió para reflexionar. Sospechaba que de alguna manera Sofía se había enterado de Tatiana. Él había sido muy cuidadoso en mantener todo bajo control, pero estaba seguro de que su esposa, con esa intuición aguda que se escapa a la comprensión de los hombres, de alguna manera lo había deducido.

No sabía en ese punto qué camino tomar. ¿Admitirlo y tener que explicar por qué lo había ocultado?, ¿seguirlo negando a pesar de que ella tal vez tuviera alguna prueba? Tatiana no le había escrito más y eso le pareció sospechoso. ¿Sería posible que Sofía la hubiera contactado y de alguna forma amedrentado? Cabían todas las posibilidades y cada opción que consideraba le parecía peor que la anterior. Al final decidió que el único camino viable era esperar.

Sofía había estado leyendo el libro que le dejó Mónica y quería seguir explorando. Entendió que era un proceso lento, pero como no tenía una meta concreta decidió confiar y dejar que los resultados llegaran en su debido momento. Ese día hicieron algunos ejercicios diferentes, solo basados en la respiración. Mónica los eligió para ayudarle además a seguir con la recuperación después de la crisis que acababa de pasar.

Mensaje de Sofía: No amor, no hiciste nada malo.

Día 67

South Luangwa es uno de los parques con mayor concentración de vida salvaje por kilómetro cuadrado de África. Debido a su remota ubicación en un país con pobre infraestructura vial, el parque recibe un bajo número de turistas y es uno de los pocos en

África que permite los safaris en la noche, ideales para apreciar especies nocturnas como los leopardos. Pablo tenía muchas expectativas, cada persona con quien hablaba de lo decepcionante que había sido Kafue le decía que en esta oportunidad encontraría todo lo que esperaba y mucho más. A él le parecían palabras atrevidas: ya en Kruger, Moremi, Chobe y Etosha había visto todo tipo de animales majestuosos y en grandes cantidades.

Sofía estaba dispuesta a dejar atrás lo que había pasado y seguir aprovechando de la mejor manera los días de vida que le quedaban. El problema respiratorio era una señal que no podía ignorar y si bien se había agravado por la crisis emocional, la enfermedad seguía avanzando y en cualquier momento podía tener una recaída, necesitar una traqueotomía o llegar al punto final. ¿Había tenido Pablo un romance con Tatiana? Era posible. ¿Tenía motivos para ocultárselo? Ella pensaba que no, pero estaba dispuesta a aceptarlo y dejarlo pasar.

Los ejercicios de respiración estaban avanzando bastante bien, no solo podía mantenerse mucho más centrada durante la sesión, sino que también le estaban ayudando a evitar ahogarse al comer y al hablar. La práctica diaria consistía simplemente en contar mientras inhalaba y exhalaba de manera consecutiva, si llegaba a desconcentrarse, debía volver a empezar. Su meta era llegar a cien y aunque no lograba ni siquiera cinco era un ejercicio al que empezaba a tomarle gusto.

Mensaje de Sofía: Espero que podamos hablar cuando salgas del parque.

Día 68

Las largas horas del día entre la salida para el safari de la mañana y la salida de la tarde eran eternas para Pablo que no encontró mucha compañía en el campamento. La mayoría de los turistas estaban en grupos grandes o iban en excursiones organizadas y solo se quedaban ahí para pasar la noche. En los recorridos que él hacía siempre iban personas diferentes en el carro y a la hora de comer tenía una mesa reservada en la que no compartía con nadie más.

En los momentos en que estaba libre pensaba mucho en Tatiana. Anhelaba seguir compartiendo el viaje con ella para tener con quien comentar todo lo que iba viviendo. Fantaseaba con su cuerpo y lo recorría mezclando recuerdo e imaginación. Evidentemente habían logrado conectarse de una manera muy profunda a pesar del poco tiempo que compartieron. Por momentos se sentía culpable por pensar más en Tatiana que en Sofía; sin embargo, se daba cuenta de que no amaba menos a su esposa, seguía siendo la mujer de su vida, se casaría con ella otra vez si pudiera hacerlo. Cada una tenía un

espacio en su corazón que no rivalizaba con el de la otra, aunque justo en esos momentos en que estaba enamorado de dos mujeres, se sentía más solo que nunca.

Día 69

Los días de Sofía tenían una nueva rutina que le ayudaba a mantenerse con una actitud más positiva hacia la enfermedad. Comenzaba con sus ejercicios de respiración y después escribía una frase que tuviera un significado especial en ese momento para ella. Mónica le había sugerido que empezara un diario, pero era demasiado esfuerzo escribir algo largo. Esa mañana la frase decía "Soy fuerte".

Otro ejercicio que la terapeuta le había recomendado consistía en armar listas de canciones con música que le transmitiera sensaciones positivas, sin limitarse a un género o artista en particular, y pasaba largos momentos del día escuchando canciones de manera aleatoria para añadirlas a diferentes colecciones según lo que le transmitieran.

Todo esto la hacía sentir se estaba desapegando de Pablo. No que lo amara menos o que fuera menos importante en su vida; tenía más que ver con sentirse tranquila aunque llevara varios días sin saber de él, sin atar su felicidad a la relación que tenía con su esposo.

Pero algo desató de nuevo sus inseguridades. Tatiana, a quien seguía en las redes sociales desde un perfil falso, subió una recopilación de fotografías de su viaje por Botsuana y Namibia, y en una de las imágenes estaba Pablo en una duna, nada particularmente revelador a excepción del texto que ella había agregado: "A veces piensas que tu corazón es un desierto hasta que encuentras alguien que hace surgir de nuevo el amor".

Esa noche, entre sollozos, se durmió diciéndose a sí misma "soy fuerte".

Día 70

Sofía:

Mis días en South Luangwa estuvieron llenos de la exuberancia de la vida salvaje africana. Desde que salíamos del campamento, y sin haber entrado al parque, pasábamos por un pantano lleno de aves de todos los tipos y tamaños. Después del control de ingreso, podíamos ver los elefantes cruzando el río o los cocodrilos en las laderas. Minutos después era difícil decidir a dónde mirar: una manada de leones adultos caminando en medio del pastizal, cientos de babuinos de todas las edades corriendo felices, la familia de "pumbas" huyendo por el ruido

de nuestro carro, las jirafas haciendo poses raras para llegar a las ramas más tiernas de los árboles o para tomar agua, los evasivos leopardos escondiéndose en medio de los arbustos.

Sin embargo, hay una imagen que no olvidaré nunca. Ayer vimos una camada de siete perros salvajes haciendo la siesta en una planicie, los hocicos todavía pintados de la sangre de la presa que habían comido en la noche, relajados recibiendo el sol. Sus cuerpos manchados de color negro, café y blanco estaban cubiertos por una suave capa de pelo. Sus patas eran delgadas y sus colas felpudas. Después de estar observándolos por cerca de una hora mientras descansaban, volvimos en la tarde y los encontramos en el mismo sitio, esta vez más activos, jugando entre ellos como si fueran cachorros, creciendo la excitación antes de buscar la presa del día. Unos minutos después, mientras tomábamos té con galletas a la orilla del río viendo el atardecer, pasaron cerca a nosotros corriendo coordinadamente y empezó una carrera en la que nuestro conductor manejaba a la máxima velocidad posible; justo algunos metros adelante una hiena perseguía a los perros y ellos, a su vez, a una gacela.

La capacidad de cazar de estos animales es increíble. La forma en la que cada uno toma su lugar en la estrategia me impresionó. Sus miradas, los pequeños aullidos, la forma en que aceleran o pausan sus movimientos, el trabajo en equipo… y nosotros estábamos ahí, siendo testigos de cómo unos de los mejores cazadores de África aplicaban su técnica.

La noche llegó mientras nosotros intentábamos no perderlos de vista sin salirnos de la carretera y sin interrumpirlos. Cuando pensamos que estaban fuera de nuestro alcance, el conductor frenó en seco y ahí estaba la jauría devorando la gacela aún con vida. Los siete sobre ella, comiéndosela antes de que la hiena llegara a arrebatar su pedazo.

Gracias amor por traerme hasta aquí. Sin ti esto no habría sido posible. Ya mañana cruzo la frontera hacia Malaui, tendremos más oportunidades para hablar.

Te amo,

Pablo.

En medio de todos los mensajes, encontró uno de Tatiana en el que le contaba sobre su regreso a España, todo el trabajo acumulado que había tenido esos días y lo mucho que lo echaba de menos. Quiso contarle que él pensaba en ella todo el tiempo, pero prefirió solo decirle que él también la extrañaba.

Día 71

“Soy fuerte” era la frase que más había repetido Sofía en los últimos días. El mensaje de Pablo la había confundido más; seguía siendo cercano como antes, pero sentía que algo había cambiado para siempre. No quiso hablar con él ese día, decidió esperar a estar más calmada para confrontarlo.

Antes de cruzar la frontera, Pablo necesitaba cambiar los kwacha zambianos que le habían sobrado por la moneda de Malaui. El conductor que lo llevaría a la frontera lo acercó a la zona donde estaban los cambistas, y antes de darse cuenta al menos una docena de ellos estaban rodeando el carro y gritando diferentes tasas de conversión para llamar su atención. Desconfió de tanto acecho y a pesar de ser extremadamente precavido y contar el dinero varias veces, al mejor estilo de los perros salvajes que había visto unos días antes, los cambistas trabajando en equipo lograron rodearlo, atacarlo, convencerlo y desaparecer entregándole menos dinero del que tenía derecho. Se sentía frustrado y enojado, pero no había nada que pudiera hacer.

En Lilongüe se quedó en la casa de una familia que había acondicionado algunas habitaciones para recibir huéspedes. La señora de la casa le preparó un delicioso pescado con *nshima* y vegetales cocidos, haciéndole recordar la comida casera que ya extrañaba un poco.

> Sofía:
>
> Estuve llamándote hoy para que habláramos. Voy a quedarme una noche más acá y aunque se va la luz en toda la ciudad por varias horas del día, quiero que hablemos. Me está haciendo falta tener un par de días sin nada que hacer después de tantas horas de safari.
>
> Te amo,
>
> Pablo.

Mensaje de Sofía: OK, mañana hablamos.

Día 72

Habituado a los horarios recurrentes en el último mes, Pablo se despertó antes del amanecer. No tenía ningún plan concreto para el día, no había llegado la luz, no había Internet y faltaban un par de horas para el desayuno.

En el silencio de la mañana piensa en Tatiana. Cierra los ojos y la imagina acostada a su lado, sonriéndole coqueta. Acerca su boca a la de ella que lo espera con los labios entreabiertos. Se detiene para mirarla en ese punto en el que se pierde el enfoque y son los demás sentidos los que forman la imagen del otro. El olor dulce de su pelo. Su acento que a él le encanta. El sabor de su respiración. La

calidez de su piel. Ella lo besa, desesperadamente lo besa. Lo besa mientras le dice que le fascina besarlo. Que hace muchos años nadie la besa con tantas ganas. Él le quita la pijama, recorre su cuello con la boca, baja dejando una huella de saliva hasta sus pezones que muerde suavemente. Ella lo agarra de la nuca, para que no se detenga mientras con un gemido le pide más. Él no quiere lastimarla. Ella lo obliga.

Él recorre su espalda con las manos. Ella le quita la pijama. Sus cuerpos desnudos se aceleran, se buscan, se sienten tibios y ansiosos. Ella recorre con la boca su cuello, le da besos pequeñitos. Él va sintiendo cómo todo crece. Ella baja con la boca hasta su sexo. Lo recorre con la punta de la lengua, lo besa, lo devora, lo saborea. Él cierra los ojos para sentirla con mayor intensidad, con los dedos enredándose en su pelo, mientras ella acelera el ritmo. Ella se detiene y lo mira. Lo mira con lujuria. Lo mira con deseo. Lo mira con ansiedad. Lo mira con la anticipación de lo que viene. Él se viene, imaginando que su mano es la boca de Tatiana, que sus gemidos son los de ella, que el placer que está sintiendo la recorre también a ella, allá donde esté.

Cuando escuchó ruidos afuera de su habitación, se levantó para salir a correr por las calles empolvadas de Lilongüe. Correr era su forma de olvidarse de las preocupaciones, le gustaba concentrarse específicamente en su cuerpo, en los movimientos de sus músculos, en la frecuencia de su respiración, en la forma del terreno, en las sensaciones que le producía el exigirse más. A esa hora cientos de personas hacían los últimos tramos a pie hasta su lugar de trabajo.

Después de un enorme desayuno al estilo inglés, se fue a la embajada de Mozambique para gestionar la visa ya que la información que encontraba en Internet era confusa e incluso contradictoria. Tuvo que armar un itinerario tentativo, hacer reservas de hoteles, imprimir sus estados financieros, llenar formularios e ir a un banco cercano para hacer el pago del servicio exprés para recibir la visa el mismo día. Todo el trámite le tomó varias horas y cuando llegó al hotel, completamente exhausto, de nuevo estaban sin luz ni Internet y se quedó dormido sin hablar con su esposa.

Mensaje de Sofía: ¿Hablamos mañana?

Día 73

Desde Lilongüe Pablo tomó un minibús hacia Monkey Bay. Sentado en la silla de adelante con el conductor en más de una ocasión sintió que iba a salir disparado por el vidrio panorámico mientras iban a más de 160 kilómetros por hora y sin cinturón de seguridad. Luego tomó un mototaxi para llegar a Cabo Maclear

donde se quedó en un hostal a la orilla del Lago Malaui.

El lago es el noveno más grande del mundo y el que tiene mayor diversidad de especies de peces. Con casi treinta mil kilómetros cuadrados, es un referente importante para la economía del país y su principal atracción turística. Cabo Maclear era una población pequeña, con una calle larga que corría paralela a la orilla del lago, dominada por los alojamientos para los turistas y los restaurantes. En la parte interior los locales tenían sus casas: sencillas construcciones de un solo piso, la mayoría de ellas sin vidrios en las ventanas. La zona era bastante árida a pesar de estar al lado de ese enorme cuerpo de agua dulce y había algunos baobabs y arbustos pequeños.

El turismo era su principal forma de supervivencia y toda la población se volcaba hacia los visitantes. Sin importar lo que estuviera haciendo, siempre había alguien que se acercaba a Pablo para cantarle una canción, llevarlo a dar una vuelta en lancha, venderle algunas artesanías o guiarlo en una caminata por las colinas alrededor. Él decidió que lo que más quería era descansar, no tener planes, horarios ni compromisos. Acostarse en una hamaca a leer o a ver a los niños locales jugar en la playa.

—¿Sofía?

—¿Amor?

—¿Cómo estás mi vida? ¡Qué alegría escucharte!

—Bien… ¿y tú? ¿Dónde estás?

—En Cabo Maclear, en Malaui. No te imaginas el atardecer que estoy viendo ahora mismo sobre el lago, el agua está tranquila, los barcos de los pescadores están amarrados en la orilla y se ven muchos pájaros.

—Suena hermoso.

—Sí mi vida, te encantaría. ¿Cómo estás tú?

—Bien amor... ya recuperándome…

—¿Estás bien?

—Sí, aún me cuesta… hablar… pero voy bien.

—Amor, estoy feliz de escucharte. No quiero que te esfuerces demasiado. Te amo y quería decírtelo.

—Y yo… amor.

Esa noche ambos se fueron a dormir sintiendo que al otro lado del mundo seguían siendo uno solo, olvidando por un momento las dudas que los habían consumido los últimos días.

Día 74

Siguiendo su decisión de no hacer nada, Pablo no puso el despertador para levantarse temprano, pero la costumbre lo levantó antes de que sirvieran el desayuno en el hostal y salió a correr por

las montañas que rodeaban el pueblo. Pudo ver la gran diferencia entre lo que vivían los turistas a la orilla del lago y la vida precaria de los locales que desde antes del amanecer salían a pescar para buscar el sustento del día.

En Cabo Maclear también se iba la luz durante varias horas y eso hacía que el lugar tuviera un ritmo lento y tranquilo. Durante esos largos momentos se veía más gente caminando por la playa, más niños jugando con la arena y más turistas lejos de sus celulares.

> Sofía:
>
> La conexión a Internet es bastante inestable, casi fue un milagro que pudimos hablar ayer. He pasado el día muy tranquilo, corriendo por el pueblo y leyendo en el hotel. Cuéntame tú cómo has estado, me haces mucha falta.
>
> Pablo.

Sofía seguía avanzando en los ejercicios con Mónica y ya lograba mantener la concentración en más de treinta respiraciones. También había leído el libro que le había recomendado y estaba ávida de seguir avanzando.

—Moni… ¿Tú crees que… yo pueda… hacer el amor… otra vez?

—Claro Sofi, obvio que sí. Ya tuviste un orgasmo el otro día, ¿por qué lo dudas?

—Quiero decir… con Pablo…

—¿Vas a pedirle que interrumpa el viaje otra vez? Tienes que tomar alguna decisión sobre el tema, no puedes estar diciéndole cosas contradictorias cada vez que hablas con él.

—No… pero tal vez… por Internet.

Sofía estaba pensando en proponerle que hicieran una videollamada para seducirlo con la excusa de celebrar su cumpleaños. La idea la emocionaba y la aterraba a la vez. Nunca había hecho algo así y no sabía si él seguiría deseándola y pensando que ella era sexi, menos después de haber estado con otra mujer, de lo cual ya estaba segura con la foto que había subido Tatiana. A pesar de sus dudas, le pidió a Mónica que la ayudara a prepararse.

Día 75

Después de lidiar con la insistencia de varios lancheros locales, Pablo terminó cediendo ante la idea de hacer un recorrido por el lago. El destino fue la isla West Thumbi, apenas a unos minutos desde el pueblo, donde pudo hacer un poco de *snorkeling* y le prepararon comida fresca. En la tarde visitó Otter Point para ver el atardecer y zambullirse en el dilema de sus pensamientos: ¿debía mantener la comunicación con Tatiana o era mejor dejarlo ahí? ¿Saldría algún día el tema de conversación con Sofía? ¿Sería mejor

decirle que había conocido a alguien, pero sin darle mayor importancia?

Sofía:

Los días en Cabo Maclear son muy relajados, la mayor distracción es ver las bandas musicales de los niños que utilizan baldes como instrumentos y bailan como yo jamás podré hacerlo. Como siempre, paso el día pensando en ti y anhelando que estés aquí para disfrutar todo esto juntos. ¿Cómo va la recuperación?

Pablo.

Además de las sesiones con Mónica la vida de Sofía había regresado a su rutina natural; estaba mucho más simpática con las enfermeras y su mamá había retomado la vida social con sus hermanas y amigas quienes una vez al mes se reunían en la casa alrededor de algún juego de mesa. Ese día se sintió animada para unírseles en lugar de quedarse encerrada en su habitación como siempre hacía cuando había visitas. Casualmente, su exnovio Federico, hijo de Gloria, una de las mejores amigas de Marta, fue a llevar a su mamá y aprovechó para saludarla.

—Sofía, ¡qué felicidad verte tan bien! Mi mamá me contó que estuviste en la clínica hace poco, pero te ves como si no hubiera pasado nada.

—Ay Fede… no seas… mentiroso... Ya pasó… pero sí que he desmejorado estos… meses.

—Bueno, no me malinterpretes, no fue mi intención. Solo quiero decir que no esperaba verte tan bien; sé que tu mamá en algunos momentos pensó lo peor.

—Gracias… sí… estoy en el proceso. Tú ¿cómo estás…?

A pesar de la dificultad de Sofía para hablar sin ahogarse, estuvieron conversando durante toda la reunión de las señoras, por un poco más de dos horas. Federico era un seductor y aunque Sofía por la enfermedad no se consideraba merecedora de sus halagos, él se esmeró por hacerla sentir especial, hermosa e interesante, algo que no le pasaba hacía varios meses. Todo eso la motivó para seguir con su plan con Pablo.

Mensaje de Sofía: Ya casi es mi cumpleaños... ¿Me darías un regalo?

Día 76

Un grupo de voluntarios ingleses que llevaban cerca de un mes en Cabo Maclear organizó esa noche una fiesta en el hostal. Pablo los había visto acampando en el jardín y haciendo toda clase de actividades en el pueblo, pero nunca se había detenido a

preguntarse quiénes eran esos chicos que aparecían como una horda a la hora de las comidas y desaparecían casi tan rápido como habían llegado.

Durante la cena uno de los tutores le preguntó si quería acompañarlos; era su última noche e iban a compartir algunas experiencias sobre su estadía en Malaui alrededor de la hoguera. Pablo se mostró poco interesado, pero al darse cuenta de que igual no iba a poder dormir por el ruido que hacían, decidió hacerlo y escuchar otro punto de vista sobre el país que apenas estaba empezando a recorrer.

La conversación fue animada, aunque el acento británico le parecía difícil de entender a menos que le hablaran despacio, y sus bromas no le hacían ningún sentido. Una vez los chicos empezaron a irse a dormir, se quedaron solo los tutores, quienes abrieron botellas de cerveza y no tuvieron reparo en contar las intimidades del grupo, las anécdotas con sus momentos de rebeldía y los problemas propios de la convivencia en un espacio tan pequeño.

Pablo pronto se sintió más fluido que nunca hablando inglés e intentó seducir a Katie, una de las tutoras. Aunque emprendió la misión sin muchas esperanzas, rápidamente empezaron a besarse y, ante el resto del grupo y sin vergüenza, ella sugirió que se fueran a la habitación. Él, que no estaba acostumbrado a esas acciones tan directas, se dejó llevar dando tumbos por el corredor del hostal permitiendo que siguiera siendo ella quien llevara las riendas.

—Beso tu boca.

—¿De qué hablas Pablo? ¡Apenas me sé tres palabras en español!

—Esto es besar y esto es boca —le dijo mientras le enseñaba el verbo y el sustantivo.

—Cállate y bésame.

Sus bocas son besos. Sus cuerpos son sexo. Las ganas de uno y otro se consumen. Entre el licor y el sueño los movimientos son torpes. Cada uno inmerso en su propio deseo, sin pensar demasiado en el otro. Se quedan dormidos, desnudos, sin reconocerse al día siguiente.

Mensaje de Sofía: ¿Sigues en Cabo Maclear?

Día 77

Quería morirse del dolor de cabeza y del arrepentimiento; ¿cómo había terminado teniendo sexo con esa inglesa desabrida que ahora no quería mirar en el desayuno? Ni siquiera recordaba si había usado condón y eso lo mortificaba casi igual que pensar en que estaba siéndole infiel a su esposa.

Sofía:

La conexión a Internet es casi imposible en este lugar, perdona que no te escribí ayer. ¡Claro que te daré un regalo! No me dañes la sorpresa. Hoy salgo para Liwonde a un safari, solo serán un par de noches y luego estaré en una ciudad que se llama Blantyre.

Besos,

Pablo.

Tan pronto como pudo organizar todo salió rumbo al parque, donde se quedó en un *lodge* cercano en una carpa de safari construida sobre una plataforma y cubierta con un techo de paja. El lugar era pequeño pero bien organizado y no había casi turistas. En la noche, mientras cenaban, escucharon algunos elefantes que estaban merodeando entre las carpas y pudieron verlos muy de cerca cuando tranquilamente comían algunas de las hojas tiernas de los arbustos más jóvenes.

Mónica llevó de nuevo materiales para caligrafía y le explicó a Sofía que ya podía retomar la conexión entre la meditación y su cuerpo exterior. La palabra meditación aún le revolvía algo por dentro, pero decidió aceptar que esos ejercicios que venía haciendo tenían un nombre, por más que ella no quisiera admitirlo. Estuvo escribiendo letras por un buen rato, concentrándose en hacerlas cada vez de una manera más delicada. Todavía no entendía cómo se relacionaba todo lo que estaba aprendiendo con su propósito de seducir a Pablo, pero Mónica le pidió confiar en el proceso y dejarse guiar.

Esa noche la llamó Federico y conversaron casi durante una hora en la que ella no habló mucho, lo cual nada tenía que ver precisamente con la enfermedad sino con la capacidad de él de llenar cualquier espacio. A diferencia de esos días al final de la relación en los que ya Sofía no soportaba que él fuera tan egoísta, se sintió halagada de que su ex quisiera dedicarle algo de tiempo.

Mensaje de Sofía: No te voy a dañar ninguna sorpresa, solo necesito que ese día tengas conexión a Internet.

Día 78

En la mañana, con uno de los guías del campamento, Pablo recorrió el parque que estaba a pocos kilómetros, donde encontraron principalmente aves, antílopes y elefantes. Pronto fue evidente lo que ya había leído antes: casi toda la vida salvaje del lugar había desaparecido debido a la cacería, el deporte de moda entre la aristocracia europea, que viajaba a África en la primera mitad del siglo XX para demostrar su “superioridad”, acabando con

la vida de ñus, rinocerontes, perros salvajes, cebras y varias especies de antílopes, a tal punto que cuando se creó el área protegida en 1962 ya no quedaban vestigios de estos animales ni de los grandes felinos.

El parque venía realizando una importante labor de restitución del ecosistema y ya se habían introducido algunos ejemplares de los depredadores, sin embargo los números eran tan bajos que verlos era casi un milagro.

En la tarde hizo un recorrido en bote a lo largo del río. Acompañado de una decena de italianos pudo ver enormes grupos de pájaros, jirafas, elefantes, cocodrilos, tortugas e hipopótamos. Estaba extrañando a Tatiana más que de costumbre. Se preguntaba si ella también pensaba en él e incluso si sería viable algún futuro juntos.

Día 79

Inmerso en sus pensamientos que se detenían más en Tatiana que en Sofía, Pablo viajó desde Liwonde hasta Blantyre sin ni siquiera ser consciente de lo incómodo que era el recorrido o lo hermoso del paisaje. Tatiana tenía una capacidad enorme para hacerlo sentir especial que no había encontrado nunca en ninguna otra mujer. También tenía unos ojos muy expresivos, besaba como si cada beso fuera el último de la vida, le gustaba experimentar y proponer diferentes cosas en el sexo, sabía darle su espacio cuando él lo necesitaba y compartían el gusto por el mismo tipo de libros.

Para no volverse loco decidió pensar en sus defectos y la lista tampoco se hizo esperar. Era pésima cocinera, tenía unos pies bruscos que contrastaban con su feminidad, cuando se concentraba en algo el resto del universo desaparecía, a veces roncaba y era difícil pensar cómo semejante ruido salía de su cuerpo menudo; hablaba muy poco de su pasado, no hacía muchos planes para el futuro, le sudaban las manos y, este sí era el peor de todos, le gustaba el reguetón.

También se dio cuenta de que en algunas cosas era muy parecida a Sofía. Disfrutaba tomar fotografías, parecía no tenerle miedo a nada, amaba los animales, sabía datos interesantes sobre muchas cosas, se moría por el chocolate, le gustaba que durmieran tomados de las manos y ambas llevaban un corte de pelo similar por debajo de los hombros.

Sofía:

Llegué a Blantyre donde de nuevo se va la luz durante varias horas al día y es imposible confiar en el Internet; sin embargo la ciudad es un poco más organizada que las que he visto en el resto del país y el comercio es muy activo. Voy a quedarme una

noche más y mañana busco alguna opción para hacer una caminata al monte Mulanje.

Cuenta conmigo amor, el día de tu cumpleaños estaré conectado para lo que necesites.

Sigues sin hablarme sobre la enfermedad, ¿qué ha pasado en estos días?

Besos,

Pablo.

Mensaje de Sofía: Me he recuperado muy bien, la próxima semana tengo exámenes de control.

Día 80

Ese lunes Sofía esperó a Mónica con mucha ansiedad pensando que quería planear todo para el día de su cumpleaños con Pablo. La terapeuta le dijo que eso sería lo menos importante y le indicó varios ejercicios de caligrafía en los que Sofía seguía sin ver el sentido.

—Moni, esto de la meditación… la conexión cuerpo mente… esos discursos esotéricos…. ya no me disgustan… pero no entiendo…

—Tranquila, confía en el proceso.

—Confío… pero explícame.

Mónica le aclaró que la caligrafía era su forma de activarle el segundo *chakra*, justamente el que tiene que ver con la creatividad y con el sexo. Sofía la miraba escéptica pero después de escucharla decidió que no perdía nada con intentarlo y acordaron que esa noche retomaría los ejercicios de autoexploración para ver cómo se sentía.

Sofía:

Me doy cuenta leyendo los últimos mensajes que te mandé que hay muchas cosas que no te he contado. No sé ni siquiera por dónde empezar para que la historia tenga sentido, pero quiero compartirte algo que viví desde Botsuana. Si vamos a hablar en tu cumpleaños puede ser un buen momento para tocar el tema.

Espero que los exámenes salgan bien, avísame qué día son para estar pendiente.

Pablo.

Sofía se sintió aliviada de que quisiera contarle sobre Tatiana. Ella ya lo había perdonado a pesar de que no le hubiera dicho nada, así que podría tener una conversación tranquila y escucharlo.

Mensaje de Sofía: No amor, en mi cumple haremos algo distinto, cuéntame por correo.

Esa noche buscó ese lugar en su vientre que nunca serviría para crear vida para encontrar la energía de la que emanaba el placer, pero se quedó dormida antes de lograrlo.

Día 81

Pablo tomó un minibús hacia un pueblo llamado Mulanje para buscar ahí algún grupo que estuviera planeando una caminata a la montaña. Se quedó en un hotel de carretera donde principalmente paraban camioneros en su ruta hacia la frontera con Mozambique. El restaurante del lugar servía también como punto de encuentro de los locales quienes a la hora del fútbol europeo se reunían para compartir y tomarse algunas cervezas. Indagando con los pocos turistas que había, llegó a una pareja de israelitas que planeaba salir a la mañana siguiente para subir al pico Sapitwa desde Likhubula, un recorrido de tres días.

Luego de coordinar con ellos los detalles y hablar con los guías, acordaron los horarios y la ruta. Cada uno debía cargar su propio equipaje que incluía un saco para dormir y la comida necesaria. Allí conoció también a Pierre, un francés que desde hacía varios meses estaba viajando por África con el objetivo de evitar los lugares y las actividades que fueran de interés turístico. A sus casi sesenta años, se esmeraba en llegar a los pueblos aparentemente menos interesantes y su principal ocupación era observar cómo vivían los locales y pasar algunos días con ellos. Pierre no había visto las pirámides en Egipto, no había tomado un crucero por el Nilo en ninguno de los países por los que había pasado, no había hecho ningún safari… todas esas cosas que Pablo pensaba que eran prioritarias en cada destino, para él eran irrelevantes.

Sofía:

Mañana salgo a hacer una caminata en el monte Mulanje (que no es un monte sino un grupo de montañas) con un par de israelitas y dos guías locales. Hoy conocí a un personaje muy… ¿peculiar? No sabría cómo catalogarlo. Viene viajando desde Egipto hace más de diez meses y también tiene una lista de los atractivos turísticos de cada país, pero su objetivo es justamente NO ver ninguno de ellos. Tampoco hace ninguna actividad por la que deba pagar y en muchas ocasiones duerme en lugares públicos o en casas de familias que lo acogen. ¿Puedes creer que no usa Internet? Jamás investiga sobre los lugares a los que va a ir ni reserva hoteles, solo revisa una vez a la semana su correo electrónico para ver si pasó algo importante en su casa.

Aunque en un principio me pareció que estaba loco, después de hablar con él varias horas me di cuenta de que tiene un mayor entendimiento que yo de los países por los que ha

pasado: su cultura, su estilo de vida, su religión, incluso su comida. Me hizo pensar sobre mi objetivo en este viaje, más allá de cumplir tu sueño: ¿qué significa viajar para mí?, ¿por qué elijo cada actividad?, ¿qué estoy aprendiendo?

Claramente no tengo respuestas, pero sí el propósito de ir un poco más lento y aprender a apreciar esas cosas que tal vez me he perdido por querer ver y hacer todo lo "importante".

Te amo mi amor, estoy pendiente de tus exámenes.

Pablo.

Sofía debía hacerse algunos chequeos posteriores a la recaída. Cuando estuvo lista la sorprendió encontrar a Federico en la sala esperándola para llevarla.

—Fede… ¿qué haces?

—Vine a llevarte a los exámenes, tu mamá me avisó y espero que no te importe.

—Pues… me da pena…

—No seas tonta, tú harías lo mismo por mí, ¿o no? —Ese era el argumento que él siempre usaba cuando hacía cualquier favor, con lo que cerraba la discusión y el otro quedaba más comprometido que antes.

Los exámenes eran sencillos y la mayoría de los resultados los tendrían pocos días después. Cuando salieron, fueron a comer helado y estuvieron hablando durante horas mientras él le hacía un resumen de cómo el mercado financiero estaba siendo afectado por las elecciones presidenciales y la frágil situación política en Venezuela.

Día 82

Sofía se despertó sudando y descubrió que había tenido un sueño muy vívido y lleno de imágenes eróticas. En el sueño estaba Federico, el hombre perfecto, tan perfecto que había sido imposible para ella estar a la altura de sus estándares. Cuando llegó Mónica hablaron de esa experiencia, la terapeuta lo consideró algo normal teniendo en cuenta lo que Sofía le había contado sobre cómo él la había tratado en los últimos días y la carencia que venía experimentando hacía varios meses de un hombre que la hiciera sentir especial.

Ambas sabían que no era culpa de Pablo. Durante los últimos meses, con el avance de la enfermedad, Sofía se había vuelto más malhumorada que nunca, difícil de tratar, con cambios emocionales fuertes a veces en el mismo día, muy sensible a los estímulos externos como los olores o los sonidos y especialmente se había convertido en una víctima que ante cualquier observación sobre su comportamiento respondía "estoy enferma", cerrando toda

conversación al respecto.

La meditación le estaba ayudando a ver la enfermedad desde otro punto de vista, a entender mejor sus estados de ánimo, a no culpar a otros ni a sí misma de lo que le estaba pasando. Estaba más dispuesta a socializar con los demás y al encontrarse con Federico de nuevo las cosas estaban fluyendo de una manera inesperada.

—Moni… ¿yo debería… contarle a… Pablo?

—No sé Sofía, es una decisión muy personal. ¿Qué le contarías? ¿Que tienes un amigo con el que has hablado un par de veces o más bien al que has escuchado ya que no te deja hablar mucho?

—Pues… sí… pero el sueño…

—Creo que está bien que le cuentes si eso te da tranquilidad. Pero es muy normal tener sueños eróticos cuando despiertas tu segundo *chakra*, y vas a ver que no solo va a pasarte con él, es posible que sueñes con mujeres, con grupos de personas, con situaciones en las que conscientemente jamás te involucrarías. Nuestro lado erótico es tan creativo que no tiene las limitaciones morales que la sociedad nos impone. Piénsalo antes de hablarlo con él, considera las implicaciones de una conversación así con la distancia que los separa en este momento.

Mensaje de Sofía: Ayer soñé que hacíamos el amor.

Día 83

Durante horas Sofía estuvo pensando sobre la mentira que le había escrito a Pablo el día anterior. ¿Por qué decirle algo que no era cierto cuando bastaba con ocultarle la verdad? Concluyó que no quería romper la confianza de su esposo por algo tan inocente como hablar con Federico, pero ese día estuvo viendo las fotos de cuando eran novios: él siempre puesto en su punto, guapo, atlético, inteligente, galante, rodeado de personas importantes, líder en todos los círculos, exitoso profesionalmente. A simple vista, un hombre sin defectos, pero para quienes lo conocían tanto como Sofía, después de pasar esa primera capa de perfección, la forma egocéntrica en que veía el mundo convertía tantas cualidades en verdaderos defectos.

Federico había terminado el noviazgo de una manera tan diplomática que a ella no le quedaban dudas de que lo había planeado durante días, o incluso meses. Toda la relación había cambiado después de que el padre de Sofía estuvo envuelto en un escándalo de corrupción con resonancia en las noticias nacionales. En ese momento en el que Sofía y su mamá se sentían más solas y vulnerables, Federico decidió viajar a estudiar un posgrado a Londres y en menos de un mes ya se había ido de Medellín. Ni siquiera hubo una ruptura formal. Él la llamaba al principio un par

de veces por semana, pero fue espaciando la comunicación de manera consistente hasta que un día ella le dijo que no tenía sentido que mantuvieran una relación a distancia cuando él no le dedicaba ni siquiera unos minutos al día.

En lugar de lograr lo que se había propuesto que era que él se comprometiera a ser más constante, Federico estuvo de acuerdo con la conclusión y no volvió a buscarla nunca, ni siquiera cuando murió su papá... Hasta la tarde que apareció de nuevo unos cuantos días atrás en la reunión de Marta con sus amigas. Definitivamente no era un hombre en quien pudiera confiar. Tenerlo cerca significaba que ella era alguna pieza en cualquier plan que estuviera maquinando y al final iba a salir tan lastimada como la primera vez, así que decidió evitar al máximo los encuentros con él.

Día 84

Sofía:

Caminar en la montaña es como caminar en la vida. A veces la ruta es fácil y podemos ir sin poner mucha atención pensando en otras cosas. A veces es difícil y todos nuestros sentidos tienen que dedicarse a tantear el entorno y decidir rápidamente qué hacer. En la montaña hay atajos y, como en la vida, a veces nos llevan a donde queremos; otras veces nos equivocamos y decidimos regresar a tiempo al camino y algunas otras terminamos metidos en un apuro peor que el inicial y esforzándonos el doble por salir de ahí. En la montaña es indispensable tener claro para dónde vamos, ideal planear la ruta y siempre estar dispuestos a improvisar en el camino según lo que encontremos. Cada paso es importante aunque no seamos conscientes de todos ellos. Cada vez que bajamos volvemos a subir, a veces a lugares por encima de donde ya habíamos estado. En ocasiones estamos acompañados de otros que recorren el mismo sendero pero la mayoría del tiempo solo nos acompañan nuestros pensamientos, sentimientos, decisiones y actos. En la montaña, como en la vida, hay que saber cuándo detenerse, cuándo tomar aliento, cuándo acelerar el ritmo e inclusive, cuándo darse por vencido sabiendo que habrá otra oportunidad, o tal vez no, pero de verdad no importa.

Como sabes, caminar en la montaña es una de las cosas que más me gusta hacer en la vida. Es una oportunidad como pocas de ser salvaje. Mientras camino soy consciente de los cuatro elementos. Del fuego del sol sobre mi cabeza. Del aire mientras me roza la cara. Del agua en el ambiente humedecido, la lluvia, los lagos, los ríos o la nieve. De la tierra sobre la que voy caminando, con determinación, con dudas, con zozobra. Me

conecto con la naturaleza que me rodea. Me muero de miedo ante los peligros que voy inventando. ¿Y si me resbalo mientras subo por esa pared de rocas? ¿Y si me caigo en el precipicio? ¿Y si las piedras del río no son tan estables como parecen? ¿Y si este no es el camino? ¿Y si llega la noche? ¿Y si algún animal salvaje me ataca? (y en la categoría de "animal salvaje" a veces incluyo las vacas que están pastando o los perros de los campesinos). Miedos que a veces me paralizan, me hacen hiperventilar, maldecir estar ahí y querer llorar (aunque los hombres no lloran). Miedos que a veces me trago mientras pienso en ti, que a pesar de ser más pequeña y menos fuerte que yo recorrerías el mismo camino sin dudarlo, sin pensar en los obstáculos, sin detenerte ante los verdaderos peligros.

Te amo,

Pablo.

Día 85

Sofía lloró por horas leyendo y releyendo el mensaje. La conmovía que él tuviera esos momentos de apertura en los que mostraba su lado más sensible pero a la vez le parecía una crueldad que escribiera sobre esas cosas que ella no podía hacer y ya no haría nunca. Era sábado y además de no tener terapia con Mónica, llovía sin consideración sobre Medellín. Pocas cosas la hacían sentir tan sola como la lluvia. Conservaba esos recuerdos de cuando siendo muy pequeña se iban para la finca todas las vacaciones y le tocaba quedarse encerrada porque amanecía lloviendo; cuando en la adolescencia tenían que cancelar la ida al centro comercial porque nadie quería ir en medio de la tormenta; cuando en la universidad aplazaban los partidos de voleibol porque estaba inundada la cancha… La lluvia era para ella sinónimo de encierro y más ahora que dependía de su mamá o de alguna de las enfermeras para salir de paseo.

Mensaje de Sofía: Me alegra que la montaña haya sido especial. ¿Qué vas a hacer ahora?

Sofía:

Mañana voy a cruzar hacia Mozambique por la frontera entre Mwanza y Zóbuè. Me parece increíble que ya sea mi sexto país africano y esté a punto de cumplir los primeros tres meses de viaje. Debo confesarte que me siento cansado y suelo tener pensamientos en los que imagino que desayuno arepa con quesito o monto en bicicleta por el oriente antioqueño. No me malinterpretes, el viaje es una experiencia espectacular, pero estos días he estado muy nostálgico y extrañándote mucho a ti, a

mi familia, a los amigos y a nuestra ciudad. ¿Qué tal salieron los exámenes?

Pablo.

Día 86

El día para Pablo fue más largo de lo que esperaba. Tomó un minibús en la estación Mibawa hasta la frontera en Mwanza. Selló el pasaporte en la salida después de llenar un largo formulario y luego de unos metros encontró cientos de mototaxis listos para llevar a los viajeros hasta la frontera de Mozambique, ubicada a seis kilómetros.

En el camino fueron detenidos por dos policías: un hombre y una mujer. El hombre revisó su pasaporte, verificó la visa, el sello de salida de Malaui y más o menos por qué países había pasado.

—¿Dónde queda Colombia?

—En América del Sur.

—¡Ah! ¿en Estados Unidos de América?

—No, en el Sur del continente.

—¿No es lo mismo?

El policía ya se estaba molestando con Pablo y hasta insinuó que Colombia no era un país y que su pasaporte era falso porque no era de Estados Unidos. El conductor de la moto le dijo que estaba de afán y se pusieron a discutir en su lengua. La mujer se acercó a Pablo y le dijo en un tono bajo "tengo sed". Él sintió pena, seguro ella llevaba varias horas bajo el sol y no había ningún resguardo cerca o un lugar para tomar o comer algo.

—Solo tengo esta botella de agua, y está empezada. Pero si la quiere, se la dejo.

Todos se rieron y finalmente el policía le dijo que se podía ir. Cuando el conductor de la moto lo dejó en la frontera de Mozambique le explicó que esa era la forma en la que los policías pedían un "pequeño" soborno, el equivalente colombiano a "¿me da para el refresco?".

Una vez le sellaron el pasaporte para el ingreso, tomó una *chapa* (como llamaban a los deteriorados y llenos minibuses) hasta llegar a Tete, un recorrido de dos horas en el que además le cobraron extra por el equipaje.

Mensaje de Sofía: Mañana tengo la cita para ver los exámenes. ¿Cómo te fue cruzando la frontera?

Día 87

Volvió a soñar con Federico. Esta vez estaban haciendo un viaje en un tren por un paisaje montañoso cubierto de nieve. Él la observaba mientras ella hablaba sin parar con una fluidez que ya le

parecía extraña. Al despertarse, encontró un mensaje de él preguntándole si quería que la acompañara al médico. Incapaz de ser tan cortante como quería se limitó a responderle que iría con la terapeuta porque necesitaba hablar con el doctor.

Tenerlo cerca la estaba perturbando y le costaba concentrarse en cualquier otra cosa. Todavía no entendía qué propósito tenía él para estar de nuevo presente en su vida, pero sí estaba claro que debía mantenerse alerta antes de caer de nuevo en su red de seducción.

Sofía:

Estoy en Chimoio, una pequeña ciudad de Mozambique, en el único hostal para mochileros del lugar, compartiendo con un par de españoles, unos israelitas y algunos locales que están de paso hacia el Gorongosa. Hay un ambiente de compañerismo muy especial; fuimos juntos al mercado, hicimos la comida entre todos y nos quedamos conversando hasta tarde sobre las experiencias de cada uno.

Estoy considerando las opciones: podría irme con un israelita a hacer una caminata a no sé qué montaña o encontrar alguna forma de ir de safari al Gorongosa. Es el país más precario de todos en los que he estado: no hay agua corriente en los baños, es difícil encontrar conexión a Internet, no hay casi alumbrado público en las noches, las carreteras están en pésimo estado y los hoteles no aparecen en las plataformas de reserva *online*.

Es hora de apagar la luz.

Te amo,

Pablo.

Mensaje de Sofía: Los exámenes salieron bien, el doctor quiere que discutamos sobre un nuevo tratamiento.

Día 88

Una de las empleadas del hostal le explicó a Pablo las opciones que tenía para visitar Gorongosa o, mejor dicho, la única opción: quedarse en el campamento que había dentro del parque. Al no haber competencia, el alojamiento, la alimentación y los recorridos tenían unos precios fijos que a él le parecieron muy altos.

Pero era todavía más complicado llegar al parque. Casi todo el mundo iba en transporte privado o contrataba un conductor, ambas opciones demasiado costosas para su presupuesto. Finalmente, un chico local que también se hospedaba allí se acercó para ofrecerle que se uniera a su grupo, con lo cual se ahorraría un dinero importante.

Sofía:

Voy saliendo para Gorongosa, encontré una opción para irme hoy mismo y que no me salga tan costoso. Te busco en un par de días amor. Me alegra lo del tratamiento, cuando puedas mándame más información.

Pablo.

El trayecto de un par de horas se convirtió en casi siete. El minibús que había contratado el grupo se recalentó una y otra vez, y siempre tenían que detenerse, esperar a que se enfriara y volver a empezar. Al caer la noche, hacían señales con las luces de los celulares a los camiones que pasaban a toda velocidad para evitar que los chocaran y Pablo se sentía intimidado pensando que en cualquier momento un animal salvaje podía salir de los arbustos. Cuando por fin llegaron, tuvieron que pedir una autorización especial para que los dejaran entrar ya que las puertas habían cerrado desde hacía tres horas y apenas quedaban restos de comida en el bufé del restaurante.

Mensaje de Sofía: No sé si valga la pena el tratamiento, puede ser muy costoso y estoy cansada de ser un ratón de laboratorio.

Día 89

Gorongosa es un parque que se encuentra en recuperación ya que durante la Guerra Civil de Mozambique entre 1977 y 1992 la población de animales sufrió considerablemente; la mayoría de ellos fueron cazados como alimento de los rebeldes, del ejército o de la población de la zona. Durante las últimas décadas, cientos de personas se han entregado a la tarea de recuperar estas especies, trayendo algunas de ellas desde otros parques para volver a crear el balance que requiere la naturaleza, cuidando el hábitat necesario para el florecimiento de la vida y luchando contra los cazadores furtivos que intentan destruir lo poco que queda.

Pablo hizo una salida de safari esa tarde y pudieron ver algunos leones a los que ubicaron gracias al dispositivo de seguimiento que tienen la mayoría de ellos. En la noche, en la soledad de su pequeña carpa, pensaba en Tatiana. La imaginaba durmiendo tranquila a su lado, a veces mascullando entre ronquidos algunas palabras imposibles de entender que seguramente eran un hechizo lanzado en sueños. Esta vez la recordó con cariño, anhelando tener con quien compartir todo lo que había vivido durante el día, con quien hablar antes de dormir, a quien dar un beso de buenos días al despertarse.

Faltaban diez días para su cumpleaños y Sofía estaba bastante ansiosa pensando en lo que quería hacer con Pablo. Mónica sugirió que preparara su habitación ese día con un ambiente sensual que la

hiciera sentir cómoda y que le ayudara a estimular los sentidos para la experiencia. Enfocaron la terapia en hacer la lista de sabores, olores, sonidos, imágenes y texturas que a ella le evocaban experiencias sexuales positivas. Al principio Sofía no lograba pensar en nada, pero al final de la sesión ya sabía que quería comer chocolates, encender una vela de vainilla, escuchar Nick Murphy, verse en un *body* negro de encaje y sentir las sábanas muy frías.

Mensaje de Sofía: Sueño despierta contigo amor.

Día 90

Sofía:

Gorongosa, como todos los safaris, me entregó momentos únicos; sin embargo, es un parque que necesita muchos años de recuperación para estar a la altura de los otros en los que he estado… pero algo me impactó profundamente: en Gorongosa los elefantes no olvidan; son más agresivos de lo normal, vivieron la dura guerra, muchos de ellos murieron, muchos pelearon. Aquí ver elefantes no es fácil y puede ser peligroso porque ellos, que viven hasta setenta años y pueden pesar en promedio ocho toneladas, vieron cómo su sangre se derramaba sobre esta hermosa sabana. Los elefantes no olvidan lo malos que podemos llegar a ser los seres humanos; ojalá nosotros, nuestras futuras generaciones, tampoco lo olvidemos y luchemos cada día por un mundo en el que pueda recuperarse el equilibrio, con la dedicación que quienes trabajan por Gorongosa lo hacen cada día.

Yo también sueño contigo amor.

Pablo.

Día 91

Muy temprano salió hacia Vilankulo donde aprovechó para descansar. Cuando habló con su mamá ella no podía dejar de reírse:

—Hijo, ¿pero descansar de qué? ¡Si llevas tres meses de vacaciones!

—No mamá, yo no estoy de vacaciones, yo tengo una vida que es viajando.

—Pues por eso, estás por allá conociendo lugares y personas, tomando fotos, haciendo lo que quieres.

—Sí, pero es un trabajo también; hay que estar más consciente de todo, tomar decisiones sobre las cosas que uno normalmente ni cuestiona.

—Por eso...

—Por ejemplo, tú te levantas y pones a hacer café, calientas arepas y haces huevos, no tienes ni que pensar. Yo, en cambio,

tengo que levantarme y buscar dónde puedo desayunar, ver si me queda cerca, si venden algo que me guste, si el precio está en mi presupuesto. Todos y cada uno de los días tengo que tomar desde pequeñas decisiones como esas hasta otras más difíciles como qué países voy a visitar después o cómo administrar el dinero.

Con su mamá podía conversar durante horas. A ella le encantaba contarle los detalles de su vida cotidiana como si hubieran hablado por última vez el día anterior; opinaba sobre todo lo que él le contaba y se interesaba por las cosas más insignificantes, como cuánto tiempo le tomó un trayecto en bus entre dos lugares que no sabía dónde quedaban o si la pizza en Mozambique era más rica que en Malaui. También hablaban mucho de Sofía; su mamá y Marta tenían una buena relación y su suegra solía contarle detalles que su esposa ocultaba, generalmente relacionados con su estado de salud. Ese día Pablo supo que Federico estaba visitándola de nuevo.

—Pero mamá… ¿cómo así que Sofía está viéndose con el ex?

—No sé hijo, Marta dice que son buenos amigos y que le ha servido mucho a ella que él la visite.

—¿Pero no te parece como raro después de como se portó con ella? ¿Y Sofía y Marta lo recibieron así como así?

—Bueno… creo que Marta fue quien propició todo.

La indignación de Pablo no tenía precedentes. Sofía le estaba mintiendo.

> Sofía:
> ¿Tienes algo que contarme?
> Pablo.
>
> *Mensaje de Sofía: Sí amor, tengo mucho que contarte. ¿Estás preparado para mi cumpleaños?*

Día 92

En Vilankulo debido a diferentes eventos geológicos, la playa se encontraba por debajo del resto del pueblo que yacía en algo similar a una meseta. El hostal donde se estaba quedando tenía una terraza que le permitía ver el mar desde su posición elevada. El amanecer era especialmente hermoso con el sol ascendiendo sobre el canal de Mozambique. Madagascar estaba a cuatrocientos kilómetros, pero a pesar de estar tan cerca, era imposible llegar en barco ya que decían que el mar estaba lleno de piratas.

Se pasó horas mirando el océano. Viendo cómo la marea cambiaba por completo la playa. Cómo los pescadores salían temprano a buscar el sustento del día. Cómo los turistas paseaban tomándose fotografías. Cómo los locales recorrían de un extremo a otro el pueblo cargando agua en baldes sobre la cabeza. El mar

estaba a solo unos metros, pero para llegar a él tenía que dar una vuelta larga para poder bajar del acantilado. Decidió quedarse todo el día en el hostal. Organizar sus pensamientos. Escribirle a Tatiana. Principalmente, esperar las explicaciones de Sofía que no le había contado sobre Federico.

—¿Cariño?

—Hola Tati ¡qué alegría verte y escucharte! ¡Estás divina!

—Vaya, ¡no te imaginas! Llevo varios días pensando en ti como nunca.

Conversaron por horas. Como si no hubiera pasado más de un mes desde que se despidieron en Livingstone. Sin reproches por no haber estado en contacto antes. Hablaron de lo que había hecho cada uno todo ese tiempo, del trabajo de ella que estaba bastante movido con los clientes planeando sus viajes de fin de año, de las experiencias que había tenido él en Zambia y Malaui. De la invitación que le hicieron a ella para ir a Egipto en noviembre. Del cumpleaños de él justamente en ese mes. Podía sentirse la intimidad entre los dos. El cariño. La capacidad de ser cómplices.

—Sabes, también he pensado en esas noches que pasamos juntos.

—¿Cuál de todas Tati?

—Todas ellas... esas en las que tus manos no podían dejar de tocarme.

Antes de darse cuenta, Tatiana se había desabrochado la blusa y Pablo podía verle la ropa interior.

—Guíame con tus palabras…

—Me pones nervioso Tati, no sé qué decirte…

—Dime qué quieres que haga y lo haré para que me veas.

Pablo comienza el juego muy tímido, sin tener claro hasta dónde ella está dispuesta a llegar. Le pide que se quite la blusa. Que se pase lentamente la lengua mojada por la boca. Que se toque los senos por encima de la ropa interior. Que se la quite. Antes de hacerlo, ella se levanta para poner música y él puede ver el resto de ese cuerpo que tanto desea. Suena *Stolen dance* y mientras ella tararea la canción se suelta el brasier y deja que le vea sus senos.

—Tati… eres una mamacita… ¿De verdad quieres esto?

—Ufff cariño… no tienes idea. ¿Acaso tú no?

Ella juega con sus pezones, él se desabrocha el pantalón. Ella ajusta la cámara para que él pueda ver cómo baja las manos y las desliza por dentro del *panty*. Él siente que va a explotar. Ella se acaricia suavemente y le muestra lo mojada que está. Él le pide que se toque, que imagine que son sus manos y sus dedos los que la recorren. Ella pide más. Él ordena. Ella obedece. Él quiere más. Ella hace lo que quiere. Él quiere hacerle todas esas cosas. Ella gime. El

aumenta la velocidad de sus movimientos. Ella se entrega. Él también.

Después de despedirse entre risas y miradas cómplices Pablo se quedó dormido pensando en esa mujer con la que hacía cosas que no había intentado antes.

Mensaje de Sofía: Falta menos de una semana para mi cumple, estoy preparando algo muy especial.

Día 93

Aún no entendía por qué Sofía no le hablaba de Federico y cada idea que se le venía a la cabeza lo torturaba más que la anterior. Decidió tomar un tour con un operador que lo abordó en la calle. Ni siquiera lo pensó demasiado ni revisó los precios de la competencia, antes de las 9 a. m. ya estaba montado en un zódiac rumbo al archipiélago de Bazaruto. Después de una hora en la que la pequeña embarcación parecía a punto de naufragar con cada una de las olas, llegaron a la isla que le da su nombre al archipiélago, formada por una enorme duna de arena dorada. En la playa las diferentes empresas armaban carpas para los turistas y montaban un pequeño bufé en el que servirían la comida. El plan consistía en subir la duna para ver desde arriba el hermoso mar de diferentes tonos de azules y los bancos de arena formando imágenes caprichosas.

Con un fuerte silbido, el guía les indicó que era el momento de regresar al zódiac para ir hacia Two Mile Reef donde harían un poco de *snorkeling*. Antes de salir les advirtió que tendrían que pasar por "la lavadora", un punto en el que se formaba un remolino difícil de sortear pero que era paso obligado para llegar al arrecife. Pablo se aferraba a las cuerdas de la embarcación y cerraba los ojos cada vez que los golpeaba una ola.

Después del *snorkeling*, regresaron a la isla donde estaba lista la generosa comida: diferentes opciones de pescados y mariscos, arroz, frutas frescas, ensalada, agua y refrescos. Reposaron un poco y salieron de nuevo en el zódiac hacia la isla Benguerra donde encontraron también bancos de arena y diferentes riachuelos de agua que cambiaban todo el tiempo la forma de la isla en su interior mientras pequeños cangrejos dejaban las huellas de sus pasos rápidos sobre la superficie.

Sofía:

Tengo que ver dónde estaré en tu cumpleaños, estoy muy relajado en Mozambique y no sé exactamente cuál será mi itinerario la próxima semana.

Pablo.

Mensaje de Sofía: ¿Todo está bien amor?

Día 94

Por lo general, los lunes Sofía esperaba a Mónica con muchas ideas, preguntas y emoción por los avances que había hecho el sábado y el domingo o por la expectativa sobre lo que trabajarían durante la semana, sin embargo esta vez Mónica la encontró un poco decaída y desinteresada.

—Sofía, ya llevamos el tiempo suficiente trabajando juntas como para darme cuenta de que tu cabeza no está aquí en este momento. ¿Qué es lo que pasa?

—Pablo… está muy raro…

—¿Estás segura? ¿Has hablado con él? Mira que en la distancia y a través de correos a veces no es fácil interpretar la intención con la que el otro está escribiendo; no creo que valga la pena preocuparse sin saber si pasó algo importante.

—Tal vez… pero está… distante.

—Bueno, creo que no está de más que lo verifiques con él. ¿No me dijiste que en Mozambique el Internet es muy malo? Tal vez no le ha quedado tan fácil escribirte.

Mónica siempre lograba tranquilizarla y aunque pudo por un momento alejarse de los pensamientos que la tenían indispuesta, la intuición le seguía diciendo que algo no andaba bien. ¿Estaría en contacto con Tatiana? ¿Habría conocido a otra chica? ¿Se estaba cansando de ella? Para Sofía cabían todas las posibilidades. Él llevaba varios días sin subir sus fotografías al respaldo *online* y tampoco estaba actualizando el archivo de presupuesto. ¿Realmente tenía poca conexión a Internet o estaba ocultando algo?

Desde Vilankulo Pablo tomó una *chapa* por cinco horas hacia Tofo y en el hostal se encontró con algunos chicos israelitas que había conocido en Chimoio. Sin importar que la semana apenas comenzara se fueron a tomar cerveza en el bar de turno.

Mensaje de Sofía: Amor, estoy preocupada por ti, avísame si estás bien.

Día 95

La cerveza se convirtió en *whisky*, en yerba, en vino, en más cerveza, en todo lo que tenían a la mano para vivir la fiesta. El sol intenso en la cara los despertó en medio de la playa. Al grupo se habían sumado un par de chicas alemanas y una estadounidense. Llegó al hostal casi arrastrándose y se quedó dormido de nuevo hasta que el hambre, el calor y el dolor de cabeza lo sacaron de la cama.

De día el pueblo lucía bastante diferente. La playa se extendía por kilómetros y se veían apenas algunos turistas sentados viendo las ballenas que saltaban a pocos metros y grupos de niños jugando o vendiendo nueces en pequeñas bolsas plásticas. El centro de la

población era una calle comercial en la que había unas cuantas tiendas de abarrotes, el mercado de productos frescos, restaurantes y bares. Los otros pocos turistas venían de todas partes del mundo, pero lo que más abundaba eran los portugueses que se sentían cómodos en esa antigua colonia de su país.

Incluso para Pablo todo era irresistiblemente barato, sobre todo la comida de mar. Ostras, mariscos y pescados valían mucho menos que en cualquier lugar en el que hubiera estado, ni siquiera en Colombia los precios eran tan bajos. Mientras esperaba a que le prepararan una langosta, vio pasar a las chicas de la noche anterior, tan animadas como cuando bailaban al ritmo de la canción de moda.

—¡Chico *Despacito*!

—Hola Susan, ¿cómo va la resaca?

—¡Cero resaca! Esta noche la fiesta es en Tofinho y mañana en Barra, ¿te apuntas?

—¡Uy, ustedes no tienen límite! Yo apenas estoy componiéndome de anoche. A mis treinta y dos esto no es lo mismo.

—Vamos, no seas aguafiestas. ¿Quién más nos va a cantar esa canción en español?

"Quiero respirar tu cuello despacito" cantó como pudo una de las alemanas y las tres siguieron su camino entre risas hacia la playa.

Sofía:

Estoy en Tofo, en Mozambique. Creo que voy a quedarme acá una semana, así es que alcanzo a pasar tu cumpleaños.

Pablo.

Mientras intentaba concentrarse en sus ejercicios, en la rutina de seducción que había diseñado con Mónica, Sofía seguía sintiendo que algo no estaba bien con su esposo, pero decidió darle el espacio para que él mismo se lo dijera.

Mensaje de Sofía: Gracias por avisarme.

Día 96

Faltaban dos días para su cumpleaños y Mónica le ayudó a Sofía a repasar todo lo que habían venido trabajando en las semanas anteriores. Uno de sus principales miedos era que Pablo notara cuánto había disminuido la capacidad para moverse de algunos de sus músculos, en ese momento le costaba mucho la motricidad fina y Mónica tuvo una idea que sabía que le iba a costar asimilar.

—Moni… ¿esto es… un vibrador?

—Sí, exactamente.

—No puedo… ¿Cómo se te… ocurre?

—Al menos inténtalo, no hay nada de malo y puede servirte mucho. Traje varias opciones para que analices si hay alguno con el que te gustaría probar, los demás puedo devolverlos.

—Pero… no… esto es malo…

—No es malo. Claro que no.

Y luego de mostrarle algunos videos sobre cómo se usaba cada uno y sus características, Sofía accedió a quedarse con uno de ellos que además se podía controlar por una aplicación desde Internet y en ese caso sería Pablo quien podría encargarse de manejarlo. Aun así la idea le aterraba. Ya proponerle que hicieran el amor por videollamada le parecía poco convencional, pero estaba dispuesta a usar el vibrador si las cosas fluían en esa dirección.

Esa noche lo sacó para usarlo pero lo guardó de inmediato, pensaba que estaba haciendo algo malo.

Sofía:
Sigo en Tofo. Ya el presupuesto está actualizado.
Pablo.

Día 97

Mensaje de Sofía: ¿Te parece si tenemos nuestra cita mañana a las 9 p. m. de Mozambique?

La fiesta en Barra estuvo más animada que las dos anteriores y bailaron hasta el amanecer. A pesar de nunca haberse considerado un buen bailarín, Pablo con su sabor latino había sido el centro de atención de la noche y sus nuevas amigas ya tenían claro para dónde irse de fiesta cada día de la semana.

Sus días en Tofo empezaban casi al mediodía. Se levantaba con resaca y caminaba hasta el mercado para comprar pan, huevos y tomates para prepararse el desayuno. Hablaba durante un buen rato con los otros viajeros del hostal o hacía siesta en una hamaca hasta las dos o tres de la tarde cuando se iba para la playa a ver las ballenas hasta el atardecer mientras se tomaba un par de cervezas. Regresaba al hostal y dormía algunas horas para encontrarse con las chicas sobre las nueve de la noche, buscar comida e irse de fiesta.

Sentía que estaba viviendo una vida ajena. En Medellín no iba a una discoteca desde la universidad y solo había fumado marihuana una vez hacía muchos años. Esa vida ajena le estaba gustando.

Sofía:
Tal vez el propósito de este viaje sea darme cuenta de que soy otra persona. O de que siempre he vivido una vida que no era realmente la mía. Siento que hay aspectos de mi

personalidad que nunca pensé que eran parte de mí y que ahora está claro que también soy yo. Soy ese que disfruta de lo que no había probado antes. ¿Puedes creer que desde que llegué a Tofo no me he bañado? ¡Y no pasa nada!

Tal vez el propósito de este viaje sea que tú también encuentres quién eres en realidad. Te casaste conmigo que en muchos aspectos soy la persona más diferente a ti del mundo, tan lejos de tu exnovio perfecto con el que aún puedes formar la familia perfecta.

¿No te parece que soy más inteligente cuando estoy borracho?

Pablo.

Para Sofía fue un balde de agua fría. ¿Desde cuándo y por qué sabía que Federico estaba de nuevo en su vida? Todo empezó a encajar, la forma en la que estaba tratándola, las preguntas que le hacía. Pero además ¿con qué derecho?, ¿acaso no había tenido él un amorío con Tatiana? ¿Cómo podía comparar la relación de amistad de Federico con la lujuria de la española esa? Se quedó dormida en la víspera de su cumpleaños odiándolo por ser tan hipócrita y culparla a ella de algo que ni siquiera había pasado.

Día 98

Pablo se despertó con dolor de espalda y se demoró algunos segundos para reconocer el lugar en el que estaba. Había pasado la noche sobre un suelo de asfalto. El lugar olía a orina y sentía el ruido de una calle transitada y personas hablando casi a los gritos. Estaba recostado sobre su propio vómito. Le dolía además el abdomen y cuando intentó sentarse para ver mejor dónde estaba se dio cuenta de que tenía sangre seca en las manos. Entraba un poco de luz por una ventana y pudo ver con dificultad una sombra que caminaba hacia él a través de… ¿barrotes? ¿Dónde estaba?

El hombre que se acercó le habló en portugués y él solo entendió Inhambane y droga. No tenía ni su celular ni su billetera. Le dolía el estómago, tenía mucha sed y se sentía desorientado; todo pasaba más allá de los barrotes, de las paredes, de ese espacio diminuto y ese terrible olor que tenía impregnado por todo el cuerpo.

En una esquina había un balde con agua. Se veía sucia pero después de probar unas gotas decidió beberla. Le ardió la boca. Le dolió tragarla. Intentaba ponerles orden a sus pensamientos. Lo último que recordaba era que había salido hacia Roca con las chicas, y que en el camino habían decidido irse a otra ciudad más grande donde había una fiesta de música electrónica… Inhambane… ahí estaba. Reconstruyó la noche lo mejor que pudo. El sonido repetitivo de la música, las luces de neón, el lugar lleno

de gente. Habían tomado mucho, las alemanas querían "pepas", se habían subido a una camioneta para ir a buscar algo fuerte... Era lo último que recordaba.

Minutos después se acercó un hombre que lo llevó al despacho de un policía. Sobre la mesa estaban su billetera y su celular y el hombre al otro lado del escritorio lo miraba con un gesto parecido a la lujuria.

—¿Por qué estoy aquí?

—Señor… López, usted cometió un delito muy grave en nuestro país. O, mejor dicho, varios delitos.

—¿Yo? No entiendo, ¿cuáles? ¿Dónde está mi abogado?

—No me haga reír que acá no hay abogado. Primero, lo encontramos vendiendo drogas, sabemos que es un narcotraficante colombiano.

—Pero…

—¡No me interrumpa! Segundo, no tenía su pasaporte, sabemos que ingresó al país ilegalmente.

—Pero…

—¡No me interrumpa! Tercero, estaba con una mujer menor de edad, sabemos que abusó de ella.

Ante cada nueva acusación el policía se iba agrandando, sintiéndose orgulloso de haber descubierto a un hombre tan peligroso y tenerlo ahora en su comisaría. Pablo por su parte se estaba encogiendo, no lograba entender nada de lo que le decían. Claramente no estaba vendiendo drogas; sí era cierto que estaban buscando algo, pero él no era el narcotraficante que decía. No tenía su pasaporte, habían salido de fiesta y no le pareció prudente llevarlo. ¿Y de qué menor de edad le estaba hablando? Se dio cuenta de que lo mejor era intentar aclarar las cosas de una manera calmada.

—Voy a explicarle sus opciones para que sea usted quien elija. En Mozambique recibimos a los turistas con los brazos abiertos, pero no vamos a permitir que delincuentes vengan a hacer lo que quieran.

—Sí, por supuesto. Por favor dígame.

—La primera opción y la que yo le recomiendo es que pague una fianza. Es el trámite más rápido y sencillo y en un par de horas puede estar de nuevo en su hostal en Tofo con sus amigas alemanas. Con la otra le sugerimos que no vuelva a salir porque, ya le dije, es menor de edad y le recomendamos que no vuelva a meterse en problemas. La próxima vez no va a tener tanta suerte y tal vez lo lleven directamente a la cárcel en la capital.

—¿Una fianza? ¿De cuánto? Yo no soy una persona de recursos…

—Déjeme explicarle para que pueda decidir. La segunda opción es que llenemos los documentos correspondientes a su arresto oficial; debo enviarlos a la central en Maputo pero como hoy es viernes, lo más probable es que los reciban el martes o miércoles. Ellos le notificarán a la embajada de su país... la más cercana está en Sudáfrica, por lo que puede pasar una semana más. Yo no puedo tenerlo acá tanto tiempo en una celda privada, entonces lo trasladaríamos de esta comisaría a la cárcel con documentos temporales.

Pablo sentía que le iba a explotar la cabeza. ¿En qué problema se había metido?

—Ya sabe cómo son las cárceles y cuando se corre la voz de que llega un violador… Bueno, no puedo culparlos, yo también soy padre. De solo imaginarme que usted le ponga un dedo encima a mis hijas… Si no tuviera este uniforme habría recibido más golpes de los que le di.

Se le vinieron a la cabeza imágenes de policías pateándolo, pero no sabía si era un recuerdo de algo que sí le había pasado o una imagen de cualquier película que de repente encajaba en la historia.

—Entonces, para no preocuparlo más... Yo lo que le recomiendo es que pague la fianza. Usted me da las claves de sus tarjetas, yo saco del cajero lo que tenga en sus cuentas y lo dejo personalmente en su hostal en Tofo.

—Claro, suena a una mejor opción. ¿Y de cuánto es la fianza?

—No se preocupe, es de lo que tenga. Para los trámites ya tomé los sesenta dólares en efectivo que tenía en su billetera. Vi que trae dos tarjetas de crédito y una de débito; me imagino que podrá sacar al menos cinco mil dólares.

Pablo se agarró la cabeza con las manos. En ese momento se dio cuenta de que no tenía su argolla de matrimonio. Con un golpe de lucidez entendió que el policía le estaba pidiendo “para el refresco”; aquello no era una fianza, ¡era un soborno!

—Necesito que decida de una vez o ya nos toca dejarlo para mañana, falta media hora para que me vaya a mi casa.

—¡Policía de mierda! Antes de pagarle un soborno me dejo violar en la cárcel.

El policía que lo había escoltado al despacho le pegó un golpe en la cabeza que lo dejó inconsciente.

A las nueve de la noche de Mozambique Pablo seguía sin despertarse en la misma celda con olor a orines, mientras que Sofía había decidido dejar pasar por el momento el reclamo sobre Federico y lo esperaba en su cama con sábanas frías de seda, vestida de encaje negro, escuchando la música que le gustaba, con una copa de vino servida, velas de vainilla y tan nerviosa como si fuera su

primera vez.

Día 99

Se despertó varias veces durante la noche, ya no quedaba agua, tenía mucha hambre, no había luz, había tenido que orinar y defecar en una esquina, le dolía el abdomen y se sentía miserable por no haber podido hablar con Sofía en su cumpleaños. Estaba dispuesto a entregarle todo al policía. En realidad, no podría sacar más de cuatrocientos dólares de cada tarjeta, era el límite que tenía su banco para los retiros internacionales.

Recordaba que en el despacho estaba el nombre del policía en algunas placas. Lo denunciaría cuando llegara a Maputo. Era evidente que lo habían inculpado, golpeado y torturado sicológicamente. En minutos construyó el caso que usaría no solo para vengarse del policía sino para sacar a la luz la corrupción de los funcionarios en Mozambique, una corrupción que iba desde los guardias de tránsito que cada vez que paraban a las *chapas* en las carreteras encontraban un billete escondido en medio de los documentos del conductor, hasta los elegidos masivamente después de comprar votos a cambio de comida como lo sabían hacer también los políticos en Colombia.

Cuando amaneció empezó a llamar al policía para pedirle hablar con él. Llegó bien entrada la mañana, pero esta vez no lo llevaron al despacho.

—¿Qué quiere hablar conmigo? Ya voy a llenar los formularios de su arresto.

—Perdóneme agente… ayer estaba muy desorientado, había bebido mucho.

—Claro que lo sé, desde aquí todavía huele a licor.

—Sí, perdóneme. No quise ofenderlo. Voy a pagar la fianza, dígame qué debemos hacer.

El policía sonrió con satisfacción. Lo tenía donde y como lo quería.

—Bueno, tendré que pensarlo. Ya es sábado y hoy solo trabajo dos horas.

—Mejor, así lo hacemos todo rápido.

—OK, pero la fianza hoy es más alta, es festivo.

Pablo se contenía la rabia para no volver a gritarle.

—Perdóneme señor agente, usted ya vio mi billetera, yo no tengo más dinero.

—Sí es cierto. Pero hay opciones: me desbloquea su celular para que sirva de algo, supongo que tiene una tableta o un portátil y por lo menos una cámara… ¿Algo más? Seguramente dinero escondido en el hostal.

Pablo quería escupirlo. Golpearlo. Aplastarlo.

—El celular no vale nada, se lo desbloqueo ya si quiere. Tengo un portátil y una cámara barata... y menos de doscientos dólares en el hostal. Pero necesito que me devuelva mi argolla, es el recuerdo de mi esposa.

Al policía le gustó lo que estaba escuchando.

—Vamos a ver cuánto tiene en las tarjetas y con eso decidimos lo de la argolla.

Mensaje de Sofía: A pesar de tu desplante, Federico se encargó de que mi cumpleaños fuera un día muy especial. No vuelvas a buscarme. Para evitarte la vergüenza, te aviso que ya cancelé las tarjetas de crédito compartidas.

Día 100

Una especie de calambre en el abdomen lo despertó súbitamente. El policía lo estaba pateando de nuevo.

—¿Qué pensó?, ¿que me iba a engañar? De las tres tarjetas que me dio solo funcionó una y ayer apenas pude sacar veinticinco mil meticales.

—¿Qué? No entiendo, yo esas tres tarjetas las uso.

—Pues vamos a ver cuánta plata tiene.

Lo llevó arrastrado hasta el despacho y le exigió que se metiera a la cuenta del banco en Internet. Para sorpresa de Pablo, efectivamente las dos tarjetas de crédito salían canceladas.

—¡No entiendo! Pero mire… de verdad no tengo nada más. Ya es otro día en Colombia, puede sacar otra vez cuatrocientos dólares.

El policía estaba furioso. Lo montó en la camioneta, pasaron por el cajero, lo llevó a Tofo para que le entregara lo que tuviera y antes de irse se puso la argolla para que quedara claro que no se la pensaba devolver.

Ninguno de sus amigos estaba ya en el pueblo. Habló con el dueño del hostal quien no se asombró con la historia... pasaba todo el tiempo. Unos viajeros que escucharon lo sucedido le compartieron algo de comida y recogieron dinero para que pudiera llegar hasta Maputo, debía salir cuanto antes para alcanzar a llegar ese mismo día y no perder su vuelo de la mañana siguiente hacia Tanzania. En el hostal le prestaron un computador y pudo leer el mensaje de su esposa y escribirle una explicación.

Sofía:

Acabo de vivir la peor pesadilla de mi vida. Estuve en la cárcel desde el jueves por la noche. Me quitaron todo, apenas tengo dinero para llegar a Maputo y me toca salir ya mismo. Perdóname. No habría faltado a nuestra cita. Perdóname. No quiero perderte.

Te amo,
Pablo.

Sofía borró el correo sin leerlo, estaba demasiado enojada con él. Sin saber lo que le había pasado, no podía imaginarse que esa noche dormiría sin comer en una silla del aeropuerto.

CAPÍTULO 4

Día 101

Pablo estaba en modo de supervivencia física y mental. Al llegar al aeropuerto de Dar es-Salaam en Tanzania pudo retirar de nuevo cuatrocientos dólares y comerse lo más abundante y apetitoso que encontró. Sin tener cómo conectarse a Internet para reservar un alojamiento tomó un taxi que lo llevó a un hotel en el centro de la ciudad. El lugar era de una categoría superior a lo que solía buscar, pero estaba tan cansado que no quiso ver más opciones. Adicionalmente tenían un pequeño centro de negocios con algunos computadores y un restaurante abierto veinticuatro horas con servicio a la habitación.

Se bañó por primera vez en casi una semana. Sentía cómo sus lágrimas lo limpiaban tanto como el agua de la ducha. Le ardían los labios, le crujía la espalda, sentía picadas en el abdomen; pero principalmente le dolía el ego. Tenía una rabia profunda por haberle dado al policía su dinero y sus cosas, por seguir alimentando la corrupción de un país en el que quienes deben proteger son los primeros en hacer daño, por haberse dejado atemorizar y terminar cediendo.

También sentía rabia por lo que Sofía le había escrito. ¿Cómo era posible que en lugar de preocuparse por él lo estuviera humillando con su exnovio? Tenía tanta ira que lloraba y gritaba metido en la ducha. Cuando sintió que ya no le quedaba más para sacar, se metió a la cama y durmió hasta el día siguiente.

Mónica había estado todo el fin de semana fuera de la ciudad y llegó con mucha expectativa para saber cómo había salido todo en el cumpleaños de Sofía. Al abrirle la puerta, Marta le anticipó que había sido un gran desastre: Pablo no se conectó a la llamada y Sofía estaba más deprimida que nunca. A ella se le ocurrió que Federico podría ayudar pero solo había logrado que su hija se encerrara en la habitación desde el viernes en la noche sin hablarle. Dejaba que entraran las enfermeras y según ellas ni siquiera las miraba.

—Sofía, soy Moni. ¿Puedo pasar?

—No.

—¿No? ¿Por qué?

—No quiero… hablarte.

—Ya tu mamá me contó lo que pasó, no es tu culpa y menos la mía. ¿Puedo entrar?

—No.

Sin importar todos los argumentos que le dio, Sofía no cedió y Mónica tuvo que irse sin hablar con ella.

Día 102

Después de dormir por más de quince horas, Pablo se despertó angustiado pensando que estaba de nuevo en la celda de la comisaría. Sentía que la boca le sabía a esos pocos metros cuadrados en los que había estado encerrado. Se tomó las dos botellas de agua que encontró en el minibar, se organizó un poco y bajó al restaurante para comer algo antes de conectarse a Internet.

Esperaba encontrar los mensajes de Sofía pidiéndole perdón por haber dudado de él. En su lugar, correos electrónicos promocionales de los que se había dado de baja cientos de veces. Quiso llamar a su mamá pero el computador era muy viejo y no tenía el programa adecuado ni micrófono, así que se pasó un rato investigando cómo resolver el problema de sus tarjetas de crédito y dónde comprar un celular.

Apenas puso un pie en la calle descubrió lo que había evocado su pesadilla con la comisaría: la ciudad olía a vómito, un olor espeso fruto de tanta basura en descomposición acumulada en el suelo que casi se podía sentir con la boca. Todo allí era sucio y desordenado.

A pocas cuadras del hotel encontró un centro comercial. Sacó los cuatrocientos dólares que le permitió el cajero y compró un celular que le servía para lo que necesitaba. De regreso al llamó a su papá para contarle lo que había pasado. Intentó ser fuerte, no mostrarle lo quebrado que se sentía por dentro. La voz le temblaba con cada palabra, sentía calambres desde la base de la espalda hasta la nuca. Su papá lo escuchaba en silencio. Se sentía avergonzado de lo que había pasado. De repente su mamá estaba en la línea.

—Hijo ¿qué pasó? ¿Qué le dijo a su papá?

—Ay mamá… ¿por qué pasaste tú? ¿Está enojado?

—¿Enojado? No… está llorando, acá lo tengo al lado llorando.

No sabía que su papá podía llorar, nunca lo había visto. Él rompió en llanto también hasta que su mamá con un regaño lo regresó a la llamada.

—Bueno los dos, dejen la bobada. Que alguno me diga lo que está pasando. ¿Es Sofía? ¡Marta no me ha llamado!

Pablo se serenó y aunque se le cortaba la voz, le contó de nuevo a su madre lo que había pasado en una versión más resumida. Al contrario de lo que esperaba, ella asumió una actitud muy práctica que le ayudó a calmarse.

—Bueno, lo primero es entender si estás bien de salud, ¿te duele algo? ¿Y si vas al médico?

—Estoy bien mamá... no tengo nada.

—OK, ahora el dinero. ¿Cuánto tienes en esa cuenta y cuánto necesitas cada día?

—Tengo como tres mil dólares y puedo sacar máximo cuatrocientos. Cada día me gasto más o menos cien.

Repasaron las opciones con mucha meticulosidad, casi siguiendo una lista de chequeo. Su papá, más sereno, se integró a la conversación y también aportó algunas ideas. Acordaron que les compartiría el itinerario del viaje y que cada día les mandaría un mensaje indicándoles el nombre de su alojamiento para que ellos pudieran buscarlo si no sabían de él. Su mamá le contó que Sofía estaba muy deprimida por lo que había pasado y que no había salido de su habitación desde el viernes.

Una vez colgó con ellos, ya más tranquilo y con un plan de acción, llamó al banco para resolver el problema de las tarjetas de crédito. Tenía que llenar algunos formularios y tal vez en una semana podría usarlas de nuevo.

Pablo llamó a Sofía en varias oportunidades pero ella siempre rechazó la llamada.

Día 103

Sofía sentía una tristeza tan profunda que no lograba entender. Puesto en palabras era algo completamente inexplicable: un vacío en expansión, un dolor que no le pertenecía a su cuerpo pero que tocaba cada una de sus células, la certeza de que su vida no había valido nada. Miraba al infinito llorando en silencio sin parar, como un niño que ya sin lágrimas sigue ahogándose en sus propios sollozos, intentando entender por qué no se había muerto a los tres meses como le habían dicho algunos médicos, a los nueve como pensaban otros, o hacía unos días cuando había tenido el fallo respiratorio.

Miraba al infinito contando los segundos. Inhalaba en seis, retenía en cuatro, exhalaba en cuatro, sostenía en dos, repetía. Sentía que respirar era lo único sobre lo que todavía tenía control. Ya no quedaba nada de su vida estrictamente organizada en la que cada cosa ocurría como lo planeaba en la agenda de la semana. Ahora sus horarios estaban definidos por las medicinas que debía tomar, las terapias para evitar que se atrofiaran los músculos, el cambio de posiciones o entre la silla y la cama para evitar las úlceras por presión, la boca siempre reseca, la comida casi líquida que no soportaba por su sabor a grasa.

Sabía que Mónica era la única que podía ayudarla, pero no estaba segura de si quería ser salvada de nuevo.

Día 104

Sofía:

No puedo ni siquiera imaginar la decepción que sentiste cuando no llegué a nuestra cita el día que cumpliste treinta años. Espero que leas mis correos y entiendas que físicamente no pude estar ahí. Encerrado en esa celda asquerosa, lleno de frustración y rabia, pensar en ti era lo que me devolvía la fuerza para encontrar una solución y evitar terminar en un hueco más profundo. Perdóname amor, perdóname una vez más. Habría querido no solo estar conectado a Internet para verte sino estar allá en Medellín, contigo.

Te amo,

Pablo.

Más recuperado de lo que había pasado, Pablo decidió irse a Zanzíbar por unos días. El olor de Dar es-Salaam le parecía insoportable. Después de tomar un ferri hacia la isla, casi trescientas personas empujaban para salir del puerto con poca infraestructura donde los extranjeros tenían que llenar unos documentos, mostrar su vacuna de la fiebre amarilla y sellar el pasaporte. Había reservado una habitación en un hotel a un par de cuadras en una callejuela lúgubre, donde encontró una habitación impecable, una ducha caliente y la cama más cómoda de todo el viaje.

Después de descansar un poco caminó hacia Stone Town, el barrio central de la ciudad, un laberinto de calles estrechas, rodeado de mar, comida *suajili* y un par de palacios. Fue abordado por acosadores que le ofrecían toda clase de servicios: ¿busca un restaurante? ¿Quiere dar un recorrido por la isla? ¿Va a comprar artesanías?... Comenzó por rechazarlos con sutileza, después con amabilidad, pasó a la ira y finalmente a la indiferencia. Eran conocidos como *touts* e inclusive lo esperaban afuera de los almacenes o de los restaurantes y caminaban a su lado dándole información turística que no había pedido.

Al caer la tarde, una feria de comidas se instalaba en el parque frente al palacio Beit-al-Ajaib: puestos callejeros donde preparaban una especie de pizza con todo tipo de mezclas, extracto de caña de azúcar con jengibre y limón o la pesca del día. Como cualquier comida callejera no lucía muy limpia, pero casi todo iba preparado a la parrilla y comió abundantemente... sentía que tenía un saldo pendiente con su estómago.

Esta vez Sofía no borró su mensaje. Pero evitó leerlo, al menos por ese día.

Día 105

Se dice que la palabra “zanzíbar” proviene del persa y significa “costa de los negros”. Además de sus orígenes farsíes, el pasado de

la isla también estuvo marcado por el paso del Imperio de Omán y por la llegada de inmigrantes de la India, produciendo una mezcla cultural tan diversa como las especias que tradicionalmente se han comercializado en su tierra.

Todo lo que iba descubriendo del lugar era nuevo para Pablo. La única referencia que tenía era la misma con la que llegaban miles de turistas cada día: Zanzíbar es la isla donde nació Freddie Mercury; sin embargo, las construcciones con estilo árabe, las playas de arena blanca, el agua cristalina del mar, la deliciosa comida, los bazares de artesanías, la mezcla de musulmanes e hindúes… todo le hizo sentir que el lugar tenía una personalidad única y muy especial.

Tomó un tour de especias en el que visitaron una comunidad local donde los niños jugaban alegremente en medio del cultivo, las mujeres colgaban en cuerdas la ropa de colores vibrantes y los hombres llevaban el ganado a los pastizales. El guía los iba dirigiendo en medio de las plantas, deteniéndose ante cada una de ellas explicando el proceso para convertir el tronco de un árbol en canela o la semilla roja de una fruta pulposa en nuez moscada. También les habló de las plantas que tenían propiedades terapéuticas y al final del recorrido les sirvieron arroz con especias en leche de coco, espinacas hervidas y una tortilla de huevo.

En la tarde regresó a la plaza frente al palacio para observar a la gente que pasaba. El sol se ponía en el horizonte mientras decenas de barcos desde modestos pesqueros hasta lujosos yates descansaban sobre las tranquilas aguas del mar. Se sentía triste de haber decepcionado a Sofía y de haberla tratado tan mal al cuestionar sus encuentros con Federico. Se dio cuenta de que, así como él había pasado días difíciles en la celda de la comisaría, posiblemente ella, que solo le escribía un párrafo corto cada día, tenía días difíciles en los que él no había estado ahí para apoyarla.

> Sofía:
> Mi vida no es vida sin ti.
> Pablo.

Día 106

Ya había pasado más de una semana desde su cumpleaños. Una semana en la que la tristeza y el dolor habían sido los sentimientos más recurrentes para Sofía. ¿Cómo era posible que Pablo no llegara a la cita? Tenía dos correos de él sin leer y se sentía cansada de la lucha interior en la que se había sumergido todos esos días.

Empezó por un mensaje de Mónica en el que le pedía que más allá de lo que estuviera sintiendo contra los demás, buscara la paz interior que solo ella podía gobernar y que al final era lo único que

la ayudaría a superar este difícil momento. Abrió su cuaderno y leyó la última frase del día, la que había anotado la mañana de su cumpleaños: “Soy feliz”. Revisando las páginas anteriores encontró otras que la hicieron sentir sobrecogimiento: “Soy hermosa”, “Soy amada”, “Soy única”, “Soy sana”, “Soy inteligente”, “Soy creativa”, “Soy fuerte”.

Las leyó varias veces. Las dijo en voz alta muy lentamente. Recorrió cada una de sus letras. Escribió la frase del día: “Soy compasiva”.

Cuando se sintió lista, abrió el primer mensaje pendiente y tuvo que leer varias veces la frase que cambiaba todo lo que había pensado y sentido en los últimos días: “encerrado en esa celda”. ¿Cómo era posible?, ¿qué le había pasado? Llamó a su mamá a los gritos.

—Hija ¿qué pasa? ¿Estás bien?

—Mamá… Pablo… ¿Qué pasó?

—No llegó a la llamada hija, ¿no te acuerdas?

—No… la celda…

Marta se puso muy nerviosa. Cecilia le había contado lo que le había pasado a Pablo, pero ella había decidido ocultárselo a Sofía con la excusa de no angustiarla innecesariamente.

—Mamá… dime…

Al ver la ansiedad de su expresión, no fue capaz de mantener el secreto por más tiempo y le contó el resumen de lo que sabía.

Sofía empezó a temblar mientras respiraba agitada. Una de las enfermeras corrió a verificar que todo estuviera bien, pero ella la apartó con el brazo como pudo mientras gritaba el nombre de su esposo señalando el teléfono. Marta lo llamó varias veces, pero no lograba comunicarse, al parecer no tenía señal de Internet en ese momento. Intentando tranquilizar un poco a su hija, llamó a los papás de Pablo quienes le explicaron a Sofía que estaba en Zanzíbar, ya completamente recuperado de los golpes y pendiente de regresar a Dar es-Salaam el lunes para resolver el problema de las tarjetas de crédito.

¡Las tarjetas de crédito! Había olvidado que se las había cancelado. Cada cosa nueva que sabía la hacía sentir más culpable y desesperada. ¿Cómo había sido tan egoísta? ¿Por qué nunca pensó que él podía estar en problemas?

Mensaje de Sofía: Perdóname tú a mí amor. Por favor llámame cuando puedas.

Ese día siguieron intentando comunicarse con él hasta que Sofía se quedó dormida. Apretando con su poca fuerza en el pecho una foto de Pablo, sentía que en realidad era ella quien lo había abandonado en el día más difícil del viaje.

Día 107

Pablo se despertó muy desorientado y le tomó algunos minutos entender que estaba durmiendo en el techo de un bote. Había tomado un tour para hacer *snorkeling* el cual incluía pasar la noche cerca a la isla Tumbatu. Quedaba apenas un cachito de la luna menguante, todavía se podían ver las estrellas y el mar estaba muy tranquilo. En ese momento sintió que amaba a Sofía como nunca y le parecía insoportable la idea de perderla.

De regreso al pueblo salió casi de inmediato en el ferri rumbo a Dar es-Salaam. Esta vez se quedó en un hostal acorde a su presupuesto y ya conectado a Internet no cabía en la felicidad al darse cuenta de que Sofía le había escrito el día anterior.

—¿Pablo?

—¡Sí amor! No puedo creerlo, escucharte de nuevo... ¡Qué difíciles han sido estos últimos días!

—Perdóname…

—No mi vida, no lo digas, no lo pienses… Perdóname tú a mí… Fui un irresponsable, un loco, te hice sufrir; no puedo ni imaginar lo que pasó por tu mente, perdóname por favor.

Después de las disculpas repetidas, Sofía le pidió que le contara mejor lo que había pasado y cuáles eran sus planes para los días siguientes. Escucharlo la hizo transportarse a Tanzania, podía imaginar las calles de Dar es-Salam que en medio de la podredumbre alojaban tanto a los aborígenes con sus ropas *masái* de colores rojos intensos como a los musulmanes vestidos de blanco de pies a cabeza. Llevaban por lo menos cuatro meses sin hablar por tanto tiempo y ambos pudieron sentir que a pesar de sus caminos distantes seguían siendo el uno para el otro.

Sofía le prometió que resolvería cuanto antes lo de sus tarjetas para que pudiera seguir el viaje tranquilo.

Día 108

Cuando se hicieron novios lo que más les costó a ambos fue la actitud del otro hacia los viajes. A Pablo no le despertaba demasiado interés ir a otros sitios, sentía que en Medellín estaba todo lo que le gustaba hacer y las personas con las que disfrutaba estar. Su trabajo como ingeniero civil le había permitido conocer muchos pueblos del país y para él en Colombia ya había suficiente diversidad y lugares interesantes.

Sofía quería conocer cada rincón del mundo. Tenía un mapa enorme en el estudio de su apartamento en el que iba marcando los lugares que conocía. Medellín le parecía sofocante, lleno de personas con mentalidad estrecha que creían que su ciudad era el ombligo del mundo. Para ella era increíble ver cómo el plan

favorito de sus tías era irse a recorrer los centros comerciales y el de sus amigos sentarse a tomar cerveza o aguardiente en un parque diminuto para ver pasar mujeres que se alisaban el pelo y se lo pintaban exactamente igual, usaban el mismo tipo de ropa y parecían fabricadas por un solo cirujano plástico.

Al principio discutían sobre el tema cada vez que se acercaba un día festivo o era el momento de definir lo que harían en las vacaciones. El conflicto principal se dio cuando en su primer aniversario de novios ella quiso sorprenderlo con un viaje corto a Panamá y él organizó una noche romántica en Medellín que incluía ir a un concierto de un cantante que a ambos les gustaba mucho, a quien logró contactar para que le dedicara una canción en su nombre. Lo que debía ser un momento feliz, terminó con cada uno encerrado en su propia casa y enojado con el otro. Una semana después, Pablo cedió y organizó de nuevo el viaje que ella quería para darle gusto.

Así se resolvían la mayoría de las cosas entre los dos. Para Pablo ella era una princesa y terminaba cediendo. Sofía pensaba que era ella quien hacía la mayoría de las concesiones, como incluir en sus viajes alguna visita a un parque natural para que él no se quejara de sentirse encerrado en las ciudades y abrumado por ir de tienda en tienda. La misma historia se repetía en todos los aspectos de su vida: él la complacía en las grandes decisiones y ella le daba algo que lo hiciera sentir que no había perdido del todo.

Sofía:

Todavía me siento tan emocionado como el día que te propuse que nos casáramos. Hablar ayer, escucharte, contarte lo que viví, saber que estabas preocupada por mí… fue como si la distancia no tuviera la más mínima importancia en nuestras vidas. Gracias amor por ser el motor de mi vida.

Acabo de llegar a Arusha, más tarde de lo previsto. Una llanta del bus se salió del eje y terminamos a un lado de la carretera, afortunadamente el conductor logró frenar y no nos pasó nada más allá del susto. Estuvimos parados en la carretera por más de cinco horas y me impresionó ver que nadie hacía nada, yo era el único que estaba todo el tiempo preguntando qué había pasado, cuándo nos iban a recoger o si era posible llegar a algún lugar cercano para conseguir agua y comida. Al mejor estilo de las carreteras colombianas, en menos de una hora ya había vendedores ambulantes en el lugar y pudimos comprar chucherías y gaseosas.

Sé que es una tontería, pero es la segunda vez que temo por mi vida en muy poco tiempo. Esto me tiene pensando mucho en

ti que cada día que te despiertas eres un milagro y un regalo para mi vida. Amor, quiero volver, estar ahí contigo, acompañarte en todo este proceso… ¿Qué pasó con el tratamiento que me contaste?

Libérame de esta promesa y mañana me devuelvo para Medellín.

Pablo.

Mensaje de Sofía: Que te devuelvas no es una opción, pero investigaré sobre el tratamiento (ya lo había descartado).

Día 109

Pablo soñó que estaba en una casa vieja parecida al lugar en el que vivía su abuela cuando era niño. Era una casa que lo aterrorizaba: estaba llena de reliquias de varias generaciones que acumulaban polvo en cuartos que nadie abría nunca, tenía el piso de madera y se sentían crujidos durante la noche cuando todos ya estaban en la cama. En su sueño, sentía un cosquilleo que lo recorría, empezando por la nuca y extendiéndose hacia el resto del cuerpo. Podía escuchar unos pasos pequeños, ligeros y lejanos.

De repente el sonido se hizo mayor, sentía que alguien comía galletas haciendo un ruido muy agudo. Se despertó literalmente cubierto de pequeñas cucarachas. Salían de algún lugar en la pared cercana a donde tenía la cabeza, se metían debajo de la almohada y subían a su cuerpo por el cuello. Una de ellas estaba intentando metérsele al oído. Saltó de la cama desesperado y lleno de asco. Al prender la luz pudo ver cómo las cucarachas caían de su cuerpo y corrían a esconderse de nuevo. En general no les temía a los animales, pero tenía tanto fastidio de lo que había acabado de pasar que pasó el resto de la noche sentado en una silla en la esquina opuesta de la habitación, con la luz encendida y sacudiéndose de vez en cuando porque sentía que algo le caminaba por la cabeza o entre los dedos de los pies.

Se había quedado en ese lugar porque quedaba justo en frente del paradero de buses y a la hora que había llegado no había taxis para ir a otro sitio, pero al verlo de día se dio cuenta de que era más un prostíbulo que un hotel y que en las paredes, el piso y hasta las sábanas, había rastros de las batallas entre algún otro huésped y las cucarachas.

No pudo ni siquiera usar la ducha para bañarse. En cuanto escuchó el *Fayr* (la oración de la llamada musulmana al amanecer) se organizó para irse, revisando una y otra vez que no hubiera cucarachas en su mochila, y salió a buscar un nuevo alojamiento. En el camino lo abordó Yobu quien se presentó como un guía de montaña y le ofreció asesorarlo si quería ir al Kilimanjaro o tomar

algún tour en la zona.

Desayunaron juntos en una pequeña cafetería y antes de darse cuenta, Pablo ya estaba subiéndose a un van con otra pareja de turistas para hacer un recorrido de tres días por algunos de los destinos de safari cercanos: el cráter del Ngorongoro, el lago Manyara y el parque Tarangire. A su regreso, después de pasar una noche en Arusha, saldría rumbo al Kilimanjaro con Yobu y su equipo para un recorrido de seis días.

> Sofía:
>
> ¡Estoy saliendo de safari otra vez! Serán tres parques en tres días pero durmiendo en un pueblo intermedio, así que tal vez tenga conexión para escribirte. Pude pagar sin problemas, ya las tarjetas están funcionando.
>
> Te amo,
>
> Pablo.

Mensaje de Sofía: ¿Vas a ir al Serengeti?

Día 110

Mónica regresó para retomar las terapias con Sofía. La encontró muy animada, había pedido que la ayudaran a maquillarse y peinarse, estaba escuchando música a todo volumen y de nuevo practicando algunos trazos de caligrafía. Después de contarle lo que había pasado, los motivos por los que no había sabido de Pablo y la conversación que habían tenido, ambas concluyeron que lo mejor era continuar con el proceso y esperar una nueva ocasión para planear el encuentro con él.

—Moni… aún hay algo… que no entiendo.

—¿Qué cosa? Ya sabes que igual no todo hay que entenderlo.

—¿Por qué Pablo… supo de Federico?

Había decidido no preguntarle para no abrir una conversación que para ella no tenía sentido; su ex la seguía buscando y efectivamente había ido a verla el día de su cumpleaños, pero ella seguía dudando de que sus intenciones fueran honestas.

Dedicaron un buen rato a buscar información sobre el tratamiento que le había mencionado el doctor Ramírez y aunque había pacientes en los que se había frenado la enfermedad, lo cierto era que no habían logrado curarla.

Día 111

Cristina no había visitado a Sofía desde que había estado hospitalizada. Se había comprometido recientemente y estaba muy ocupada planeando la boda, quería que fuera tan espectacular como la de su amiga y había contratado a la misma *wedding planner* para

organizarla. Ambas fueron a verla, Cristina quería pedirle que fuera su madrina de matrimonio.

Sofía se puso a llorar presa de sentimientos encontrados. Estaba feliz de ser parte de ese momento tan especial: Cristina era su mejor amiga desde que estaban en el colegio y habían vivido muchas cosas juntas; ambas soñaban con el día de su boda, llenaban cuadernos con recortes de revistas y cuando Sofía se casó, Cristina fue quien le ayudó a coordinar con Sara todos los detalles. Pero también se sentía profundamente triste. No se imaginaba exponiéndose ante todos sus conocidos en el estado en el que estaba: había perdido mucho peso y se veía más vieja, el cabello se le caía a manotazos, le costaba mucho decir más de dos palabras sin tener que parar y desde hacía varios meses estaba en silla de ruedas.

—Sofi… no pongás esa cara. Sé lo que estás pensando, te conozco más que a mí misma. Nadie te va a criticar; sos la mujer más fuerte del mundo, yo estoy orgullosa de vos y de que sigás luchando por vivir. Sos un ejemplo para todos y el que no lo vea así no quiero que esté en mi matrimonio.

—Pero ¿la silla…? ¿El discurso…?

—Esos son detalles superficiales. Para mí lo único que cuenta es que nos acompañés, que me apoyés, que estés a mi lado en ese momento tan importante para mí.

—¿Y si… me muero antes?

—Dejá de decir bobadas que según el médico ya debías haberte muerto hace varios meses y aquí estás igual de terca. Con esa fuerza tuya estoy segura de que me muero yo primero.

—Yo… me muero por vivir.

Emocionadas hasta el llanto empezaron a organizar el plan de trabajo para los próximos meses. La boda sería en junio del año siguiente, un par de semanas después de que volviera Pablo.

Día 112

Sofía:

Acabo de volver del recorrido por los parques que están cerca de Arusha. Esta vez estuve con dos franceses y nuestro guía Fred. Viajamos en una van de los años ochenta que tenía las sillas cubiertas con un tapete desteñido y el panorámico quebrado y pegado con cinta aislante.

Durante el primer día manejamos hacia el parque de Tarangire, un lugar perfecto para ver elefantes. Efectivamente pudimos verlos por todos lados y en todo su esplendor. Ya había visto muchos en casi todos los parques, pero la naturaleza siempre me sorprende con cosas únicas y diferentes. Su grandeza

y su calma me impresionan. Siempre en grupo, protegiendo a los más pequeños y llevándose por delante todo lo que encuentran.

Ayer salimos muy temprano y después de un par de horas llegamos al cráter del Ngorongoro. La parte de afuera del cráter (la ladera de la montaña) está compuesta por una selva húmeda tropical, mientras que por dentro tiene suficientes áreas para la permanencia de una gran variedad de animales: una enorme sabana seca como el desierto, ideal para los antílopes y depredadores; un bosque pequeño para monos y elefantes; y mucha agua en un gran lago en el centro del cráter con ríos alrededor, perfecto para hipopótamos y rinocerontes y en general para todos los animales. Lo que hace especial este lugar es que estas condiciones se mantienen durante todo el año, por eso los animales no tienen la necesidad de migrar hacia otros territorios en busca de agua. Cuando comenzamos a descender por el cráter empezamos a ver sus maravillas: desde arriba podíamos distinguir grandes manchas conformadas por manadas enormes de animales.

Al entrar nos dimos cuenta del microhábitat que existe en este lugar. Impalas, gacelas, ñus, cebras, elefantes, águilas, buitres, avestruces, monos, babuinos, todos paseándose a sus anchas disfrutando de una interminable fuente de comida y agua. No tuvimos que manejar mucho para ver una familia de diez leones tomando el sol al lado de lo que en algún momento fue un gran río. Disfrutando de su siesta matutina, apenas se dieron cuenta de que estábamos ahí. También pudimos ver un grupo de más o menos treinta buitres dándose un banquete con el cuerpo de un antílope en descomposición, mientras cinco chacales de espalda negra esperaban en el horizonte su turno para comer. Y tan solo unos kilómetros más adelante vimos un rinoceronte blanco asoleándose en la mitad de una manada de ñus. Así pasamos el día, impresionados por una cosa allí y otra más allá, mientras Fred, que apenas modulaba una que otra frase, solo se detenía cuando se lo pedíamos, pues a duras penas podía distinguir un animal de otro. Tuve que valerme de mi poca experiencia para ubicar los animales y de un libro viejo que nos prestó para identificarlos. Él nombraba uno que otro pájaro o antílope para que luego nosotros confirmáramos en la guía que se trataba de una especie diferente.

Ya de regreso en hotel pude averiguar que el guía tenía cuatro hijos, tres de ellos en Dar es-Salaam y la mayor de las mujeres viviendo en Londres haciendo un PHD en cirugía. Qué sorpresa la que nos dio cuando nos dijo que había estado en Inglaterra. Pude imaginármelo paseando por las calles con sus

mocasines de cuero color habano y su chaqueta de tela café oscuro. Fred, que vivía doce horas diarias sentado en un 4×4 destartalado y que muchos años atrás había sido rescatista en el Kilimanjaro, era sobreviviente en un país con una expectativa de vida de solo 45 años, sacando a su familia adelante a punta de un trabajo duro y constante que seguramente le tocará hacer hasta el día que se muera.

Esta mañana temprano salimos hacia el lago Manyara, un gran estanque rodeado por una selva tropical que aunque pequeña, es el hogar de muchísimos hipopótamos, elefantes, monos y jirafas. Al final de la mañana regresamos a Arusha. Acá me estoy quedando en una casa campestre gigante, llena de árboles de jacarandas donde al desayuno sirven pan recién horneado y mermelada de frutos rojos hecha por la dueña.

Cuéntame cómo has pasado estos días… No volviste a mencionar el tratamiento que me contaste. ¿En qué quedó?

Pablo.

Día 113

Pablo pasó el día reunido con Yobu para terminar de definir los detalles del ascenso al Kilimanjaro. Tuvo que comprar algunas cosas que le hacían falta como bastones para caminar y una chaqueta de plumas. Arusha era un pueblo muy pequeño pero había un mercado negro de productos de montañismo de segunda mano que los turistas solían regalar a los guías al sentirse conmovidos por el equipo precario que tenían; sabían que unas buenas botas o una chaqueta impermeable hacían la diferencia al momento del ascenso. Sin embargo, los guías terminaban vendiendo los costosos obsequios y sin conocer su verdadero valor, generalmente pedían veinte o treinta dólares (que para ellos ya era muchísimo dinero) por equipo que estando en buenas condiciones podía valer diez veces más.

Sofía:

Mañana saldremos hacia la montaña. Estoy muy emocionado por el recorrido que vamos a hacer. Aunque el plan es costoso, la agencia me hizo un buen descuento por haber tomado también el paquete de los safaris. Somos un grupo de ocho y yo soy el único turista: va un guía principal, un cocinero y cinco porteadores. Me pareció algo exagerado, pero según me explicaron es obligatorio. Durante ese tiempo no voy a tener conexión a Internet, entonces no te preocupes por no saber de mí en los próximos seis días.

Te amo,

Pablo.

Mensaje de Sofía: El lunes tendré una reunión con el doctor Ramírez sobre el tratamiento. Cuídate mucho en la montaña.

Día 114

El cumpleaños de Marta solía ser una fecha triste para ellas porque coincidía con el día en que al papá de Sofía lo acusaron formalmente en el escándalo de corrupción y se había suicidado. Era un padre muy estricto, siempre le exigía más de lo normal y sin importar los logros de ella, nada era suficiente. Nunca. Esta forma de educarla desarrolló tres características muy marcadas en la vida de Sofía: la necesidad de controlarlo todo para estar siempre preparada ante cualquier cuestionamiento que él le hiciera, el deseo desde muy joven de recorrer el mundo para alejarse de su padre y la certeza de que, sin importar las circunstancias adversas, sería una luchadora hasta el final de su vida. Por supuesto ella lo amaba. No soportaba la idea de defraudarlo y muchas de sus decisiones, aun después de que había muerto, estaban atadas a la pregunta "¿qué diría mi papá?".

El suicidio fue devastador para ambas, pero de maneras diferentes.

Para Marta era una vergüenza que la sacaría de su círculo social en el que, a partir de los apellidos, aún se medía quién era quién y se definía el lugar en el que se podía sentar la noche del 31 de diciembre en la fiesta del club. Entró en una depresión profunda, pensando en qué dirían sus amigos, en los titulares de prensa, en la ruina económica que vendría por delante.

Sofía se obsesionó por encontrar la verdad. No podía creer que su papá, que se devolvía al banco para regresar el bolígrafo que se había llevado por error, pudiera ser ese hombre corrupto del que todos hablaban.

La lucha la hizo desenterrar una realidad a la que nunca había estado expuesta. Durante los últimos años su empresa de ingeniería no iba bien y Luis se había ido metiendo en deudas cada vez mayores para mantener el nivel de vida al que su familia estaba acostumbrada. Ni Marta ni Sofía lo supieron nunca. Ellas seguían comprando ropa de diseñador, viajando una vez al año a Europa, yendo a Estados Unidos al menos cada tres meses, cenando en los restaurantes más finos, acumulando joyas, recorriendo las ferias de arte de todo el país, cambiando de carro cada año… cosas que para ellas ni siquiera eran lujos, era el estándar al que estaban acostumbradas. Mientras tanto él intentaba tapar un agujero abriendo otro más grande. Había descubierto que podía usar las tarjetas de crédito en el casino para convertir el cupo en dinero sin que la transacción fuera un avance de efectivo y antes de darse cuenta ya estaba también apostando, intentando multiplicar lo poco

que conseguía.

Un compañero de la universidad le propuso un negocio en el que podía recuperar todo lo que había perdido y quedarse con un capital importante para reconstruir la empresa. A pesar de que Luis siempre había sido muy meticuloso en los negocios que realizaba, desesperado como estaba y confiando en su amigo prestó su nombre para un negocio que le salvaría la vida sin saber que en realidad sería todo lo contrario. Durante los primeros meses las cosas salieron aparentemente bien y empezó a recibir importantes sumas de dinero con las que saldó las deudas que tenía, compró una finca e hizo un viaje con su familia por Medio Oriente; sin embargo, pronto empezó a ver cómo todo se complicaba: lo llamaban personas de las que no había oído hablar nunca pidiéndole dinero a cambio de seguir manteniendo el negocio y llegó un momento en el que lo que recibía a duras penas le alcanzaba para mantener los sobornos y el nivel de vida de su familia.

Pasaba los días pensando cómo enderezar las cosas. Su amigo se fue del país sin avisarle y menos de una semana después investigadores de la fiscalía allanaron la empresa, se llevaron todos los computadores, lo llevaron preso y lo señalaron como el presunto cabecilla de una red de corrupción que estaba robándose el dinero público destinado a construir carreteras. Los problemas cardiacos empezaron a aparecer y el abogado consiguió que le dieran detención domiciliaria mientras se levantaban cargos oficialmente. El 24 de septiembre de 2011 Luis Castaño se suicidó disparándose en la biblioteca de su casa antes del amanecer.

Seis años después, Sofía decidió hacer del cumpleaños de su mamá una fecha para alegrarse de nuevo y no un motivo de vergüenza. En complicidad con sus tías, organizó una fiesta que duró el día entero y a la que asistieron amigas a quienes Marta no se había atrevido ni siquiera a dirigirles la mirada en los últimos años.

Antes de dormir, Sofía escribió en su diario “Soy transformación”.

Día 115

La nueva medicina para ELA que estaba siendo usada en Japón era un tema cada vez más recurrente en los foros y sitios web relacionados con la enfermedad. El doctor Ramírez convenció a Sofía de que asistiera a una reunión en la que varios pacientes y un par de médicos hablarían de las opciones.

Era la primera droga aprobada por los Estados Unidos para la enfermedad en los últimos veintidós años, pero la conversación se desviaba a un punto crítico: un año de tratamiento costaba cientos

de miles de dólares. Cuando Sofía escuchó la cifra se escandalizó, era el equivalente a quinientos salarios mínimos mensuales en Colombia. Asombrados como ella, algunos de los asistentes se pusieron a llorar sintiendo que les ponían un caramelo al alcance de la mano y se los quitaban antes de abrirlo.

—¡Tranquilos! Ya sé que parece una locura… A mí la cifra ni siquiera me cabe en la cabeza, pero los invitamos a esta reunión para que entre todos busquemos una solución.

Las palabras del doctor Ramírez sonaban vacías. Algunos empezaron a pararse.

—Tenemos que unirnos para exigir al gobierno que traiga la droga a Colombia. Hay comités organizándose en todo el país y aunque son pocos los colegas que están convencidos, la doctora Hernández y yo pensamos que sí hay oportunidad.

—¿Oportunidad doctor? ¿Cuánto tiempo llevo yo pidiendo que me ayuden con una silla de ruedas eléctrica para mi vieja?

—Yo sé Carlos… y tal vez no pase nada… Pero si no lo intentamos ¿cómo vamos a saber?

—Yo ya tengo bastante trabajo… No llore mamita… no me estoy quejando… Mire doctor, usted sabe por las que pasamos, que yo me saco el pan de la boca para darle a mi mamá lo que ella necesite, pero esta pelea ya está perdida.

Los asistentes asentían, cada uno reflexionando sobre los retos que vivía a diario con la enfermedad. Entre todos Sofía era una de las pocas privilegiadas que tenía los recursos para hacer el proceso más llevadero. Era la primera vez que se unía a esos grupos y pudo escuchar testimonios de vida tan conmovedores que decidió tomar la palabra.

—Hay que… intentar… Tal vez no por nosotros… por los próximos.

En silencio la observaban esperando a que tomara aire para seguir, pero ella no había pensado nada más. Improvisando, se aventuró con una idea.

—Yo puedo… averiguar… Tengo amigos abogados.

—Gracias Sofía, llegaremos a eso. Por ahora necesitamos actualizar la base de datos, contactar a todos los pacientes que conozcan. Vamos a armar una red nacional que están coordinando desde Bogotá y empezaremos por generar conciencia sobre el tema.

La medicina no ofrecía una cura, el gran problema seguía sin resolverse. Según los estudios, en algunos pacientes se desaceleraba el deterioro de las células haciendo que los síntomas avanzaran más lento. Pero también había riesgos, especialmente la posibilidad de tener una reacción alérgica, además de las implicaciones a nivel anímico y moral.

Día 116

Aunque Sofía ya estaba acostumbrándose a no tener noticias de Pablo por varios días, después de lo que había pasado en Mozambique, se preocupaba por él. Había estudiado la ruta Machame para el ascenso al Kilimanjaro por Internet y la tenía ya dibujada en su mente. El primer día el camino comenzaba a mil ochocientos metros sobre el nivel del mar, atravesando un bosque húmedo tropical, para después ascender hasta el primer campamento ubicado en un gran risco.

Ese día, el segundo, el recorrido iniciaba con una cuesta corta pero muy empinada para después adentrarse en una planicie de páramo colmada de frailejones, esos hermosos árboles que solo existen en los países de la zona tropical en los que hay alturas por encima de los tres mil quinientos metros sobre el nivel del mar, como Colombia, Venezuela, Ecuador y Tanzania.

Sofía se imaginaba a Pablo animado por la caminata. Era su plan favorito en la vida y lentamente la había introducido al montañismo. Al principio a ella le pareció una locura: ¿dormir en una carpa?, ¿cocinar en un pequeño fogón?, ¿cargar una mochila con lo necesario para sobrevivir?, ¿no poder ducharse por varios días? Y lo peor, ¿cómo así que no hay baños? La primera vez que le hizo todas esas preguntas él no hacía más que reírse de esa vida de princesa a la que estaba acostumbrada, pero de manera hábil supo llevarla a explorar la naturaleza poco a poco, haciendo salidas más agrestes cada vez, hasta que a ella le parecía bien dormir en un hotel de lujo o en un precario campamento.

Mensaje de Sofía: No pensé que pudiera amarte más de lo que ya te amaba, menos ahora que vas a completar casi cuatro meses de viaje y apenas estamos en contacto. Pero cierro los ojos y puedo sentirte tan cerca… casi que puedo tocarte.

Día 117

Con la misma rutina del día anterior, comenzaron a caminar a las 8:30 a. m. Erigard, el guía, lo condujo a una larga cuesta hacia el Oriente del campamento. Andaban a un paso muy moderado, mientras en el horizonte se podía ver el monte Meru por encima de las nubes y a su costado derecho la cara occidental del Kilimanjaro.

La noche había sido un poco más fría que la anterior, el viento soplaba fuerte, pero la cuesta era empinada y sus cuerpos lograban calentarse por el esfuerzo. Cinco horas después llegaron a la antecima desde donde el Kilimanjaro se podía observar en toda su expresión. Podían ver la cumbre tan cerca como si en tan solo unas horas pudieran tocarla; pero no, las distancias en las montañas son bastante engañosas y todavía les faltaba un día y medio de camino.

Pablo caminaba despacio, siguiendo las indicaciones de su guía.

El recorrido siempre era silencioso, no solo porque estaba completamente inmerso en sus pensamientos sino también porque del resto del grupo el único que hablaba un poco de inglés era el cocinero y casi siempre iba adelante para que cuando él llegara la comida ya estuviera lista.

Pensaba en Sofía y en todo lo que había vivido los últimos meses. La imaginaba caminando con él, meticulosa en cada cosa que hacía, tomando fotografías de las plantas, las formaciones rocosas, los otros caminantes. Pensaba en ella y sentía que la amaba como nunca, sabiendo que la única decisión sensata era regresar a Colombia para estar juntos.

Día 118

Esa mañana Sofía escribió "Soy amada". No había hablado con Pablo desde el sábado pero tenía la certeza de que estaba pensando en ella. Eso le dio un impulso especial al día y cuando Mónica llegó la encontró arreglada para salir y tarareando canciones de amor. Dieron una vuelta por el centro comercial; no había muchos lugares aptos para pasear en silla de ruedas en Medellín y solían ir a los mismos sitios.

Mensaje de Sofía: Gracias por amarme tanto.

Antes de dormir, hizo los ejercicios de consciencia corporal que le había enseñado Mónica hacía algunas semanas. Pensaba en Pablo y en la forma en que la acariciaba, siempre recorriéndola de una manera metódica: la boca, el cuello, los senos, el abdomen, el sexo. Para ella esa era la forma correcta de hacer el amor y cuando Pablo había sugerido cosas diferentes siempre lo había rechazado pensando con qué tipo de mujeres habría estado él antes o si le gustaba ver pornografía.

Sofía se gira boca abajo mientras imagina que Pablo acaricia su espalda, lenta y suavemente. Siente pequeños corrientazos que ascienden de pies a cabeza. Él acerca su cara a la nuca y empieza a respirar exhalando por la boca para que ella reciba la calidez de su aliento. La recorre con la lengua. Ella puede sentir el sexo de él erecto contra su cuerpo. Sofía está muy mojada. Imagina la lengua de Pablo bajando por la columna, llegando a sus nalgas, abriéndolas para ver su sexo que empieza a comer como si fuera una fruta jugosa, llena de líquido, derramándose sobre su cara, llenándolo del amor que es ella, del placer que es él, de la satisfacción de ser uno solo a pesar de la distancia.

Día 119

Sofía:

Ayer a las 6:15 a. m., con el sol apenas asomándose, estuve parado en el techo de África: Stella Point a 5730 metros sobre el nivel del mar, una de las tres cimas del monte Kilimanjaro.

Escribir este párrafo no fue fácil, porque me costó mucho estar ahí, y ahora desde la casa campestre de Arusha, me doy cuenta de lo irresponsable que fui. El recorrido no es tan largo pero empieza desde muy abajo y se va ganando altura rápidamente. Erigard, mi guía, siempre me repetía la misma frase: "*pole-pole",* que significa "lento-lento". Los primeros tres días fueron amenos y caminamos desde el bosque hasta la base de la morrena. El cuarto día al llegar al campamento Barafú empecé a sentir unas náuseas horribles, mucho dolor de cabeza, malestar estomacal y una tos seca que me quería sacar los pulmones. La situación era evidente: yo, Pablo Andrés López, que tantas veces había visitado las altas montañas de Colombia, estaba viviendo el primer mal de altura de mi vida.

No lo podía creer, en las puertas del Kilimanjaro a tan solo unas horas de comenzar el camino a la cima, me sentía impotente, débil, enfermo, vulnerable. Era algo que ya veía venir, pues los días anteriores había tenido poco apetito y el estómago revuelto, y durante el último ascenso de hora y media al campamento había sentido demasiado cansancio y tenía la respiración súper agitada. Allá en mi carpa, sudando para no vomitar y reteniendo la tos, tomé una decisión irresponsable: disimular el mal de altura, y en vez de hacer lo que se recomienda que es descender lo más rápido posible, opté por pasar la madrugada ascendiendo los mil trescientos metros en vertical que separaban el campamento de la cima de la montaña. Me tomé unas pastillas para el dolor de cabeza y me acosté a dormir. Eran las nueve de la noche cuando cerré los ojos, consciente de que dos horas más tarde debía estar en pie alistando el equipo para la cima.

Empezamos a caminar a la medianoche. Una procesión de turistas con sus guías formaba una fila de luces en medio de la oscuridad. La montaña me empezó a mostrar lo difícil que es conquistar su cumbre. El camino era muy empinado, al principio de rocas y después una arena que no me dejaba avanzar. Era la parte final de una morrena larga y gigante.

Una vez empezamos a subir por las rocas sentí mi debilidad y malestar. En mi mente decía: seis horas así no van a ser divertidas. Me costaba trabajo seguir el paso de Erigard y la tos había aumentado bastante. Continuamos en fila india cruzándonos muy seguido con otros grupos. Solo se oían los

pasos y el viento, nadie decía una palabra, cada uno consigo mismo y con la montaña.

Después de un par de fotos y de un té caliente en la cumbre comenzamos el descenso. Se me iba a estallar la cabeza, estaba deshidratado y la tos y las náuseas persistían. Cuando llegué a la carpa me acosté y un par de horas más tarde, al ver que no mejoraba, le pedí al guía que nos fuéramos lo más pronto posible a otro campamento a menor altura. Tras haber caminado diez horas la noche anterior, mareado y con la cabeza hecha pedazos, bajamos al campamento Mweka. Allá pasamos la noche y hoy finalizamos nuestra travesía por el Kilimanjaro.

Pensé mucho en ti durante este recorrido. Sé que si hubieras estado aquí te habrías dado cuenta y no me habrías permitido continuar. Creo que estaba tan desorientado que fui incapaz de tomar la decisión correcta. Erigard era un buen guía pero le faltó experiencia y su inglés era muy básico, no lo culpo por haberme permitido seguir.

Perdóname por ser un irresponsable.

Te amo,

Pablo.

Día 120

Después de dormir casi dieciocho horas para recuperarse de los seis días de caminata, limpiar todo el equipo y comer más de lo normal, Pablo tenía la necesidad de hablar con Sofía, decirle cuánto la amaba, escucharla aunque fueran sus frases cortadas. Insistió varias veces hasta que logró comunicarse.

—¿Pablo? Qué alegría…

—Amor, he pensado tanto en ti, es como si sintiera que estabas conmigo todo este tiempo.

—Yo también… te he sentido… intensamente.

Se dijeron muchas cosas sobre lo que habían vivido esos días, cómo se sentían aunque ya Pablo estaba cumpliendo cuatro meses de viaje, la felicidad de saber que había esperanza con el tratamiento a pesar del precio y la legislación. Sofía intentaba contarle mil cosas pero se ahogaba con la ansiedad de todo lo que decía, Pablo trataba de terminar las frases para que ella no tuviera que hablar tanto.

Ninguno de los dos recordó los temas sobre los que no habían hablado nunca: Tatiana, Federico, el cumpleaños de Sofía. Toda la llamada estuvo llena de adjetivos sobre el otro, su relación e incluso planes para el futuro.

—Cristina se casa…

—¡Uy! Pobre Ricardo…

—¡Pablo! Serán muy… felices…

—Obvio, sí... claro, pero es que ella con esa intensidad. ¿Cuándo es el matrimonio?

—Dos semanas… después de que… vuelvas…

—Esto sí es una sorpresa, no pensé que fuera tan importante mi presencia. ¿Y ya lo están organizando?

—Sí… voy a ayudar… y seré… madrina.

Pablo pensó que era una muy buena noticia. Era la primera vez desde que Sofía había sido diagnosticada que la escuchaba hablar con emoción sobre el futuro y eso seguro sería bueno para mejorar su percepción ante la enfermedad. Había escuchado de pacientes crónicos que al tener alguna esperanza lograban mejorar o incluso curarse.

Se despidieron cariñosamente, Pablo quería dormirse temprano para salir al día siguiente a primera hora rumbo a Kenia, su octavo país africano.

Día 121

Mientras iba en el bus, Pablo tarareaba en su cabeza "Kilimanjaro, Kilimanjaro" recordando a su grupo de ascenso mientras cantaban alegremente acompañados por las palmas una canción de despedida en honor a la montaña. Repasaba lo que había vivido esos días con ellos y no podía borrar de su mente las expresiones severas de los porteadores que llevaban enormes cestos sobre la cabeza mientras caminaban con la mirada clavada en el piso, tanteando cada piedra con sus precarias sandalias, algunas de ellas simples trozos de llanta convertidos en zapatos, intentando no resbalar en los tramos en los que el camino estaba cubierto por una capa de hielo.

Le impresionaba haber visto cómo algunos turistas, bien protegidos por su ropa diseñada para el invierno y apenas cargando un pequeño morral con agua, reclamaban su espacio en el camino, haciendo que los porteadores tuvieran que detenerse, hacerse a un lado y volver a tomar impulso para seguir por la empinada montaña.

En los campamentos era fácil adivinar cuáles eran las carpas de unos y de otros. Mientras que los turistas solían ocupar las más nuevas, de marcas famosas y colores vibrantes, algunos porteadores dormían sobre telas con diseños *masái*, protegidos por un plástico endeble que sostenían con los palos que usaban para llevar dos canastos sobre los hombros.

Al despedirse de su grupo, se dio cuenta de que esperaban una generosa propina que él no tenía prevista en el presupuesto, así que les dio los cien dólares que tenía para que los distribuyeran entre

los siete. Con gran tristeza se enteró, mientras compartía en el hotel la cena con otros viajeros, de que la mayoría de los porteadores no recibían un pago y hacían este difícil recorrido únicamente para recibir esa gratificación voluntaria por parte de los clientes: lo que él les había dado apenas eran un par de dólares diarios para cada uno.

Sofía:

Como es normal en los buses de África, hoy empecé el recorrido hacia Nairobi sin saber a qué hora salía el transporte ni cuánto tiempo se iba a tomar. El asistente del conductor intentó cobrarme diez dólares por las maletas y cuando le pedí el recibo me hizo cara de desprecio y desistió. Luego de un par de horas llegamos a Namanga, la frontera entre Tanzania y Kenia, donde se me acercó un supuesto funcionario de la empresa de transportes para ayudarme con el trámite de la visa. Vi que ninguno de los locales le hizo caso, entonces lo ignoré también y pude obtener el sello súper fácil por mi cuenta. Cuatro horas después el perfil iluminado de una ciudad con altos edificios se veía en el horizonte. Estoy en la tierra de "Hakuna matata": vive y sé feliz.

Te amo,

Pablo.

Mensaje de Sofía: Cuídate mucho amor, no es gratuito que el apodo de la ciudad sea "Nairobbery".

Día 122

Semanas atrás Tatiana le había ayudado a organizar su viaje por Kenia, era uno de los países que su agencia de viajes promocionaba más activamente en Madrid y donde ella tenía buenos contactos con los operadores locales. El hotel que le había conseguido en Nairobi era de categoría superior y encontró en la almohada una nota de bienvenida que ella le había mandado. No salía a correr desde hacía un par de meses en Zambia así que aprovechó las primeras horas de la mañana para dar una vuelta por el distrito financiero de la ciudad y terminó en Uhuru, un parque en el que además había un pequeño lago. Ese sector de la ciudad se veía ordenado, con amplias avenidas y andenes bien cuidados. A esa hora estaba lleno de ejecutivos que caminaban apurados para llegar al trabajo y algunos mendigos que habían pasado la noche en el parque; unos y otros lo veían con asombro recorriendo sin miedo las calles de una de las ciudades con peor reputación de crímenes en el mundo.

Su objetivo del día era comprar un portátil para reemplazar el que le había quitado el policía en Mozambique. En el hotel le

recomendaron ir a la zona entre las avenidas Kenyatta y Moi donde había varios almacenes de tecnología, y aunque la mayoría se concentraban en celulares y accesorios, pudo conseguir un computador liviano por un precio razonable. Nairobi lo estaba sorprendiendo positivamente, aunque era una ciudad muy vibrante, con muchas personas en la calle, en general se veía limpia y tranquila.

Después de comerse una hamburguesa en Wimpy que le pareció la más deliciosa que había probado en la vida, regresó al hotel decidido a pasar el resto de la tarde configurando su nuevo portátil pero en el *lobby* lo estaba esperando Tatiana.

—¡Cariño! Pero por dios, ¡qué flaco estás!

—¿Tatiana? ¡qué sorpresa! ¿Qué haces aquí?, ¿cuándo llegaste?

—Vine a verte y a darte amor después de estos días tan difíciles que has tenido, llegué hace un par de horas.

Pablo la besa muy despacio. Sintiendo la humedad de su respiración sobre la boca. La suavidad de sus labios. Acercándola suavemente contra su cuerpo. Cerrando los ojos para olerla mejor. Contando los pasos hasta el ascensor, hasta la puerta de la habitación, hasta la cama. Tatiana lo besa con arrebato mientras se quita la ropa. Pablo la recorre intentando entender cómo es posible que esté ahí con él. Sintiendo su perfume delicioso, la suavidad de esa piel que anhela. Ella lo guía por los rincones que él ya conoce, le hace saber que disfruta de su lengua curiosa, de sus manos ávidas de ella, de su sexo ansioso. Él la repasa una y otra vez, deteniendo el tiempo en esos minutos con los que no contaba, sintiendo cómo sus fluidos lo llaman, lo incitan, lo retan a ser uno solo y a derramar ese torrente que ambos llevan por dentro. Las horas parecen infinitas para entregarse una y otra vez hasta que se duermen exhaustos sin pensar ni siquiera en la comida.

Mensaje de Sofía: Hoy estuvimos definiendo las flores para la boda de Cris, quiero que sea aún más espectacular que la nuestra.

Día 123

Sofía:

Salgo hoy para el Masái Mara, estaré tres días sin acceso a Internet.

Besos,

Pablo.

Federico llegó sin previo aviso a visitar a Sofía. En repetidas ocasiones durante las últimas semanas ella había ignorado los mensajes que le enviaba y Marta le había pedido que no le hiciera

más desplantes, finalmente la mamá de su ex era una de sus mejores amigas y no quería generar alguna incomodidad con ella.

Sofía lo sintió diferente. En lugar de hablar sobre sí mismo durante horas, de sus logros, de sus viajes o de sus amigos importantes, se interesó de una manera inusual por cómo estaba ella, qué decían los médicos, el tratamiento que estaba considerando tomar, las terapias alternativas que estaba trabajando con Mónica. La escuchaba con paciencia dejando que ella a pesar de sus dificultades le contara algunas cosas con mucho detalle y haciéndola reír con alguna anécdota de cuando eran novios.

—Antes de irme, hay algo que quiero decirte.

—¡Uy que… misterioso!

—Bueno, es algo importante, que debí haberte dicho hace mucho tiempo.

—Ya me estoy… poniendo nerviosa…

—Quiero que me perdones por lo que te hice. Salí corriendo cuando las cosas se pusieron difíciles para ti y nunca te di una explicación.

—Fede… yo…

—Lo sé Sofía, perdóname. Me asusté con todo lo que pasó con tu papá. Mi familia me presionó para que te dejara, para evitar que todo ese problema pudiera perjudicarme.

—Pero… ¿cómo?

—No sé mi vida, fue una tontería y yo era inmaduro y tenía miedo. Un par de días después de que empezó todo el escándalo, llegué a la casa y estaba el abogado de mi papá listo para explicarme por qué debía irme cuanto antes.

—¿Me llamaste… "mi vida"?

—Te llamé cuando pude, pero mi papá siguió presionándome hasta el día que terminamos.

—No… hace un rato…

—¿Sí? No… no me di cuenta.

Sofía extendió los brazos para abrazarlo y pasaron algunos segundos en silencio. Ella lo había perdonado hacía muchos años. Cuando supo que estaba profundamente enamorada de Pablo, decidió que no quería seguir cargando con el peso del odio que durante los últimos meses la había mantenido amargada.

—¿Me perdonarás algún día?

—Te perdoné… hace años.

Día 124

A pesar de que Tatiana había conseguido un tour privado con alojamiento en campamentos de lujo, la dinámica del safari no era precisamente ideal para vivir un idilio amoroso. Ese día su guía los

recogió antes del amanecer: ella le tenía preparada una sorpresa.

Manejaron durante media hora hasta un campo vacío en el que otros turistas estaban esperando cubiertos con mantas para protegerse del frío. Los organizaron en grupos de a ocho y los llevaron en otro transporte hasta un lugar más apartado en el que varias personas se encargaban de extender enormes telas de colores que poco a poco iban llenando de aire caliente: iban a ver el amanecer sobrevolando la sabana en globo.

Pablo se sentía un niño la mañana después de Navidad. Iba de un globo a otro asombrándose por el calor que emitía la enorme llama de los canastos. Preguntaba a los encargados qué tan alto iban a subir y cuánto tiempo duraría el trayecto. Tomaba fotos de las telas segundo a segundo para que se pudiera ver cómo se iban hinchando. Tatiana lo observaba y era feliz sabiendo que estaba cumpliendo un sueño que él le había compartido mientras estaban viajando por Namibia.

Llegado el momento les pidieron que se subieran a uno de los canastos con otros seis turistas. Les explicaron las normas de seguridad y el procedimiento para bajarse una vez llegaran al campo en el que estaban los conductores esperándolos. El piloto de su globo activó la llama intermitentemente, cada vez durante algunos segundos, haciendo que se elevaran algunos centímetros de la tierra. Siguiendo la misma rutina, antes de darse cuenta, ya estaban volando y el sol asomándose en el horizonte. El espectáculo lo complementaban abajo las manadas de jirafas, elefantes, ñus y búfalos que podían ver como manchas de diferentes formas y tamaños sobre la sabana de color oro.

El piloto activaba la llama cuando el globo iba perdiendo altura, durante esos segundos el calor les encendía las mejillas y el ruido era bastante fuerte. Una vez estaban de nuevo en la altura ideal, el movimiento del globo era sutil y parecía increíble que pudiera moverse tan suavemente sobre los animales. Al aterrizar los recibieron con un *brunch* con vino espumoso, jamones y quesos. También les dieron un certificado y les tomaron una foto oficial del grupo.

—Tati, no tengo cómo agradecerte.

—Ver tu cara de felicidad es suficiente cariño.

Un beso tranquilo sirvió para que uno de los fotógrafos lograra una imagen de revista con los únicos dos turistas jóvenes que ese día habían tomado el costoso tour sobre el Masái Mara.

Día 125

Cuando el guía les preguntó qué les gustaría ver ese día, Tatiana no tuvo la menor duda, quería ver una cacería.

—Pero Tati… ¿qué necesidad hay de ver a un pobre antílope muriendo en las fauces de un león?

—Tú viste los perros salvajes comiéndose a un impala todavía vivo, ¿acaso cerraste los ojos o pediste que se fueran de ahí? Recuerdo haber visto fotos bastante explícitas.

—Es cierto, pero yo no lo pedí… pasó… es diferente.

—Ay Pablo, cariño, no entiendo la doble moral de los latinos.

En la tarde visitaron una de las villas *masáis* de la región. Altos, delgados, de piel color bronce oscuro y cabello muy corto tanto en los hombres como en las mujeres, llevaban el cuerpo cubierto por telas con diseños geométricos de colores rojos y naranjas intensos y siempre mostraban una sonrisa de dientes blancos y brillantes que sobresalía, junto con las órbitas de los ojos, en medio de los tonos ocres de su piel, sus telas y sus casas.

Una vez en la villa les enseñaron algunas de sus costumbres, visitaron una de las pequeñas casas y les hicieron una demostración de la danza tradicional antes de finalizar con una venta de artesanías autóctonas. Tatiana se obsesionó con un anillo de madera negra que no se quemaba con el fuego y Pablo se lo compró a escondidas para dárselo en agradecimiento cuando se despidieran.

—Hasta mañana cariño.

—Hasta mañana linda, gracias por este día.

—No fue nada, en serio.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Ambos se durmieron saboreando esas palabras que se habían dicho por primera vez.

Mensaje de Sofía: No me acostumbro a los safaris, ya quiero que vuelvas.

Día 126

Por segundo día consecutivo Sofía escribió “Soy perdón”. No podía sacarse a Federico de la cabeza y pensaba que tal vez no lo había perdonado realmente. Había tenido que abandonar la caligrafía, en los últimos días le estaba costando cerrar la mano para agarrar los marcadores y hasta habían ensayado insertar lápices en bolas relajantes para darle mayor agarre, sin ningún éxito. Mónica temía que esto la hiciera perder la esperanza y ese día la sintió más distraída que de costumbre.

—Sofía ¿hay algo de lo que quieras hablar?

—No… Sí… No… No sé…

—¿Qué está pasando?

—Es que… Fede… ha venido… todos los días…

—¿Y qué ha pasado?

—Hablamos… Ha sido lindo… recuerdos… proyectos…

—¿Y por qué te inquieta?

—Se va y… pienso en él… todo el día…

—Es normal en este momento en que tienes menos personas en tu vida, que quienes te dedican tiempo y atención se vuelvan más importantes para ti. ¿Tienes resentimiento hacia él? ¿Te sientes atraída? ¿Hacia qué lado se inclina la balanza?

¿Se sentía atraída hacia él? No lo consideraba una opción después de la manera en la que habían terminado las cosas y de lo enamorada que estaba de Pablo. Esa tarde cuando la visitó, intentó observarse y entender si aún tenía algún sentimiento romántico hacia su ex. Estaba tan confundida con lo que le estaba pasando que no notó que Pablo no le había escrito, aunque ya debería estar en Nairobi con conexión a Internet.

Día 127

—Sabes cariño, creo que hay un tipo de safari que no has probado.

—¿En serio Tati? Después de lo que acabamos de vivir en el Masái Mara, ¿vamos a otro safari?

—¡Por supuesto! Ya vas a ver cuando vuelvas a tu vida aburrida de ingeniero lo mucho que anhelarás pasar el día viendo animales.

—En eso tienes razón, dicen que un mal día viajando es mejor que un buen día en la oficina.

—Bueno, no se diga más, arréglate que vamos a hacer un safari en bicicleta.

El destino del día sería el parque “La puerta del infierno” a menos de dos horas de Nairobi, donde vivían de manera libre algunos animales salvajes ya que no había depredadores. El nombre del parque se debe a que está lleno de columnas de vapor, gargantas acanaladas formadas por el agua durante millones de años y torres de roca maciza, como la que inspiró la famosa “roca del orgullo” en la película *El rey león*.

En menos de diez minutos ya estaban extasiados por la belleza del lugar poblado por cebras, facóqueros, jirafas, impalas y búfalos que corrían libres. Luego de un poco más de una hora en la que pararon incontables veces a tomar fotos, llegaron a la “torre central” donde comieron un bocadillo bajo la sombra de algunos árboles. Allí dejaron las bicicletas e ingresaron a Ol Njorowa, un hermoso cañón labrado por el agua. Por un par de horas deambularon entre las figuras de color marrón, besándose, tomándose fotos, jugando a esconderse entre las rocas. Pablo intentaba capturar esos momentos del último día antes de que ella regresara a España sin ni siquiera pensar en Sofía.

A pesar de llegar cansados al hotel, esa noche la invitó a cenar a

Tamarind, uno de los restaurantes más tradicionales de Nairobi. Normalmente no iría a un lugar tan costoso, pero le pareció que Tatiana se merecía esa atención especial. Las gambas en salsa piri piri se deshacían en la boca dejando un delicioso sabor picante que se balanceaba muy bien con el dulce arroz en leche de coco.

—Tati, quiero proponerte algo que tal vez te suene extraño, pero es nuestra última noche juntos y no sé cuándo te voy a ver de nuevo.

—Vaya Pablo, esa arruga que te sale en la frente cuando vas a decir algo serio ya me preocupa.

—Jaja, bueno sí es serio… ¿Te quieres casar conmigo?

La expresión de asombro de Tatiana y el enorme silencio de esos segundos en los que ella miraba el anillo *masái* en la palma abierta y un poco sudorosa de él lo hicieron sentir nervioso.

—Perdón, mejor dicho… no "casarnos-casarnos" obvio que no nos conocemos tanto, pero "casarnos sin casarnos". Mejor dicho… no sé, sonaba muy lógico cada vez que lo pensaba y ahora me siento ridículo.

—Pablo, no cariño, perdóname tú a mí. Es que me tomaste por sorpresa, nadie me ha propuesto casarme antes. Y creo que no es matrimonio lo que quieres, ¿no sería más bien... ser novios?

—Sí, eso… tienes razón. ¿Quieres ser mi novia?

Ella le extendió la mano para que le pusiera el anillo y le dio un beso de aceptación. Había notado que en esos días él no había llamado a Sofía y que ya no llevaba la argolla de matrimonio.

Día 128

Sofía:

Estuve los últimos días en el Masái Mara, la reserva natural más grande de Kenia, famosa por la mayor migración de mamíferos del planeta. Entre julio y octubre cada año, cientos de miles de ñus, cebras y otros antílopes se trasladan desde el Serengueti en Tanzania hacia el Norte, en busca de tierras con altos pastos para alimentarse. Muchas veces vi a través de documentales el espectáculo que ofrece este lugar durante estos meses.

Cada una de las salidas del safari fue especial, llena de elefantes, leones, leopardos, búfalos, muchos antílopes y aves. Sin embargo, la escena más impactante la viví en la última salida: eran las once de la mañana cuando vimos a lo lejos un hermoso guepardo que palpaba el horizonte, como si estuviera midiendo sus posibilidades frente a una manada de gacelas saltarinas. En silencio, pudimos ver como se aproximaba camuflándose entre la hierba amarilla y seca. Afinó su posición

de ataque y emprendió una carrera que terminó en unos diez segundos con la captura de una pequeña gacela, mientras cientos de su misma especie huían horrorizadas por la planicie. Pudimos apreciar por unos minutos el cansado rostro del victimario y en su mandíbula el cuerpo desmadejado y sangriento de la víctima. Un momento que definitivamente nunca olvidaré.

Mañana me iré hacia Madagascar donde espero pasar dos semanas inmerso en las maravillas naturales de este país en el que más del 80% de la fauna y la flora son endémicos. ¿Cómo has estado tú?

Pablo.

Mensaje de Sofía: ¡Qué increíble experiencia! Deben haber sido diez segundos muy emocionantes.

Día 129

Sentado en la sala de espera del aeropuerto, Pablo pensaba en Tatiana y en lo que habían vivido los últimos días. No era cierto que hubiera preparado lo que le dijo, le salió espontáneamente y, aunque era consciente de la locura que había hecho, sonreía cada vez que lo recordaba. A excepción de esos meses alejado de Sofía, nunca había tenido una relación a distancia. Siempre había pensado que para el amor se necesitaba estar cerca: verse, tocarse, compartir la vida. Antes de despedirse de Tatiana hicieron algunos acuerdos para que las cosas pudieran funcionar: ser siempre honestos, hablar todos los días a menos que él no tuviera conexión, verse por lo menos cada dos meses y mantener encendido el deseo entre los dos.

Mientras tomaba un poco de sol en el balcón de su apartamento, Sofía pensaba en Federico y en lo que habían vivido en los últimos días. No era resentimiento sino atracción lo que sentía por él y sonreía cada vez que lo recordaba. Él había encontrado el camino para ganarse de nuevo su corazón escuchándola, interesándose por ella, compartiendo tiempo juntos. La hacía sentir que la vida seguía normal a pesar de sus limitaciones: le parecía honesto, se mandaban mensajes todo el día, iba a verla en las tardes después del trabajo y la hacía sentir de nuevo una mujer linda.

Enredados en sus propios pensamientos ninguno de los dos era consciente de que estaba alejándose del otro.

Día 130

Madagascar es la cuarta isla más grande del mundo, con una extensión de más de dos mil kilómetros de Norte a Sur y quinientos kilómetros de Oriente a Occidente. Pablo no había investigado mucho sobre qué hacer y al pedir información en el hostal se

enfrentó con una realidad que no había considerado: la forma más práctica de recorrer la isla era contratar un conductor con vehículo y diseñar una ruta a lo largo de la carretera que cruza el país. Para él que viajaba solo el costo era muy elevado.

Se pasó todo el día buscando información mientras Tatiana le ayudaba desde Madrid a encontrar alternativas. Finalmente decidió hacer el recorrido en transporte público, desde Ifaty hasta Antananarivo, en una ruta que le tomaría un par de semanas. Para adelantarse a cualquier imprevisto compró un vuelo hasta Toliara que saldría al siguiente día y aprovechó para actualizar la información del presupuesto, revisar el itinerario y subir las fotos a Internet.

Desde su llegada a Antananarivo el día anterior había sentido la densidad de la ciudad. El taxista que lo recogió en el aeropuerto le advirtió no abrir las ventanas del carro, especialmente cuando cruzaban por los túneles o en los semáforos. En las calles podía ver miles de personas mendigando y la basura acumulándose en cada esquina. En el hotel le habían sugerido no llevar nada de valor que fuera visible y solo salir durante el día.

> Sofía:
>
> Mañana empieza mi recorrido por Madagascar. Estará lleno de baobabs, lémures y camaleones. Más o menos cada dos o tres días voy a visitar un parque natural y eso me tiene muy emocionado; pero la conexión a Internet no es muy buena y ahora tengo dos retos más: tener plata en efectivo porque los cajeros no funcionan y comunicarme... casi nadie habla inglés.
>
> Me avisaron mis papás que posiblemente van a pasar Navidad en Colombia, espero que puedan ir a visitarte.
>
> Besos,
>
> Pablo.

Mensaje de Sofía: ¡Llegó la hora de practicar el francés! Descárgate alguna buena aplicación en el celular.

Día 131

A treinta kilómetros de Toliara se encuentra Ifaty, sobre el canal de Mozambique. Su principal atractivo es tener la cuarta barrera de coral más extensa del mundo. Había reservado un hotel sobre la línea de playa por un buen precio, sin embargo ninguno de los empleados hablaba inglés más allá de las expresiones básicas. Ese primer día lo dedicó a buscar opciones para hacer *snorkeling* pero el viento no estaba a favor y los centros de buceo estaban cerrados.

Desde una hamaca en su hotel podía ver las embarcaciones de los pescadores con sus enormes velas blancas, las mujeres con la

cara cubierta por una especie de mascarilla llamada *tabaky* que les servía para protegerse del sol y los niños jugando con pequeños barcos de madera que ponían a competir muy cerca de la orilla. Los vendedores ambulantes se acercaban cada minuto y eran muy insistentes, a pesar de solo hablar algunas palabras en francés. En el pueblo se iba la luz durante varias horas al día, entonces aprovechó para empezar a leer un libro que le había dejado Tatiana y dedicarse a descansar.

Ese día Sofía estuvo varias horas con Cristina revisando la lista de invitados a la boda. Cuando llegaron a Federico, fue inevitable hablar de lo que venía pasando en los últimos días.

—¿Por qué pensás que Federico te está buscando?

—No sé… tampoco entiendo…

—Vos sabés que yo lo conozco hace mucho y lo aprecio como amigo, pero tengo muy claro que es de esas personas que siempre busca algo que lo beneficie y no quisiera que terminés lastimada.

—Lo sé… Gracias amiga… pero es… bueno…

—¡Claro que es bueno! Un poquito de atención no le cae mal a nadie, y menos viniendo de semejante hombre tan lindo y así de encantador. Yo solo quiero que estés muy atenta, puede ser que me esté equivocando pero no sobra andar prevenida.

—Sí… eso hago…

Mensaje de Sofía: Qué bueno será tener a tus papás por acá.

Día 132

Caminando desde su hotel, Pablo pudo ver lo básico que era todo: algunas calles destapadas por las que circulaban principalmente cebúes usados para carga, motos y bicicletas. Tiendas en las que tomates casi podridos y unos bananos eran las únicas verduras. Niños persiguiéndolo durante todo el trayecto para pedirle dinero.

Visitó Reniala, una reserva en la que el encargado de cobrar la entrada era también el guía. Apenas unos metros adelante se unieron dos chicos jóvenes que no hablaban inglés y que se encargarían de ayudar a encontrar los animales. No tenía muchas expectativas, ¿qué animales iban a buscar? Había tomado el tour solo para no estar otro día más mirando el estrecho de Mozambique e imaginándose al policía de Inhambane al otro lado del mar.

Los primeros baobabs le parecieron muy tristes: ya había visto algunos en otros países de África y estos se veían tan esqueléticos como muchos de los niños del país. Sin embargo, el guía le explicó que esos eran los más jóvenes, y conforme fueron caminando aparecieron plantas mucho más robustas. También pudo ver a los rastreadores en acción: se adelantaban un poco a ellos y luego

silbaban para indicar dónde habían encontrado algo: arañas, erizos, pájaros, escarabajos, mariposas, serpientes… cada uno de ellos endémico. El baobab más antiguo de la reserva tenía mil doscientos años, pero en Madagascar hay ejemplares de hasta mil seiscientos años y desde hace algunas décadas se convirtieron en especies protegidas. Según el guía, es una planta que nunca muere: sus troncos están hechos de fibra y no de madera por lo que soportan muy bien la sequía y pueden sobrevivir inclusive a los incendios.

Sofía:

Solo hay conexión a Internet durante una hora en el hotel y nadie habla inglés. Es muy raro, pero son dos pequeños detalles que me hacen sentir aislado del mundo y profundamente solo. Siento que mi conexión con la vida que llevaba en Medellín cada día es más débil. Estoy empezando a naufragar y necesito que seas mi ancla.

Pablo.

Día 133

El mensaje de Pablo la había sacudido. Revisando su correspondencia los últimos días se dio cuenta de que ella estaba evadiéndolo, apenas respondiendo de mala gana sus correos con mensajes más escuetos que de costumbre. Lo imaginaba deprimido sin tener con quien hablar, con dificultades para tener dinero, extrañando todas esas cosas simples de la vida cotidiana a las que había renunciado.

Se sentía culpable. Desde temprano le envió un mensaje a Federico diciéndole que no quería verlo ese día y cuando Mónica llegó le pidió que volvieran a escribir algo con la intención de prepararle un regalo a Pablo para la próxima vez que se conectara. Luego de varios intentos y con la ayuda de la terapeuta finalmente garabateó las iniciales de los dos y le tomó una foto que envió a su esposo.

Mensaje de Sofía: No te pongas triste amor, la vida en Medellín sigue siendo tan aburrida como siempre. Lo único que vale la pena extrañar es la fiesta de disfraces de Miguel, parece que este año será todo un evento. Te mando un regalo que hice hoy para ti. Te amo.

Ese corto párrafo le había tomado casi una hora escribirlo. No solo porque la dificultad para usar el teclado era cada día mayor, también por lo mucho que tuvo que pensar cada frase, cada palabra. Quería ayudarlo a sentirse mejor pero no podía mentirle diciéndole por ejemplo que pensaba en él intensamente o que lo había extrañado mucho los últimos días cuando en su cabeza y en sus espacios era Federico quien ocupaba la mayor parte, pero sí

tenía muy claro que lo seguía amando.

A Pablo le había tomado casi todo el día recorrer los 266 kilómetros entre Ifaty y Ranohira. Se quedó esa noche en el hotel de un francés que quedaba a las afueras del pueblo, donde desde pequeñas cabañas construidas sobre el acantilado podía ver las hermosas montañas de roca de múltiples tonos.

Día 134

Sofía:

Gracias por tu mensaje amor, no te imaginas lo mucho que lo necesitaba. Hoy contraté un guía para un recorrido de seis horas en un parque llamado Isalo. La primera parte la hicimos entre formaciones rocosas y arena, evidencia de la deforestación del país (leí que el 80% del bosque primario de Madagascar fue talado para darle paso a la agricultura). En algunas de las rocas pude ver tumbas "definitivas" en cuevas aparentemente inaccesibles en las montañas. Según me explicó el guía, la tradición consistía en enterrar a los muertos en una tumba temporal, en un cementerio similar a los nuestros, y después de cinco a siete años trasladar los huesos a estas tumbas definitivas a las que se accede escalando.

La mejor parte de la caminata fue al final cuando fuimos a un cañón por el que corre un río protegido por mucha vegetación. El cañón termina en dos piscinas naturales, la azul y la negra, donde los más valientes pueden bañarse en el agua helada.

Además ¡hoy tuve mi primer encuentro con los lémures!, los animales más particulares de la isla (como el rey Julien de la película *Madagascar*). Vimos cafés, blancos y de cola anillada.

Fue un día de sentimientos encontrados. El guía hablaba muy bien inglés así que fue un alivio tener alguien con quien conversar (yo mismo me sorprendo al darme cuenta de que ya puedo tener "conversaciones" medianamente fluidas en inglés); fue súper bonito recorrer el parque y ver a los lémures y fue maravilloso recibir tu mensaje. Sin embargo, hay algo de Madagascar que me incomoda, nunca había visto tanta pobreza de manera constante y ver la forma en que han acabado con los recursos naturales del país me parece demasiado triste.

Te amo,

Pablo.

Después de enviar el mensaje a Sofía se sintió un poco extraño escribiéndole a Tatiana. Se dio cuenta de que era la primera vez en varios días que le enviaba un mensaje íntimo a su esposa y

prácticamente podía decirle lo mismo a su novia. ¿Su novia? ¿En qué lío se había metido? No se arrepentía pero era consciente de que todo eso había sido innecesario. Decidió escribirle un breve resumen del día y excusarse con las dificultades para conectarse a Internet.

Día 135

Lo más difícil de una relación a distancia es adivinar y mantenerse al nivel de las expectativas del otro. Tatiana quería apostarle a la relación con Pablo y el primer paso para ella era conocerse mejor, pero los problemas de conectividad de él no estaban ayudando. Ella le mandaba mensajes larguísimos donde le contaba de su día: desde las cosas más cotidianas como lo que había comido o con qué amigos se había visto (aunque él no los conociera), hasta temas más profundos como el avance en sus proyectos o los problemas que la agobiaban. No quería presionarlo más allá de lo prudente considerando las dificultades que él tenía para comunicarse, pero sentía que su relación era demasiado frágil para resistir todas las condiciones.

Desde que se habían separado hacía una semana no habían podido hablar una sola vez por teléfono y él apenas le escribía un párrafo corto con un par de frases sobre lo que había hecho en el día. Lo sentía frío y casi que distraído, incluso llegó a pensar que solo le escribía para cumplir con un compromiso que él mismo se había impuesto.

Después de haber vivido las pésimas carreteras de Mozambique con huecos del tamaño de vehículos enteros y viajar en las *chapas* en las que apenas quedaba espacio para respirar, Pablo pensaba que estaba preparado para cualquier cosa, pero Madagascar le demostró lo contrario. Para empezar, sabía que estaba pagando al menos diez veces más que los locales, en un espacio para quince personas solían ir al menos veinte sentadas y otras tres o cuatro arrodilladas o de pie según pudieran acomodarse. Al igual que en otros países de África, no había horarios definidos y los minibuses, llamados *taxi brousse*, avanzaban o paraban según lo llenos que estuvieran en cada trayecto. Las sillas eran duras y la cojinería estaba destrozada. Los locales preferían llevar las ventanas cerradas para evitar el polvo a pesar de que estuviera haciendo un calor infernal. Apenas llevaba dos trayectos y ya empezaba a sentir que Madagascar le robaba la paciencia.

Mensaje de Sofía: Creé una playlist con la música que me hace pensar en ti; espero que puedas descargarla cuando tengas buena conexión a Internet.

Día 136

En Ambalavao, Pablo decidió visitar la reserva Anja y hacer una caminata de aproximadamente ocho horas. El trayecto comenzó atravesando algunos pequeños caseríos en los que los niños se acercaban a él para pedirle dulces. Bruno, su guía, le había pedido que llevara estos regalos y cuando Pablo sugirió darles cuadernos, le dijo que eso los decepcionaría. Le molestaba hacer parte de ese círculo vicioso en el que al final nada bueno se aportaba a las comunidades locales y optó por llevar chocolates y lápices. Ascendieron a una montaña llamada Three Sisters por las tres pequeñas cimas que la coronaban. Desde allí tenían una vista privilegiada sobre el inmenso valle: una extensión de tierra amarilla en la que parches de verde sobresalían alrededor de los riachuelos. Al descender de la montaña llegaron a la reserva, donde pudieron ver algunos camaleones y un par de familias de lémures de cola anillada. Durante el recorrido se divirtió muchísimo con las ocurrencias de Bruno, quien resultó ser muy curioso, le hizo varias preguntas sobre Colombia y le pidió que le enseñara algunas palabras en español.

Sofía:

Hoy visité la reserva Anja. Se trata de una iniciativa privada de una comunidad que decidió preservar un pequeño espacio de su tierra para mantener el hábitat de los lémures, generando ingresos a través del turismo y frenando un poco la destrucción que se ve alrededor. Definitivamente fue un acto de visión y valentía. A diferencia de muchos otros locales que han acabado hasta con el último árbol para usarlo como leña o para limpiar la tierra para sembrar, esta comunidad le está apostando a un futuro a largo plazo que posiblemente sea la solución para un país en el que por muchos años no fueron conscientes de que la deforestación acababa con el agua y dejaba la tierra estéril para cualquier cultivo.

Mientras más me adentro en el país, más voy sintiendo la ausencia de recursos. En donde me estoy quedando me dieron un balde de agua tibia para bañarme y otro de agua fría para el sanitario. Mientras comía pude ver cómo algunas mujeres llegaban en fila con los pesados baldes sobre la cabeza; no puedo imaginarme desde dónde los tienen que traer.

Detrás de todo esto me queda una gran lección: no debemos dar nada por sentado.

Te amo,

Pablo.

Día 137

Desde que era niño Pablo era un mal enfermo. Siempre había

sido muy saludable y cuando sentía el más mínimo trastorno físico para él era una tragedia. No solo su cuerpo se enfermaba, se ponía de muy mal humor y algunas veces hasta se deprimía. Según él en su cuerpo las enfermedades eran mucho más severas que en los demás e incluso un resfriado lo metía en la cama por días.

En Madagascar le parecía que casi nadie se veía saludable y en su ruta de Ambalavao hacia Ranomafana paró en Fianarantsoa para comprar algunos antigripales porque sentía "la enfermedad venir". A Sofía siempre le había hecho gracia esta supuesta capacidad suya de anticipar las enfermedades.

Ella también se sintió un poco incómoda ese día. Desde hacía un par de semanas había notado que su pie derecho se movía involuntariamente de un lado a otro en un tic que aunque podía parecer algo menor, la desanimaba por evidenciar que la enfermedad estaba avanzando. Mónica la ayudó con algunos estiramientos y masajes para relajar los músculos, pero cuando ella se fue y se quedó sola de nuevo se sintió tan triste que le escribió a Federico pidiéndole que pasara a visitarla.

Él le llevó una caja con sus chocolates favoritos: 80% de cacao y rellenos líquidos de diferentes licores. Le ayudó a comerse un par y se acomodaron juntos en un sofá para ver una película hasta que ella se quedó dormida. Necesitaba esa intimidad, mostrarse vulnerable ante un hombre que estaba dispuesto a cuidarla.

Día 138

Sofía no recordaba cuándo había sido la última vez que se había despertado al lado de Federico. Él la estaba mirando mientras le acariciaba el cabello que le caía sobre la cara. No recordaba tampoco haberse quedado dormida ni que se hubiera ido a la cama. Aún tenía en la boca el sabor a chocolate y amaretto.

—Buenos días mi vida, ¿dormiste bien?

—Sí… ¿Cómo...?

—Te quedaste dormida... No quise despertarte, tu mamá me autorizó, espero no te moleste.

—No… Sí… No, claro que… no.

—Debo irme. ¿Terminamos de ver la película esta noche?

—Sí… No… Sí.

Cuando Mónica llegó la encontró animada. Sofía le contó lo que había pasado con mucha emoción, como si se hubiera enamorado por primera vez.

—Ya sé… que está mal.

—Solo está mal si tú decides que está mal. Entiendo que fuiste educada bajo principios católicos y que, aunque no ha pasado nada, sientes que estás traicionando a tu esposo, pero la vida es tan corta,

tan frágil, has sufrido tanto… No tiene sentido que te prives del amor.

—Pero Pablo… se fue… por mí.

—Pablo se fue porque quería irse, ¿no crees? Sé lo terca que puedes llegar a ser pero si él hubiera decidido quedarse al final lo habrías perdonado (si es que cabe la palabra) y acá estaría contigo. Es más, estoy segura de que era lo que de verdad querías ¿o me equivoco?

Las palabras de Mónica la impactaron profundamente. ¿Era lo que quería?, ¿pedirle a él que se fuera y verlo negarse, luchar por ella, y decidir por sí mismo que quería quedarse a su lado? En el fondo era algo que le molestaba de él: jamás tomaba sus propias decisiones y siempre terminaba cediendo ante lo que ella dijera.

Esa noche, un poco pensativa, se recostó sobre el pecho de Federico fingiendo que veía la película y se durmió mientras él le acariciaba la espalda.

Día 139

El día anterior Pablo había visitado el parque Ranomafana, donde se sorprendió por lo verde que era en contraste con toda la deforestación que había visto en el resto del país, y con la cantidad de turistas que había en el lugar. En el parque vio muchas otras especies de lémures como el wooly, el dorado de bambú y el sifaca.

Sofía:

Madagascar es el país más difícil que he visitado hasta el momento. Las barreras para comunicarme hacen que todo sea mucho más complicado y no he encontrado el primer turista que esté haciendo el recorrido como yo en transporte público. Los pocos con los que me he cruzado en los hoteles van con su conductor y se sorprenden al saber que estoy yendo por mi cuenta. Yo también me sorprendo. ¿Cómo iba a pensar casi cinco meses atrás que hoy estaría en esta isla? Tengo sentimientos encontrados: por un lado, los parques naturales están bien cuidados y los animales son espectaculares; pero en los pueblos, en las calles… la pobreza, la suciedad, la falta de agua… creo que es un pequeño reflejo de lo que es nuestro planeta: una tierra devastada a la que le quedan algunos pocos recursos. Ahora además me estoy enfermando... ¡Lo que me faltaba!

Hace días no me escribes, ¿estás bien amor?

Pablo.

Mensaje de Sofía: ¡No me vengas a hablar a mí de enfermedad!

Día 140

Aún le quedaban tres días en Madagascar y tomó un *taxi brousse* hacia Andasibe. Sintió muchas náuseas en el trayecto que le atribuyó a la carretera en zigzag por las montañas. En el pequeño caserío no encontró un alojamiento económico para quedarse; Andasibe era el parque más accesible desde la capital y solo había hoteles de lujo. Decidió irse al que le señalaron como el menos costoso y darse un pequeño gusto para superar la enfermedad.

En lugar de un resort cinco estrellas encontró unas cuantas cabañas bastante frías, un comedor exagerado para la cantidad de huéspedes y un menú con precios exorbitantes. El único lujo era tener de nuevo un baño con agua corriente y electricidad la mayor parte del día. ¿El Internet? ¡Tal vez funcione mañana!

Cenó una sopa de cebolla, un té de jengibre y se fue a dormir temprano sintiéndose débil y con un frío que le venía de adentro.

Mensaje de Sofía: ¿Cómo sigues?

Día 141

A pesar de despertarse más indispuesto que el día anterior, se obligó a salir de la cama, su mamá siempre le decía que no había que consentir la enfermedad. Caminó hasta el parque Andasibe, hogar de los lémures indri, los más grandes de todos y los únicos que han desarrollado un sistema de comunicación con base en estridentes sonidos, similares a una trompeta, que se escuchan hasta a dos kilómetros de distancia.

Su guía era muy bueno rastreándolos y sabía imitar muy bien sus sonidos. Pudo ver varios de ellos en las copas de los árboles y también encontraron lémures cafés, sifaca y woolly. Allí había un pequeño centro de interpretación donde apenas alcanzó a leer algunos páneles antes de sentir que le faltaba el aire, por lo que decidió regresar al hotel. Se acostó sintiendo que tenía fiebre y una debilidad que le impedía incluso quitarse la ropa.

Soñó con Sofía. Iba caminando por una calle llena de gente y él no lograba alcanzarla. Ella se reía estridentemente. A veces volteaba a mirarlo y se burlaba de él. Mientras caminaba iba quedándose sin ropa, sin pelo, sin piel. De repente era un esqueleto que se reía. Todos se reían. Un ataque de tos. Dolor de cabeza. Se despertó ahogado, con sabor metálico en la boca y algunas gotas de sangre en la almohada.

Ya no le quedaba agua y llevaba todo el día sin comer. Llamó a la recepción del hotel pero la persona de turno no hablaba inglés.

—*Water… please…*

—*Tsy azoco.*

—*Eau… s'il vous plait…*

—*Ahoana*?

Se volvió a quedar dormido. Esta vez estaba con Tatiana. Ella era grande, como un gigante. Él le hablaba pero ella no lo escuchaba. La veía reírse pero no entendía por qué. Intentaba treparse por ella como si fuera un árbol para hablarle al oído. Pedirle ayuda. El ruido de los golpes en la puerta lo despertó, casi arrastrándose pudo abrir. La mucama al verlo, dejó caer el agua y salió corriendo mientras gritaba palabras que él no entendía: *Tena marary*… *vonjeo*… expresiones en malgache sin sentido que escuchaba a lo lejos mientras se desvanecía por el esfuerzo de pararse hasta la puerta.

Día 142

Acostado en una cama dura veía enfermeras con delantales raídos correr de un lado al otro. Alguien se quejaba a pocos metros. No era uno, eran varios. Todos tosían y él tosía también. Sed. Mucha sed. Una enfermera se acercó para examinarlo. Llevaba un tapabocas y cada vez que Pablo tosía echaba el cuerpo hacia atrás para evitarlo. Estaba tosiendo sangre. Se dio cuenta de que no estaba soñando, estaba despierto. Se sentía débil. Le dolía la cabeza más que nunca.

Ella llamó a un médico en su idioma. Él se acercó y le tomó el pulso.

—Señor López, está en el Hospital JRA, soy el doctor Zafy.

—Doctor...

—Tranquilo, le recomiendo que hable lo menos posible, todo está bajo control. Hace una semana empezaron a presentarse algunos casos de peste pulmonar en la isla, ¿no vio las noticias? Cualquier persona con ciertos síntomas debe ser puesta en cuarentena hasta que se descarte el contagio. Lamentablemente ayer ya teníamos más de cien casos registrados y algunos… bueno… no se preocupe, no es su caso.

—¿Estoy...?

—Vamos a analizarlo. ¿Cuándo le empezó la tos? ¿La primera vez?

—Creo que… cinco días.

—Mmmm no creo que esté contagiado. En cinco días la peste pulmonar es prácticamente mortal, y aunque usted tiene algunos síntomas la enfermedad avanza bastante rápido. Vamos a hacerle unos exámenes para estar seguros.

Pablo quería llorar. Quería que su mamá estuviera ahí para cuidarlo o Sofía o Tatiana. Quería una mujer que lo hiciera sentir a salvo. Se quedó dormido. Seguía teniendo pesadillas que confundía con el ir y venir del salón de cuarentena. Con los pasos apurados.

Con el enfermo de la cama de al lado muriendo a pocos metros.

Mensaje de Sofía: ¿Sigues en Madagascar? Creo que deberías ir al médico.

Día 143

Sofía no pudo dormir pensando en Pablo. Había visto en las noticias internacionales al presidente de Madagascar declarar la epidemia de peste pulmonar y buscando en Internet encontró un artículo en francés que hablaba de las aerolíneas considerando cancelar los vuelos. Llevaba varios días sin saber de él; desesperada intentó contactar a los hospitales, pero solo en uno le contestaron la llamada y la remitieron a los boletines oficiales.

Pablo estaba seguro de que se iba a morir. En los cortos momentos de lucidez que tenía pensaba en Sofía e intentaba pedirles a las enfermeras que lo ayudaran a enviarle un mensaje, pero al parecer solo el doctor Zafy hablaba inglés y no lo veía desde el día anterior. Le dolía vivir. Seguía tosiendo sangre. Un nuevo vecino en la cama de al lado, parecía un turista, en medio de las pesadillas hablaba algo de francés. Le pareció haberlo visto días atrás en Ranomafana. Un par de horas después las enfermeras corrían para intentar reanimarlo. De nuevo la cama vacía y otro enfermo tan pronto cambiaron las sábanas.

El doctor llegó a verlo con una carpeta en la mano.

—¿Está tomando algún medicamento?

—No.

—¿Tomó algún medicamento en el último mes? ¿Tal vez algún antibiótico?

—No… Sí… Hasta hace dos semanas, doxiciclina para prevenir la malaria.

Los exámenes mostraban que sí estaba contagiado, pero al parecer aún quedaban trazas del antibiótico que había tomado y su cuerpo estaba batallando. Empezarían un tratamiento bastante agresivo para evitar el avance de la enfermedad. Le pusieron varios tubos para ayudarle a respirar y medicina intravenosa.

Mensaje de Sofía: Escríbeme por favor, ¡estoy preocupada!

Día 144

Tatiana también estaba preocupada. En la agencia de viajes habían recibido los boletines alertando a los viajeros de no ir a Madagascar, o en caso de ser absolutamente indispensable tomar precauciones extremas para evitar el contagio de la peste pulmonar, y hacía varios días no sabía de él. Empezó a activar sus contactos para obtener información, pero no era un destino que su agencia promoviera y nadie le daba una respuesta concreta o al menos un

camino para empezar a buscar.

Las noticias eran más alarmantes cada día: el número de infectados y de muertos crecía a un ritmo exponencial. Estaba decidida a irse a buscarlo de ser necesario pero su jefe la convenció de que era una locura, Pablo podía estar en cualquier lugar de la isla, de pronto aislado por las fallas en las comunicaciones y no necesariamente por estar enfermo.

Según su itinerario debía viajar a Mauricio de nuevo al día siguiente, así que decidió esperar antes de ir a buscarlo.

Mensaje de Sofía: Pablo, amor… ¿dónde estás?

Día 145

Sofía había aprendido mucho sobre la enfermedad durante su proceso. Sabía lo difícil que es sentirse débil, limitada, con dolor, incapaz de ser la persona que era antes. Había vivido la negación, la depresión, la esperanza, la resignación, la lucha… Cada etapa al final le había enseñado algo sobre sí misma, sobre su capacidad para ver la vida con otro enfoque.

En su caso la principal batalla que vivía a diario era con su necesidad de controlarlo todo. Antes de la enfermedad era una de esas personas que se enojaba cuando las cosas no salían como quería, incluso si los demás no tenían ni idea de sus planes.

—Sofía, ¿qué te pasa? Llevas sin hablarme desde anoche.

—Nada.

—Uy… ¿así de grave? ¿Qué te pasa?

—Ya te dije que nada.

—A ver, ¿qué hice?

—Nada.

—OK, ¿qué no hice?

—Pablo, ¿de verdad? ¿No te has dado cuenta?

—No Sofía, de verdad no me he dado cuenta.

—Pues que íbamos a ir a cine ayer y no quisiste.

—¿Cuándo dijimos que íbamos a ir a cine ayer y cuándo dije que no quería?

—¿Es en serio lo que me estás preguntando?

—Sí, es en serio.

—¿No te acuerdas que llegaste muy cansado y te cambiaste para dormir temprano?

—Sí, ¿qué tiene que ver?

—No puedo creerlo… ¡yo quería ir a cine y no fuimos!

—Pero Sofía, ni me dijiste antes ni me preguntaste cuando llegué... ¿cómo iba a saber?

Al final todo se reducía a su obsesión porque las cosas salieran exactamente como ella quería, incluso si estaba involucrado alguien

más: sufría un ataque de ira si no podía cumplir sus planes al pie de la letra.

La enfermedad la golpeó profundamente en ese aspecto. Perder el control de su cuerpo era la cachetada que le daba la vida para enseñarle que no había planes inalterables. Era una lección que seguía aprendiendo y de la forma más difícil. Pensar que Pablo podía estar enfermo, de algo mortal y en uno de los países más pobres del mundo, la estaba volviendo loca.

Mensaje de Sofía: ¡Pablo aparece! Tus papás y yo estamos desesperados.

Día 146

Después de mover todas sus influencias Tatiana comprobó que Pablo no había tomado el avión a Puerto Luis; también había conseguido la lista oficial de muertos por la epidemia y su nombre no aparecía. Había dos turistas identificados, ambos de nacionalidad francesa, pero ya eran más de quinientos los casos de infectados y el gobierno no tenía la información consolidada, solo tenían la lista de los primeros treinta en los boletines oficiales.

Pablo veía pasar la vida como en una película. Cuando dormía tenía pesadillas constantes. Cuando estaba despierto a veces las escenas eran en cámara rápida con muchas personas moviéndose a su alrededor, algunas de ellas acercándose a cambiarle la medicina o a revisar su evolución; otras veces todo iba en cámara lenta, veía a los enfermos que estaban a su alrededor detenidos en el tiempo, con sus muecas de sufrimiento, todos unidos por la misma incertidumbre.

No saber qué estaba pasando era la peor parte, al doctor Zafy no lo había vuelto a ver y el nuevo médico no hablaba inglés. En algunos momentos de lucidez pensaba en Sofía, en sus papás, en Tatiana, en sus amigos. Se preguntaba si estaban preocupados por él, si al otro lado del mundo sabían de la epidemia.

Mensaje de Sofía: Pablo, no sé nada de ti hace una semana. No me busques si no quieres, pero por favor contacta a tu mamá.

Día 147

Tatiana logró rastrear a Pablo hasta el hotel en Antananarivo. Después de intentar comunicarse por horas, pudo hablar con alguien que le confirmó que había salido el viernes anterior hacia Andasibe por un par de días, que había dejado la mayoría del equipaje para recogerlo el lunes y que aún no había regresado.

En Andasibe no había muchos hoteles así que decidió llamar a cada uno de ellos, pero en los pocos que le contestaron solo hablaban malgache o francés y a partir de cierta hora ya en ningún teléfono le respondían. La siguiente alternativa: irse a buscarlo, al

menos ya sabía por dónde empezar. Le tomaría un par de días en llegar, gastarse dinero que no le sobraba, pero no podía seguir con esa angustia.

Sofía, completamente impotente, ya ni siquiera encontraba sentido en enviarle mensajes.

Día 148

A diferencia de Pablo los otros enfermos pasaban rápidamente por el hospital. O llegaban cuando la enfermedad no había avanzado mucho y empezaban el tratamiento a tiempo y en un par de días estaban mejor, o la enfermedad ya había evolucionado y ante la escasez de antibióticos ni siquiera los medicaban.

Las pastillas que él había tomado antes de llegar a Madagascar lo habían salvado de morir pero también estaban haciendo más demorada su recuperación. Ya lo habían trasladado de cama en tres oportunidades y parecía que ahora estaba con los menos enfermos.

En la nueva sección se permitían las visitas durante algunos momentos del día, eso le pareció que era una buena señal. Ver a los padres, a las parejas, a los amigos de los demás enfermos, lo hacía sentir esperanzado. Sabía que los suyos debían estar preocupados, intentando encontrarlo de alguna manera, así que cada vez que podía le hablaba a cualquier persona que tuviera cerca intentando encontrar alguien que entendiera inglés y le ayudara a avisarle a su familia dónde estaba.

Al final de la tarde de ese sábado Tatiana abordó el primer vuelo: siete horas hasta Catar. Después de una corta escala viajaría a Nairobi por seis horas donde tendría que esperar un buen rato para finalmente salir hacia Antananarivo. Pablo todavía no salía en los boletines que ya tenían registro oficial de los primeros setenta infectados.

Día 149

El doctor Zafy fue a ver a Pablo para explicarle que habían salido bien los últimos exámenes; tendría que quedarse tres días más antes de que le dieran de alta, un protocolo que dada la escasez de camas y medicamentos solo cumplían con los turistas. Pablo le pidió que le ayudara a contactar a su familia sin embargo el médico no sabía dónde estaban sus pertenencias.

—¿Podría al menos mandar un correo electrónico desde su cuenta?

—Sí, esta noche en mi casa si hay Internet puedo hacerlo, dígame a quién le escribo.

Pablo le dictó el correo de Sofía y le pidió que no le diera demasiados detalles, solo que le dijera que estaba bien y que en algunos días le darían de alta.

Tatiana llegó a Antananarivo al final del día y se fue directo al hotel donde Pablo había dejado sus cosas. Le explicaron que no podría buscarlo en la noche: había cortes de energía y solo algunos vehículos estaban autorizados a circular después de cierta hora. Sin poder dormir se dedicó a marcar en un mapa los principales hospitales según la información que encontró en Internet y pidió al encargado del hotel que le consiguiera un conductor que la llevara al día siguiente.

Día 150

Cuando se despertó, Pablo encontró a los pies de la cama una bolsa con sus cosas personales y una nota del doctor donde le decía que no había podido enviar el correo pero que lo haría en cuanto fuera posible. A pesar de la mala noticia, sintió que había algo de esperanza.

Después de pasar varias horas en el primer hospital de la lista, Tatiana se dio cuenta de que no le bastaba con tener un conductor: necesitaba un traductor que hablara malgache. Había perdido demasiado tiempo intentando explicar lo que necesitaba y eso le causaba una angustia enorme por la cantidad de sitios que aún tenía que visitar y las pocas horas que quedaban antes del toque de queda.

Regresó al hotel para pedir que le ayudaran a conseguir un conductor bilingüe o un traductor y aprovechó que había conexión a Internet para revisar de nuevo las listas de contagiados por la peste. Algo llamó su atención.

> *Mensaje de Sofía: Hola Tatiana. Soy Sofía Castaño, la esposa de Pablo López. Perdona que me atreva a escribirte, posiblemente no sabías de mí. Pablo se fue para Madagascar hace unas semanas y desde hace once días no tengo noticias de él. Sé que hay una epidemia de peste en el país, pero no he podido conseguir información y estoy preocupada, sus papás están preocupados. Por favor avísame si has estado en contacto con él. De mujer a mujer te ruego que si tienes información, sin importar de qué se trate, me la compartas. Gracias de antemano.*

Tatiana nunca se imaginó que Sofía supiera de ella, ¿acaso Pablo le había contado? Prefirió no responderle hasta no tener información concreta, pero ese día ya no pasaría nada más; era demasiado tarde para continuar el recorrido y en el hotel le habían conseguido un traductor para la mañana siguiente.

Día 151

Sofía se arrepentía de haberle escrito a Tatiana pero hasta ese punto había llegado su desesperación. Contrario a lo que esperaba, Federico la había acompañado mucho durante los últimos días, la había ayudado a buscar información y hasta había llamado un antiguo compañero del colegio que ahora trabajaba en la cancillería

para ver si podía hacer algo.

Contaba las horas, los minutos, los segundos, esperando que Tatiana le escribiera en algún momento. Habría deseado que le hubiera respondido que Pablo estaba con ella viviendo un romance apasionado en las islas Mauricio, pero a pesar de haber leído el mensaje hacía varias horas, aún no le respondía nada.

Tatiana seguía recorriendo hospitales, con el traductor todo era mucho más rápido y ya solo le faltaban un par de centros médicos importantes, los demás eran pequeños y menos probable que hubieran llevado a un extranjero. Si no lo encontraba allí, tendría que ir a las ciudades secundarias.

Cuando llegó al Hospital JRA se asombró al ver lo organizados que estaban. Tenían una lista detallada de los pacientes publicada en una cartelera donde se podían consultar las fechas de ingreso y con un código acompañado de colores el estado de salud de cada uno. Mientras recorría los nombres sentía que se le aceleraba el ritmo cardíaco, más si tenían una equis color rojo.

De repente el apellido de Pablo estaba en la lista. Tenía que ser él. Solo había algunos extranjeros, la mayoría con nombres franceses y la probabilidad de que alguien más se apellidara López le parecía muy baja. Le pidió al traductor que la ayudara a averiguar si era él y qué tenía que hacer para verlo. En cuestión de minutos estaba con un doctor que hablaba inglés quien después de darle un tapabocas y explicarle algunas cosas la llevó hacia la camilla donde él estaba.

—Me alegra mucho que haya venido a verlo, tenía mucha angustia por no haberse podido comunicar.

—Gracias doctor, es un alivio la verdad.

—Él me pidió que le mandara un correo electrónico pero no he tenido conexión a Internet.

—No hay problema. ¿Cómo está ahora?

—La enfermedad ha cedido, en un par de días máximo le daremos de alta.

Tatiana pudo ver su silueta desde lejos cuando entraron al pabellón. Estaba acostado de medio lado y le estaba dando la espalda, pero su cuerpo pequeño y delgado se destacaba entre los demás enfermos que eran de contextura gruesa y piel negra en su gran mayoría.

—Señor López, no pude escribirle a su esposa, pero ella está aquí. Pablo ni siquiera se giró, pensando que estaba otra vez teniendo pesadillas. ¿Cómo habría podido llegar Sofía hasta Madagascar?

—Gracias doctor, soy su novia apenas.

—Perdone, señorita Sofía, habré entendido mal.

—Pablo, cariño, ¿estás despierto? —Era la voz de Tatiana. Se giró para verla y confirmar que estaba despierto.

—Tati... ¿Cómo?

—No sabía de ti y decidí venir a buscarte. ¿Cómo te sientes?

Él se puso a llorar. Ella también mientras se abalanzó para abrazarlo. El médico le recordó que debía mantener las precauciones, la peste pulmonar se transmitía muy fácil por vía aérea. Se abrazaron en silencio durante unos segundos. Ella pudo sentir cómo su cuerpo estaba más pequeño, había perdido algunos kilos y tenía la piel de un color extraño, casi gris.

Un ataque de tos interrumpió el abrazo. El doctor explicó que aunque ya estaba muy recuperado, los pulmones seguían resentidos. Después se despidió para dejarlos a solas. Pablo quiso contarle todo a Tatiana, desahogarse de lo mucho que había sufrido en esas casi dos semanas, sin embargo solo quedaban unos minutos del horario de visitas y apenas alcanzó a pedirle que les escribiera a sus papás para avisarles que estaba bien.

Ella lo abrazaba y lo miraba, sentía que se le escurría entre los brazos. Lo veía más flaco que nunca, las cuencas de los ojos marcadas por unas profundas ojeras y los labios rajados por la deshidratación. Al despedirse le prometió que volvería al otro día tan temprano como fuera posible.

En cuanto llegó al hotel y tuvo conexión a Internet le escribió al papá de Pablo: Su hijo me pidió avisarle que está en el hospital JRA en Antananarivo recuperándose de la peste pulmonar, saldrá en un par de días.

Pablo no fue capaz de pedirle que le escribiera a Sofía. Tatiana estuvo dudando entre responderle el mensaje o no. Finalmente se quedó dormida sin avisarle nada.

Día 152

Pablo se despertó sintiéndose más recuperado. La tos casi había desaparecido y no estaba tan débil. A la hora de la visita Tatiana fue la primera en entrar por la puerta casi corriendo y a los pocos segundos estaba abrazándolo. Solo podía verlo un par de horas en la mañana y otras dos en la tarde. El hotel estaba bastante lejos del hospital y no tenía conexión a Internet así que se quedó en la cafetería intentando leer un libro mientras la ansiedad la consumía.

Cuando llegó la hora de la visita de la tarde le dijeron que Pablo ya no estaba en el pabellón. ¿Cómo era posible? ¿Lo habían trasladado de regreso a la sección de los más enfermos? ¿Había pasado algo peor? Corría desesperada por los pasillos cuando lo vio dormido en una de las salas de espera abrazando la bolsa con sus cosas.

—Pablo, cariño, ¿qué pasó? ¿Qué haces aquí?

—¡Me dieron de alta!

—Pero cómo te dan de alta y te dejan en la calle. ¿Cuándo pasó eso?

—Hace como una hora, creo que necesitaban la cama, me hicieron firmar unos papeles y no sabía dónde buscarte. Sácame de aquí por favor.

Tatiana lo abrazaba y lo besaba. Sentía que no quería dejarlo solo nunca más en la vida. ¿Cómo podía meterse en tantos problemas? Ella había viajado mucho más que él a países incluso más difíciles y jamás la habían estafado, metido a la cárcel ni se había enfermado de esa forma.

Se fueron al hotel de inmediato donde Pablo se dio un baño largo. Aunque se sentía culpable después de haber visto como la mayoría de los locales carecían de acueducto y sufrían por ausencia del agua, tenía la necesidad de limpiarse de Madagascar, de la sequía de su tierra deforestada, de la basura acumulada en las ciudades, de las ratas corriendo entre los niños, de los *taxi brousse* donde no podía ni moverse, del dolor en el pecho, de la tos con sangre, de los enfermos que se quejaban toda la noche, de las pesadillas, de ese olor ácido del hospital, de la incertidumbre, del miedo que había sentido, de la soledad.

—No resisto este país un minuto más… Busquemos un vuelo para mañana mismo… a donde sea, no me importa.

—¿Estás seguro? Aún te noto un poco débil y acá es donde mejor pueden atenderte, yo creo que la peste no existe en ningún otro país del mundo.

—Sí Tati. Sácame de aquí por favor.

Ella reservó el primer vuelo que encontró a Nairobi, desde donde sería más fácil hacer conexión con España o con cualquier otro país. Afortunadamente las aerolíneas nunca cancelaron los vuelos y la cantidad de turistas había bajado en las últimas semanas por lo que había buena disponibilidad de sillas.

Cuando Pablo encendió el celular tenía cientos de mensajes de sus papás, de Sofía, de sus amigos y hasta de sus antiguos compañeros de trabajo. Decidió no leerlos y en su lugar mandar un correo electrónico.

> Sofía, mamá, papá:
>
> Hoy me dieron de alta en el hospital. No puedo imaginarme lo preocupados que estuvieron estos días, mi angustia fue enorme porque no podía comunicarme pero de verdad no tuve cómo hacerlo antes. Mañana viajo hacia Kenia, en cuanto pueda los llamo.

Pablo.

Día 153

Sofía intentaba concentrarse en lo positivo: Pablo está bien. Sin embargo, no podía dejar de pensar en todo lo demás que había pasado en los últimos días. ¿Por qué Tatiana no le había respondido su mensaje? ¿Por qué les había escrito a los papás de Pablo y no a ella? ¿Por qué él les había mandado ese mensaje tan escueto a los tres? Respiraba profundo y se repetía: Pablo está bien. Un segundo después la rondaban más preguntas: ¿por qué ella sabía cómo estaba él?, ¿desde cuándo? ¿Acaso estaban juntos? Pablo está bien.

Cuando Federico llegó esa tarde le llevaba noticias de la cancillería. Al fin habían ubicado a los cinco turistas colombianos y a los veintitrés residentes que estaban en ese momento en Madagascar, todos fuera de peligro. Pablo estaba en la lista y aparecía internado en el hospital del 22 de octubre al 1 de noviembre, informaban que había salido positivo para peste pulmonar pero que ya estaba fuera de peligro.

Sofía lloró un buen rato. Federico intentaba consolarla diciéndole que Pablo estaba bien, que seguramente había pasado el peligro si lo habían dado de alta. Ella lo miraba con vergüenza, no podía explicarle que lo que sentía era una rabia enorme por pensar que estaba con otra, que en lugar de salir de la clínica y correr a buscarla le había mandado un simple mensaje con la mínima información. Lo imaginaba durmiendo con Tatiana, desbordándose en deseo mientras ella sufría al otro lado del mundo.

CAPÍTULO 5

Día 154

Desde que había salido del hospital las pesadillas no terminaban. Se despertaba varias veces en la noche sobresaltado, a veces llorando o bañado en sudor, sin poder explicarle a Tatiana exactamente qué lo asustaba tanto. Ella le tomaba la temperatura, preocupada por que tuviera de nuevo fiebre y lo abrazaba para consolarlo. Pablo la miraba con vergüenza, no podía decirle que lo que sentía era miedo de tener que explicarle a ella o a Sofía sobre la relación que tenía con la otra. Llamó a sus papás para tranquilizarlos y como una forma de escapar a ese miedo que lo tenía atormentado.

—Hijo, ¿quién es esa Tatiana que le escribió a tu papá?

—Es una amiga española que conocí en Botsuana mamá.

—¿Y es que estaba contigo en Madagascar también?

—No, ella fue… a buscarme.

—¿Cómo? ¿Fue por el mensaje que le mandó Sofía?

—¿Cuál mensaje?

—Sofi le escribió preguntándole por ti y al otro día tu papá recibió su correo.

—¿Y cómo supo Sofía de Tatiana?

—No sé hijo, no se me ocurrió preguntarle… ya bastante angustiados estábamos. En todo caso fue evidente que se molestó cuando le conté que le había escrito a tu papá, ella estaba esperando su respuesta.

Decidió aplazar un día más la conversación esperando encontrar la forma de explicarles que los sentimientos que tenía por cada una eran genuinos y que no rivalizaban entre sí.

Sofía:

Pienso en Madagascar y siento un dolor en el pecho enorme, como una herida abierta. Tal vez en algunos años, o meses o días pueda hablar de lo que viví con tranquilidad, pero por ahora todo lo que pasa por mi cabeza me lleva a esos momentos de angustia, rodeado de enfermos que tosían y se quejaban igual que yo, sin tener cómo comunicarme contigo y creyéndome la persona más sola y desvalida del mundo. Me siento culpable por no haber sido más solidario con tu enfermedad. Llorando en la camilla del hospital me pude dar cuenta de lo horrible que es ir perdiendo la fuerza y pensar que la vida se puede acabar en cualquier minuto. Aislado del mundo lo único que me quedaba eran mis pensamientos y me aferraba a tu recuerdo, a tu

fortaleza, a tu capacidad para seguir adelante, deseando que algo de lo que tú eres me inspirara para seguir luchando contra la enfermedad.

Gracias a ti hoy estoy vivo.

Pablo.

Día 155

Después de haber viajado de imprevisto y llevar una semana fuera del trabajo, Tatiana debía regresar a Madrid. Seguía preocupada por Pablo pero su jefe le había advertido que tenía que estar el lunes en la oficina si no quería perder el trabajo: las reglas de la empresa eran claras, a menos que siguiera hospitalizado (y ella había mentido diciendo que estaban comprometidos) no podía ausentarse más de cinco días laborales por enfermedad de un familiar en primer grado. Cuando estaba preparando la maleta para irse al aeropuerto, recibió una llamada de su jefe con una alternativa que le compraba algo de tiempo: necesitaban a alguien en Uganda la siguiente semana para evaluar un nuevo operador turístico y la persona que iba a viajar desde Francia justo el día anterior se había fracturado un brazo.

—Cariño ¿qué has pensado hacer ahora? ¿Vas a seguir con el itinerario y viajar a Mauricio?

—No sé… Pero la verdad no quisiera volver a Madagascar, ni siquiera por tránsito. Tengo que averiguar si puedo hacer algo con los tiquetes pero ya perdí los vuelos originales y también las reservas de alojamiento que había hecho.

—Bueno, no sé si te animes pero debo estar en Kampala el lunes para un tema del trabajo. Si quieres venir conmigo puedo arreglar todo con mi oficina.

En ese momento se habría ido con ella al fin del mundo si se lo pedía. Sentía que no podía quedarse solo. En realidad lo que estaba considerando era regresar a Miami o a Medellín. Se repetía mentalmente que necesitaba volver a la vida, y eso en resumen era volver a lo conocido, a su rutina, a ese pasado del que no debió haberse ido nunca. Quedarse unos días más con Tatiana era la segunda mejor opción y se sentía aliviado de que ella no le preguntara por Sofía, no la había mencionado ni una vez desde que fue a buscarlo. Al día siguiente saldrían hacia Uganda.

Día 156

Aunque Sofía se había alegrado por el mensaje de Pablo, sentía también un dolor en el pecho enorme al darse cuenta de que él no había mencionado el tema de Tatiana. Las dudas, la incertidumbre, la rabia, los celos iban abriendo una herida que sentía no sería fácil de cerrar. Revisaba varias veces al día las redes sociales de Tatiana

para ver si publicaba algo, pero no había subido nada nuevo en al menos dos semanas.

Federico estaba preocupado por ella, la veía más callada que nunca y más allá de la ausencia de palabras lo que le parecía era que ella se estaba apagando lentamente, perdiendo de alguna manera el interés por la vida. Marta y él pensaron en una forma de devolverle la ilusión.

—Sofi, esta semana tengo poco trabajo en el despacho y me gustaría que nos fuéramos de viaje, ¿qué opinas?

—¿De viaje? ¿A dónde?

—¡Vamos a Cartagena! Le pregunté a tu mamá y una de las enfermeras podría viajar con nosotros, también ella y Mónica si quieres… La casa de mis papás está disponible y hay espacio para todos.

—Pero Fede… es difícil…

—No, para nada. Creo que te has limitado más de lo necesario y el mar, la playa, la comida que te gusta… Creo que todo eso te va a caer muy bien.

En ese momento se habría ido con él al fin del mundo si se lo pedía y siempre había sido difícil para ella negarse a un viaje. Federico le seguía diciendo que todo sería fácil, que no se preocupara por los gastos, que él tenía millas para canjear por los boletos de todos, que en la casa de sus papás no le faltaría nada, que podían salir si quería, quedarse en la casa si quería; en resumen, ante cualquier objeción de ella ya tenía una solución. A Sofía le pareció que la enfermera era indispensable para que él no tuviera que incomodarse, pero no quiso ser abusiva viajando con su mamá o con Mónica. Al día siguiente saldrían hacia Cartagena.

Día 157

Tatiana y Pablo llegaron a Kampala cansados del largo camino desde Nairobi. La capital de Uganda les dio una cachetada: de nuevo todo era desordenado, sucio y lleno de gente. Del hotel habían enviado un conductor que los llevó a las afueras de la ciudad donde los acomodaron en una hermosa cabaña en medio del jardín.

Después de ducharse y hacer una siesta, Tatiana visitó al proveedor que querían representar. Su oficina estaba en uno de los centros comerciales de la ciudad y aunque eran apenas unos pocos empleados, la empresa local tenía muy buena reputación y estaba especializada en los safaris para ver a los gorilas de montaña.

En cuanto dijeron “gorilas” Pablo abrió los ojos esperando que tuvieran una oportunidad para ir a verlos. Después de explicarle todas las opciones a Tatiana, le confirmaron que tenían un cupo

para tres días después.

—Pero somos dos. ¿Es posible conseguir otro permiso?

—Solo esperábamos a una persona, pero veremos qué podemos hacer.

Pablo no podía creerlo, ver a los gorilas era algo que solo había considerado en sueños.

Día 158

Los papás de Federico tenían una encantadora casa colonial en la ciudad amurallada en Cartagena. Los espacios eran imponentes desde la enorme puerta de madera y hierro hasta el patio interior con una piscina protegida del sol bajo una enredadera de buganvilias. Cada detalle era perfecto y como pasaba casi todo el año desocupada, se usaba con frecuencia como locación para fotografías de diferentes revistas.

Federico le había cedido la habitación principal para que ella tuviera más espacio para moverse en la silla de ruedas y había pedido que le acondicionaran una cama auxiliar a la enfermera. Sofía durmió como no lo había hecho en los últimos meses, sin despertarse ni una sola vez, y sentía que podía respirar mejor que en Medellín donde en esos días había alerta por la contaminación.

Para ayudarla a moverse por la ciudad, Federico había contratado un servicio de transporte especial al que podía subir y bajar por una plataforma en la silla de ruedas, sin incomodarse en lo más mínimo. También tenía una lista de restaurantes y bares a los que podían ir sin preocuparse por las escaleras o por falta de espacio.

—Fede… todo esto que has hecho… es increíble… gracias.

—No tienes que agradecerme, verte tan feliz como no te veía desde hace mucho tiempo es suficiente. ¿Qué tal si vamos mañana a la playa?

—Mmmm eso sí me parece difícil.

—Para nada, ya tengo todo previsto. Vamos a la casa de mis primos, tienen su playa privada y podemos llegar hasta la arena con la silla de ruedas.

Sofía cerró los ojos por un par de segundos para imaginarse caminando en la playa. Le encantaba la sensación de los pequeños granos de arena masajeándole la planta de los pies y la de los dedos hundiéndose en el mar.

—Está bien, vamos, eso me gustaría.

—Sabía que no te podrías resistir. Salgamos temprano para aprovechar el día.

Mensaje de Sofía: ¿Cómo sigues?

Día 159

El viaje a Kisoro les tomó nueve horas. Los llevaron a un hotel que parecía una antigua hacienda con grandes habitaciones en medio de jardines en los que varios grupos de turistas jugaban al críquet o tomaban *whisky* en hermosas sillas tejidas de bambú.

Tatiana se ducha para quitarse el polvo del camino. Pablo entra al baño y la observa mientras ella se enjabona. Ella juega a que no lo ha visto y se acaricia lentamente. Él se desviste sin quitarle los ojos de encima. Ella lo llama con la mirada. Él la besa bajo el agua rodeándola con los brazos. Ella le recorre la espalda con las manos llenas de espuma. Él la aprieta con fuerza para sentir el calor de su cuerpo. Ella lo separa y se pone de rodillas frente a él. Pablo cierra los ojos mientras deja que el chorro de agua tibia lo recorra. Tatiana cierra los ojos y recorre el sexo de él con su boca. Él siente su lengua caliente moviéndose en círculos sobre su glande. Ella le aprieta las nalgas con las manos. Él siente que va a explotar y la levanta. Ella se da la vuelta y le ofrece su sexo. Él lo recorre con los dedos. Ella quiere sentirlo adentro.

Él piensa que no tiene condones. Ella piensa que no tiene condones. Él vuelve a jugarle con los dedos. Ella se recorre con las manos. Él la besa en el cuello y le dice algo al oído. Ella no le entiende pero no puede detenerse. Los dedos de Pablo entran y salen rápidamente mientras ella siente que el tiempo se detiene por unos segundos, que el corazón le late entre las piernas. Él usa su otra mano para masturbarse. Ella se gira y se arrodilla de nuevo para recibirlo. Él se derrama en su cara, en su cuerpo, mezclándose con el agua que aún los sigue bañando a los dos.

Sofía vio el atardecer sobre el mar por primera vez en muchos meses. Al otro lado del océano estaba Pablo pero quien la tomaba del brazo en ese momento era Federico, que más que la mano, estaba sosteniéndole la vida.

Día 160

Pablo se despertó ansioso pensando que tendría posiblemente la oportunidad de visitar el santuario de los gorilas: la Selva Impenetrable del Bwindi. Para él se trataba de seres casi mitológicos. A principios del siglo XX el cazador alemán Otto Von Beringei mostró al mundo un animal hasta entonces desconocido: enormes y agresivos primates negros con largos colmillos. Durante años los gorilas de montaña fueron vendidos al mundo como bestias salvajes capaces de las más graves atrocidades (leyenda perpetuada además por la famosa historia de *King Kong*), haciéndolos trofeos invaluables para los cazadores, un espectáculo para exhibir en circos y zoológicos y creando una industria clandestina alrededor

del tráfico de sus pieles, cabezas y manos.

Cuando en los años ochenta solo quedaban alrededor de trescientos ejemplares, y gracias al trabajo de Dian Fossey y muchos otros conservacionistas anónimos, los gorilas de la niebla se convirtieron en una especie protegida. Más de tres décadas después, y en dos reservas creadas entre Uganda, la República Democrática del Congo y Ruanda, alrededor de setecientos gorilas viven en una cárcel natural de unos cuantos cientos de kilómetros cuadrados protegidos del hombre.

El turismo es una forma de mantener su hábitat a salvo y durante años los guardabosques visitaron a las familias de gorilas para acostumbrarlos a la presencia de los humanos. Así se establecieron algunos grupos que podían ser visitados a diario por máximo ocho turistas, durante una hora estrictamente controlada. Esto hacía que conseguir los permisos requiriera varios meses de anticipación y pagar el alto precio exigido por el gobierno, reservando la visita para un turismo de élite, por lo general retirados europeos: el público principal de la agencia donde trabajaba Tatiana.

A las seis de la mañana salieron del hotel rumbo a Nshongi, una de las entradas del parque a la que llegaron después de recorrer una hora por carretera sin pavimentar y con profundos barrancos. Esperaron algunos minutos a que llegaran todos los turistas, con la buena suerte que uno de ellos no se presentó y Pablo pudo unirse al grupo. Su guía les dio una breve explicación sobre los gorilas y sus hábitos, así como indicaciones sobre cómo comportarse una vez encontraran a la familia que iban a visitar. Hacía un par de horas habían salido dos guardabosques para rastrear a los gorilas, empezando por el lugar donde habían sido vistos el día anterior. Afortunadamente los lentos primates solo se desplazaban un kilómetro diario y los expertos guías sabían seguir sus marcas. Los acompañaban dos guardias con armas para protegerlos de los animales y de los cazadores furtivos en caso de ser necesario.

Sus ojos miraban a lo lejos el gran cañón que debían cruzar para penetrar en la densa selva. No pasó mucho tiempo antes de que el guía, quien cortaba la maleza con una hoz, recibiera una llamada por el radio y les anunciara que ya habían encontrado la familia a media hora de camino. Los ocho turistas caminaban detrás de él en fila india cuando de repente vieron una mancha negra moverse de un árbol a otro. Pablo miró a Tatiana estupefacto mientras ella le señaló hacia otras ramas que recién se habían agitado. Sus ojos se llenaron de lágrimas al ver uno tras otro a los jóvenes juguetones que saltaban entre los árboles.

No tenían voz, no respiraban. Admiraban la belleza de la

naturaleza. De repente una familia de casi veinte gorilas aparecía ante sus ojos. Hacia donde miraran había uno de ellos jugando, comiendo, durmiendo, observando. Pudieron identificar al gran líder lomo plateado de aproximadamente cuarenta años y a sus sucesores: adolescentes de diferentes edades. Los bebés se paseaban por los brazos y espaldas de sus madres mientras ellas estaban atentas a sus pasos. En varias ocasiones les tocó hacerse a un lado porque los gorilas se dirigían hacia ellos sin pedirles permiso para pasar. Así estuvieron por un buen rato en el que cada uno los disfrutó a su manera... fotografiándolos, estudiándolos, filmándolos o, como Pablo, buscando siempre su mirada profunda, inocente, pacífica. Esta visita había sido perfecta pues habían tenido la rara oportunidad de verlos en campo abierto y no enmarañados entre los árboles, la niebla y la maleza.

Día 161

Sofía se sentía mejor que nunca. Federico la rodeaba de una vida perfecta en la que ella era su centro de atención y donde cada cosa que se le pudiera ocurrir él la había hecho o ya la tenía preparada. Ese viernes llegaron Cristina y Javier para quedarse con ellos todo el fin de semana, y aprovechando que en ese momento no estaba tomando ninguna medicina Sofía decidió compartir algunas copas de vino con ellos.

—Definitivamente ustedes son la pareja perfecta, deberían volver a ser novios.

—¡Qué tonterías dices Javi! Yo estoy casada.

—Detalles Sofi, pequeños detalles que se resuelven con una firma.

—No… claro que no… yo estoy enamorada de Pablo.

—Bueno, no te enojes, fue un comentario inocente.

—Qué imprudencia la tuya amor. Perdonalo Sofi, y vos también Fede…

—No por mí no te preocupes Cristi, nada me gustaría más que volver a estar con Sofía pero ya la escucharon, así que dejemos este tema en el pasado. ¿Quién quiere más vino?

En realidad Javier solo había puesto sobre la mesa lo que ya Sofía había pensado un par de veces. Los días con Federico la habían transportado a esa época en la que él la llenaba de detalles, la hacía sentir importante, le cumplía todos sus caprichos y la llevaba con orgullo a todas partes. ¿Y Pablo?, ¿dónde se había metido? ¿En qué había quedado su promesa de escribirle todos los días? No la había llamado ni una vez desde que salió del hospital y ni siquiera se había preocupado por ella en sus últimos mensajes. ¿Acaso todo se resolvía con una firma?

Día 162

Sofía:

Decidí cancelar mi viaje a las islas Mauricio y desde Nairobi viajé a Kampala, la capital de Uganda. Tuve la oportunidad de ir a ver los gorilas y creo que mi vida nunca va a ser igual. No puedo dejar de pensar en esos enormes animales negros, tan iguales a nosotros, con su sistema social complejo y sus hábitos tranquilos, siendo reducidos a la mínima población por la necesidad de expansión y la ambición de los humanos. Pude ver a las mamás amamantando a los más pequeños, a los jóvenes aprendiendo a moverse entre las copas de los árboles, a los machos adultos mostrando su carácter dominante. Sus miradas profundas me hicieron sentir culpable por todo lo que les hemos hecho, no solo a ellos sino a todas las especies que vamos reduciendo todos los días con esa actitud egoísta de amos del planeta.

Llevo varios días pensando en esto y hoy decidí que no quiero tener hijos. Sé que para ti siempre fue una ilusión tener una gran familia, ver a los niños corriendo por la casa, ayudarlos a crecer y descubrir su carácter. Yo siento que no puedo multiplicar la destrucción que con solo vivir ya estoy dejando, así que cuando vuelva a Colombia me voy a operar para asegurarme de no ser padre nunca.

Voy a quedarme unos días más en Uganda y después viajaré a Egipto.

Besos,

Pablo.

Mensaje de Sofía: Es una decisión importante; no sabes más adelante de quién te vas a enamorar y si esa persona quiera tener hijos o no. Tal vez deberías pensarlo un poco mejor.

Día 163

Pablo despierta a Tatiana llenándola de besos por toda la cara. Ella le pide que la deje dormir hasta que suene la alarma. Él no le hace caso y busca sus senos debajo de la pijama. Ella intenta girarse para seguir durmiendo. Él la aprieta contra su cuerpo para que sienta lo despierto que está él. Ella deja de resistirse y le devuelve los besos. Él la ayuda a quitarse la ropa. Ella le ofrece sus pezones para que los muerda. Él la provoca dándoles besos inocentes. Ella lo urge a que se los coma de la forma en que le gusta. Él no obedece y la recorre con la lengua bajando hacia el abdomen. Ella le orienta la cabeza para que llegue hasta su sexo. Él se detiene y la gira dejándola boca abajo. Tatiana protesta. Pablo le besa el cuello mientras la toma del cabello. Ella gime pidiéndole que no se

detenga. Él se detiene por unos segundos para retarla. Ella lo reta de vuelta diciéndole que mejor va a bañarse. Él la somete mientras le muerde la oreja y le dice que ha sido una niña mala. Ella se ríe y él la reprende dándole una palmada en las nalgas. Ella le pide que siga. Él le dice que no piensa obedecer sus órdenes. Ella aprieta los labios mientras siente los besos que él va regándole en la espalda. Él le da otra palmada. Ella suelta un quejido. Él le dice que no puede hacer ruidos y la azota suavemente de nuevo. Ella intenta comportarse. Él la levanta de la cintura haciendo que se apoye en las rodillas y las manos.

Tatiana abre ligeramente las piernas para atraerlo con los fluidos que salen de su sexo. Pablo los recibe con la lengua. Lentamente separa los labios de ella mientras siente ese olor del deseo que tanto lo enloquece. Ella aprieta las sábanas. Él le pasa su sexo potente. Ella le pide que la devore. Él se detiene para ponerse un condón. Ella juega con una de sus manos preparándose para recibirlo. Él le da otro par de palmadas antes de penetrarla. Ella se mueve para recibirlo más profundo. Pablo se queda quieto dejándola que ponga el ritmo. Tatiana hace círculos con sus nalgas para sentirlo en cada una de las paredes de su vagina. Él enloquece y arremete con fuerza. Adentro. Profundo. Afuera. Rápido. Más adentro. Ella gime mientras él la gira para verla a los ojos cuando llegue el momento. Ella aprovecha sus manos libres para arañarle la espalda. Él se queja pero le gusta. Ella busca su clítoris en el momento en que siente que falta poco para el orgasmo. Él acelera un poco más y le levanta las piernas hasta los hombros. Ella lo aprieta para que pueda sentir cómo todo su cuerpo se contrae. Él la mira fijamente para que ella pueda intuir todo lo que él está sintiendo en ese momento en el que el placer se derrama.

Tatiana no quiso que Pablo la acompañara al aeropuerto. Se despidieron en el hotel después de desayunar sin tener claro cuándo podrían volver a verse después de ese par de semanas que ella se había ausentado del trabajo.

—No te metas en problemas otra vez que no puedo andar rescatándote por todo el mundo.

—¡Oye! Tampoco es que haya pasado varias veces.

—Vamos cariño, a mí me parece que sí, a ver si te portas ahora como un adulto.

—Gracias linda, no sé qué habría sido de mí estos días si no hubieras venido a rescatarme.

—Te quiero.

—Y yo… te amo.

Día 164

Sofía se despertó antes de que sonara la alarma aturdida por

todo lo que había pasado en la última semana. La noche anterior cuando Cristina se despidió le dijo que la sorprendía la actitud de Federico y lo comprometido que estaba con hacerla feliz. Sofía repetía esas palabras una y otra vez en su cabeza: desde que se había manifestado la enfermedad eran muy pocos los momentos en los que se había permitido ser feliz.

Federico seguía durmiendo a su lado y le parecía que le transmitía una paz enorme. Era el hombre del que se había enamorado desde la adolescencia, con el que había soñado casarse y formar un hogar desde que recordaba haberse interesado por esos temas. Aunque seguía siendo el mismo, podía ver en él a alguien muy diferente: lejos de sus actitudes egoístas y egocéntricas, ahora se mostraba como un hombre sensible que estaba siempre volcado hacia ella.

Cuando sonó el despertador, cerró los ojos para que él no se diera cuenta de que lo estaba observando. Él le dio un beso en los labios para despertarla y ella le devolvió el gesto con una sonrisa aún con los ojos cerrados.

—¿Lista para volver a Medellín?

—¡No! No quisiera despertarme nunca de este sueño.

—Ni yo.

—¿Nos quedamos entonces?

—Ojalá pudiera, pero tengo muchas reuniones esta semana. ¿Qué tal si volvemos por una temporada más larga?... hasta año nuevo, y celebramos acá con nuestras familias la Navidad. Podría ver cómo organizo todo lo que tengo pendiente.

Sofía abrió los ojos incrédula por lo que había dicho.

—Fede, ¡estás loco! Yo estaba bromeando, no podemos venirnos a vivir acá, así como si nada.

—¿Por qué no? ¿Qué te amarra a Medellín si nunca te ha gustado? Además mira lo bien que has estado estos días; no me acuerdo cuándo fue la última vez que te faltó el aliento por ejemplo.

—No es eso…

—¿Es porque eres una mujer casada?

Sofía sintió vergüenza de que él lo dijera. ¿Qué significaba acaso esa frase? ¿Qué era en ese momento su matrimonio?, ¿correos electrónicos cada vez más espaciados y mensajes que ni siquiera se convertían en un diálogo?

—Vamos a pensarlo mejor y lo hablamos de nuevo.

—Vale, yo voy revisando cómo podría coordinar todo mi trabajo.

Mientras regresaban en el avión, Sofía pensaba en ese beso robado que le había dado Federico en la mañana y recordó ese

cosquilleo entre las piernas que sentía cada vez que él la besaba cuando se hicieron novios tantos años atrás.

Día 165

Jinja es una pequeña población a orillas del lago Victoria, el segundo más grande del planeta, después del lago Superior en Norteamérica. Antes de irse, Tatiana le había organizado un plan de tres días para que conociera el nacimiento del río Nilo, incluyendo un crucero al atardecer por el lago y *rafting*.

Pablo no estaba nada interesado en navegar uno de los ríos más largos del mundo en un bote inflable, pero ella lo convenció de que era una oportunidad única. Jamás había hecho *rafting* y se imaginaba cayendo al agua y siendo devorado por cocodrilos.

El alojamiento era un amplio campamento a orillas del río donde había además un restaurante, servicio de bar y una pequeña playa. Acondicionado con algunas hamacas, era un lugar paradisiaco lleno de turistas de todas partes del mundo.

Aprovechando que ese primer día no tenía ningún plan decidió llamar a Sofía; aunque intentó durante varias horas no logró que ella le contestara y preocupado llamó a su mamá.

—¿Qué sabes de Sofía?

—¿Por qué lo preguntas?

—La he llamado todo el día y no me contesta. ¿Está bien?

El nerviosismo de su mamá para responderle le hizo pensar lo peor.

—Mamá, dime qué está pasando, ¿Sofía está bien?

—Es que…

—¿Está en la clínica? ¿Le pasó algo?

—No hijo, es mejor que hables con ella, pero no está en la clínica, no le ha pasado nada.

—Dime mamá, ¿qué pasa?

—Es mejor que ella te lo diga.

—¿Desde cuando con estos secretos?

—No le digas que yo te conté… Sofía… se fue para Cartagena con Federico la semana pasada.

Pablo no podía creerlo. ¿Él se sentía mal por Tatiana y Sofía tenía un amante? Peor aún, ¿con la complicidad de su suegra? ¿En qué estaba pensando? Sintió tanta ira que para no desquitarse con su mamá le dijo que más bien seguían hablando al día siguiente.

> Sofía:
> Te llamé. Avísame cuando puedas hablar.
> Pablo.

Día 166

Equipado con chaleco salvavidas, casco y remo, Pablo escuchaba atentamente a Jane, la guía del rafting, mientras daba las instrucciones generales sobre cómo remar, qué hacer si caían al agua, cómo volver a subirse al bote y cómo ayudar a los compañeros si era necesario. Pasmado, le parecía que estaba viendo todo en una película y no que fuera él quien en unos minutos estaría enfrentando rápidos de categoría cinco.

El Nilo es un río tan imponente que no nace pequeño. Estaban apenas a unos kilómetros del lago Victoria y ya era tan ancho y caudaloso como un río adulto. En el bote de Pablo iban Jane y otras cinco mujeres, quienes temblaban al oír el rugido de las aguas que incrementaba cuando se acercaban a los rápidos. Él intentaba mantener la calma y recordar todas las instrucciones. En total había diez botes en el agua, cada uno con seis turistas y su guía; cuatro personas más en pequeños *kayaks* listos para recuperar los remos en caso de que los perdieran y para ayudar por si se requería un rescate; y un par de fotógrafos que iban documentando toda la aventura. Jane se comunicaba con ellos usando silbidos y aullidos que combinaban con señales con los brazos, haciendo que todo luciera coordinado y bajo control.

El primer gran rápido desembocaba contra una enorme roca submarina que creaba una ola de unos cinco metros de altura. Llenos de adrenalina y remando con fuerza parecía que iban a pasarlo sin problema, pero al caer la ola los sacó del bote como si fueran muñecos de trapo, y una vez en el agua parecía que estaban dentro de una lavadora. Dando vueltas y angustiado pensando que le faltaría el aire, Pablo intentaba salir a la superficie pero estaba justo debajo del bote. Sin entender muy bien cómo, logró salir a flote y notó que todos habían caído.

Las siguientes tres horas las pasaron enfrentando otros seis rápidos importantes. Su bote siempre era el primero en pasar y aunque no volvieron a voltearse, la ansiedad de pensar que estaría de nuevo en el agua le aceleraba el corazón. Al final los esperaba un generoso asado a orillas del río que desde afuera y en ese punto se veía muy calmado. Pablo se quedó dormido una vez se subieron a los buses para regresar al campamento y después de darse una ducha se fue directo a dormir con el sonido del Nilo al fondo.

Mensaje de Sofía: Llámame hoy, estoy disponible.

Día 167

Faltaba una semana para el cumpleaños de Pablo y Tatiana intentaba coordinar todo para ir a verlo en Egipto. Sabía que su jefe había sido generoso dándole el tiempo para ir a Kenia, para buscarlo en Madagascar y para tomar la oportunidad de Uganda,

pero no quería que él pasara solo ese día. La única opción era encontrar una excusa relacionada con el trabajo, y aunque tenía una invitación pendiente por parte de un operador local, Egipto era un país en el que había bajado mucho el turismo después de un par ataques terroristas en los últimos años, por lo que la agencia había dejado de promoverlo.

—Mira Aitor, sé que no estamos promocionando Egipto, pero estuve haciendo unos análisis y creo que vale la pena que lo retomemos.

—No sé, ya viste que lo sacaron de los destinos prioritarios para este año y aún no han definido nada para el próximo.

—Claro porque los jefes ven que los alemanes no quieren ir, pero para los españoles es otra cosa, y no hay muchas agencias compitiendo por el destino.

Revisó las cifras y le prometió que al menos iba a pensarlo. Ella, previendo que la ayudaría como solía hacerlo, contactó al operador para coordinar todo.

Pablo seguía muy enojado con Sofía y no quiso llamarla ni escribirle. Después de pasar la tarde en la playa del campamento, conversando con un grupo de turistas que estaban viajando por África central durante un mes, se fue con ellos a un crucero por el lago Victoria para ver el atardecer. El recorrido de un par de horas tenía bar abierto y terminaron cantando borrachos alrededor de una hoguera que duró toda la noche.

Día 168

Para Mónica la recuperación de Sofía en los últimos días solo tenía una explicación: contar con Federico en su vida. La enfermedad no era reversible, pero el estado de ánimo ayudaba a que tuviera buena actitud para dedicarse a la terapia, comer (aunque no tuviera ganas) y mantenerse activa, cosas que eran decisivas para que los síntomas fueran más llevaderos. Él la visitaba sin falta todos los días después del trabajo y a veces se quedaba a dormir con ella.

Sofía aún no había tomado ninguna decisión, simplemente estaba dejando que la vida fluyera. Si un día Federico le daba más atención, si Pablo ese día no aparecía en su vida, dejaba que la balanza se inclinara hacia uno y no hacia otro. Por el momento Federico iba ganando.

Día 169

Cuando Pablo pensaba en Egipto se transportaba a imágenes que había construido durante toda la vida: los camellos deslizándose sobre el desierto, las pirámides fusionándose con la arena, las mujeres de miradas profundas en medio de telas vaporosas, las

venas del Nilo llevando la vida, la biblioteca de Alejandría perdida y recreada; los faraones, dioses en la tierra, creando un mundo de fantasía; las historias dibujadas sobre piedra, algunas aún sin descifrar.

Se quedó en un hostal cerca a la plaza Tahrir en el centro de El Cairo. Desde afuera el edificio parecía derruido y conforme recorría las escaleras hasta el quinto piso pudo ver una pequeña capa de polvo cubriendo los pasillos, las paredes, los rostros de quienes subían y bajaban, sin embargo en el interior del hostal todo era moderno y las habitaciones lucían impecables. En el camino desde el aeropuerto había intuido una metrópoli vibrante así que después de dejar las maletas se entregó sin un plan definido a recorrer las callejuelas de "la madre de todas las ciudades".

Eran casi las diez de la noche y las avenidas desbordaban energía. Enormes vitrinas iluminadas con lámparas potentes. Egipcios cargados de paquetes. Vendedores hablándole en inglés, en portugués, en español, llamándolo "colombiano". Ensaladas de fruta en las esquinas. El tráfico caótico perfectamente coordinado. Quería apropiárselo todo, fusionarse con esa ciudad que casi después de seis meses en África era la vida misma pasando a toda velocidad por sus sentidos. Por horas recorrió las grandes avenidas dejándose llevar sin un destino fijo.

> Sofía:
>
> Llegué a El Cairo hace unas horas y ya siento que esta ciudad es una de mis favoritas del mundo. Definitivamente: Medellín y El Cairo. Acá la noche está llena de vida y los egipcios parecen personas sociables y carismáticas. A pesar de estar lejos de mi familia y de mis amigos, no puedo pensar en un mejor lugar para pasar mi cumpleaños.
>
> Un abrazo,
>
> Pablo.

Día 170

Federico organizó un almuerzo con las familias para hablar de los planes de fin de año. Sofía se sentía incómoda de ver a su exsuegro sabiendo que había presionado para que terminaran después de todo el escándalo de Luis.

—Lo que mi papá hizo estuvo muy mal pero te pido que no lo juzgues ni le guardes rencor; él pensó que era lo mejor para mí en ese momento y yo en medio de mi inmadurez no supe confrontarlo.

—No sé…

—Bueno, al menos intenta no odiarlo, él ya pagó su culpa.

Sofía no esperaba encontrarse a Fernando en una silla de ruedas, como ella. No pensó escucharlo hablar con dificultad, como ella. No

estaba preparada para verlo con la piel pegada a los huesos, como ella. El día empezó lleno de silencios y miradas rehuidas. Comieron con los ojos en el plato. Fernando y Sofía, cada uno con su enfermera alimentándolos a cucharadas. Después del almuerzo, sentados en la sala tomando café, aromática o *whisky*, Federico decidió romper el silencio.

—Papá, organicé esta reunión, aunque sé que no querías ver a Sofía. Y a pesar de que ella piensa que es porque la odias, sé que es porque te avergüenzas. Luis era tu amigo y que… que se quitara la vida en lugar de acudir a ti es una herida que aún tienes abierta.

—Hijo… yo…

—Déjame decir lo que nunca me he atrevido. Ese día perdiste a un amigo. Marta a un esposo. Sofía a un padre. Todos perdimos una familia. Cada uno ha cargado con esa pena como ha podido y creo que es el momento de volver a unirnos. Yo a esta mujer la amo.

Sofía no podía quitarle los ojos de encima a Federico. Con el corazón acelerado quería gritarle que no dijera más pero no lograba que le saliera ni una palabra. Federico caminó hacia donde estaba ella y se arrodilló para quedar a su altura.

—Todos cometimos errores y yo el peor de todos que fue alejarme de ti. Y no estoy dispuesto a perderte otra vez. ¿Te casarías conmigo?

—Pero yo…

—¿No me amas?

¿Cómo responder a esa pregunta? No podía negarlo, él le provocaba un torbellino de sentimientos. ¿Acaso olvidaba que estaba casada?, ¿que amaba a Pablo?

—Fede… no me pidas… Hablémoslo los dos… a solas.

—Tienes razón, perdóname mi vida.

Antes de irse, Fernando pidió que lo acercaran a Sofía y le extendió las manos con los ojos en lágrimas.

Día 171

El día anterior Pablo volvió a correr en la mañana y le dio una vuelta a la isla Gezira, ese pedazo de tierra reservado a la élite que se da el lujo de vivir en medio del Nilo; y en la tarde se dedicó a caminar por el corniche, observando a los egipcios en su día libre.

El lunes El Cairo era de nuevo una ciudad vibrante y caótica. Salió temprano rumbo al complejo de Saqqara donde por primera vez se usó una pirámide como tumba de las familias reales. De ahí siguió hacia Guiza, donde las famosas pirámides de Keops, Kefrén y Micerino, así como la Gran Esfinge, lucían tan espléndidas como las había imaginado desde niño.

Antes de dormir recibió un mensaje de Tatiana en el que le

adjuntaba una foto en ropa interior: “Tu regalo de cumpleaños va en camino, nos vemos mañana en el hotel Dusit Thani.”

Si había algo que le encantaba de Tatiana era su seguridad en sí misma. La foto no tenía un filtro, no venía editada, la pose no era favorecedora. Era ella con sus estrías en las piernas, con la piel un poco flácida en el abdomen, con la mirada pícara que a él tanto le gustaba. Jamás apagaba la luz para hacer el amor. Se quedaba sin maquillaje si no tenía ganas de arreglarse. Sabía que con esa foto era suficiente para que él contara las horas para verla.

A pesar de que estaba tejiendo nuevos recuerdos con Tatiana cada día, pensar en que Sofía le era infiel con Federico lo hacía sentir ese dolor de estómago que dan los celos.

Día 172

Después de lo que había pasado, Sofía le pidió a Federico que le diera algunos días para pensar pero no lograba organizar las ideas, y cada vez que creía que había tomado una decisión se descubría a los pocos minutos pensando lo opuesto. Pablo no era en ese momento ni la sombra del hombre del que se había enamorado. Pero seguía siendo su esposo. Y lo amaba. Federico había sido su primer gran amor. La había hecho sufrir cuando terminaron. Pero ahora se dedicaba completamente a ella.

Mensaje de Sofía: Necesito hablar contigo, ¿a qué hora puedes llamarme mañana?

Desde hacía varios días ya no podía escribir a mano en su diario; abrió un archivo en la tableta y escribió “21 de noviembre. Soy sabiduría” esperando que esa afirmación la ayudara a elegir el camino correcto.

Día 173

A Pablo no le gustaban mucho los cumpleaños, pero ese día había empezado con Tatiana despertándolo debajo de las sábanas (todo un sacrificio para ella que siempre intentaba extender las horas de sueño al máximo), con desayuno a la hermosa habitación que tenía vista al lago y con una cámara de regalo para reponer la que le había quitado el policía en Mozambique. Ella tenía que ir a reuniones todo el día, era la condición que le había puesto su jefe para darle el permiso, así que después de llenarlo de besos él se fue para el Gran Museo Egipcio.

Por la diferencia horaria todavía tenía tiempo para decidir qué hablar con Sofía cuando la llamara y la explicación detallada del guía en el museo lo ayudó a posponer de nuevo la preocupación. La enorme colección de más de 136 mil objetos era impresionante no solo por la cantidad de piezas sino también por el buen estado de la

mayoría de ellas, principalmente las halladas en la famosa tumba de Tutankamón.

El guía le recomendó comer en Abou Tarek, un lugar que quedaba cerca del museo y en el que servían un único plato: *koshary*. Desde afuera el restaurante de tres pisos se veía poco atractivo: paredes en baldosa blanca y luces de neón que se reflejaban sobre mesas y sillas de aluminio, pero la fila de quienes estaban esperando sus platos para llevar y el movimiento constante de egipcios le parecieron buenos indicios. La mezcla de pasta, lentejas, garbanzos, arroz, cebolla caramelizada, salsa de tomates y vinagreta de limón le pareció el mejor regalo de cumpleaños, una especie de calentado como el que comían en su casa los domingos cuando era niño y en el que su mamá mezclaba los diferentes platos que habían quedado durante la semana.

—¿Sofía?

—Feliz cumple… Pablo… ¿Cómo estás?

—Gracias, en general bien… Un poco cansado del viaje, ¿y tú?

—Bien… un poco cansada… de la enfermedad.

La conversación fue bastante fría, cada uno esperando que el otro dijera algo. Sofía se mordía los labios para no llorar sintiendo que esa voz que era la de su esposo no era la del hombre que amaba. Pablo apretaba los puños intentando no reclamarle por ser una puta que se había ido con el idiota de su exnovio. La llamada se cortó de repente y ninguno de los dos volvió a marcar.

Mensaje de Sofía: Que termines de pasar un feliz cumpleaños. Te extraño.

Pablo iba a mandarle un correo lleno de reclamos que escribió, borró, escribió y borró hasta que llegó Tatiana como un huracán de felicidad dispuesta a hacerlo retorcer de placer en lo que quedaba del día.

Día 174

Faltaba poco para que se cumplieran los primeros seis meses del viaje. Sofía se sentía decepcionada al darse cuenta de que la promesa de amor eterno que ambos se habían hecho no estaba sobreviviendo a ese año de distancia. Escarbando en su corazón sabía que lo amaba, pero era claro que tener a Federico cerca y recibir toda su atención la hacía ver los vacíos en la relación con Pablo.

¿Qué es enamorarse finalmente? La continuidad de experiencias juntos. La intimidad de saber lo que el otro piensa o siente más allá de las palabras. La satisfacción de sentirse importante en la vida de alguien más. En realidad no eran cosas relacionadas con la presencia física, tenía que ver con las conexiones que se iban

entrelazando a diario. Las miradas, los abrazos, las caricias, los besos, el sexo... eran cuerdas en la compleja red de experiencias, pero no eran el único sustento de la telaraña.

No veía a Federico desde el domingo, él le estaba dando su espacio para que pensara lo que quería hacer. Cada mañana le mandaba un mensaje saludándola, le contaba durante el día lo que estaba haciendo o le preguntaba por sus cosas y se despedía antes de irse a dormir. Lo cierto era que lo extrañaba más que a Pablo.

Día 175

Uno de los operadores que Tatiana visitó en El Cairo los invitó a un crucero por el Nilo. Ella ya lo había hecho, pero sabía que para Pablo sería una experiencia única y le daba la opción de quedarse más tiempo con él. El día anterior habían tomado un vuelo hasta Luxor donde los recibió Ahmed, el guía que los acompañaría en el recorrido. Después de dejar el equipaje en el barco visitaron los templos de Karnak y de Luxor. Pablo le hacía cientos de preguntas que el experto egiptólogo respondía con mucha propiedad.

Se levantaron a las cuatro de la mañana para ver el amanecer sobre el valle y el río en globo. Los recogieron en minibuses para llevarlos a la oficina del operador donde los esperaban con café y galletas, les hicieron firmar algunos documentos y asignaron los grupos que irían en cada dirigible. Luego cruzaron el río en pequeños barcos y tomaron otro minibus hasta el lugar de salida donde había más de una docena de globos de colores inflándose lentamente. Como si fuera la primera vez, Pablo quiso que le explicaran todos los detalles y se paseaba de uno en uno haciendo preguntas.

El momento de elevarse fue perfecto, la salida del sol sobre el horizonte acentuaba los colores del desierto que contrastaban con los cultivos verdes en una franja alrededor del río y con los rojos, amarillos y naranjas de los otros globos. Desde el aire se podían ver las ruinas de algunas de las construcciones antiguas y las entradas a las tumbas. Ahmed los estaba esperando cuando descendieron y de inmediato se dirigieron a los colosos de Memnón, dos gigantescas estatuas de piedra que representan al faraón Amenhotep III. De ahí visitaron el templo de Hatshepsut, construido en honor a Amon-Ra, el dios del sol, donde por primera vez Pablo pudo apreciar los jeroglíficos con su pintura original.

El siguiente destino fue el Valle de los Reyes donde se encuentra gran parte de las tumbas de los faraones del Nuevo Imperio. Aunque la mayoría de ellas fueron saqueadas, apreciar el detalle de los jeroglíficos y las diferentes formas en que fueron construidas, fue revelador. La favorita de Pablo fue la de Ramsés IV, llena de

tallas tridimensionales y mucho colorido.

Tatiana amaba el espíritu curioso de Pablo, su deseo de aprender de todo lo que veían. En una pequeña libreta iba anotando los puntos clave que le explicaba Ahmed prestando mucha atención a los nombres y las fechas. En ocasiones preguntaba lo mismo varias veces o le contaba a ella más tarde algo que ambos habían escuchado, una técnica que tenía desde estudiante para fijar mejor los recuerdos en la memoria.

Día 176

Después de pasar varios días sin tocar el tema, Marta no se aguantó más y le preguntó qué estaba pensando sobre la propuesta de Federico. Era evidente que para su mamá era un sueño hecho realidad y si no la había presionado era porque sabía que Sofía a veces tomaba decisiones opuestas solo por llevarle la contraria.

—Aún no he… decidido.

—¿Qué te hace dudar?

—Primero lo que pasó… segundo Pablo.

—Claro... para mí fue también muy duro, pero creo que está claro que todos se arrepienten y quieren que las cosas vuelvan a ser como antes. ¿Y por qué Pablo?

—Porque… es mi esposo…

—Ay hija, no sé. Yo no lo veo tan presente en tu vida, ¿o me equivoco? ¿Cómo están las cosas ahora? Mira, yo sé que siempre te he dicho que el matrimonio es sagrado, y lo sigo creyendo. Pero también he entendido que hay circunstancias en las que las parejas no deben seguir juntas y creo que después de todos estos meses de separación y sabiendo que cada día de tu vida es un milagro, no vale la pena que sigas atada a él, ¿no crees?

Así era exactamente como se sentía: atada. Un papel. Una promesa. Una relación que ya ninguno de los dos alimentaba.

Mensaje de Sofía: Tenemos que hablar.

Día 177

El día anterior habían visitado el templo de Edfu, uno de los más conservados de Egipto, famoso por sus inscripciones en relieve. Antes de visitar el país pensaba que un templo iba a ser igual al otro, pero la realidad es que cada uno era especial.

El crucero terminaba en Asuán, la ciudad más meridional de Egipto. Allí visitaron la represa que lleva el mismo nombre, el templo de Philae dedicado a la diosa Isis y el enorme obelisco encargado por el faraón Hatshepsut que nunca fue terminado.

Ahmed les había contado muchas cosas sobre Egipto y la difícil situación que estaban viviendo con la caída del turismo. Mientras él

hacía algunos años tenía lleno su calendario al menos con seis meses de anticipación, ahora con suerte trabajaba una vez al mes. Para Tatiana la oportunidad era evidente: Egipto seguía siendo un destino incomparable, mucho más barato desde que el gobierno había devaluado la moneda y ahora además con pocos turistas.

Era la última noche juntos. Siempre que llegaba el momento de despedirse Pablo se ponía muy taciturno, casi nostálgico. A pesar de que Tatiana le demostraba que estaba enamorada de él, ya había vivido en carne propia lo que la distancia puede hacerle a cualquier relación.

—¿Qué te pasa cariño? Estás tan callado.

—Es que no dejo de pensar que tal vez no vuelva a verte.

—¿Por qué?

—Por tu vida, por la mía, por la distancia.

—Bueno eso pensaste la última vez ¡y no pasaron ni dos semanas!

—Sí, pero esta vez… no tenemos planes.

—¿Qué tal si vienes a Madrid para Navidades?

Tatiana lo besa sin dejarlo hablar antes de que le dé mil excusas sobre por qué no puede verla en diciembre. Él se despoja de sus miedos. Ella lo lleva a la cama sin dejar de mirarlo a los ojos. Él la observa quitarse la ropa sensualmente. Ella juega con su deseo. Él le dice cuánto le encanta. Ella se sienta en ropa interior sobre él y lo llena de besos. Él la agarra de las caderas. Ella se quita el brasier y se acaricia los pezones. Él la mira sin perderse ningún detalle.

El pelo suelto de Tatiana le hace cosquillas en la cara. La piel tibia de sus muslos lo aprieta levemente. Las manos traviesas lo recorren sin prisa. A través de sus pantis, puede sentir la humedad de su sexo. Su respiración se agita casi al ritmo de sus cuerpos. Las palabras pierden sentido cuando sus voces se convierten en gemidos. Pequeñas gotas de sudor se mezclan con saliva.

Pablo reconoce sus señales. Tatiana reconoce las de él. Ella se muerde el labio inferior. Él sonríe apretando un poco la boca. Ella se cubre de rubor las mejillas. Él cierra los ojos. Ella estrecha su sexo. Él arremete más profundo. Ambos se entregan.

Día 178

Sofía no podía creer la indiferencia de Pablo; desde su cumpleaños no sabía de él y no le había respondido sus últimos mensajes. Cuando Mónica llegó, tenía tantas cosas que contarle que no sabía ni por dónde empezar.

—Fede me propuso casarnos.

—¿¡Qué es esta noticia!? ¿Y qué le dijiste?

—Aún nada.

—¿Y qué has pensado? ¿Has hablado con Pablo?

—No sé… Pablo ya… ni me escribe.

Estuvieron dándole vueltas al tema durante horas. Mónica la escuchaba y le hacía preguntas. Sofía hablaba con ilusión de la vida con Federico (de la pasada y la futura) y con tristeza del presente con Pablo.

—Nadie puede ayudarte a tomar una decisión. Pero te voy a dar mi punto de vista sobre todo lo que me has contado desde mi experiencia. Siempre pensé que la vida era infinita: que era muy joven para casarme, que era muy joven para tener hijos; después me hice muy vieja para dejar el trabajo como contadora que tanto me aburría, muy vieja para encontrar el amor. Nunca te lo he contado pero tuve un accidente que me hizo ver todo en perspectiva. Estuve varios días en coma, varias semanas en cuidados intensivos, varios meses en la clínica. Cuando me recuperé decidí que la vida ya no era el pasado ni tampoco el futuro, solo el presente y cada día mi propósito es ser feliz, cada decisión que tomo la baso en una sola pregunta: ¿qué me hace más feliz hoy?

—Es que… Federico me hace… más feliz… hoy.

Mónica la abrazó antes de irse y le sugirió que lo meditara buscando muy bien en su corazón lo que realmente sentía por cada uno de los dos.

Día 179

Antes del amanecer, Pablo, Ahmed y un conductor iniciaron el camino hacia los templos de Abu Simbel, situados a unas tres horas desde Asúan. La idea era salir temprano para poder disfrutar del lugar sin el abrumador calor del mediodía.

El complejo era impresionante. La construcción más grande está dedicada a los dioses Amón, Ra-Horajty y Ptah, y la más pequeña fue hecha en honor a Nefertari, la esposa preferida de Ramsés II. En ambas resalta la figura del gran faraón del cual dicen que quiso construirlos en esa remota región cerca de la frontera con Sudán, para intimidar a los nubios, grandes rivales de los egipcios de la época.

De regreso a Asuán Pablo llamó a Sofía; lo había pospuesto hasta estar solo y ya Tatiana estaba de nuevo en Madrid. Luego del saludo de rigor, de las preguntas triviales básicas, de los silencios incómodos, fue Sofía quien tocó el tema que la tenía intranquila.

—Creo que lo mejor… es divorciarnos.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—Divorciarnos.

—No te entiendo Sofía, ¿por qué? Estoy haciendo este viaje que te inventaste por ti, dejé todo por ti y ahora quieres que nos

divorciemos. ¿Qué te pasa?

—Ya no tenemos… un matrimonio.

—¡Ah! Pero no es por mi culpa… tú fuiste la que me obligó a irme.

—Yo no te obligué…

—¡Claro que sí! Y ahora entiendo todo… querías que me fuera para volver con ese exnovio tuyo. ¿Qué creíste?, ¿que no me iba a enterar? Y ahora venís a decirme que nos divorciemos. ¿Cuánto tiempo llevás planeando esto?

Sofía se quedó estupefacta al escucharlo decir tantas locuras. ¿Cómo podía pensar que ella había manipulado las cosas?

—¿Acaso me reclamas?

—Sí, te estoy reclamando. ¿Sabés qué Sofía? no te voy a dar el gusto. No me voy a divorciar. Quiero que cada vez que te revolqués con ese güevón en la cama te sintás culpable por estar cometiendo un pecado. Que no podás salir a la calle con él ni subir fotos en tus redes sociales. Que tengás que ocultárselo a todo el mundo porque sé que preferís eso a que sepan que sos una puta Sofía, porque eso sos, una puta.

Ella no pudo contener más las lágrimas y prefirió colgarle antes de darle la satisfacción de saber que la había lastimado profundamente. La rabia la consumía pensando en lo descarado que había sido al reclamarle cuando él mismo tenía otra mujer o quién sabe cuántas más. Lloró con rabia. Con desilusión. Con una profunda tristeza. Con odio. Con dolor. Pablo le había dado el empujón final para confirmar la decisión que ya ella había tomado.

Día 180

Lo primero que se le pasó a Sofía por la cabeza al despertarse fue qué pensaría su papá. Él siempre había sido un defensor del matrimonio, de los valores católicos y de la familia, pero después de que murió fueron varios los rumores sobre las mujeres que había tenido a lo largo de la vida y su mamá un día le confesó que siempre temía que llegara una cualquiera con un hijo de él. Era algo que no resistía, esa doble moral en la que un hombre casado puede tener algunos pequeños pecados pero nunca se le permitiría lo mismo a una mujer. Su propia madre, que aún seguía siendo vital y atractiva, se sentía incapaz incluso de tener amigos hombres porque su estatus de viuda se vería amenazado.

Sabía que para Luis no habría un mejor prospecto de esposo que Federico. Inclusive cuando había peleas entre los dos, su papá se ponía del lado de su novio y no del de ella. Estaba segura de que a Pablo no lo habría aprobado de la misma manera y le habría criticado desde ser hincha del Independiente Medellín hasta haber

estudiado una profesión que ya no estaba de moda, aunque fuera la suya.

Escribió en su nota del día "Soy feliz" pero sabía que esa afirmación no iba más allá de las palabras. Llamó a Federico y le pidió que se vieran en la noche, ella iría a su apartamento. Con la ayuda de Mónica, se puso la lencería que había comprado para su cumpleaños y un vestido que aún tenía sin estrenar, el perfume que tanto le gustaba, un poco de maquillaje, y empacó velas y vino. Su mamá la llevó sin hacer ningún comentario que pudiera romper la cadena de sucesos que estaban ocurriendo.

Federico la carga hasta el sofá. Sofía le pide que le sirva una copa de vino. Él le ayuda a tomar un sorbo. Ella brinda por su futuro juntos. Él sonríe de felicidad, la abraza, la besa. Ella lo besa. Él le acaricia la cara. Ella no sabe cómo avanzar.

—Fede… espera…

—¿Qué pasa mi vida?

—No estoy… lista… Perdóname.

—No pasa nada, lo entiendo. ¿Qué tal si te quedas esta noche? Tomamos un poco de vino, escuchamos música, hacemos planes para el futuro.

—Sí, eso me… haría feliz.

Día 181

No sabía cómo vivir una vida en la que Sofía estaba con otro hombre. La verdad es que nunca lo había considerado como una posibilidad y se sentía culpable porque finalmente ella seguía siendo una mujer hermosa e inteligente. ¿Acaso pensó que por estar enferma ya nadie se iba a fijar en ella? ¿Qué había hecho él para mantener el amor vivo, para hacerla sentir importante? Mientras recorría las calles de Alejandría, se preguntaba si debía intentar reconquistarla (tal vez cancelar el viaje y regresar a Medellín) o seguir castigándola por su infidelidad.

La ciudad tenía un esplendor diferente al de su historia. Ya no tenía la antigua biblioteca, ya no existía el faro. Pablo paseaba por sus calles atestadas de gente, tropezándose con los vendedores ambulantes, con los estudiantes que corrían hacia las clases, con las familias cargando las bolsas de compras.

Fue a las catacumbas de Kom el Shogafa sin detenerse a pensar en la muerte que representaban. Siguiendo los caminos hacia las tumbas subterráneas como un autómata. Visitó la columna de Pompeyo sin percatarse de las versiones contradictorias de su origen, sin detallar los diferentes pedazos que formaban la construcción de más de veinte metros.

Pasó por la nueva biblioteca sin fijarse en ella. Cuando llegó al

Citadel se sentía agotado de sus propios pensamientos. Las habitaciones vacías de esa fortaleza del siglo XV hacían que sus dudas se expandieran con el eco de sus preocupaciones. Se quedó dormido en el taxi de regreso. Subió los cinco pisos del hostal hasta su habitación casi arrastrándose y se pasó la noche vomitando.

Día 182

Sofía no había podido dormir. Aunque le había echado la culpa al ruido de la pólvora de "la alborada", esa huella del pasado oscuro del narcotráfico y el paramilitarismo de Medellín que algunos se empeñaban en mantener, en realidad una tristeza profunda la mantenía despierta. Federico le prometió que le ayudaría a encontrar el camino legal para separarse de Pablo. "No puedes estar casada con ese hombre" le había dicho. "No tiene que ver conmigo… simplemente no puedes dejar que te maltrate". Le sugirió que le enviara un mensaje concreto pidiéndole el divorcio y a partir de ahí empezarían a recolectar las pruebas para sustentar el caso.

Aunque ella entendía el punto de Federico, no se sentía cómoda viendo a Pablo como un enemigo. Había tenido un ataque de ira, sin duda. La había herido de la forma más cruel. Pero ella sabía que no era un mal hombre y esperaba que la buscara para pedirle perdón. Aun así, la situación con su ex no se podía quedar en vilo para siempre. Debía tomar alguna decisión. Era el primer día de diciembre y él le había dicho que después de la segunda semana podían irse para Cartagena si ella quería.

Sofía se acuesta pensando en Federico. En los besos que le da. En su barba rozándole la cara. En sus manos que la aprietan con deseo. Piensa en la primera vez que tuvo sexo con él. Recuerda lo nerviosa que estaba. Federico era el hombre más deseado de la universidad y ella apenas se había acostado con un novio anterior. Él la lleva a su apartamento de soltero. Abre una de las 5442 botellas de Clos de Vougeot. Le explica por qué ese pinot noir es especial después de sus quince meses de crianza. La seduce con sus formas rebuscadas. La lleva a la cama. La besa con lujuria. Le entierra su sexo que está en llamas.

Pronto la fantasía se acaba. Sofía nunca tuvo un orgasmo con Federico. Él sabía todos los rituales de memoria pero jamás lograba hacerla sentir plena. De alguna manera sus listas de chequeo terminaban con él llegando al clímax y con ella fingiendo que también lo había logrado. En realidad Sofía nunca había tenido un orgasmo con ningún hombre. Disfrutaba de hacer el amor con ellos, le gustaba la complicidad, la intimidad, los juegos, las caricias… pero al igual que muchas cosas en la vida, para ella era imposible

ceder el control. Solo cuando estaba sola, viviendo sus fantasías, siguiendo el guion que ella misma se inventaba, lograba llegar a ese momento en que el tiempo se detiene, los sentidos se agudizan y una explosión hace que el cuerpo tiemble de placer.

Día 183

En el hostal de El Cairo le habían vendido un tour de tres días para visitar el Sahara pero Pablo estaba tan ensimismado que no preguntó ningún detalle. Se dejó llevar en piloto automático rumbo al desierto caliente más grande del mundo, esa gran mancha de arena que se extiende de extremo a extremo de África, interrumpida solo por los oasis y el río Nilo.

No había sentido tanto calor en su vida y esperaba con ansias llegar al oasis Bahariya para zambullirse en él, pero encontró algo muy distinto a sus expectativas: un enorme lago salado, rodeado por un verde bosque de palmas de dátiles. El guía le explicó que el agua del oasis era subterránea y lo llevó a una piscina artificial donde había otro par de hombres bañándose. Con la ilusión de refrescarse, se apresuró a sumergirse en el agua que resultó estar tan caliente que era insoportable.

Dejándose llevar estuvo en la pirámide natural, una colina que desde lejos parece una tumba de faraón, y en la montaña Inglesa, donde ya solo quedan las ruinas de una cabaña construida hace años por algún inmigrante. Desde allí vio el atardecer sobre el pueblo mientras pensaba en Sofía, en su esposa, en el amor de su vida, en la forma en que se la había entregado a Federico sin siquiera pelear por ella.

Día 184

Del hostal lo llevaron a un restaurante en el que otros turistas estaban esperándolo para iniciar el recorrido. Les presentaron a Seth, su guía, un hombre alto, delgado, de piel tostada, ojos hundidos y apenas algunos dientes, quien sería el encargado de llevarlos y cocinar. En el grupo había también un japonés que hablaba aún menos inglés que el guía y una pareja de vietnamitas.

Visitaron el desierto Negro y la montaña de Cristal en su camino hacia el desierto Blanco. En el camino, enormes rocas talladas por la erosión formaban figuras que parecían hongos, helados derritiéndose o animales.

Casi al atardecer, Seth se detuvo al lado de una pequeña colina donde instaló el campamento. Extendió un tapete y algunos colchones que sirvieron para sentarse a cenar y después para dormir. Hizo una hoguera en la que cocinó pollo a la brasa y encendió un fogón de gas para preparar arroz, sopa, vegetales y té.

El sol se ocultó sobre las formaciones de cal que daban la

impresión de nata esparcida sobre el desierto. Envueltos en sus sacos de dormir, pudieron ver las estrellas en un cielo despejado y ausente de la luz artificial. Pablo cerró los ojos deseando ser creyente. Imaginando que realmente había un Dios y que podía pedirle que lo ayudara a tomar la mejor decisión y recuperar a Sofía. Cuánto le estaba doliendo en ese momento. En medio del inmenso desierto se sentía el hombre más pequeño del mundo y también el más tonto. Arrepentido por lo que le había dicho, se durmió con su nombre pegado en la boca.

Día 185

Aún no había amanecido cuando Seth los despertó. Cubiertos por una leve capa de arena, se levantaron perezosamente para ascender la colina y ver desde allí el amanecer. Pablo seguía lleno de preguntas, de dudas, de temores. Se sentía culpable por haber dejado a Sofía sabiendo que no era lo que él quería. Por haberse enamorado de Tatiana. Por haber evadido las conversaciones difíciles generando mayor distancia con su esposa. ¿Cuántas veces Sofía lo había necesitado y él ni siquiera le había escrito? Él le había abierto la puerta a Federico. Se dio cuenta de que la lejanía no eran solo los kilómetros que los separaban, también era el silencio que ahora existía entre los dos.

El camino de regreso a El Cairo le pareció infinito y monótono: su mente seguía dándole vueltas a los mismos pensamientos sin encontrar ninguna solución. Cuando llegó al hostal decidió llamar a su mamá para escuchar sus consejos.

—Sofía me pidió el divorcio mamá… No sé qué hacer.

—Eso supe. Marta me contó y Sofía llamó a tu papá ayer.

—¿A mi papá? ¿Por qué?

—Quería saber si él tenía algún poder para firmar el divorcio.

—¿Cómo?

—Imagínate, a tu papá le pareció una falta de respeto. ¿Cómo podría él tomar una decisión así por ti? Pocas veces lo he visto tan furioso.

Pablo sintió que no había esperanza. Realmente Sofía estaba buscando la forma de divorciarse de él. ¿Acaso podía negárselo? ¿Qué clase de matrimonio sería ese en el que uno quiere separarse y el otro ya se fue hace meses? Decepcionado de sí mismo solo podía pensar que dejarla libre era un acto de amor tan grande como haberse ido para el viaje.

Día 186

En lo más profundo de su corazón lo que Sofía quería era que Pablo la buscara y le pidiera perdón. Que regresara a Medellín para estar juntos. Que le dijera que después de ver el mundo y conocer

otras mujeres, ninguna era como ella. Que la llenara de besos, de caricias, de atenciones. Que le suplicara que olvidaran lo pasado. Anhelaba no haberle pedido irse al viaje. Que él no hubiera aceptado. Que la enfermedad no hubiera existido nunca. Que su vida volviera a ser como antes. Demasiados hubiera para un presente tan distinto en el que pasaba todo lo contrario: Pablo no la había buscado desde el día en que pelearon.

La Navidad ya estaba asentándose en todas partes y para ella solo traía tristeza. Cuando la enfermedad empezó a avanzar rápidamente y le pidió a Pablo cumplir su sueño de recorrer el mundo, no pensó que llegaría hasta diciembre. Estaba segura de que un día no iba a despertar y que sería antes de que él volviera, antes de que se enamorara de otra mujer, antes de que ella le pidiera el divorcio. Ahora que todo era distinto, que su vida estaba más trastornada que nunca, parecía que la enfermedad se había detenido y que no podía excusarse más en sus problemas de salud para eludir las decisiones que la estaban arrinconando. Federico ya empezaba a presionarla.

Día 187

Después de las diez horas de viaje en bus desde El Cairo hasta Dahab, Pablo había decidido empezar su recorrido por la península del Sinaí sin ningún afán. La pequeña ciudad parecía hecha para ese propósito. Desde su hostal construido en la línea de playa podía observar por horas el mar Rojo, imaginando todas las leyendas que se habían tejido alrededor de ese hermoso horizonte azul.

Allí volvió a correr. Era una de las cosas que más extrañaba de lo que era su vida. Esa vida que ya le parecía tan lejana; ¿volvería a ser quien era? Recorriendo las calles de arena de Dahab soñaba con las montañas verdes de Medellín, su ciudad que ya sabía que no era perfecta pero donde todo tenía un sentido para él: las mañanas nubladas sobre el valle, los meses de lluvia a los que llamaban "invierno", las calles empinadas, los paisas que podían ser a la vez las personas más amables del mundo y las más violentas. Su casa. Su comida. Sus amigos. Su esposa.

Le escribió a Sofía varios mensajes pero no envió ninguno. Quería seguir viviendo esa vida en la que él iba descubriendo el mundo mientras Sofía lo dirigía desde el otro lado del océano.

Día 188

El 7 de diciembre era una fecha muy especial para Sofía. Desde niña anhelaba que llegara esa noche del año en la que se reunía la familia para celebrar la Inmaculada Concepción. Era el día en que comenzaba oficialmente la Navidad en su casa: Marta preparaba los platos tradicionales de la temporada para todos los invitados, se

inauguraba el pesebre, los primos venían a encender las velas y los mayores los dejaban jugar con fuego. ¿Qué más se podía pedir?

Federico quiso hacer una celebración similar invitando a todos los amigos y familiares que pudo para que se reunieran en la enorme casa de sus papás en la loma de los Mangos. Esa noche además era el plazo que Sofía tenía para decidir si se iban a Cartagena o no el resto de diciembre, ya que era el último día de trabajo de su exnovio en el año y podía viajar con mayor libertad.

Los niños corriendo por las calles jugando con luces de bengala, la música decembrina que se escuchaba hacía varias décadas, las copas de *whisky* o aguardiente pasando de mano en mano, los vecinos acercándose a saludar… lo único que le hacía falta para sentirse niña de nuevo era tener a su papá vivo y feliz compartiendo sus propias historias de infancia.

Marta, Gloria y el mismo Federico se encargaron de contarles a todos, uno a la vez, su versión sobre Pablo dándose la gran vida en África con otra mujer. Incluso salió a relucir una foto de él besando a "la española esa" mientras tomaban champaña después de un paseo en globo. A cada quien le pidieron discreción: el estado de salud de Sofía era delicado y saber que él además se estaba negando al divorcio era algo que la tenía muy abatida.

Sofía escuchó en diferentes oportunidades a sus primos, a sus amigos e incluso a desconocidos hablarle sobre lo bueno que era Federico y la bonita pareja que hacían. Antes de irse a dormir, con la felicidad de haber estado tan rodeada de cariño toda la noche, le dijo que se iría con él a Cartagena cuando quisiera.

Día 189

A las dos de la mañana pasaron el control de seguridad de la policía y comenzaron a caminar uno tras otro hacia la montaña, siguiendo a su guía, bien abrigados y con algunas linternas. En el grupo de Pablo había un argentino con el que pronto se embarcó en conversaciones sobre política. Aunque ya se sentía cómodo comunicándose en inglés con los guías y la mayoría de los viajeros, siempre que había alguien que hablara español la conexión era inmediata.

El monte Sinaí es la montaña donde se dice que Moisés recibió las tablas de la alianza con los Diez Mandamientos. Pararon en una de las muchas tiendas del camino (improvisadas construcciones que servían para resguardarse en la fría madrugada) donde tomaron té con galletas para calentarse. En la cima cada uno encontró el mejor lugar para ver el amanecer. Lentamente las montañas se fueron tiñendo de rojo y mientras algunos turistas se arrodillaban para rezar, otros se tomaban selfis en cada ángulo posible.

Día 190

En solo un día Sofía tenía todo organizado en su cabeza para irse el resto del mes a Cartagena: el lunes se haría los últimos chequeos médicos del año; Mónica estaría con ella durante una semana para hacer algunas terapias y después tendrían videollamadas semanales; una de las enfermeras pasaría toda la temporada con ellos; sus familias llegarían un par de días antes de Navidad para quedarse hasta Año Nuevo. Necesitaba aprovechar los días antes del viaje para comprar algo de ropa, hacerse un nuevo corte de pelo y avanzar con Cristina en los preparativos de la boda.

Se sentía revitalizada organizando todo, tenía una capacidad increíble para coordinar, planear, delegar y presupuestar. Fácilmente podía encontrar los mejores vuelos, distribuir las habitaciones de la casa, definir el menú de cada día y organizar las actividades necesarias para que nadie se sintiera aburrido ni abrumado durante las festividades.

Estar ocupada era lo que necesitaba para no pensar en lo que estaba pasando con su matrimonio, y por ahora su decisión era dejar que las cosas fluyeran e ir decidiendo un día a la vez.

Día 191

Sofía:

Ya estoy otra vez en El Cairo después de pasar algunos días en Dahab, un pueblo pequeño en la península del Sinaí, uno de esos sitios llenos de la magia de la vida tranquila. Un argentino que conocí hace un par de días me sugirió bucear en el agujero azul, una pared cilíndrica rodeada de coral que llega a más de cien metros de profundidad, haciéndolo un paraíso y a la vez una tumba para los que se sumergen en él ya que es el lugar de buceo más mortal del mundo. Desde afuera se ve impresionante: una mancha azul oscura a pocos metros de la playa. Cientos de personas con sus trajes de neopreno se hundían una tras otra mientras que a mí me parecía la peor idea del mundo... ¡¿No escucharon que es el lugar donde más buzos han muerto en todo el planeta?!

Juan, mi amigo argentino, salió después de media hora completamente asombrado de la riqueza submarina del lugar. Intentó convencerme de que hiciera una inmersión de prueba, incluso podía tomar un curso rápido ahí mismo y ser "bautizado" en las aguas del mar Rojo, y aunque bajaría máximo a diez metros me pareció una locura. Sin embargo, sí me dio curiosidad y alquilé una máscara para hacer *snorkeling*.

El agua era cristalina y podía ver a algunos metros los buzos que bajaban a la máxima profundidad permitida. La temperatura

estaba muy agradable y pasamos un par de horas nadando en ese lugar increíble que me hizo recordar nuestra luna de miel en Galápagos.

Me quedan un par de días más en Egipto y serán mis últimos días en África. Me asombra acordarme de todos los prejuicios con los que llegué hace más de seis meses, todas las experiencias maravillosas y difíciles que he vivido en estos 191 días. Todo lo que dejé atrás y lo que he ido recogiendo. Siento que irme fue la mejor y la peor decisión de mi vida y ahora no sé si seguir o no. Quisiera al menos poder oír tu consejo, más allá de la distancia y los errores que hemos cometido. ¿Debería volver a Colombia o seguir el viaje?

Te extraño,

Pablo.

Seguía escribiéndole a Sofía con la clara intención de no enviarle los correos; necesitaba aferrarse a lo que era su vida antes, poner los pensamientos por escrito, escuchar lo que no se había dicho en voz alta. Con el paso de los días la rabia se había convertido en negación, en tristeza, en desasosiego. Cada vez que tenía conexión a Internet buscaba algún mensaje de su esposa, pero no sabía nada de ella desde el día en que habían peleado, ni siquiera su mamá tenía nueva información. En cambio, Tatiana le escribía a diario, incluso varias veces. A él le costaba mantener su nivel de energía, dedicarle tiempo, contarle lo que estaba viviendo. Sabía que no era justo, pero no lograba aislarse de lo que estaba pasando con Sofía y mantener su relación con Tatiana. Ella le seguía insistiendo con pasar la Navidad juntos en España y tenía poco tiempo para tomar una decisión.

Día 192

Cada vez que entraba al consultorio del doctor Ramírez tenía el mismo recuerdo, una frase que había leído en el folleto que le entregaron el día que le diagnosticaron la enfermedad: “La expectativa de vida promedio de los pacientes de ELA es de diecinueve meses”. Desde ese día ya habían pasado dieciséis. Con Pablo había tenido muchas discusiones al respecto, él le decía “promedio significa que pueden ser veinte años” a lo que ella respondía “también promedio significa que pueden ser dos meses”.

Durante el examen físico el médico encontró dos señales que no le gustaron: el cuello se estaba debilitando y el sonido de los pulmones al respirar estaba alterado. Debía hacer algunas pruebas adicionales antes de autorizar el viaje de Sofía. La noticia no le cayó nada bien, ella se sentía en muy buenas condiciones y por la experiencia anterior pensaba que el clima en Cartagena le sentaría

de maravilla.

—Estoy bien… doctor… de verdad.

—Claro que estás muy bien, pero no me parece prudente que viajes.

—Yo digo que sí… ¿y si me recomienda… algún colega… por si acaso?

—No Sofía, no se trata de remitirte a alguien. Lo que más me preocupa es la respiración, inclusive en el vuelo una fluctuación en la presión que normalmente pasa desapercibida, en tu caso puede ser mortal.

—No me parece… Yo tengo que ir…

La conversación siguió así por un buen rato hasta que Sofía muy enojada tuvo un ataque de tos.

—¿Cuándo apareció esa tos?

Sofía clavó los ojos en su mamá prohibiéndole que contestara.

—¿Cuándo?

Sin alcanzar a decir nada empezó a toser de nuevo. Su mamá se aventuró a responder.

—Me parece que desde el jueves doctor… Sí, desde la noche de las velitas.

—¿Y por qué no lo mencionaron antes?

—No parecía importante, la verdad apenas ha tosido un par de veces al día.

La enfermera midió el nivel de oxígeno en la sangre de Sofía y estaba por debajo de lo normal. El doctor Ramírez ordenó internarla de inmediato.

Día 193

Pablo recorrió el barrio Copto de El Cairo sin mucho interés. Estaba lleno de iglesias pero la mayoría de los turistas se dirigían en masa a una de ellas: la de San Sergio y San Baco en donde se cree que la familia sagrada de María, José y Jesús se refugió durante tres meses mientras huía del rey Herodes. Imaginaba a Sofía fascinada por la pequeña gruta subterránea igual que los demás creyentes que intentaban tocar sus paredes o tomarse una buena foto con el altar. Para él fue más interesante la iglesia Colgante, la más antigua de Egipto, con referencias de haber existido desde el siglo III siendo construida sobre una de las puertas de la Fortaleza de Babilonia.

Sin pensarlo mucho se arrodilló en el altar dedicado a la Virgen María. Llorando en silencio por un buen rato quiso encontrar la solución a todo lo que estaba pasando. Ese pequeño desahogo le sirvió para sentirse más tranquilo. Al llegar al hostal encontró un mensaje de su mamá en el que le contaba que Sofía se iba para Cartagena con Federico y las familias de ambos a pasar las

festividades. Sin dudarlo más, llamó a Tatiana para avisarle que saldría para Madrid al día siguiente.

Día 194

El doctor Ramírez tenía un diagnóstico después de la radiografía torácica que le habían hecho a Sofía el día anterior: neumonía. De inmediato iniciaron el tratamiento con antibióticos, pero lo que más le preocupaba era el debilitamiento general del sistema respiratorio que podría darse una vez Sofía superara la crisis.

Ella intentaba no darle mayor importancia. Les pedía a todos que siguieran con los planes de fin de año, que no cancelaran los vuelos, que mantuvieran todo como estaba definido, pero cada vez respiraba con mayor dificultad y se ahogaba inclusive con las frases más cortas.

—Yo… esto… es importante…

—Sí mi vida, sé que estabas ilusionada, pero no vale la pena correr el riesgo, concéntrate en mejorarte y pasamos Navidad en Santafé de Antioquia.

—No… entiende… los planes…

La incapacidad para expresarse era más frustrante que ver cómo todo lo que había planeado sin descanso los últimos días se venía abajo. Se sentía ahogada, a veces tenía fiebre, una vez más había una lucha desigual entre su mente y su cuerpo.

CAPÍTULO 6

Me despierto de repente y mi mamá está viendo televisión en una esquina de la habitación. Creo que simplemente dirige la mirada al aparato, no hay sonido y ella parece muy concentrada, incluso cuando pasan los comerciales. Intento hablarle pero no me sale ninguna palabra. Siento la boca muy seca, me paso la lengua por los labios agrietados y aunque me parece que estoy haciendo todo lo que debo hacer no logro decir nada. Me pregunto si sigo dormida. Ya he tenido estos sueños antes, no solo durante la enfermedad, incluso cuando era niña. Sueños en los que intento hablar y no me sale ningún sonido. Abro la boca para gritar y escucho un gruñido que no reconozco pero que hace que ella se voltee a mirarme.

Veo la angustia en su cara. Me esfuerzo por preguntarle con los ojos qué está pasando. Ahora un graznido me deja exhausta y ella se apresura a darme besos en la frente y peinarme con las manos como cuando mi papá no llegaba en la noche y yo me quedaba dormida en la sala esperándolo para mostrarle algunas letras que había garabateado con colores.

Estoy en el hospital, un día más. Recuerdo que podía hablar antes de dormir. Recuerdo que me costaba respirar y ahora parece fácil. Recuerdo el mismo sonido de los aparatos a mi derecha, la cánula del suero en mi brazo izquierdo. Recuerdo el olor, ese olor que se me queda pegado de la piel cada vez que me internan algunos días y que una vez me dan de alta sigue ahí.

Mi mamá llora en silencio y me sigue peinando. Muevo la cabeza para que se detenga. Un par de golpes en la puerta y entra una enfermera que no conozco. Logro un aullido. Me hace un gesto poniéndose el índice de la mano derecha sobre los labios para indicarme que no hable. De todos modos no estoy hablando. No importa lo que intente, sigo sin hablar. Revisa algunas cosas en los aparatos. Revisa el nivel del líquido que me ponen por las venas. Revisa mi temperatura, el pulso. Revisa… un tubo… que al parecer… sale de mi cuello.

Entiendo que llegó ese momento que tanto he temido, que tanto he postergado. El doctor Ramírez me lo explicó muchas veces: “Cuando no puedas respirar por ti misma tendremos que hacerte una traqueotomía”.

La enfermera cambia el líquido intravenoso. Le suplico con las lágrimas que me caen por las mejillas que me explique lo que pasa. Por un momento se queda mirándome para finalmente decirme que

duerma un rato mientras el doctor pasa a verme al día siguiente. Mi mamá le agradece antes de que se vaya y la veo preparar el sofá para dormir. Me besa de nuevo la frente y me dice que todo va a estar bien. Apaga el televisor y la mayoría de las luces. Se queda un rato más sentada mirándome en la penumbra mientras acaricia las cuentas de la camándula. Hace la señal de la cruz y se acuesta dándome la espalda. Recita el acto de contrición, el padrenuestro, el avemaría, un gloria, anuncia el primer misterio luminoso: el bautismo de Jesús en el río Jordán. Es jueves.

Me despierto y todavía es de noche. En el sofá parece estar Lorena, la enfermera que iba a ir a Cartagena con nosotros. La veo mover ligeramente los pies, no sé si está soñando o siguiendo el ritmo de alguna canción.

Me despierto con la luz del día molestándome en la cara. Las ventanas están abiertas y veo a Mónica sentada en una silla. Hay gerberas en un florero, seguro las trajo Federico, sabe que me encantan sus colores intensos.

Escucho a mi mamá mientras tengo los ojos cerrados. Otra vez el rosario. El tercer misterio luminoso: el anuncio del reino de Dios. ¿Es jueves? Debería estar recitando los dolorosos que son los de los viernes. Se queda en silencio después del segundo avemaría. La escucho llorar con el llanto de los que se esconden.

Intento despertarme mientras escucho al doctor Ramírez hablando con Federico. No entiendo lo que dicen. Fede se exalta. El médico le responde en un tono firme pero sin gritarle. Mi mamá llora. Todos se callan por unos segundos. Alguien se acerca a la cama. Me acaricia la cara. Intento moverla para que sepa que sé que está ahí. Me besa en la mejilla. Siento la loción de Federico y el roce de su barba. Lo escucho despedirse y decirme que todo va a estar bien.

Me despierto y me preparo una taza de café. Abro el paquete y lo huelo con los ojos cerrados conteniendo un poco la respiración. Empiezo a moler un par de cucharadas y el ruido agudo de la máquina contrasta con el sonido grave de algún camión que va pasando cerca. Miro las cafeteras para elegir una de ellas antes de decidir cuánto más triturar los granos. La italiana. Me gusta la textura densa con la que queda el café, un poco grasosa, con más cuerpo. Muelo los granos hasta que queden finos, lleno la parte inferior de agua y enrosco con firmeza las dos piezas de la cafetera. Me quedo mirándola mientras no pasa nada hasta que de repente el agua burbujeante, ya de color oscuro, empieza a llenar la parte superior de la cafetera mientras que la cocina toma ese aroma delicioso del café espresso.

Escucho los villancicos a lo lejos. Cuando los músculos empiezan

a apagarse los sentidos se agudizan. Se van acercando por el pasillo del hospital y me despierto perezosamente. Mi mamá y Federico están sentados en el sofá en silencio. Intento llamarlos pero sigo sin poder hablar. Muevo la cabeza y un poco el tronco para que me noten. Llaman a la puerta y aparece el coro de villancicos, quedándose casi en la entrada de la habitación. Mi mamá se acerca, me besa en la frente y me peina. Le sonrío. Quisiera decirle tantas cosas. Federico me toma de la mano, me llama "mi vida", le agradece al coro casi sin que acaben de cantar.

Es Navidad. Llevo casi dos semanas en la clínica. Más dormida que despierta. Mi mamá se ve cansada y Federico parece impaciente. Abren uno a uno los regalos que me han enviado familiares y amigos y me los muestran: una bufanda, un libro, lápices de colores, algo de maquillaje. Mi mamá me mandó a traer una camándula desde Tierra Santa. Federico me compró unos aretes de esmeraldas. Intento no llorar pero es imposible. Es la Navidad más triste de mi vida y lloro porque sé que es la última.

Nunca me había fijado pero ahora me parece que el doctor Ramírez es muy guapo. ¿Será soltero? Sonrío mientras me revisa el cuello pensando que sería un buen novio para Mónica. ¿Ya se habrán conocido? Después del chequeo les dice a las enfermeras que deben estar más atentas a moverme de posición y a asearme bien, al parecer tengo algunas laceraciones en la piel. Luego me explica que me van a cambiar el tubo para que pueda hablar. Me pongo a llorar de la felicidad. Ha habido muchas lágrimas estas semanas.

Es jueves: mi mamá está rezando los misterios luminosos otra vez. Según mis cuentas debe ser 28 de diciembre, el día de los Santos Inocentes. Recuerdo la primera vez que pasé la Navidad con Pablo. Llegado este día intentó hacerme una broma que terminó en tremenda pelea. ¿Cómo podía banalizar una fecha tan triste? Él se reía de mi enojo mientras recitaba "inocente palomita te dejaste engañar, hoy por ser día 28 en nadie debes confiar". Más a los gritos que hablando le expliqué que era un día para conmemorar a los niños que había mandado a matar Herodes y después de disculparse nunca volvió a bromear con el tema. ¿Qué será de Pablo?

Me cambian el tubo y todos se quedan mirándome esperando a que hable. El doctor Ramírez, las enfermeras del Hospital, Lorena, Mónica, mi mamá, Federico, Gloria, Cristina, Javier. Después de haber perdido la movilidad en los pies, en gran parte de las piernas, en los dedos de la mano izquierda… tengo miedo de hablar y que no funcione.

Mónica se acerca y me toma de la mano. Me dice que repita

después de ella “soy feliz”. Me sonríe y lo dice de nuevo. Cierro los ojos y escucho una voz que no es la mía pero que sale de mi cuerpo diciendo con algo de duda “soy… Sofía”. Abro los ojos y mi mamá está sonriendo por primera vez en tantos días. El doctor Ramírez me explica que al cambiar el patrón del aire mi voz ahora es diferente, pero que gracias a la cirugía hay mayores esperanzas de vida ya que se disminuyó el riesgo de que tenga una crisis respiratoria con consecuencias fatales.

Federico me cuenta que va a pasar año nuevo con sus papás y el resto de la familia en la finca en Santafé de Antioquia, me dice que Fernando me envía muchos saludos y que se alegra de que todo vaya bien con la recuperación. Uno a uno se despiden hasta que me quedo con mi mamá. Quiero saber si ha tenido noticias de Pablo pero no soy capaz de preguntar.

Es 31 de diciembre y vemos el *show* de televisión que hacen en algún pueblo que desconozco. Miles de personas se amontonan ante una tarima por la que pasan toda clase de artistas populares. Mi mamá bosteza cada tres minutos, pero dice que no podemos dormirnos antes de la cuenta regresiva de la medianoche porque es de mala suerte. Cuando llega la hora se acerca y me abraza mientras me desea “feliz año” y yo a ella. Un par de canciones más y ya ambas estamos durmiendo.

Ya quiero irme a mi casa. Estar en el hospital despierta es peor que estar dormida. Los días son lentos y rutinarios. Ya me sé los nombres de las enfermeras, sus amores y desamores. Por la mañana mientras me asean comentamos la telenovela de la noche anterior. Mi mamá ya no tiene que quedarse todo el día y la veo más animada. Si todos los exámenes que me harán el miércoles salen bien, antes del Puente de Reyes me podré ir para la casa.

Es extraño tener una nueva voz a los treinta años. Me escucho como alguien mayor. Federico bromea diciéndome que me estoy volviendo “más interesante”. Llegamos a la casa y me llevan al cuarto de mi mamá que es más grande, así pueden acomodar mejor el respirador. Decido postergar un día más la tentación de conectarme a Internet y ver si Pablo me ha escrito.

El lunes festivo vienen las tías y los primos a visitarme. Me dicen que estoy hablando muy bien y celebran cada tontería que digo. Es extenuante pero ya no me ahogo, siento que tengo que mover de manera consciente el aire y aunque puedo decir frases completas, necesito detenerme entre una y otra para descansar un poco. Esta semana empezaré nuevas terapias con Mónica para manejarlo mejor.

CAPÍTULO 7

Día 195

Llegar a Madrid fue trasladarse a otra dimensión. Después de más de seis meses en África Pablo se sentía diferente; la modernidad del aeropuerto de Barajas le pareció abrumadora, pero Tatiana lo estaba esperando y salió corriendo a recibirlo apenas cruzó la puerta. Ella se derramó en besos sin dejarlo saludar. Hicieron el recorrido hasta su casa en el barrio Malasaña en metro. Casi no hablaron. Él miraba a las personas a su alrededor, la miraba a ella, se miraba en el reflejo de las ventanas. Se sentía ajeno a todo ese ambiente, casi tan asombrado como cuando tomó el tren en Ciudad del Cabo para ir a Simon's Town.

Ella le anticipó que el apartamento era pequeño y una vez se bajaron del metro lo llevó de la mano entre un mar de gente, principalmente turistas, que según le decía se estaban tomando el barrio que habían logrado mantener con un perfil bajo los locales y que ahora se llenaba de intentos de *influencers* buscando el mejor ángulo para las fotos. Pablo seguía muy callado. Mientras el frío de diciembre le golpeaba la cara, observaba las vitrinas de todo tipo de almacenes, los edificios de color anaranjado y la variedad de transeúntes en las calles. Tatiana lo llevó de plaza en plaza, hablándole de mesas al sol durante las tardes de verano y de la historia de la costurera que le dio el nombre al barrio.

Subieron los cuatro pisos por las escaleras estrechas y oscuras. Desde la puerta le mostró todo el lugar: la sala-comedor-estudio, la habitación-comedor-estudio, la cocina-comedor-estudio, el baño-estudio. Con orgullo le contó que casi todos sus muebles eran de segunda y en las paredes tenía fotografías que ella misma había tomado, la mayoría sin enmarcar pegadas con cinta en las esquinas. El apartamento tenía tres ventanas de piso a techo que permitían la entrada de la luz y servían para sentirse parte de la plaza. Pablo reconoció el ángulo de algunas de las fotos de las paredes que habían sido tomadas desde allí mismo y se encontró retratado en un par de ellas.

A él le parecía extraño que ella viviera de una manera tan austera después de haberla visto en sus viajes a lugares exóticos y quedándose en los hoteles de lujo que él jamás habría elegido. También notó que tenía muchos libros y que los organizaba no por tema o por autor como la mayoría de la gente sino por colores, convirtiéndolos en parte de la decoración ya que no estaban en una biblioteca sino que eran pincelazos por todo el lugar. A excepción

de Sofía nunca había vivido con otra mujer y de repente se sintió como un extraño, alguien que no sabía demasiado de Tatiana, que no la reconocía con su ropa de invierno, intentando hacerlo sentir cómodo mientras ella misma estaba incómoda en su propio espacio.

Día 196

Antes de irse a trabajar Tatiana le explicó cómo moverse en el barrio para encontrar lo básico. Le dibujó un mapa en una hoja de cuaderno trazándole las principales calles y plazas y mostrándole cómo evitar la Gran Vía que en diciembre era intransitable. Se excusó mil veces por no tener nada para desayunar, en realidad nunca compraba comida, en los restaurantes y bares del barrio siempre tenía opciones.

—Lo siento cariño, ya ayer me tomé medio día para buscarte en el aeropuerto y prometí hoy llegar más temprano y trabajar todo el día.

—¡No te preocupes! Yo me las arreglo.

—Si llegas a perderte pregunta por el teatro Alfil y desde ahí te ubicas.

—Tranquila, ¡ya me dijiste tres veces!

Le dio un beso largo antes de irse. Si él no hubiera tenido hambre se habría quedado todo el día en el apartamento. Caminó lo indispensable para comprar comida y regresar para pensar, dormir, pensar y dormir hasta que Tatiana llegó en la noche a despertarlo para hacer el amor.

Día 197

Tatiana quería mostrarle la ciudad de extremo a extremo. Aprovechar al máximo el fin de semana para ir a sus lugares favoritos, presentarle a sus amigos y comer todo lo que a ella le encantaba. Se despertaron sobre las ocho y aún no había amanecido. A pesar de que era una casa ajena Pablo podía sentir el placer de estar en un hogar. Improvisando con los pocos utensilios que tenía en la cocina, le preparó a Tatiana el desayuno con algunas cosas que había comprado el día anterior: café, huevos, jamón y pan. Él devoraba el embutido como si fuera un manjar y ella se burlaba porque era malísimo: “ya te enseñaré lo que es un buen jamón y no volverás a probar esa basura”. Antes de salir, se puso toda la ropa térmica que tenía.

—¡Pero parece que vas a subir el Everest!

—Es que ayer me dio mucho frío.

—¿Gorro? ¿Guantes?

—Y tres capas de ropa.

—Se van a burlar de ti a donde vayas.

—No me importa, mejor eso que morirme de hipotermia.

Aunque quería mostrarle la cara oculta de Madrid, esos pequeños tesoros que solo los locales conocían, el primer fin de semana lo planeó para llevarlo a los sitios más famosos de la ciudad: la estatua de la Cibeles, la Puerta de Alcalá, el parque El Retiro, el paseo del Prado; quería callejear desde la fuente de Neptuno hasta la Plaza Mayor, comer en el Mercado de San Miguel, visitar el Palacio Real y el templo de Debod, recorrer la Gran Vía, tomarse fotos con el Oso y el Madroño en la Puerta del Sol y tal vez una cerveza en Chueca o un vino en el Mercado de San Ildefonso.

—Lo malo de diciembre es que anochece temprano y hay mucha gente en el centro, tendremos que hacer todo muy rápido.

—Mmmm no sé Tati, quiero tomármelo con calma.

—¡Pero no vas a alcanzar a conocer todo!

—No importa, de verdad, vayamos lento y en la semana yo voy por mi cuenta a lo que nos falte mientras trabajas.

Tatiana lo entendió y aunque quería convertirlo en un conocedor de Madrid, podía ver lo cansado que estaba del viaje y planeó un día más tranquilo recorriendo su barrio y si estaban con ganas tal vez algo de Chueca. A pesar de que se habían visto por última vez apenas hacía unas semanas, Pablo estaba muy diferente. No iniciaba ninguna conversación, respondía a veces solo con monosílabos, se comportaba menos cariñoso con ella y a veces fruncía el ceño como si estuviera enojado mientras se tomaban un café en alguna esquina. No quiso perturbarlo, se le ocurrió que estaba viviendo un choque cultural inverso, esa implosión de sentidos y explosión de capitalismo que a veces ella misma sentía cuando pasaba un período de tiempo largo en África y volvía a España.

Día 198

Cuando se despierta Pablo está dándole la espalda y al parecer sigue dormido. Tatiana lo abraza desde atrás y él hace un ruido de aprobación. Lo rodea con los brazos metiéndole las manos por dentro de la camiseta. Él se gira un poco para darle un beso y se voltea de nuevo. Ella está dispuesta a incitarlo. Él quiere seguir durmiendo pero siente cómo su cuerpo se está despertando. Ella le mete la mano derecha en el bóxer mientras le susurra al oído: estoy muy mojada... me hace falta tenerte entre las piernas. Él no puede resistirse a su acento y se gira para entregarse.

El sexo al despertarse es un acto de intimidad que tiene su propio ritmo. La piel conserva el olor de las cobijas, los besos llevan el sabor del aliento mañanero, los sentidos apenas se están despertando y el juego de sacar al otro del sueño para activarlo es un arte que hay que practicar antes de ser un maestro. También es

la mejor inyección de energía: adrenalina, oxitocinas, endorfinas, serotoninas, dopaminas… un coctel de hormonas que funciona mejor para empezar el día que un café y que tiene un efecto más prolongado.

Se prepararon un bocadillo y se fueron para el parque El Retiro. Tatiana le habló de rosales florecidos en primavera, de jóvenes tomando el sol en bikini en el verano, de los colores de las hojas antes de caer en el otoño. Se tomaron fotografías en el estanque, en el palacio de Cristal, en cada estatua que se cruzaron.

Caminaron hacia el barrio Salamanca y fueron a cenar a Platea. Era un sitio enorme de varios pisos con diferentes ambientes donde eligieron Canalla Bistro. Ella ordenó, sin mirar el menú, pluma ibérica para él y paletilla al carbón para ella. La comida estaba deliciosa y él, acostumbrado a siempre comprar el vino más barato del supermercado, no se sintió capaz de apreciar el albariño que ella había pedido.

—Linda, yo no puedo darme estos gustos que te das comiendo en restaurantes todo el tiempo

—Vamos cariño, no es tanto, además estás de vacaciones

—Bueno, no es lo mismo irse de paseo un fin de semana que estar de viaje un año, tengo que ser cuidadoso con el presupuesto. ¿Qué te parece si compramos algo de mercado para preparar en la casa

—Es que yo no sé hacer ni huevos tibios

—No te preocupes yo me las ingenio. Y salimos algunos días a esos lugares que te gustan.

Esa noche sintió que dormía con su novia. Que lograban ir más allá del sexo que los unió los primeros días, del impulso de salvarlo que ella tenía cada vez que él se metía en problemas, de la ausencia de Sofía en su vida. Dormir en una casa, aunque fuera ese minúsculo espacio de treinta metros cuadrados, le traía una serenidad que no había echado de menos durante el viaje pero que ahora valoraba como nunca.

Día 204

Cuando Tatiana llegaba en las noches después de trabajar Pablo la recibía con comida caliente, algún vino que no fuera el más barato, música que ella no conocía y planes para disfrutar la noche despiertos. Ella creía que él pasaba el día descubriendo Madrid de la mejor manera posible: perdiéndose en sus calles, plazas, mercados y bares; pero en realidad él pasaba casi todo el día encerrado en el apartamento, disfrutando de no hacer nada, de husmear entre su ropa, de encontrar pequeños tesoros en sus libros, ¡hasta de limpiar esa mancha del sofá que parecía imposible!

Era sábado y ella quería dormir hasta tarde. Ya sabía que no había ganado la lotería de Navidad la noche anterior y que tenía que comprar algunas cosas que le había encargado su madre para preparar el postre del veinticuatro de diciembre, suficientes motivos para sentirse deprimida. Pero Pablo tenía planes distintos para ese día: la despertó con arepas, quesito, huevos pericos y café colombiano. Ella no entendía cómo podía estar tan entusiasmado por una torta de maíz que no sabía a nada, o por ese queso simplón, ni qué de especial podían tener unos huevos con cebolla y tomate que además llevaban el nombre de una droga, pero para él era el desayuno que lo hacía sentir en casa y prácticamente había sido su único propósito durante la semana que había pasado: encontrar dónde comprar productos colombianos.

Sofía no había vuelto a escribirle y él no le permitía a su mamá que le mencionara el tema por más que lo intentaba cada vez que hablaban. La vida empezaba a acomodarse de otra manera y la nueva costumbre de no ser un turista le había enseñado que, a pesar de todas las teorías de los libros de autoayuda, no había nada de malo en la rutina. Al contrario, se dio cuenta de cuánto extrañaba tener claridad sobre cómo se desarrollaría el día, cuál era la marca de leche que debía comprar, la calle por la que llegaba más rápido a la estación del metro, la hora en que amanecía o anochecía e inclusive saber con exactitud la temperatura a la que iba a salir el agua al girar la llave de la ducha setenta y cinco grados hacia la derecha.

—Sabes… me parece raro que vayamos a pasar Navidad con tu familia.

—No te asustes, es la familia más aburrida y plana del mundo.

—No, no es por eso… Es que nunca hablas de ellos.

—Bueno, no es que me hayas preguntado tampoco…

—Sí, es cierto… pero como jamás los mencionas, la verdad pensé que tus papás habían muerto o que no tenías relación con ellos.

—¿En serio? Ni me había dado cuenta. Lo cierto es que hablo con mi madre casi a diario, con mis hermanos alguna vez por semana y con mi padre… bueno casi nunca… pero igual.

Salieron a hacer las compras pendientes y fueron a tomarse algunas fotos como pudieron con el enorme árbol de Navidad en la Puerta del Sol. El árbol de treinta y cinco metros de altura y las luces de la Gran Vía cuando regresaban le hizo recordar los alumbrados de Medellín por esos días. Madrid estaba ahora en su lista de ciudades predilectas del mundo, pero la suya seguía siendo la número uno.

Día 205

El veinticuatro de diciembre era su día favorito del año. Cuando era niño la familia entera se reunía en la casa de la abuela en Guayabal, el barrio de su infancia en Medellín, para hacer natilla y buñuelos, rezar la Novena de Aguinaldos y abrir los regalos. Se pasaba la tarde jugando con los primos en la calle a "las escondidas", "chucha" o "policías y ladrones". Mientras tanto los paquetes se iban acumulando y el momento más importante era cuando el tío Jaime anunciaba que había que encontrar al niño Jesús que estaba perdido y lo necesitaban para el pesebre. La recompensa para el que lo encontrara eran cinco mil pesos que en esa época alcanzaban para ir a cine el fin de semana. Al momento de entregar los regalos se armaba una guerra en la que los papeles de las envolturas se convertían en proyectiles para lanzarse unos a otros, haciendo difícil entender de quién y para quién era el siguiente.

Esos días quedaron atrás. La familia cada vez era más grande, la abuela había muerto, el dinero para comprar treinta regalos escaseaba, sus papás vivían en Miami y cuando no viajaban a Colombia en Navidad él iba a verlos y solían ser solamente los tres abriendo los obsequios después de cenar. Aún así Pablo seguía conservando ese recuerdo de la familia numerosa alrededor del pesebre y se emocionaba pensando muy bien en qué obsequio comprar para cada uno.

Después del desayuno le entregó a Tatiana una caja pequeña envuelta en papel dorado.

—¿Qué es esto?

—¡Tu regalo de Navidad! Ya sé… dijimos que nada de regalos, pero no pude evitar comprarlo cuando lo vi.

Antes de abrirlo Tatiana leyó la tarjeta: "Empecé este viaje pensando que me iba a darle la vuelta al mundo, pero el mundo me está dando la vuelta a mí." Adentro encontró una cadena de plata con un dije en forma de corazón.

La familia de Tatiana se reunía para la nochebuena en la casa de su hermano mayor, en las afueras de la ciudad, donde había espacio suficiente para todos. Pablo se sentía un poco nervioso, conocerlos era un paso importante, y aunque no compraron regalos para todos, llevaban una cesta con dulces y un par de botellas de vino que ella se encargó de elegir con cuidado. Era una familia numerosa; dos de sus hermanos estaban casados y tenían hijos, pero uno de ellos vivía en un pueblo Andalucía y no había viajado. David, el anfitrión de la casa, se encargó de hacer sentir cómodo a Pablo y rápidamente encontraron varios temas de conversación en común.

Pablo se dio cuenta de que ellos no sabían de Sofía; Tatiana les

había dicho que eran novios, pero parecían no verle mucho futuro a la relación considerando que él seguiría de viaje por varios meses y tal vez regresaría a Colombia. Su mamá se mantuvo relativamente distante, pasando mucho tiempo en la cocina con los preparativos o jugando con los nietos. En la cena, que se prolongó por varias horas, la comida era abundante: cochinillo, pavo, mariscos, vino y diferentes postres.

Observándolos se dio cuenta de que no eran una familia aburrida como ella decía y que a pesar de las diferencias culturales eran muy parecidos a las familias colombianas: se trataban con cariño, disfrutaban de compartir ese momento único del año y entre hermanos se hacían bromas inocentes. Él estuvo muy consciente de no tomar licor en exceso, Tatiana se lo había advertido varias veces.

Día 206

Pablo empezó a notar cosas de su novia que no le gustaban. No estaba seguro si era porque antes ella las había ocultado, porque al estar en su propio ambiente se comportaba así o simplemente porque al ser ya una pareja y no un par de enamorados de verano se hacían más evidentes. A diferencia de su trabajo y de cómo él la había visto siempre en los viajes, en su vida cotidiana era incapaz de hacer planes y cumplirlos.

Si decía que regresaría a las nueve, bien podía estar en la casa a las siete o a las once. Cuando quedaba de hablar con algunos amigos para organizar una salida juntos, se acordaba de nuevo tres días después. Podía hacer dos compromisos el mismo día, a la misma hora, en lugares opuestos de la ciudad sin ser consciente de que inevitablemente faltaría a uno de los dos y al final no iba a ninguno. Dejaba acumular toneladas de ropa por lavar o prendía la máquina con apenas un par de medias. Olvidaba pagar la cuenta del Internet y se quedaba de repente sin servicio. Todos esos detalles lo ofuscaban y terminaba comparándola con Sofía y su capacidad inexplicable de mantener su vida y la de los demás en perfecto orden y coordinación.

Para Tatiana también había cosas de él que le parecían insalvables. Era incapaz de controlarse cuando ya se había tomado unas copas de más y terminaba convirtiéndose en un borracho hablador al que nadie quería tener cerca. Medía todo el dinero que gastaba y comparaba los precios de lo que compraba antes de decidirse: no importaba si era una camisa nueva o unos tomates, siempre veía el precio al menos en dos lugares distintos antes de hacer la compra. Desde que estaba en Madrid no se interesaba demasiado por las cosas de ella ni por la ciudad; de hecho, Tatiana ya se había dado cuenta de que pasaba casi todo el día encerrado,

sin siquiera ir a conocer los lugares más turísticos, ¡y hasta le había sacado una mancha a su sofá! ¿Con qué derecho?

Ambos se despertaron de mal humor y sabiendo que no tendrían un momento de independencia ese lunes festivo en el apartamento monoambiente de ella. Pablo se quejó de amanecer con dolor de cabeza y ella dijo algo sobre terribles cólicos menstruales. Cada uno se pasó el día mirando hacia su esquina de la cama, esperando a que el otro en algún momento se parara e hiciera algún plan fuera de la casa. Pasaron las horas haciéndose la misma pregunta: ¿realmente me enamoré de esta persona que tengo al lado?

Día 209

Se despertó con el dolor de pensar en Sofía: ese dolor que no está en un lugar definido pero que se siente en cada célula del cuerpo, que parece salir de las tripas, que hace que el corazón se arrugue, que se mueve por las venas, que arde en cada centímetro de la piel. Hacía exactamente un mes que no hablaba con ella y se debatía entre la nostalgia de extrañar a la mujer fuerte, inteligente y hermosa de la que se había enamorado y el resentimiento de recordar que ella quería divorciarse de él para estar con su ex.

Por primera vez desde que había llegado a España, Tatiana se levantó para hacerle el desayuno. Le impresionaba que tenía una sensibilidad enorme para cuidarlo y protegerlo y pensó que de alguna manera inexplicable ella había entendido que ese día estaba más vulnerable que nunca.

—Te hice tortilla española para que dejes de comer esa masa insípida de maíz.

Pablo probó el primer pedazo y le supo muy mal. Ella lo miraba con ojos ansiosos esperando algún comentario pero él a duras penas había podido tragarlo.

—Espera, falta el café… te estás atorando.

El primer sorbo y parecía agua de caño. Mientras tanto ella se comía su tortilla con verdadera cara de gusto y saboreaba el café.

—¿Qué te ha parecido cariño?

Intentaba no vomitar.

—Ya te he dicho que no cocino nada, pero esta es la receta de mi abuela.

Cuando ella se descuidaba, él sacaba lo que tenía en la boca y lo envolvía en la servilleta.

—Sí que estás callado… Parece que no te gustó la comida…

—Es que… no estoy acostumbrado a desayunar esto.

—¡Vaya! Bueno… no te preocupes, no vas a tener que acostumbrarte ¡Feliz día de los santos inocentes!

Tatiana no podía parar de reír y él se sintió aliviado de que

fuera una broma.

—¡No sabes lo que sufrí intentando comerme esto!

—¡Claro que lo sé! Si te salían letreros por los ojos… y ni hablar de lo que hiciste con la servilleta. ¡Parecías un chaval!

Después de que ella se fue para el trabajo la sensación de dolor y vacío fue aún peor. Recordó aquella pelea con Sofía por andar haciendo bromas el día de los inocentes. Quiso escribirle, llamarla, irse para Medellín en el próximo vuelo… Si ella tan solo le hubiera enviado algún mensaje en ese tiempo, pero además de serle infiel y de pedirle el divorcio no le había escrito nada en todos esos días.

Sentía un profundo dolor al pensar en su esposa. Qué difícil era sentir que ella ya no estaba en su vida.

Día 210

Tatiana tenía los días libres hasta el siguiente martes después del Año Nuevo. Se despertaron aperezados con todo un viernes por delante, y un fin de semana, y un lunes festivo. Pablo seguía con la resaca emocional de Sofía, y Tatiana, sin saber exactamente qué era, pero entendiendo que algo lo tenía muy triste, intentó animarlo sin imaginarse que lo que él menos quería era ser un turista en Madrid.

—Cariño, tengo una lista de ideas para hacer hoy... ¿qué te apetece?

—¿Y si nos quedamos en la casa sin bañarnos? Es más… subimos la calefacción y nos quedamos sin ropa.

—Claro, eso te encantaría, pero no… te falta vitamina D. ¡Mira lo triste que andas!

—Si fuera tan fácil…

—Uff es facilísimo… Bueno tengo una idea, aprovechemos la mañana para ir a la Plaza Mayor, comemos por ahí, en la tarde vamos a la pista de patinaje y en la noche nos vamos de fiesta. ¿Qué opinas?

—¿En serio Tati?

—¿Tienes una mejor idea?

Resuelto a no dejarse sacar de la casa, se abalanzó sobre ella para besarla, pero Tatiana, igualmente terca, no se dejó vencer tan fácil.

—Vale, nos quedamos en la mañana, vamos a comer a la Plaza Mayor, venimos a hacer la siesta y en la noche… nos vamos de fiesta.

Después de más de dos semanas en Madrid, Pablo no había ido a la Plaza Mayor. Sus pocas salidas tenían siempre como objetivo comprar algo que necesitara. Con los meses viajando se había vuelto muy hábil para ubicarse y navegaba muy bien el complejo

sistema de calles de Malasaña, había recorrido buena parte de la ciudad en metro, le gustaba a veces bajarse en alguna estación sobre la Gran Vía para dejarse deslumbrar por la arquitectura de los edificios, y a pesar de haber estado en la Puerta del Sol un par de veces, no se había aventurado esas pocas cuadras que le faltaban para llegar a la enorme plaza.

Entraron por la puerta de la calle de la Sal. A Pablo le pareció que las paredes de color amarillo y los ángulos agudos de las construcciones le daban imponencia a la construcción ocre que se veía a través del arco al que llamaban "puerta". Adentro lo impresionó lo grande que se veía el espacio, la uniformidad de los edificios de cuatro plantas con sus columnas y arcos de concreto, las puertas-balcones de color blanco, los techos grises y esas pequeñas torres angulares. Tatiana le mostró los murales en la fachada de la casa de la panadería, donde las banderas, el escudo, los relojes y la corona metálica complementaban el estilo real del edificio. En frente, la casa de la carnicería también se mostraba imponente con sus paredes color terracota y en medio de ambos edificios la estatua de Felipe III. El sol del mediodía empezaba a calentar un poco y la plaza se iba llenando de locales y turistas que buscaban algún lugar para comer.

Pasaron la tarde haciendo siesta. Después de cenar Pablo pensó que ya no iban a ninguna parte cuando vio a Tatiana levantarse para ir a la ducha.

—¿Sí vamos a salir?

—Definitivamente. Ya te dije: nos vamos de fiesta… así es que arréglate.

—Pero Tati…

—Pero nada, que es la última del año y no me la pienso perder. Voy contigo o sin ti. Y creo que te gustaría venir conmigo.

No le dio más detalles, pero la vio ponerse un sensual *body* negro de encaje sin ropa interior, unos *jeans*, un suéter, botas y agarrar una chaqueta. Se maquilló más de lo normal y se alisó el pelo, nunca la había visto tan arreglada. El taxi los dejó en medio de un barrio solitario con fachadas industriales donde afuera de una puerta negra había un vigilante sentado en una silla de plástico iluminado por una luz tenue. Cruzaron un pequeño pasillo al final del cual una cortina de tela negra se abría ante una taquilla en la que Tatiana pagó cincuenta euros por entrar.

—¿Primera vez?

—Él sí, yo no. Yo le explico.

Luego de un pitido se abrió una puerta metálica y de repente el ruido estridente de la música y las luces iluminaron por unos momentos el pequeño espacio en frente de la taquilla. El lugar

estaba casi lleno, Tatiana lo llevó de la mano hacia el bar donde pidió dos vodkas y entregó un tiquete que le habían dado en la entrada. Se sentaron ahí mismo y ella lo besó más sensualmente de lo que él se sentía cómodo en público.

Pablo empezó a ser consciente del ambiente que lo rodeaba. Había parejas besándose, incluso del mismo sexo. La mayoría de las personas tenían muy poca ropa, algunos apenas se cubrían con una toalla y había quienes andaban sin nada encima. Tatiana lo notó nervioso y sin hablar le dio un recorrido por el lugar, que era un laberinto a media luz: cuartos en los que había camas de esquina a esquina con parejas o grupos teniendo sexo. Espacios pequeños donde otros se acariciaban, con ventanas a través de las que algunos curiosos observaban mientras se tocaban. Un *jacuzzi* en medio en el que parecía haber un grupo de amigos conversando mientras se besaban indistintamente. Sin mediar palabra terminaron en un corredor lleno de casilleros donde ella empezó a desvestirse.

—¿Qué haces?

—Me preparo… ¿Te gusta?

—No sé Tati… Este lugar…

—Tranquilo, no vamos a hacer nada que no quieras. Nadie va a tocarte, ni a mí, a menos que lo invitemos.

—¿Y ya habías venido?

—Sí, varias veces… Me gusta ver a otros teniendo sexo. ¿No te parece muy excitante?

En realidad era excitante. Pero no se sentía cómodo exhibiéndose. Ella se quitó toda la ropa a excepción del *body* y le alcanzó a él una bata. Se sentaron en la barra de nuevo a observar sin hablar mucho mientras se tomaban un par de vodkas más.

—Tati, no quiero estar acá. Lo siento.

—Pero cariño, ¿te estás aburriendo? A penas es la medianoche, en un rato se va a poner más animado.

—No es eso… no me gusta este sitio. ¿Podemos irnos?

Ella notó que de verdad estaba incómodo y no quiso presionarlo. Se vistieron de nuevo y regresaron al apartamento sin hacer demasiados comentarios en el camino.

Día 211

Desayunaron en silencio, cada uno pensando en lo que había pasado la noche anterior, mirando la comida, masticando lentamente. Pablo no entendía cómo a Tatiana podía gustarle un lugar así. ¿Cuántas veces había ido?, ¿con quién?, ¿por qué pensó que era una buena idea ir con él?, ¿ya se había cansado del sexo juntos? Era claro que ella tenía mucha creatividad en la cama (y en la cocina, y en la ducha, y en el carro, y al aire libre... podía hacer

el amor en cualquier lugar y a cualquier hora), pero él pensaba que a los bares *swinger* solo iban parejas sumidas en la monotonía o que querían ser infieles "con permiso".

A Tatiana la reacción de Pablo la sorprendió profundamente. Si bien no era el amante más innovador del mundo, tampoco lo había sentido nunca como un mojigato. Ella había ido tres… tal vez cinco veces con algunas parejas anteriores, le parecía un ambiente bastante seguro en el que había mucho respeto, era como ver porno en vivo y en directo (menos perfecto y sin tanto *close-up*) y, además de parecerle excitante jugar a exhibirse y también ser voyerista, había aprendido un par de cosas en esas noches en que no había prejuicios. Solo había tenido sexo una vez con otra pareja con la que desde el inicio de la noche la conexión había sido muy fuerte y recordaba la experiencia como algo que había incrementado la intimidad, la confianza, el placer y el amor con su exnovio.

—Tati… voy a seguir el viaje después de Reyes. Estos días en tu casa fueron lo mejor que pudo pasarme, necesitaba tener este espacio de descanso; ¿cómo decirlo? unas vacaciones dentro de las vacaciones para poder seguir.

Ella sonrió con dulzura mientras intentaba entender lo que había detrás de sus palabras. Ya había aprendido que él no era tan directo como estaba acostumbrada, sus amigas le decían que era algo de los latinos: siempre intentando ser diplomáticos en lugar de decir las cosas de frente.

—Me alegra que hayas encontrado este espacio aquí y conmigo. ¿Qué vas a hacer?

—Sudeste asiático. Todavía no sé en qué orden o cuáles países, tengo que revisar qué visas puedo sacar y dónde.

Trabajando en turismo la impresionaba que aún el mundo estuviera lleno de barreras. La mayoría de las visas no eran más que un negocio y, siendo así, bien podían simplemente cobrar una tasa al ingresar al país. Algunos decían que era la forma de identificar delincuentes, de evitar que los inmigrantes se movieran sin restricción hacia países más prósperos para quedarse. Sin embargo, pocos consulados pedían documentación relevante, eran menos los que revisaban los datos y posiblemente ninguno constataba su veracidad. Para ella como española era muy fácil, pero había visto con algunos de sus clientes y con Pablo cómo dependiendo de la nacionalidad algunos eran tratados como ciudadanos de segunda clase, con procesos complicados, demorados y costosos, para obtener una visa a pesar de que con su viaje aportaban a la economía del país.

Estuvieron toda la tarde revisando la posible ruta, definiendo cuál podría ser el orden y el tiempo en cada país, calculando el

presupuesto, identificando los principales atractivos de cada uno. La emoción del itinerario por venir, de los lugares a los que tal vez ella podría ir para pasar unos días juntos, transformó la distancia del desayuno en una noche apasionada después de la cena.

Día 212

Aunque Tatiana no era fanática de irse a la Puerta del Sol en la celebración de Nochevieja, le pareció que podría ser una tradición importante para Pablo. Él le había contado que en Colombia muchas familias se reunían generalmente en las fincas y mataban un marrano del que usaban todo el cuerpo para preparar diferentes platos, algunos los comían ese mismo día y otros los refrigeraban para consumir después.

—¿Me estás diciendo que matan el cerdo en frente de todos?

—Sé que suena horrible… pero sí. Obvio no lo mata cualquiera, va alguien que sepa hacerlo… para que no sufra… tanto.

—¿Y no eras tú el que decía que la carne viene del refri?

—Mmmm bueno no es que me quede ahí mirando cómo matan al pobre animal, me gusta más armar el "año viejo".

La parte del "año viejo" le pareció más divertida e inclusive él le mostró algunas fotos en Internet donde podía ver la creatividad de quienes hacían los muñecos que a la medianoche se encendían como un símbolo para dejar atrás las cosas malas del año. Aunque en Colombia también se seguía la tradición de comer las uvas a él siempre se le olvidaba pedir los deseos.

Se encontraron minutos antes de la medianoche con varios amigos de Tatiana y su hermano menor en la plaza del Sol, ya llena de gente. Pablo iba más abrigado que cualquiera. Después de que cayó la bola de la torre del reloj y cuando empezaron a sonar los cuartos, las campanadas previas a las oficiales, Tatiana tuvo que detenerlo para que no comenzara todavía "¡cuidado que es de mala suerte!". Al llegar el momento todos comían las uvas a gran velocidad mientras contaban las campanadas que sonaban cada tres segundos ¿cómo podían además recordar doce deseos diferentes? "Salud para mí, para mi mamá, para mi papá, para Tatiana, para el resto de mi familia, para la familia de Tatiana… para Sofía, para Sofía, para Sofía, para Sofía, para Sofía, para Sofía".

Día 213

Sofía:

Feliz Año Nuevo. Espero que hayas pasado una feliz Navidad y que este año traiga mucha salud en tu vida. Quiero que sepas que no te guardo rencor por estar con Federico ni por haberme pedido el divorcio. Lamento haber reaccionado mal y estoy

dispuesto a que hablemos otra vez del tema, si es lo que quieres.

Pablo.

Sofía:

Espero que estés muy bien y que la Navidad haya sido maravillosa para ti y tu mamá. Yo la pasé en Madrid y debo admitir que tenías razón: es una ciudad impresionante. Han sido días de descanso en los que he podido asentarme un poco, tener tiempo para pensar y recargar baterías. Voy a estar una semana más acá antes de seguir mi viaje hacia el sudeste asiático, aunque tuve que cambiar un poco la ruta que habíamos diseñado para ajustar los tiempos.

Me siento triste de empezar este año sin ti, pero más aún de haberte tratado mal la última vez que hablamos; espero que no me guardes rencor, avísame si quieres que te llame.

Te mando un abrazo y mis mejores deseos para este nuevo año.

Pablo.

Sofía:

Estoy en Madrid. Ella se llama Tatiana, como ya lo sabes. Es una buena mujer y me ha sostenido en momentos difíciles durante este viaje. No te diré que es insignificante, o que ha sido solo atracción física, eso sería irrespetarlas a ambas. No decidí ocultártelo, simplemente nunca encontré el momento. Fui cobarde y las cosas se me salieron de las manos.

Hoy está empezando un nuevo año y tú y yo no estamos juntos; no porque estemos lejos, la distancia no es lo que ha abierto este abismo entre nosotros, he sido yo: descuidándote y pretendiendo ocultar lo que está pasando. Sé que es un abuso pedirte que me perdones, pero no puedo seguir viviendo una segunda vida mientras no puedo sostener ni siquiera la primera.

Estos días en los que he tenido más tiempo he pensado mucho en la forma en que te juzgué por saber que Federico estaba de nuevo en tu vida y me doy cuenta de que fui un egoísta, no tenía (no tengo) ningún derecho a reclamarte que haya alguien más a tu lado.

Sofía. Te amo. Infinitamente. No lo dudes ni hoy ni nunca.

Perdóname.

Pablo.

No llegó a escribir un cuarto mensaje, sabía que igual tampoco se lo enviaría. Armándose de valor mientras Tatiana se duchaba antes de irse a dormir, le marcó a Sofía al celular pero la llamada se fue al buzón de voz y colgó sin decir nada.

Día 217

Cuando Pablo se dio cuenta de que sería su última semana en Madrid empezó una carrera contra reloj para empaquetar en siete días lo que no había hecho en más de veinte. Armado con una lista que Tatiana le había hecho y un mapa plegable que le servía más para ir tachando los lugares a los que iba yendo que para ubicarse, recorrió sistemáticamente todas las versiones de los "Diez lugares para ver en Madrid": avenidas, plazas, edificios notables, museos, mercados, parques… todos los sitios que le parecieron relevantes.

Ese viernes cuando Tatiana llegó después del trabajo lo encontró cargado de energía, embriagado de todo lo que se había llevado de la ciudad en los últimos días. Ella, en contraste, había tenido una semana con muchos problemas: algunos clientes insatisfechos en un viaje a Cancún, otros que habían perdido el equipaje en su ruta a Sudáfrica y unos más que se habían chocado en un recorrido por la costa oeste de Estados Unidos. Habría querido llegar a su casa y encontrarla oscura y en silencio, darse una ducha, servirse una copa de vino y meterse a la cama sin hablar con nadie.

Mientras subía por las escaleras el sonido de *Stolen dance* se iba haciendo más fuerte, hasta que al abrir la puerta interrumpió a Pablo que parecía en trance cantando el coro de la canción. Sobre la mesa de la sala algunas velas iluminaban las copas ya servidas y ella sonrió pensando en todas las cosas que él ignoraba con respecto al buen vino, como por ejemplo no dejarlo a temperatura ambiente cuando subía drásticamente la calefacción. De inmediato sintió el olor dulce de los tomates al horno y el sabor un poco ácido del queso de cabra en el beso que él le dio para recibirla.

—Toco tu boca…

—Con un dedo toco el borde de tu boca…

Y los cíclopes se miran. El cansancio de Tatiana se escurre entre las manos tibias de Pablo que la ayuda a quitarse el exceso de abrigo. Él le alcanza la copa y dan un sorbo en simultánea saboreando anticipadamente las bocas que en cuestión de segundos ya están besándose. La cena puede esperar, el hambre del otro es inaplazable. Cada uno se desviste intentando ser el más rápido. Aún de pie se observan con detenimiento sabiendo que pronto volverán a extrañarse. Y se besan. Se acarician. Se muerden. Se lamen. Se aprietan. Se recorren. Se buscan. Se encuentran. Se apartan. Se unen. Se alimentan.

Día 219

Se levantaron temprano para tomar el tren hacia Toledo. Después de la media hora que duró el recorrido caminaron desde la estación hacia el centro histórico, divisando el imponente Alcázar

mientras cruzaban el río Tajo por el puente de Azarquiel. La enorme fortificación, construida en la parte más alta de la colina, era solo una de las muchas referencias árabes que aún quedaban allí.

Hacía frío y apenas se detuvieron un par de minutos a tomar fotos del perfil de la ciudad y su reflejo en el río. Sin tener un rumbo fijo, recorrieron las callejuelas de Toledo dejándose llevar por sus propios recovecos. Tatiana había ido decenas de veces así es que dejó a Pablo elegir la ruta, sorprenderse por los lugares que parecían elegidos al azar como la plaza de Zocodover, la judería, el museo del Greco y la ermita del Cristo de la Luz.

Se divertía mostrándole los contrastes entre las construcciones judías, cristianas y musulmanas o explicándole la diferencia entre la arquitectura barroca de la iglesia de San Ildefonso y el estilo gótico de la catedral de Santa María. Comieron mazapanes en diferentes tiendas, probando y comparando los sabores de cada uno hasta que se hartaron del gusto almendrado tan diferente a las preparaciones con leche condensada que él hacía con sus primos cuando eran niños.

De regreso a Madrid Pablo observaba a Tatiana durmiendo, la cabeza apoyada contra la ventana con una mueca que a pesar de ser extraña transmitía tranquilidad. Solo le quedaban algunas horas más con ella y sentía que algo le empezaba a doler por dentro. Pensaba en la última vez que vio a Sofía, las promesas sobre el futuro, el amor que se haría más fuerte en la distancia, la honestidad que se juraron sin importar lo que pasara. Y ahí estaba él. Sin saber de ella hacía varias semanas, enamorado de otra mujer, a punto de aventurarse en un nuevo continente, pensando cómo (esta vez sí) cumplir con lo pactado y construir un futuro juntos.

Día 220

Como si fuera un día más, se levantó más temprano que Tatiana para hacerle el desayuno. Ella lo veía desde la cama batiendo los huevos, cortando la fruta, preparando el café. Le dolía algo que no reconocía al pensar que en pocas horas ya se iría de Madrid, que esa noche cuando regresara al apartamento lo encontraría oscuro y en silencio. Él estaba más callado que de costumbre, no había abierto la aplicación en la que escuchaba esa emisora colombiana que oía todos los días y hasta parecía que por primera vez en casi un mes hacía silencio para no despertarla.

Estaban llenos de preguntas pero temían las respuestas. ¿Cuándo nos volveremos a ver? ¿Hablaremos todos los días? ¿Cuánto nos durará el amor?

Ella lo mira con ternura. Él le sostiene la cara con las manos. Ella aprieta los labios para no llorar. Él la abraza para no llorar. Ella

le dice que lo ama. Él la mira y le limpia una lágrima antes de que salga. Ella lo abraza más fuerte. Él le acaricia la espalda por debajo de la pijama. Ella lo besa, muy despacio. Él la levanta de las caderas. Ella lo abraza con sus piernas. Él la lleva hasta la cama. Ella se quita la pijama y se suelta el pelo. Él la mira, la admira, le dice que la ama. Ella se deshace de la ropa que le queda. Él hace lo mismo. Ella mira el reloj sobre la mesa de noche, va a llegar tarde al trabajo. Él le dice que Aitor lo entenderá. Ella lo besa con desesperación, queriendo beberse toda esa boca que aún sabe a café colombiano. Él la besa con delirio, intentando contener en un beso esa pasión que vive en ella. Tatiana se mueve para ponerse sobre él. Pablo piensa que es la mujer más linda del mundo. Ella lo acaricia minuciosamente, intentando grabarse cada recorrido de su cuerpo. Él cierra los ojos para detener el tiempo. Ella siente el calor entre sus piernas. Él siente esa humedad que se derrama de ella. Ella besa su sexo, lo lame, lo tienta. Él abre los ojos para verla disfrutar. Ella lo besa. Él siente su propio sabor. Ella le pone un condón y se sienta sobre él muy lentamente. Él la agarra de las nalgas para sentirla más profundo. Ella se acaricia los pezones mientras se mueve un poco más rápido. Él la ama. Ella a él.

Se despiden como si fuera un día más. Llenos de preguntas. Temiendo las respuestas.

CAPÍTULO 8

Día 221

Intentando regresar a su rutina cuanto antes, Sofía le pidió a Cristina que retomaran los preparativos para la boda. Quedaban más o menos seis meses y estaban tarde para definir algunos temas importantes como la música, el vestido, el fotógrafo y la lista de invitados. Pasaron la tarde con Sara revisando los detalles. Cuando llegó el momento de definir dónde sentar a Pablo durante la recepción Sofía simplemente les dijo que lo sacaran de la lista.

No estaba enojada con él, pero solo escuchar su nombre le producía un vacío en el estómago, un dolor en el que parecía que el amor se había hecho pequeño y el espacio que dejaba no sabía cómo acomodarse. Todos los días pensaba en él, revisaba su correo para ver si le había escrito y lo había visto en Madrid en un par de fotos de Tatiana. Aún no había decidido si seguir adelante con el divorcio pero quería definir la parte económica, no era justo que siguiera gastándose los ahorros de los dos mientras estaba con otra viajando por el mundo, y ese dinero ella podía usarlo para mejorar sus condiciones o incluso considerar el tratamiento japonés que cada día parecía más prometedor.

Día 222

Pablo se rehusaba a volver a la realidad del viaje: sentía resistencia a nivel físico, mental, emocional. Dejar a Tatiana, su apartamento en Madrid, esa pequeña rutina que había construido con ella le estaba costando más de lo que se imaginaba. Ahora estaban separados por seis zonas horarias y él contaba los minutos esperando a que ella se despertara para hablarle y sentir que la conexión seguía intacta. Por su miedo a perderla estaba lleno de todo tipo de inseguridades.

Estar en Asia era impactante después de casi un mes en Madrid y más de seis en África. Myanmar no era un destino tan famoso ni tan preparado para los turistas como sus vecinos: Tailandia, Camboya o Vietnam. Para él había sido sencillo tramitar la visa por Internet y según Tatiana ahora era un destino de moda; recién salido de una larga dictadura militar después de haber enfrentado el comunismo y tres períodos de colonización británica, era la joya en bruto del Sudeste Asiático y a donde querían ir todos los viajeros en busca de un país que aún era auténtico.

Recorrió algunas cuadras alrededor del hostal en el barrio chino cerca al centro de Rangún. Había mucha gente en la calle, a todas

horas, incluso de noche. Notó que algunos hombres iban vestidos con faldas, las tradicionales *longyi* que les llegaban hasta los tobillos, y pudo ver mujeres con las mejillas cubiertas de *thanakha*, una crema blanca seca.

Día 223

Caminó hasta Shwedagon Paya, la pagoda más importante del país con más de dos mil quinientos años de antigüedad. En el mapa parecía cerca, pero le tomó casi una hora llegar y la humedad le afectó más de lo que esperaba: no eran las diez de la mañana y llegó bañado en sudor. El templo es muy relevante para los budistas porque hay varias reliquias importantes, entre ellas ocho cabellos de Siddharta Gautama. La estupa, de cien metros de altura, está cubierta por aproximadamente sesenta toneladas de oro macizo y en la corona superior se dice que hay innumerables piedras preciosas, incluyendo una colección de más de cuatro mil quinientos diamantes.

Alrededor de la pagoda hay pequeños templos en los que, según el día de su nacimiento, los locales reverencian a un dios diferente en un ritual en el que lo bañan con agua. Pablo había nacido un jueves y según la astrología birmana lo representaba la rata. Todos esos rituales le parecieron fascinantes y con curiosidad llenó de preguntas al guía que contrató para el recorrido, mientras iba anotando los datos más importantes en su pequeña libreta.

Terminó el día caminando alrededor del lago Kandawgyi donde una turista francesa se le acercó para pedirle que le tomara una foto. Resultó que estaba hospedada en un hotel cerca al de Pablo y caminaron juntos hacia el centro. Ella pensaba quedarse durante un mes en Myanmar y su principal objetivo eran las playas hacia el Sur mientras que él tenía planeada una ruta hacia el Norte.

Día 224

Mensaje de Sofía: Necesito que hablemos, avísame cuándo te queda fácil.

Después de enviar el correo se arrepintió. Habría sido mejor escribirle de una vez lo que necesitaba definir con él, tenía miedo de escucharlo y que su voz le trajera tantos recuerdos y sentimientos que ya estaba empezando a asentar.

Sofía:

Estoy en Rangún y salgo esta noche para Bagan en bus. ¿Podrías mañana como a las 2 p. m. de Colombia?

Pablo.

Tenía miedo de hablar con ella. Que le pidiera otra vez el divorcio, pero más de escucharla y despertar todo lo que sentía. Antes de tomar el bus, llamó a Tatiana para sentir que todavía tenía una conexión a tierra.

Día 225

Bagan es una ciudad arqueológica en la que entre los siglos XI y XIII se construyeron más de cuatro mil templos. Pablo llegó justo antes del amanecer, dejó su equipaje en la recepción del hotel, se cambió la ropa en el baño del *lobby* y salió a correr mientras decenas de globos se elevaban en el horizonte.

A escasos metros vio el primer templo, un poco más allá el segundo y rápidamente uno tras otro fueron surgiendo en su recorrido. Se contuvo de visitarlos concentrándose en poner un paso adelante del otro, en las ideas que le daban vueltas en la cabeza, en la resistencia de sus músculos que llevaban varios meses perezosos.

Esa tarde tomó un tour del hotel para ir al monte Popa donde un monasterio coronaba la imponente meseta. En el lugar había decenas de tiendas que vendían desde artesanías hasta los mismos productos *Made in China* que hay en todas partes. Durante el ascenso de 777 escalones, que se hacía descalzo, se encontró con algunos pequeños monumentos budistas y con cientos de monos que prácticamente exigían a los peregrinos alguna ofrenda.

Una vez en la parte más alta, la vista era la verdadera recompensa. Intentando pensar que algo había de sagrado en ese lugar, cerró los ojos por unos momentos buscando la paz y la sabiduría necesarias para el momento de llamar a su esposa.

> *Mensaje de Sofía: Estuve pensando y no hace falta que hablemos. Ya nos hemos alejado lo suficiente para que no valga la pena mantener este matrimonio a distancia y aunque no sé qué te han dicho o qué te has imaginado de mi relación con Federico, la verdad es que solo es un buen amigo que me ha apoyado en los momentos más difíciles de estos meses. Imagino que me juzgas cuando en realidad te juzgas a ti mismo y tu relación con la española, eso quedará en tu conciencia. Yo anticipé que conocerías a alguien y te enamorarías así que no me sorprende, pero debo admitir que me duele que nunca me lo hayas contado. Que nos divorciemos o no, no tiene importancia, sin embargo quiero definir nuestra situación económica y te propongo que hagamos una liquidación de la sociedad conyugal. Te adjunto la relación que hice para que revises si estás de acuerdo y que cada uno disponga de su parte del patrimonio como mejor lo considere.*

Le había tomado horas escribir ese párrafo. Horas y lágrimas. Horas, lágrimas y rabia. Sin embargo había intentado ser lo más equilibrada y sensata posible, no quería iniciar una guerra, más bien llegar a una conciliación que fuera justa para ambos, pero había cosas que no podía callar.

Pablo leyó el párrafo y lo releyó varias veces. Intentaba interpretar todo lo que Sofía no decía. ¿Por qué no quiso que

hablaran?, ¿también tenía miedo de escucharlo y sentir que seguía enamorada? ¿O pensaba que él la iba a maltratar como la última vez? Si la enfermedad había avanzado rápido... tal vez no podía hablar. ¿Acaso se habría ido con cualquier buen amigo a pasar la Navidad a Cartagena?, ¿y con la familia de ambos? ¿De qué momentos difíciles hablaba? ¿Cómo podía sugerir que su relación con Tatiana estaba al mismo nivel de su infidelidad con Federico?... Tenía razón al reclamarle que no se lo hubiera contado, él sabía que tarde o temprano eso saldría a relucir… y ¿por qué ya no era importante el divorcio?, ¿acaso terminó con Federico? ¿Para qué quería el dinero? ¿Tenía resentimiento porque él siguiera viajando? ¿Aún lo amaba?

Día 226

Seguía dando vueltas sobre qué responderle a Sofía. Ella tenía razón en el tema económico, era algo que debían resolver, pero le daba miedo lo que significaba. Si cuando regresara a Colombia Sofía aún… Si al regresar a Colombia quería estar con Sofía… Si volvía a Colombia… Tenía demasiada incertidumbre: ¿iba a regresar? ¿Quería estar con ella? ¿Seguiría con vida?

No había mejor terapia para sacarse las dudas de la cabeza que salir a correr. De nuevo atravesó una buena parte de Bagan, esta vez aventurándose por algunas de las empolvadas carreteras secundarias donde debía tener cuidado todo el tiempo con los turistas en sus motos eléctricas. Ese día él mismo alquiló una y visitó algunos templos principales: Htilominlo donde resaltaba el trabajo en ladrillo; Upali Thein, mucho más pequeño pero lleno de pinturas antiguas que conservaban sus colores; Ananda con enormes estatuas de Buda en cada uno de los puntos cardinales y más de mil quinientas imágenes en piedra que representaban la vida de Siddharta Gautama; Thatbyinnyu, el más alto de la ciudad con varios pisos y terrazas; y finalmente Pyathada Paya, donde buscó un buen lugar para observar el atardecer.

Lo impresionó que cada construcción tenía su propio estilo, casi como una personalidad independiente, a diferencia de las iglesias católicas que eran todas muy parecidas entre sí.

Sofía:

Gracias por adelantar este trabajo. Déjame revisarlo con calma antes de darte una respuesta.

Pablo.

Día 227

Aunque habría querido ver el amanecer en globo, el precio era alto y decidió irse muy temprano al templo Shwesandaw desde

donde cientos de turistas como él buscaban la mejor ubicación para ver el sol nacer con el templo Dhammayangyi al fondo, una construcción con forma piramidal que resaltaba entre todas las que había alrededor.

Con del amanecer decenas de globos aparecieron en el horizonte: siluetas perfectas que contrastaban con las tonalidades intensas del cielo. Después de desayunar recorrió algunos templos más. El calor era constante pero había pequeños mercados alrededor de las construcciones en los que vendían agua de coco, ideal para refrescarse y reponerse. Algo que le llamó mucho la atención fue ver a los birmanos visitar los templos con auténtico fervor. Más allá de la gran cantidad de extranjeros que variaba según lo famosa que fuera cada una de las construcciones, se veían grupos de locales que habían viajado desde todos los rincones del país para honrar a Buda. No se trataba solo de una atracción turística, Bagan realmente era un lugar sagrado para gran parte del pueblo de Myanmar.

Esa noche tomó un bus hacia Kalaw, debía aplazar al menos un día más la conversación con Sofía.

Día 228

Federico acompañó a Sofía a la revisión médica. Su cuerpo había respondido muy bien a la traqueotomía y el doctor Ramírez estaba optimista. Hablaron del tratamiento con el medicamento japonés: el movimiento en Internet estaba generando conciencia y la red de pacientes venía muy activa, el siguiente paso era adelantar acciones legales para que el gobierno aprobara el tratamiento y que algunos pacientes pudieran recibirlo.

Después de cenar, Federico le contó a Sofía que estaba considerando involucrarse más en el sector público: en el último año había trabajado con varios políticos en quienes veía buenas alternativas para el país en las siguientes elecciones, y en un reciente viaje a Bogotá algunos miembros del partido lo habían invitado a que se postulara a un cargo local para que empezara su carrera política.

A Sofía la noticia no la tomó por sorpresa. Federico siempre había estado interesado en el tema y solía participar activamente en las acciones del partido, incluso le parecía que se había demorado en comenzar.

—Pero falta más de un año y medio para eso, ¿no?

—Sí mi vida, pero debo prepararme, quiero ser un político de los buenos.

—¿Y qué tienes que hacer?

—Primero definir si me postulo al Concejo o a la Asamblea. Eso

no depende solo de mí… En paralelo empezar a desarrollar mi marca personal, mi plan de trabajo, prepararme en el conocimiento de la Ciudad o del Departamento... En realidad pareciera que falta mucho tiempo pero ahora que soy desconocido es importante planearlo todo. Además, es bueno que me vean apoyando al candidato a la presidencia.

—Bueno… suena muy bien, te felicito.

—¡Gracias! Voy a necesitar mucho de tu apoyo.

—¿En serio? ¿Cómo?

—Principalmente tu apoyo emocional; yo sé que este no es un camino fácil, y si alguien sabe de superar dificultades eres tú.

No habían vuelto a hablar de su relación y de nuevo llevaban una vida de amigos cercanos; eso a Sofía le generaba mayor tranquilidad y la liberaba de la presión que había sentido en diciembre antes de la crisis. Estaba emocionada de verlo cumplir sus sueños y de que la invitara a acompañarlo en el proceso.

Día 229

Sofía:

Revisé la lista y en principio me parece bien. Salgo hoy para una caminata de cuatro días, pero me gustaría que hablemos cuando tenga conexión otra vez.

Saludos,

Pablo.

La lista no le parecía bien, nada de lo que estaba pasando tenía sentido, pero iba a empezar la caminata temprano y por la diferencia horaria no alcanzaba a hablar con ella antes de salir, así que prefirió enviarle ese mensaje y posponer el tema una vez más.

Día 230

Sofía estaba muy ocupada con los proyectos que tenía en marcha: todos los días hacía alguna tarea relacionada con el matrimonio de Cristina y ahora había decidido involucrarse personalmente en la carrera política de Federico. No sabía nada del tema, lo que le pareció una ventaja a su favor más que un defecto, y empezó por hacer un plan de negocios como si se tratara de una empresa.

En su rutina él la visitaba al final de la tarde y ella aprovechaba y le hacía preguntas sobre sus ideales políticos para ir armando todo el plan antes de compartírselo.

—No pensé que te interesara tanto la política.

—Me pediste que te acompañe y es lo menos que debo hacer.

—Bueno, pues me encanta. Mañana tengo una reunión, ¿te

gustaría venir?

La tomó por sorpresa. Le parecía incómodo exponerse ante desconocidos, la silla de ruedas, el respirador… Pero era también algo emocionante: ser útil de nuevo y verlo a él en su ambiente.

—No te asustes, no es nada formal. Voy a verme con un par de compañeros de la universidad que quieren apoyarme. Creo que a uno lo conoces… Camilo Jaramillo, ¿te suena?

—Sí claro, muy querido…

—Sí bueno, Camilo y Daniela Escobar, con ellos voy a verme mañana en mi oficina.

—Mmmm bueno, voy contigo.

A pesar de que el correo de Pablo la había molestado en la mañana (un ejemplo perfecto de su manía de aplazar para no decidir), este nuevo proyecto la tenía muy contenta.

Día 231

Federico la recogió casi dos horas antes de la reunión, así podían llegar a tiempo ante cualquier imprevisto con la logística para ir a la oficina desde el apartamento. No hubo ningún contratiempo y Sofía aprovechó que llegaron temprano para presentarle el plan en el que había venido trabajando, advirtiéndole que aún era un borrador.

Él sabía que ella sería la mejor coordinadora de campaña, así se lo había vendido desde hacía varios meses a los directores del partido. Además de que era una mujer muy inteligente, los había convencido diciéndoles que no hay nada más irresistible que una buena historia y la de ella era perfecta: el suicidio de su padre, su lucha contra la enfermedad, el abandono del esposo que se fue a recorrer el mundo, la decisión de volver con él (el verdadero amor de su vida), el apoyo en su carrera política. Era el complemento perfecto para darle a su campaña un toque más humano sin bajarlo de los círculos elitistas en los que se movía.

Todo lo que había planeado había salido bien, e inclusive lo que no había previsto, como la crisis de diciembre y la traqueotomía, que al final estaban contribuyendo a su propósito: ahora ella podía hablar mejor y la cirugía le había extendido el tiempo de vida.

Lo único que todavía se le salía de las manos era el divorcio de Pablo pero había tiempo para resolverlo; según sus planes lo ideal sería que se pudieran casar justo después de que él anunciara su postulación, y faltaban algunos meses. Marta era su carta para lograr convencerla sin que sintiera que él la estaba presionando.

—¿Qué opinas?

—Sofi, no puedo creer que hayas hecho todo esto en un par de días…

—Bueno, un par de días y un par de noches. Además es solo una primera versión.

—¡A mí me parece perfecto! Creo que deberías trabajar oficialmente conmigo.

—No Fede, ¡¿pues cómo?! Es sólo para entretenerme.

—¡Nada de eso! Imagínate este plan en marcha, con tu inteligencia, tu apoyo… lo que podríamos hacer juntos.

Tuvieron que dejar la conversación iniciada cuando llegaron los amigos de Federico para la reunión. Él la presentó como su asesora y hablaron de las diferentes opciones y oportunidades que tenía: su recomendación era concentrarse en apoyar al candidato presidencial en los siguientes meses, aprovechar la exposición para darse a conocer en los barrios y postularse al Concejo de Medellín.

Sofía seguía la conversación con la adrenalina de sentirse útil otra vez. Pensaba en todas las veces que había renegado de su trabajo y lo emocionada que estaba de participar en un proyecto, ir a la oficina, opinar en la reunión y sentir que, aunque su cuerpo se estaba apagando, su mente estaba más despierta que nunca.

De camino al apartamento le confirmó a Federico que contaba con ella para trabajar en la campaña.

Día 232

Dentro de los planes de moda para los nuevos turistas de Myanmar la caminata de Kalaw al lago Inle estaba en el top de la lista. La mayoría tomaba una ruta de dos noches, pero Pablo, necesitando estar a solas con sus pensamientos, eligió la opción más larga pasando un día más en la montaña. En compañía de Ko Tha, el guía, y de Shi Ne, su ayudante, recorrieron un poco más de setenta y dos kilómetros durmiendo cada noche en las casas campesinas del camino. Durante el día se encontraban con su cocinero, el hermano del ayudante, quien se iba desplazando en moto de pueblo en pueblo para que así no tuvieran que cargar el mercado ni los implementos para cocinar.

Cada jornada trajo sus momentos especiales: el primer día almorzaron al lado de una cascada y visitaron una villa donde pudo ver el estilo de vida tradicional de los locales. En el segundo cruzaron un bosque tropical, varios lagos y tuvieron una hermosa vista de las montañas. El tercer día los protagonistas fueron los cultivos de ajo, chile, jengibre, trigo y plátano, adicionalmente se encontraron un pequeño perro que Ko Tha decidió adoptar y los acompañó hasta el final del camino. El último tramo los premió con un descenso en el que podían ver el lago Inle desde la montaña.

Ko Tha tenía siempre la boca manchada de rojo, como ensangrentada, y a pesar de tener apenas veintidós años, sus dientes

estaban completamente dañados. Pablo notó que todo el tiempo iba masticando buyo, una mezcla de tabaco, nuez y cal envuelta en hojas de betel que servía como estimulante. Shi Ne se negaba a consumirlo, a veces le decía que no quería dañarse los dientes y otras que la mezcla producía cáncer.

Desde su llegada al país Pablo había visto esta costumbre que al principio le había parecido muy desagradable ya que la mayoría de las personas escupían la pasta roja después de masticarla un rato, manchando las calles y dejando sus marcas en todas partes. Ko Tha le ofreció que lo probara después de comer el primer día: "es tan normal para nosotros como para ustedes tomar café". Pablo se negó cortésmente, pero al segundo día se sintió curioso y quiso probar un poco. Le pareció difícil mantener la pasta en la boca y pudo sentir que necesitaba escupir por el exceso de saliva. Después de unos minutos tenía más energía y todo le parecía un poco más divertido.

En la noche comprobó que no le había manchado los dientes, el tercer día se atrevió a masticar la pasta cada par de horas y cuando llegaron al lago ya él mismo preparaba la mezcla y formaba los pequeños paquetes con las hojas.

La conexión a Internet del hostal era terrible y la luz se iba varias veces al día… buenas excusas para cuando al fin decidiera hablar con Sofía.

Día 233

El lago Inle, con cien kilómetros de largo y en promedio cinco kilómetros de ancho, es el segundo más grande de Myanmar y el más turístico. Lo habitan los *intha*, los "hijos del lago": aproximadamente setenta mil personas distribuidas en doscientos pueblos y aldeas. Esa gran masa de agua rodeada de montañas es el hogar de un delicado ecosistema de pájaros, peces, reptiles e insectos, algunos de los cuales pudo observar en el recorrido desde donde se terminó la caminata hasta Nyaung Shwe, pueblo en el que estaba su hostal.

Pasó el día conociendo las calles del lugar que eran muy similares a las que ya había visto en el resto de Myanmar: niños jugando, basura, perros haciendo la siesta, vendedores de todo tipo de cosas, monjes y monjas, olores (a veces nada placenteros), ausencia de andenes, carros que no respetaban al peatón, monasterios, templos, estupas y sonrisas, todo mezclado con el tradicional saludo *mingalaba* que significa "somos bendecidos".

En la noche asistió a un espectáculo de marionetas tradicionales birmanas, un show que después de 1930 fue desplazado por la llegada del cine y que ahora solo sobrevive para los turistas. Allí se encontró a la salida con Yvonne, la francesa que había conocido en

Rangún, quien había decidido cambiar sus planes ya que estaba lloviendo mucho en la playa y se había aventurado hacia el Norte con otras tres chicas en busca de algún plan divertido.

Pizza, cerveza, buyo, música, cerveza, baile, miradas coquetas, pieles que se rozan, besos, caricias, el baño del bar, la habitación de Yvonne, besos, caricias, piernas entrelazadas, bocas hambrientas, condón, adentro, afuera, otra vez adentro, más fuerte, más rápido, fluidos, ducha, miradas ausentes, espalda contra espalda, ronquidos, vacío, resaca.

Día 234

Con un terrible dolor de cabeza Pablo se subió a un bote con Yvonne y sus amigas para navegar durante algunas horas el lago Inle. Ninguno de los dos parecía interesado en el otro, se sentaron en extremos opuestos y cada vez que se bajaban evitaban hacer juntos los recorridos por las aldeas y los talleres de artesanías.

Apenas unos minutos después de dejar Nyaungshwe se encontraron con los pescadores tradicionales del lago. De pie en uno de los extremos de sus pequeñas balsas, hacían equilibrio balanceándose en un juego curioso y delicado llevando en una mano una enorme cesta que usaban para sacar los peces. También visitaron talleres de telares, platería y tabaco.

Después de comer fueron a una aldea donde encontraron a las *padaung*, las mujeres de cuello de jirafa. Allí les explicaron que la tradición comienza a los nueve años con la instalación de los primeros cinco aros de cobre en el cuello y cada año se va agregando uno más hasta completar veinticinco. Esta estructura llega a pesar ocho kilos y es imposible removerla. Antiguamente se usaba para prevenir que los tigres cazaran a las mujeres, una precaución innecesaria ahora que estos grandes felinos están al borde de la extinción.

Mientras estaban en la explicación Yvonne comenzó a llorar y el llanto se convirtió en histeria. Se avalanzó sobre una de las mujeres queriendo quitarle los aros, quien asustada se arrastró hacia el fondo de la habitación. Tuvieron que sacarla de ahí a los gritos y cuando pararon en el monasterio Nga Phe para ver los gatos, Pablo se quedó con ella en el bote mientras seguía llorando ya casi en susurros.

De regreso al pueblo pudieron ver los enormes cultivos flotantes y el atardecer sobre el lago. Yvonne le habló de los crímenes contra las mujeres, la explotación, la denigración, el dolor de ver que aún existen estas costumbres aberrantes. Pablo se quedó a dormir con ella, abrazándola y consolándola cada vez que se despertaba durante la noche impresionada con lo que había visto.

Día 235

Pablo tenía un boleto para regresar al final del día a Rangún, pero se sentía responsable de Yvonne y no quería dejarla sola. Había pasado muy mala noche entre las pesadillas de ella y sus propios pensamientos, así que antes del amanecer decidió salir a correr para despejarse un poco.

Las calles eran territorio de los perros que a esa hora se unían en manadas para buscar tesoros en medio de la basura. Corría sin pensar mucho hacia dónde lo llevaban sus pasos mientras una leve neblina se levantaba sobre el pueblo haciéndole sentir que tenía más frío del que realmente estaba haciendo.

A lo lejos un suave murmullo iba emergiendo con el amanecer a la vez que algunas luces se encendían en las casas y una que otra puerta se abría. Eran los monjes recolectando la limosna de la mañana: un grupo de cerca de treinta jóvenes cubiertos con mantos vino tinto y formados en fila que recibían porciones de arroz a cambio de una bendición. Se detuvo a observarlos. Unos minutos después la misma escena traía a las monjas, muchas de ellas ni siquiera eran adolescentes, y con la cabeza rapada lo único que las diferenciaba del grupo de hombres era el color rosado en sus prendas.

Se quedó mirando a una de ellas quien le sonrió a lo lejos. No tenía una ofrenda para darle, pero ella, que no le llegaba ni a los hombros, se detuvo frente a él, cerró los ojos e hizo una oración, y antes de seguir su camino le pidió con gestos que se agachara y le tocó la cabeza. Esa sonrisa lo acompañó todo el día. Cuando regresó al hotel, Yvonne ya se había ido, le había dejado una nota dándole las gracias en la que incluyó su correo electrónico y teléfono francés.

Le escribió un mensaje a Tatiana contándole lo que había pasado los últimos días (sin mencionar a Yvonne) y dedicó el resto del día a tomar fotos del lago.

> Sofía:
>
> La conexión ha estado bastante mala pero mañana viajo hacia Tailandia. Te busco.
>
> Pablo.

Mensaje de Sofía: La conexión es lo suficientemente buena para que en lugar de darme largas me escribas lo que me tengas que escribir, no tenemos que hablar.

Día 236

Después de haber sufrido el transporte público en África, la experiencia en Myanmar era muy diferente: buses amplios con sillas reclinables, televisor individual, botellas de agua gratis, un pequeño

kit en el que había un cepillo de dientes y crema, e inclusive conexión a Internet. Adicionalmente, el asistente del conductor pasaba con frecuencia ofreciéndoles algunos *snacks* y cobijas para quienes tuvieran frío. Después de la noche que había pasado se quedó dormido casi todo el trayecto.

De la estación de buses se fue directo al aeropuerto donde tuvo algunas horas para revisar el archivo que le había enviado Sofía sobre sus finanzas. Todo estaba allí, hasta el último peso. Era doloroso ver lo que habían construido juntos en una hoja de cálculo. Su apartamento en Medellín del que aún debían una buena parte pero que se pagaba con el arriendo, las cuentas de inversiones de cada uno que habían crecido después de que vendieron los carros y trasladaron el dinero de las cesantías, las acciones que le había transferido Luis a ella unos días antes de suicidarse, el fondo que habían creado para pagar todos los gastos del viaje y las cuentas de ahorros con las que cubrían los gastos cotidianos.

Sofía proponía una distribución equitativa y el archivo estaba lleno de anotaciones en las que explicaba cómo debían proceder con cada cosa. Sugería que excluyeran las acciones ya que quería pasárselas a su mamá; que él se quedara con el apartamento (incluyendo la deuda) y con el fondo para el viaje. Ella en compensación se quedaría con las cuentas de inversión. De esa manera él podría terminar el viaje sin contratiempos y tener una propiedad cuando regresara y ella tendría el dinero suficiente para seguir manteniendo sus gastos médicos por lo menos durante cinco años. ¡¿Cinco años?! Se dio cuenta de que había algo que no sabía.

Día 237

Al igual que muchos otros, Pablo pensó que el amor era para siempre. Enamorarse de Sofía había sido fácil, casarse con ella era lo más lógico, soñar con un futuro juntos fue lo que hizo desde que se hicieron novios. Cuando llegó la enfermedad la dinámica de su relación cambió y él se sentía perdido. Ella dejó de ser la mujer que todo lo tenía planeado para llenarse de dudas. En lugar de tener la vida bajo control de repente se derrumbaba y se ponía a llorar. Pasó de ser el centro de atención con su conversación a donde fuera, a quedarse callada en cualquier círculo social. Él no sabía cómo comportarse. Cómo seguir siendo su esposo. Cómo apoyarla. Cómo llenar esos vacíos que ella iba dejando y que él nunca había dominado.

Ahora se daba cuenta de que irse de viaje había sido su forma de escapar a esa nueva cotidianidad que estaba tan lejos de su rutina. A todo eso que no sabía cómo sortear. A su incapacidad de navegar en medio de los altibajos de Sofía, de sus silencios, de sus ataques

de ira. Ella... ya no era la mujer de la que se había enamorado (intentó no detenerse en ese pensamiento) y él… tampoco era el mismo. Pero (maldita vida) aún la amaba. Amaba a esa mujer a la que no podrían cambiar la enfermedad, ni la distancia, ni el tiempo.

Logró comunicarse con su mamá después de intentarlo varios días. Los primeros minutos estuvieron llenos de esas preguntas comunes que ya él se sabía de memoria: ¿te estás alimentando bien? ¿No te has vuelto a enfermar? ¿Vas bien con la plata? ¿Qué clima hace? ¿Cuándo vas a volver?

—¿Por qué siempre me preguntas eso si ya sabes que vuelvo a principios de junio?

—Pues hijo… por si has cambiado de opinión.

Cecilia se había acostumbrado a no volver a mencionar a Sofía, pero esta vez él necesitaba saber lo que estaba pasando.

—Sofía me pidió que hiciéramos una separación conciliada. ¿Qué opinas?

—No sé hijo… ¿tú qué has pensado?

—Pues mamá, si ella ya está prácticamente viviendo con el exnovio, ¿para qué vamos a seguir casados?

—¡Deja de ser tan atrevido que no tienes ni idea de lo que estás diciendo!

Nunca había escuchado a su mamá tan enojada… En realidad nunca la había escuchado gritar. Fue entonces cuando le contó que Federico le había propuesto matrimonio a Sofía pero ella no había aceptado, que se había enfermado en diciembre, que había estado hospitalizada más de tres semanas, que le habían hecho una traqueotomía y ahora tenía que vivir con un respirador artificial, que si de repente pesaba cuarenta kilos todos se alegraban, que Federico le había dado un trabajo para evitar que se deprimiera.

—¿Pero por qué no me contaste antes?

—¿Me estás hablando en serio? ¿Cuántas veces intenté decírtelo?

Su mamá tenía razón. Muchas veces había tocado el tema y él la había frenado. Le pidió que le contara todos los detalles y después de que colgaron los repasó de nuevo intentando decidir qué hacer con su vida. Tal vez un par de cervezas le ayudarían a pensar mejor.

Día 238

Una semana después de aceptar el trabajo con Federico, Sofía ya estaba completamente empoderada de su rol de asesora de campaña. Había completado el plan de trabajo y estaba ahora enfocada en organizar las diferentes tareas, estableciendo objetivos, puntos de control e indicadores. Aunque él le había dicho que todo lo podía hacer desde la casa, a ella le parecía emocionante ir a su

despacho y estar más cerca de lo que pasaba.

Estando todo el día cerca de él recordó por qué se había enamorado la primera vez: era un hombre cautivador. Sabía muy bien construir relaciones con los demás, se hacía una buena impresión de cada persona que conocía, se aseguraba de aprenderse su nombre, de hacerle preguntas relevantes, de mostrarse interesado por su vida. Tenía varias técnicas que aplicaba, pero la infalible era crear en el teléfono los nuevos contactos con la mayor cantidad de detalles posible. No se limitaba como la mayoría a poner el nombre y el número, él escribía en las notas dónde se habían conocido y si tenían amigos en común. Dependiendo de qué tan relevante le parecía la persona, intentaba tomarse alguna fotografía con ella o al menos incluía una descripción física que le ayudara la siguiente vez que lo contactara. Tenía la cortesía de llamar a todos sus contactos en los cumpleaños, sin importar si eran amigos de infancia o recién conocidos. Aprovechaba para actualizarse un poco más sobre su situación (en dónde trabajaban, si se habían casado, nombres de los hijos…) y en algunos casos les enviaba regalos o los invitaba a un café. Era su rutina sagrada: siempre al mediodía dedicaba al menos media hora para fortalecer su red de contactos.

Ella admiraba su inteligencia para manejar toda clase de situaciones, la capacidad de analizar problemas y proponer alternativas e incluso, para qué negarlo, la forma en que se vestía y cuidaba cada detalle de su aspecto personal. Había caído de nuevo, completa y voluntariamente, en su red de seducción.

Día 239

Tatiana convenció a Pablo de que saliera del hotel. Aunque él no le había contado los detalles, le había dicho que se sentía deprimido y con ganas de regresar a Colombia.

—Vamos cariño, ¡estás en Bangkok! Al menos date una vuelta por el centro de la ciudad, ya quisiera yo estar ahí.

—Ya quisiera que estuvieras aquí.

En eso había sido sincero. Estar con Tatiana facilitaba todas las cosas. No tener que pensar en a dónde ir ni cómo llegar. Dejar que ella decidiera los planes del día y en cuestión de minutos ya supiera exactamente qué transporte tomar, dónde bajarse, los horarios de los lugares, los costos, qué hacer en cada sitio, a dónde ir para tomar el mejor café y cómo evitar problemas.

Por recomendación del hotel tomó un bote hacia el centro a través de los canales de la ciudad, así podría evitar el tráfico pesado y conocer ese lado autóctono de Bangkok. Lo que no le dijeron era que los canales recibían las aguas negras de las casas y cada vez que se cruzaban con otro bote, los locales se agachaban o usaban unos

plásticos para evitar ser salpicados. Una vez llegó al lugar que le habían indicado, abordó un *tuk-tuk* para que lo llevara al Gran Palacio, uno de los principales atractivos de la ciudad.

El conductor le explicó que ese sábado estaba cerrado porque había una consagración de monjes, pero que lo podía llevar a otros cuatro templos para que no desaprovechara el día. Emocionado porque había negociado una muy buena tarifa, iniciaron el recorrido rumbo al "gran Buda" donde había una estatua dorada de treinta y dos metros de alto. De allí lo llevó al "Buda feliz" donde solo pudieron recorrer los alrededores porque los monjes estaban orando.

En el camino hacia el templo de mármol, el *tuk-tuk* paró en un enorme estacionamiento afuera de una feria de joyas. Pablo le explicó al conductor que no estaba interesado en comprar nada, pero él le pidió que al menos entrara ya que por cada turista que llevaba le daban gasolina gratis. Una vez en la enorme bodega el recorrido era en una sola dirección, una especie de laberinto del que solo se podía salir después de pasar por todos los rincones.

Minutos después estaban en otro almacén, esta vez de textiles. A pesar del enojo de Pablo el conductor se hizo el indiferente y no quiso arrancar hasta que se bajó y fue a la puerta del almacén. Sin ni siquiera entrar, regresó al *tuk-tuk* y el conductor enfurecido arrancó a toda velocidad hacia el "templo de mármol". Después de visitarlo descubrió que el conductor se había ido y tuvo que tomar otro transporte que le cobró diez veces más por llevarlo al Gran Palacio, el cual para su sorpresa estaba abierto como todos los días, pero faltaba menos de una hora para que cerraran.

Indignado consigo mismo por haberse dejado estafar, caminó hasta Wat Pho donde conoció el "gran Buda reclinado" de cuarenta y seis metros de largo. Decidido a no pelear más con los *tuk-tuk*, tomó un taxi hacia el hotel y se quedó en el bar hasta que cerraron.

Día 240

—¿Sofía?

—¿Quién habla?

—Páseme a Sofía.

—¿Pablo? soy yo... ¿Estás borracho?

—Usted no es Sofía, páseme a mi mujer.

—Soy Sofía y no soy tu mujer. ¿Cómo te atreves a llamarme borracho? ¿Dónde estás? ¿Qué hora es allá?

—Yo estaré muy borracho pero usted no es mi esposa… Dígale a Sofía que la estoy llamando desde Tailandia, necesito hablar con ella.

—Mira Pablo, son las nueve de la noche acá, así que deben ser

las nueve de la mañana allá, ¿cómo puedes estar borracho a esta hora?

—¿Sofía? Mi amor…

Debía colgarle. Era lo más sensato en lugar de intentar convencerlo de que sí era su esposa y que le había cambiado la voz. Se quedó en silencio mientras lo escuchaba decirle frases separadas por largos silencios. Que la amaba. Que lo perdonara. Que no podía vivir sin ella. Lo escuchó llorar. Pedirle de nuevo que le pasaran a Sofía. Finalmente el vacío al otro lado del teléfono.

Ella se durmió llorando también. Sintiéndose humillada con esa llamada. ¿Cómo podía? Sintiéndose enojada. ¿Cómo podía? Sintiendo que se le partía el corazón. ¿Cómo podía? Sintiendo que aún lo amaba.

Día 241

Se levantó con los ojos hinchados de tanto llorar y le envió un mensaje a Federico diciéndole que ese día trabajaría desde la casa. Repasó la conversación con Pablo, odiándolo por haberla llamado borracho, amándolo por las cosas que le había dicho. Sabía que seguía enamorada pero había cosas que pensaba que no le podría perdonar nunca: que le ocultara su historia con Tatiana, que la hubiera maltratado como lo hizo, que se hubiera desaparecido de su vida durante tanto tiempo, que ahora volviera a buscarla… solo porque estaba borracho.

Faltaban cuatro meses para que él regresara y ahora su expectativa de vida se había extendido de manera indefinida. Había pasado de ser una enferma sin futuro a ser una mujer con opciones. Si quería reconstruir su matrimonio lo más prudente era alejarse de Federico, no solo porque a Pablo seguro no le iba a gustar que trabajara con su ex sino también por el riesgo de seguir involucrándose emocionalmente con él. Si quería avanzar con Federico, debía resolver las cosas cuanto antes con Pablo, proceder a la separación y evitar cualquier contacto con él.

Se pasó el día viendo las fotos que tenía de ambos, el video de la boda, los mensajes que le había mandado durante el viaje cuando todo era normal. ¿En qué momento se había complicado todo? Decidió que estaba dispuesta a perdonarle que no le contara de Tatiana y mientras pensaba que para ella la verdadera traición no era que estuviera con otra sino que se lo ocultara, cayó en cuenta de que ella tampoco le había hablado de Federico. Estaba segura de que lo había hecho por un buen motivo: para protegerlo, para evitarle el disgusto, para que no se preocupara por algo que no tenía relevancia.

¿Qué debía hacer? Qué difícil es pensar con claridad cuando las

lágrimas lo nublan todo.

Día 242

Después de haber pasado casi todo el lunes en la cama con el dolor de cabeza y las ganas de vomitar de la resaca, ese martes se levantó peor: con un vacío enorme, como si lo hubieran abierto mientras dormía para sacarle todo lo que tenía por dentro. No veía sentido en seguir ese viaje ridículo al que lo había empujado Sofía, no quería salir de la habitación para enfrentarse a los estafadores tailandeses (ya el barman le había explicado que eso que le había pasado era la forma más tonta de engañar turistas), no era capaz de mantener una relación con Tatiana cuando solo pensaba en cómo recuperar a su esposa, no quería ni siquiera bañarse aunque el calor y la humedad de la ciudad lo hicieran sudar de día y de noche. Decidió que no tenía ningún sentido vivir.

Durmió hasta que el hambre lo sacó de la cama cuando ya era de noche. Como si se hubiera desencadenado algún mecanismo de supervivencia, de repente le pareció que todo era mucho más claro.

Sofía:

Tuvieron que pasar ocho meses para que yo me diera cuenta de que no me obligaste a hacer este viaje: yo te abandoné. Soy un cobarde.

Me lancé a esta aventura pensando que lo hacía por ti, para hacerte feliz, para cumplir tu sueño, pero la verdad es que aunque me daba miedo dejar Medellín, estaba aterrado de quedarme a tu lado, de no saber cómo resolver todas las cosas que tú siempre mantenías marchando, de ver que la enfermedad avanzara y perderte de a poquito. Entre las dos opciones, decidí huir. Soy un mediocre.

He estado en tantos países y he visto una y otra vez personas de todas las culturas, naciones, condiciones sociales y religiones definir su vida alrededor de una motivación poderosa: su familia. En eso todos somos iguales. Buscamos ser felices haciendo felices a quienes amamos. Y yo, que contigo tenía todo, que podía hacerte feliz en los momentos más difíciles, me fui. Soy un idiota.

Perdóname amor por haberte dejado, por hacerte sufrir, por buscar en el mundo lo que ya tenía en mi vida. Dime si hay una esperanza para reconstruir nuestro matrimonio y mañana mismo me regreso.

Pablo.

Le entró una llamada de Tatiana y hablaron hasta que se quedó dormido.

Día 243

Se despertó con una nueva energía, entre el mensaje que le había escrito a Sofía y la conversación que había tenido con Tatiana, estaba de nuevo motivado para lo que viniera. Esperaba encontrar alguna respuesta de su esposa y lo decepcionó ver que no le había escrito. Antes de aventurarse a sacar alguna conclusión, decidió esperar a que fuera una hora apropiada para llamar a su mamá.

Entre tanto organizó el resto de su estadía en Tailandia. Si bien estaba dispuesto a regresar a Colombia, Tatiana le había hecho darse cuenta de que su futuro no podía depender de alguien más. La conversación había sido otra (por supuesto, Tatiana y él nunca hablaban de Sofía), ella le había contado una anécdota de alguien de su trabajo y de ahí él había extrapolado la conclusión hacia su propia vida.

Compró un boleto para viajar a Koh Tao esa noche y se fue directo al Gran Palacio. Más que un solo edificio se trataba de un complejo que en su momento fue la residencia oficial de los reyes tailandeses. La mayoría de las construcciones solo se podían apreciar por fuera y estaban llenas de detalles: hermosos techos con acabados en oro, vitrales, azulejos y mármol, un estilo muy similar a lo que ya había visto en Wat Pho. En menos de una hora ya había hecho todo el recorrido.

Llamó a su mamá a las siete de la mañana de Miami, esta vez yendo directo al grano:

—¿Sabes de Sofía?

—La verdad no hijo, hablé con Marta ayer pero no hablamos de Sofi.

—Pero no ha estado enferma ni hospitalizada, ¿o sí?

—Ah no, no creo. Eso sí me lo habría contado.

Con profunda tristeza se dio cuenta de que Sofía no quería que regresara. Esa noche salió rumbo a Koh Tao decidido a no rogarle nunca más.

Día 244

1 de febrero. Después de escribir la fecha en el cuaderno y como si fuera una revelación, Tatiana cayó en cuenta de que exactamente siete meses atrás había viajado a Botsuana, así que más o menos desde esa fecha conocía a Pablo. Al principio le había parecido un turista más, de esos que a diario pasaban por su oficina con el propósito de llenar el pasaporte de sellos y ser el que más países de (inserte cualquier región exótica del mundo) había conocido. Aún más patético, él pensaba que era diferente. “Estoy haciendo un viaje de un año, mi estilo es mochilero pero sofisticado” o algo así había

dicho el día que se presentaron todos los que iban al safari. Después justo le había tocado con él en el recorrido en *mokoro* por el delta y no soportaba que la interrumpiera todo el tiempo mientras ella quería concentrarse en tomar fotografías.

Un par de días después estaba cuidándole algún virus. Durmiendo con él para controlarle la fiebre. Pendiente de que se mantuviera hidratado. Era su debilidad: cualquier ser que necesitara ayuda la tenía a sus pies, y la lista incluía por supuesto perros callejeros, inmigrantes del Medio Oriente, compañeros de trabajo perezosos, familiares desconsiderados y parejas en relaciones más o menos abusivas según la etapa de su vida. Mientras él estuvo enfermo lo miró con otros ojos, descubrió que era un hombre inteligente e interesante, que la trataba con cariño y al menos, en principio, no parecía querer aprovecharse de su entrega hacia él.

Recordó el día que le "confesó" que estaba casado cuando ya se habían involucrado. Casi le da un ataque de risa. Como si no hubiera hablado de su esposa todas las veces que había podido ante los compañeros de safari, ganándose la consideración ajena por el gran sacrificio que estaba haciendo al irse de viaje por el mundo (¡por favor!). En ese momento pensó que era irrelevante, ¿qué más da acostarse con un hombre casado, comprometido, en una o varias relaciones "estables" si al final es lo que todos hacen? (hacemos, fue lo siguiente que pensó porque ella también lo hacía). El sexo es finalmente satisfacer una necesidad física. Como comer, dormir o ir al baño. Y a falta de tener con quién, bien le venía Pablo o cualquier otro.

Siete meses después ahí estaba. Intentando descubrir por qué él no le hablaba todos los días. Mandándole fotos sexis para ver cómo reaccionaba. Esperando encontrar un mensaje de él al despertarse. Transitando en medio de todos los vacíos y silencios que cada día eran más frecuentes. Revisando las redes sociales de él y las de Sofía buscando una respuesta. Ya se lo habían dicho sus amigas, si había sido capaz de serle infiel a la esposa ¿qué podía esperar ella? En todo caso, se negaba. Ella era diferente. Ella había ido a buscarlo a Madagascar cuando se enfermó. Ella lo recibió en su casa por varias semanas. Ella era mejor en el sexo que cualquiera. Ella lo amaba.

Día 245

Después de haber empezado la semana de la peor manera y sin haber vuelto a saber de Pablo después de la llamada, Sofía decidió entregarse de lleno al proyecto político de Federico. Él seguía llevando sus casos de abogado y sacaba algunos minutos todos los días para que ella lo actualizara sobre el plan que estaba construyendo, el análisis de los posibles candidatos a los que tendría que enfrentar, los puntos más relevantes de la ciudad según

lo que se discutía en los medios y las redes sociales, los vacíos que estaba dejando el gobierno actual y cualquier otro tema que ella considerara pertinente como la construcción de su identidad digital.

Aunque se cansaba más que antes, especialmente por la dificultad para usar el computador, compensaba con la satisfacción de estar ocupada, pensando y aportando. Sentía que su vida había cobrado propósito de nuevo, que siendo el apoyo de Federico podía hacer algo bueno por la sociedad, y estaba analizando todas las carencias de las personas con enfermedades "huérfanas" como la suya para identificar alguna forma de ayudarlos. Ella hacía parte de los afortunados que tenía acceso al sistema de salud y que contaba con los recursos para tantas cosas que hacían la diferencia como poder alimentarse bien, tener enfermeras veinticuatro horas e incluir tratamientos y terapias alternativas.

En las noches Federico la llevaba al apartamento y solía quedarse un rato con ella, generalmente viendo alguna película.

—Fede, Pablo no me ha dicho nada de la separación, ¿qué debería hacer?

—¿Quieres seguir adelante?

—Sí claro, es una decisión tomada, pero no quiero iniciar un pleito legal.

—Bueno, lo ideal es la conciliación pero siempre podemos explorar alternativas. ¿Qué tal si le envías un mensaje dándole una fecha límite y una carta a la casa de sus papás para que quede constancia? Según lo que pase vemos qué hacer.

Aunque Sofía no le había dado más detalles, Marta le contaba con frecuencia las novedades de lo que estaba pasando: ya sabía que Pablo la había llamado borracho y que el lunes había estado deprimida. Eso en principio lo preocupó pero la conversación con Sofía disipó las dudas, todo seguía avanzado según sus planes.

Día 246

Tailandia es un país lleno de islas, repartidas entre el mar de Andamán y el Golfo de Siam. Pablo eligió Koh Tao porque fue donde encontró un centro de buceo en el que hablaban español. Si ya su vida pasada no existía, tenía la oportunidad de inventarse otra y decidió que había llegado el momento de aprender a bucear. Llevaba un par de días en un pequeño hotel al lado de la playa que estaba incluido dentro del costo de la certificación. No tenía aire acondicionado pero el calor y la humedad empezaban a parecerle soportables. El agua estaba restringida y se usaba un balde con lo que caía de la ducha para soltar el baño. Acostado en la cama sin ropa, arrullado por el sonido del ventilador en el techo, se sintió emocionado por todas las posibilidades que tenía.

Sofía:

Respeto tu decisión de terminar nuestra relación. Estoy de acuerdo con la liquidación que propones, si necesitas algo mi papá ya está al tanto.

Pablo.

Le envió a Tatiana un mensaje disculpándose por no haber tenido mucho tiempo en los últimos días y avisándole que estaría sin facilidad de conexión para que no se preocupara. Le mandó a su papá el archivo de la liquidación, los datos del hotel y le dijo que lo buscaría en una semana. Quería fusionarse con la isla, dejarse atrapar por sus encantos como casi todos los que había conocido que llegaron y nunca se fueron. Esa noche la fiesta comenzó sin hora de terminación definida en Sairee, como solía ser todos los fines de semana de luna llena.

Día 247

El mensaje de Pablo la puso muy triste. Una vez su primer jefe le había dicho "cuidado con lo que deseas porque se te puede cumplir" y así se sentía: siguiendo los pasos para separarse de Pablo y con el dolor de que se estuviera haciendo realidad.

Escribió su frase del día "Soy paz". Intentó entender la tonelada de sentimientos que la aplastaban. Hay cosas que se piensan, se dicen, e incluso que se hacen buscando el resultado opuesto. Había lanzado una piedra a un estanque esperando que flotara en lugar de hundirse. Sofía en realidad quería recuperar su vida al lado de Pablo, pero ya el camino estaba marcado.

Le envió un mensaje a Federico diciéndole que Pablo ya había aceptado la liquidación y que quería estar sola ese día. Le pidió a la enfermera que la dejara en la cama y se entregó al dolor, quería vivir un duelo intenso y rápido, como cuando llueve fuerte sobre Medellín y todos saben que va a escampar pronto. Puso la *playlist* de su matrimonio y la que había hecho durante los primeros meses del viaje para acordarse de Pablo; revivió su historia juntos, repasó mentalmente los momentos más felices. Antes de dormir cerró los ojos y siguió su rutina para el sexo: pensando en él se hizo el amor y se despidió dándole las gracias por todo lo que habían vivido.

Día 248

Era el quinto día de Pablo en Koh Tao y aún no había empezado el curso de buceo. Lo que sí había hecho era recorrer los principales lugares de fiesta, probar todas las mezclas de tragos que había y besarse con cada chica que así lo quería. Se despertó después del mediodía oliendo a licor por dentro y por fuera. Solo se había cortado el pelo en Uganda y como no le alcanzaba para recogerlo,

lo llevaba desarreglado un poco más abajo de las orejas. La barba no le crecía pareja y era un reguero de pelos que le daban cierto aire de adolescente. Odiaba lavar la ropa en el baño de los hoteles y desde que salió de España no había pasado por una lavandería. Se duchaba solo cuando ni él mismo soportaba su olor. En definitiva, era justamente el estereotipo de mochilero que tanto había criticado antes de empezar el viaje.

Pidió un arroz frito con vegetales en el restaurante del hostal y mientras lo comía mirando al mar pensaba que Sofía no lo habría reconocido. Además de ir siempre bien arreglada, se preocupaba porque él también proyectara la imagen del típico ejecutivo joven. Ahora se sentía libre como nunca. Sabiendo que no tenía que reportarse ante nadie, que hacía lo que quería cuando quería, que su vida iba hacia donde él la llevaba. Subió una foto a las redes sociales, sabiendo que la atormentaría verlo así.

Antes de irse a hacer la siesta pasó por el centro de buceo y programó el inicio de sus clases para el siguiente día. Endika, el instructor, lo recorrió de pies a cabeza y le dijo que no podía estar alicorado para la inmersión porque el nitrógeno lo afectaría más de lo usual, así que le ordenó no beber hasta que acabara el curso y le entregó un libro enorme para que estudiara la teoría.

Día 249

Después del primer día del curso se arrepintió de haberlo tomado, ¡todo era tan aburrido! Si no hubiera pagado por anticipado habría abandonado. Endika le prometió que cuando estuviera en el mar sería más divertido. Por el momento seguía pensando que el submarinismo de aguas abiertas estaba sobrevalorado.

Día 250

La práctica en la piscina le pareció una tontería: tres estudiantes con sus máscaras y tubos haciendo ejercicios completamente irrelevantes siguiendo una rutina que más bien parecía un ejercicio de lavado de cerebro.

Día 251

Se encontraron a las nueve de la mañana en el centro de buceo para su primera salida al mar. Pablo desayunó poco con miedo a marearse en la lancha y estaba ansioso pensando en que tendría que recordar muchas cosas bajo el agua con las que no se sentía cómodo. Endika les explicó que bajarían a muy poca profundidad, algo así como cinco metros, donde harían los mismos ejercicios básicos del día anterior en la piscina. En todo caso, dada la biodiversidad del lugar, ya podrían ver muchos peces y les mostró

fotografías de los más comunes para que pudieran identificarlos.

Se pusieron los trajes de neopreno, revisaron los tanques, ajustaron los chalecos, prepararon los cinturones de lastre y caminaron hasta la playa donde tomaron una de las pequeñas lanchas que los adentró algunos metros en el mar. Antes de sumergirse el instructor revisó que cada uno tuviera bien ajustado el equipo y repasó la rutina que habían estudiado.

El agua estaba tibia y tranquila. Con el chaleco un poco inflado era fácil flotar y estuvieron fuera del agua unos segundos para asegurarse de que todos estuvieran cómodos. Ante la señal de Endika se pusieron la careta, llevaron el regulador a la boca y sacaron el aire del chaleco para descender. Cada uno, bajo las indicaciones del instructor, realizó la secuencia planeada: sacarse el regulador y volvérselo a meter, quitarse la careta por unos segundos, ajustarla de nuevo y vaciar el agua, compartir aire con el compañero, controlar la flotabilidad. Una vez terminaron con los ejercicios salieron a la superficie.

El instructor les dio algunas recomendaciones para que adquirieran más confianza con estas tareas básicas pero fundamentales en el buceo. Nadaron un poco con el tubo y practicaron cómo sacarle el agua. Hicieron un segundo descenso donde repitieron la rutina y regresaron al centro de buceo.

Pablo sentía que se había perdido de algo maravilloso durante toda la vida por el miedo que había tenido antes de intentarlo. Llenaba a Endika de preguntas sobre los peces que había visto, cómo controlar mejor la flotabilidad, los mejores lugares para bucear del mundo y su vida como instructor de buceo. En la tarde tendría que tomar el examen teórico por lo que repasó con entusiasmo todo el libro para no fallar. Las preguntas le parecieron sencillas y con excitación se acostó temprano pensando en su salida al mar el día siguiente.

Día 252

Aow Leuk es una bahía con una pequeña playa donde el arrecife de coral está bien conservado y el agua es muy tranquila. Hicieron dos inmersiones, descansando el tiempo necesario bajo algunas palmeras. A Pablo le pareció que bucear era similar a irse de safari: la oportunidad de ver animales en estado salvaje pero mucho más fácil. Al regresar al centro de buceo llenó muy orgulloso su nueva bitácora de inmersiones, incluyendo todos los detalles posibles: las diferentes profundidades, el grosor del traje de neopreno, el aire antes y después de la inmersión, el lastre que usó, la temperatura del agua, la visibilidad y en especial todos los peces que había visto. A pesar de que Koh Tao significa “isla tortuga” Endika le explicó

que era algo relacionado con la forma y no con la probabilidad de ver este tipo de animales, aunque ocasionalmente podían encontrarlos.

Era viernes, pero se sentía agotado y quiso irse a dormir temprano.

Día 253

Se despertó emocionado el día final del curso de buceo. Endika había preparado una sorpresa para las últimas inmersiones: Chumphon Pinnacle, uno de los mejores sitios en el golfo de Tailandia. Después de cuarenta y cinco minutos en lancha, iniciaron la rutina de equipamiento que ya podía seguir sin dificultad. Allí una enorme roca de granito emergía a treinta y seis metros de profundidad rodeada de otras más pequeñas. En la parte superior estaba cubierta de anémonas rosadas donde peces, cangrejos y camarones se daban un festín.

Encontró muchas especies de peces, pero la gran sorpresa fue ver los meros gigantes, algunos de hasta dos metros, y ver cardúmenes de barracudas. Debido a que no estaban cerca de la playa hicieron el intervalo de superficie en la lancha, conversando sobre las especies que habían visto y recibiendo consejos de Endika para mejorar su técnica.

Al regreso al centro de buceo y luego de llenar todos los documentos restantes, Pablo recibió su carné provisional que lo certificaba como buzo de aguas abiertas. En ese momento sintió la necesidad de contárselo a Sofía, de llamarla y decirle lo feliz que estaba, cuánto significaba para él superar ese miedo que siempre había tenido, la riqueza del océano, y las aventuras que desde ya quería emprender.

Antes de ponerse triste, invitó a Endika y a los demás compañeros del curso a la primera ronda de cerveza y no paró hasta que se quedó dormido en una de las sillas de la playa casi al amanecer.

Día 254

Lo despertó el dolor de cabeza. Y la sed. Y el sol en la cara. Y la arena picándole en todo el cuerpo. Y el ruido de las lanchas que salían temprano a pescar. Y el dolor de cabeza. Como pudo se arrastró hasta el *lobby* del hotel donde lo mandaron al restaurante para que pidiera *pad kee mao* (después de repetirlo 3 veces se lo escribieron en un papel) y agua de coco. Cuando ya iba por el segundo vaso, llegó a su mesa una sopa picante de fideos de arroz. Un par de cucharadas después estaba maldiciendo en colombiano y sudando. El mesero le llevó más agua de coco y le insistió en que terminara el plato. Efectivamente se sentía mejor, se dio cuenta de

lo mal que olía e intuyó lo pésimo que lucía. No pudo encontrar su celular y después de tomarse un café pidió más agua de coco para llevar y se fue a dormir anhelando despertarse sin resaca.

Soñó con Sofía. La veía caminando en medio de un campo lleno de flores. Él la llamaba mientras la perseguía. La escuchaba reírse, cantar, darse la vuelta coquetamente. Su mirada lo atravesaba, le hablaba a alguien que no era él. Aceleraba el paso, quería alcanzarla. La veía más pálida que nunca, el pelo casi transparente, un poco brillante, cada vez más lejos. Él corría. Ella se reía. Gritaba su nombre. Se despertó bañado en sudor, ya era de noche.

Día 255

Llevaba casi un día completo sin comer y antes de que abrieran el restaurante ya estaba rondando la cocina esperando para desayunar. Uno de los cocineros le dio un par de bananos que devoró para calmar el hambre. Repitió la sopa de fideos, el agua de coco y agregó *pancakes*, café, ensalada de frutas y huevos hervidos.

Después del enorme desayuno y una ducha en la que se quitó el sudor y la sal de las últimas inmersiones, se sintió de mejor ánimo y recordó que debía resolver el problema de su celular. Estar desconectado no le parecía tan malo, pero sabía que sus papás y Tatiana podían estar preocupados. Para su fortuna el celular lo habían guardado en la recepción del hotel esperando que apareciera el dueño y después de cargarlo sintió un escalofrío recorriéndole la espalda al comenzar a recibir las notificaciones de todos los mensajes que tenía pendientes por leer.

Llevaba nueve días sin hablar con nadie y tenía mensajes que a lo largo de la última semana habían escalado del "repórtate cuando puedas" al "deja de ser un desconsiderado y llámanos urgente". Habló con sus papás y les ofreció disculpas de todas las formas posibles. Llamó a Tatiana varias veces pero no le contestó y algunas horas después recibió un mensaje en el que ella le decía "bien te puedes quedar donde y con quién te venga en gana, a mí poco me vale."

Sabía que tenían razón de estar enojados pero la libertad que había sentido esos días valía la pena, incluyendo la resaca. Esa noche tomó un bote rumbo a su siguiente destino: Phi Phi.

Día 256

Al llegar estaba tan desorientado como la mayoría de sus compañeros de viaje y fue abordado por varios vendedores que le mostraban fotografías de hermosos hoteles. A cada uno le dijo que no, que el presupuesto no le alcanzaba para esos lujos, hasta que uno de ellos le preguntó cuánto podía pagar y por el precio que Pablo dijo le mostró un hotel sobre una colina de habitaciones

enormes, piscina infinita y vista hacia la playa Loh Dalum. Aunque le pareció que era demasiado bueno para su presupuesto, dejó que montara su equipaje en una carretilla y quince minutos después ya estaban en el lugar.

Phi Phi eran dos islas, la más pequeña e inhabitada llamada Phi Phi Lee y la más grande en donde iba a quedarse, conformada por un par de montañas, unidas entre sí por un pequeño estrecho al nivel del mar en el que se encontraba el centro del pueblo de Tonsai. No había vehículos motorizados y la única forma de ir de un lugar a otro era caminando o en bote.

Pasó todo el día descansando en el hotel y justo después del atardecer empezó a escuchar la música *house* que venía de los bares de la playa. Sin muchas expectativas, salió a dar una vuelta para encontrarse con varios malabaristas haciendo espectáculos de fuego. Ya los había visto en Koh Tao, pero en menor proporción. Caminó por la playa y eligió un bar porque una de las meseras le pareció linda. Pidió una cerveza y antes de que se acabara el espectáculo ya se había unido a un grupo de chilenos con quienes se quedó hasta que cerraron a las dos de la mañana.

Día 257

Los chilenos le recomendaron un barco en el que ellos habían hecho el recorrido por las playas famosas de ambas islas con un *DJ* en vivo y licor casi gratis. Al mediodía llegó al punto de encuentro donde había decenas de turistas listos para empezar la fiesta. La primera parada fue en Monkey Beach, donde el espectáculo de alimentar a los monos le pareció abominable: ¿cómo podían tomarse fotos con ellos sabiendo que los estaban condenando a la esclavitud de ser explotados por los humanos? No duró ni cinco minutos en la playa y prefirió volver al barco y empezar con una cerveza.

De ahí fueron a Viking Cave, en la que los locales domesticaron a los pájaros para recolectar sus nidos y hacer sopa con ellos. Algunas cervezas después pararon en la entrada de la bahía Maya, el lugar paradisiaco de la famosa película *La Playa*, tan explotado por los botes de turistas en los últimos años que el gobierno tuvo que prohibir el acceso para evitar que la destruyeran.

Con las horas la fiesta se iba intensificando mientras se multiplicaba la cantidad de licor que todos tomaban. Algunas chicas hacían bailes sensuales animadas por los hombres que les ofrecían cocteles sin parar. El barco se detuvo en Pileh, una estrecha bahía donde el agua turquesa y cristalina simulaba una piscina natural que invitaba a nadar; y en Loh Samah, donde debido a la cantidad de alcohol que habían ingerido nadie se interesó por hacer

snorkeling.

En tierra la fiesta siguió en uno de los bares del pueblo hasta las dos de la mañana cuando Pablo, incapaz de subir la colina hacia su hotel, terminó uniéndose a un grupo de australianas que habían alquilado una cabaña al final de la playa. La sensualidad de la noche se había convertido en besos y caricias, pero todos estaban tan borrachos que rápidamente se quedaron dormidos en los sofás de la sala.

Día 258

Despertarse en medio de lo que quedó de la fiesta era igual de deprimente en una cabaña de playa en Tailandia y en una finca de recreo en Colombia. Alguien había puesto a hacer café y los que se iban levantando intentaban recomponerse con un poco de agua sobre la cara, pero el sabor a licor y cigarrillo no se mejoraban con un rápido acicalamiento.

Experto en la cura de la resaca tailandesa, Pablo sugirió que buscaran la sopa picante de fideos y algunos se unieron a la misión caminando como zombies por las calles del pueblo. El remedio una vez más fue infalible, y ya con mayor claridad, siendo casi el mediodía, se despidió para irse a su hotel a ducharse y dormir. Katie, una de las chicas, le dijo que se encontraran para cenar esa noche.

No tenía un recuerdo específico de ella el día anterior, de hecho no era ni la más bonita ni la más animada de la fiesta, seguro la habría olvidado si no le hubiera propuesto que se volvieran a ver. Unas horas más tarde, con mejor semblante, fueron a un restaurante de comida local donde hablaron como si se conocieran de toda la vida. Katie estudiaba cocina en Melbourne y aunque viajaba con un grupo de amigas no buscaba la fiesta y estaba más interesada por los ingredientes y las preparaciones propias de cada país, por lo que le hizo muchas preguntas sobre la comida tradicional en Colombia.

Esa noche descubrió que Katie llevaba la experiencia gastronómica a todo lo que hacía. En su habitación tenía varias frutas tropicales que fue abriendo y dándole a probar de sus manos, de su boca, de sus pechos, de su abdomen, de su sexo. Así fue como Pablo se dio cuenta de que algunas frutas que pensaba que eran colombianas también crecían al otro lado del mundo como el mangostino, la pamplemusa, la pitahaya y la pomarrosa. El rambután le pareció riquísimo, un primo del mamoncillo, aunque mucho más carnoso y dulce, mientras que la yaca le supo a mango desabrido.

Katie era deliciosa. Su piel blanca era extremadamente suave y quería probar con su boca todo el cuerpo de Pablo. Aunque era

varios años menor que él, le decía cómo tocarla, dónde y con qué intensidad. Era fácil de complacer pero difícil de saciar, y apenas lo dejaba recuperarse un poco para volver a incitarlo y terminaba encendiéndolo aunque él ya pensara que no podía más.

Día 259

Mientras Katie preparaba el desayuno pudo observar que era físicamente muy parecida a Sofía. No era muy alta, tenía las caderas anchas y los senos pequeños, el cabello un poco ondulado le llegaba más abajo de los hombros y tenía muchos lunares en todo el cuerpo. La imagen lo asustó y lo hizo poner un poco nostálgico. En las últimas fotos de Sofía estaba muy delgada y la expresión de su cara había cambiado muchísimo, en general se veía más opaca.

—Estás muy pensativo esta mañana.

—Más bien somnoliento, no me dejaste dormir.

—¡Qué exagerado! ¿Qué piensas hacer hoy?

—Comer todas esas cosas ricas que preparas.

—Bueno pues solo hay con qué cocinar el desayuno, pero podemos ir al mercado y conseguir algo.

—¡Claro que no! Estaba bromeando.

Los demás ocupantes de la cabaña se fueron despertando y ellos decidieron irse al hotel de Pablo donde podrían estar solos.

—¿Cuándo me dijiste que te vas para Camboya?

—Creo que el diecinueve.

—¿El lunes? ¿Te vas entonces mañana para Bangkok o el domingo?

No tenía ni idea de qué día era pero después de revisar su celular (varias veces) confirmó que era viernes dieciséis de febrero. ¿Cómo habían pasado tres semanas y media en Tailandia? Ni siquiera había hecho la mitad de lo que tenía pensado cuando llegó.

Día 260

Katie lo despidió como si no lo fuera a volver a ver: con una noche de sexo intenso. Pablo no le habló de Sofía ni de Tatiana, y a pesar de la buena conexión que habían hecho, ambos habían disfrutado del momento con lo que fue y mientras duró sin expectativas sobre un futuro del cual nunca hablaron. Antes de decir adiós se siguieron mutuamente en las redes sociales y prometieron avisar si alguna vez iban al país del otro para salir a cenar.

Esa noche en Bangkok se puso a organizar su presupuesto e itinerario y se dio cuenta de que había estado gastando menos dinero pero más tiempo del que tenía previsto en cada lugar. A ese paso tendría que sacar un par de países de la lista o extender el viaje.

Día 261

Salió a correr cerca al hotel sintiéndose incómodo en su propio cuerpo. Culpó a la falta de entrenamiento, al calor, a la humedad, al licor que había tomado en los últimos días. Mientras tanto sus pensamientos fluían, iban más rápido que sus pies. En Camboya sería distinto: necesitaba pensar en su futuro, organizar su vida, decidir qué iba a hacer en adelante.

Olvidando lo que había pensado en Nueva York, comió hamburguesa en McDonald's en uno de los enormes centros comerciales de la ciudad, tomó café en Starbucks y vio una película de Hollywood. Pensó que así son las conquistas modernas: las grandes potencias no tienen que mandar ejércitos a apoderarse de otros países, basta con enviar un par de franquicias, de hecho en Tailandia había visto más 7-Eleven que en Miami.

Le envió un mensaje a Tatiana contándole sobre lo que había hecho las últimas semanas y pidiéndole perdón por haberse alejado tanto. Le contó que había conciliado la liquidación de bienes con Sofía y que eso lo había afectado más de lo que se imaginaba. Tatiana le respondió pocos minutos después diciéndole que lamentaba lo que había pasado, que entendía la situación y que no había nada que perdonar.

CAPÍTULO 9

Día 262

Tomó un bus en la estación del Norte de Bangkok hasta Aranyaprathet donde selló la salida de Tailandia. Desde allí hasta la entrada a Camboya se hacían decenas de negocios ilícitos en una calle que no era oficialmente de ninguno de los dos países: pudo ver policías corruptos, casinos, niños entrenados para robar a los turistas y estafadores listos para engañarlos con toda clase de trucos.

Pablo caminó con la certeza de que no lo atraparían de nuevo: ya había sido víctima de la policía corrupta de Mozambique y de los estafadores en Zambia. Compartió un taxi con otros viajeros y casi ocho horas después de haber salido de Bangkok llegó a su hostal en Siem Riep, ciudad construida a las afueras de Angkor Wat: el complejo religioso más grande del mundo.

Encontró un mensaje de su papá en el que le explicaba que ya estaban casi listos todos los trámites de la liquidación de la sociedad conyugal, solo faltaba que firmara en su nombre. Sintió un dolor profundo, la tristeza de entender que todo lo que había creado con Sofía estaba a punto de terminar. Muy pronto ni siquiera el dinero los uniría.

Día 263

Sofía había organizado varios grupos de apoyo para la candidatura de Federico: tías que lo idolatraban por sus buenos modales y aspecto de galán de cine, compañeros de universidad que lo habían visto desde muy joven involucrarse en las organizaciones estudiantiles, líderes comunitarios que esperaban nuevas oportunidades para sus proyectos. Donde él no era bien recibido ella le abría las puertas: nadie podía decirle que no a su tenacidad, y cuando le negaban las citas aparecía en persona con silla de ruedas y respirador haciendo que de una manera u otra le prestaran atención.

Había construido todo su plan de comunicación digital y hasta había implementado una base de datos para identificar cada contacto que iban recolectando en las diferentes reuniones. Cada semana le presentaba los indicadores que ella revisaba a diario y aunque cada vez la relación era más profesional que sentimental permanentemente él le decía que estaba linda, o que era brillante en su estrategia, o que había soñado con ella, o que deberían planear algún viaje para Semana Santa.

Su dedicación a la campaña era tal que le había tenido que decir a Cristina que no podía ayudarla más con la organización de su boda y había reducido las terapias con Mónica a un par de citas a la semana en las que trabajaban sobre todo en ejercicios de vocalización y algunos movimientos físicos. Su meta era muy clara y había decidido que todo lo demás pasaba a un segundo plano: Federico sería la gran revelación en las próximas elecciones locales.

Día 264

Angkor Wat se traduce literalmente como "la ciudad de los templos". Con más de un millón y medio de metros cuadrados, fue construida por el Imperio jemer a principios del siglo XII, primero como un lugar de culto al dios hinduista Vishnu y después convertido al budismo.

El día anterior había contratado un guía que lo había llevado en *tuk-tuk* por el "circuito pequeño", dándole una visión general del lugar, explicándole cómo admirar la arquitectura, encontrar los detalles hinduistas en medio de los budistas y ubicarse para las mejores fotos.

Ese día había decidido irse por su cuenta. Alquiló una moto para hacer el "circuito largo" y se salió un poco de la ruta hacia algunos templos al Norte a los que casi nadie iba. En el camino encontró un lugar que le llamó la atención: un museo dedicado a las minas antipersonales. Allí aprendió que Camboya, al igual que Colombia, fue sembrado de minas que mutilaron a miles de personas inocentes. El museo fue fundado por Aki Ra, un antiguo militante del Ejército Popular que en algún momento fue también parte del ejército vietnamita. Después de la guerra, Aki se dedicó a desminar el país y abrió un refugio para los niños amputados que generalmente eran abandonados por sus familias.

El museo era humilde y conmovedor. Para la mayoría de los turistas era increíble descubrir que existían las minas antipersonales, un artefacto que busca herir en lugar de matar para causar más daño; pero para Pablo eran una triste conexión con Colombia, al otro lado del mundo, donde todavía hay una cantidad indeterminada de minas durmiendo hasta que el próximo campesino inocente cambie su vida para siempre.

Día 265

La parte más difícil de trabajar con Federico era descubrir qué estaba pensando. Con el tiempo Sofía había aprendido a identificar sus poses y mentiras, las máscaras que se ponía ante cada situación para siempre quedar bien con todos y aunque intuía que había muchas cosas que le ocultaba, no lograba descifrar cuál era el papel que interpretaba cuando estaba con ella.

Si conocía a alguien cuyo aspecto le parecía desagradable, solía levantar un poco la ceja derecha. Si se encontraba con una persona que no le caía bien, le daba unas palmadas en la espalda a modo de saludo para evitar un apretón de manos, o peor, un abrazo. Si se cruzaba con alguien con un bebé, siempre se refería a él como "un niño muy simpático" para ocultar que la mayoría de ellos le parecían feos e insoportables. Su asistente siempre lo llamaba a los diez minutos de empezar cualquier reunión y así, si le parecía que estaba siendo inoficiosa, aprovechaba la excusa para terminarla cuanto antes porque debía atender algún asunto urgente.

Mónica le había sugerido que lo observara menos a él y más a ella. ¿Qué comportamientos la hacían sentir incómoda?, ¿cómo reaccionaba su cuerpo?, ¿bajo qué circunstancias sentía que algo no estaba bien? Pero inclusive sus propias señales eran confusas y había días en que lo miraba como una fan adolescente ante su artista favorito y otros en los que quería estampillarlo contra la pared por no responderle algún mensaje urgente.

Día 266

Nom Pen, la capital del país, se asentaba a orillas del río Mekong. Desde su hotel podía ver el río por el que transitaban permanentemente botes de pescadores y barcos de pasajeros. Su objetivo era sacar la visa de Vietnam pero aprovechó para conocer un poco. El día anterior había visitado el Museo Nacional donde aprendió mucho más sobre Angkor, y ese día, ya con la visa en la mano, tomó un *tuk-tuk* hacia los "campos de la muerte" en Choeung Ek.

Allí encontró un lugar conmemorativo dedicado a exponer la historia de los genocidios realizados en Camboya por los Jemeres Rojos, quienes en la década de los 70 mataron al menos dos millones de personas: cualquiera que estuviera en contra del gobierno, tuviera contacto con extranjeros, fuera intelectual, cristiano o budista estaba en riesgo de ser asesinado. Así mismo se eliminaron las ciudades, la moneda, el comercio, la religión, la educación y todo lo que estuviera en contra de Pol Pot, el líder que quiso imponer el comunismo como nuevo sistema político.

Pablo leía los carteles del museo consternado y sin aliento. Incluso si alguien usaba gafas era considerado un intelectual y por lo tanto había un motivo para matarlo. Cuando los muertos empezaron a multiplicarse, y para ahorrar municiones, empezaron a ejecutar a los condenados a golpes y sus hijos generalmente también eran asesinados para evitar que al crecer tomaran venganza.

Esa noche habló con Tatiana por un par de horas reflexionando

sobre la crueldad de la guerra, la delgada línea que convierte a un líder en un tirano, los millones de camboyanos que murieron cuyos huesos se apilaban por montones en las fosas comunes, las fosas comunes en las que tantos colombianos fueron enterrados por la guerrilla, los paramilitares, los narcotraficantes y en los últimos años inclusive por el ejército y sus falsos positivos.

Tatiana sentía que lo estaba recuperando, que de nuevo la intimidad crecía entre ellos y empezó a planear escaparse unos días y verlo durante la Semana Santa.

Día 267

Los sábados eran el día de mayor actividad política para Federico con una agenda intensa que Sofía le organizaba durante la semana. Faltaban tres meses para la primera ronda de las elecciones presidenciales y era fundamental que el partido lo viera activo apoyando al candidato para reafirmar su posición como nuevo líder. Después de visitar varios centros comunitarios que iban desde grupos de danzas para la tercera edad hasta patrullas de *scouts*, terminaban el día muy cansados de tanto saludar, escuchar, hablar y prometer (no necesariamente en ese orden).

Casi siempre después de la larga jornada se ponían a ver alguna película en el apartamento de ella, se dormían y él se quedaba toda la noche, pero ese día Sofía sugirió que se fueran al de él.

—Quiero que no tengas que irte porque te da pena con mi mamá.

—Me encanta la idea mi vida.

—Y aprovechamos que mañana lo único que hay programado es visitar a tus papás en la tarde.

Sofía elige una comedia romántica a la que le falta trama y le sobran actores. Él se duerme casi de inmediato. Ella se queda mirándolo. Él respira tranquilo. Ella intenta observar cómo se siente con él. Él se mueve un poco. Ella se siente… enamorada. Él la abraza para acercarla un poco. Ella se duerme arrullada por su respiración.

Día 268

La triste historia de Camboya lo tenía impactado y el presente le parecía poco alentador: falta de infraestructura, atraso intelectual después del genocidio, ausencia de un sistema médico, moneda débil frente a sus vecinos, prostitución, crecimiento de los portadores del VIH, devastación de sus reservas naturales y contaminación.

En las calles la sensación era diferente. Los camboyanos eran amables, generalmente sonrientes. Los monjes se le acercaban en los templos para practicar un poco de inglés. En los restaurantes era

fácil entablar conversaciones con los meseros y cada vez pasaba ratos más largos en la recepción del hotel hablando con cualquiera que tuviera unos minutos. Le parecía difícil relacionar a esas personas cordiales con una historia tan aterradora como la que habían vivido.

En medio de esa reflexión pensó en su propia ciudad, Medellín: azotada durante años por la violencia que impusieron los narcotraficantes, en cada familia había historias de secuestrados, muertos en algún atentado o desaparecidos. Aunque a él no le había tocado vivirlo, conocía muy bien los relatos de los carros bomba que explotaban sin previo aviso en cualquier parte de la ciudad matando a decenas de inocentes en el proceso de desestabilizar a la fuerza pública o de cobrar venganza entre los diferentes bandos. Y ahora era una ciudad que tenía otra cara, galardonada como la más innovadora del mundo, con el sistema de transporte más completo de Colombia, renovada por dentro y por fuera. Una ciudad donde vivía la gente más amable del planeta... después de los camboyanos.

Pensaba que tal vez como humanos necesitamos una gran dosis de dolor para descubrir por contraste que la vida solo vale la pena vivirla en medio de la empatía que nos lleva a la felicidad.

Día 269

Dispuesta a avanzar con Federico, Sofía buscaba cada día la forma de pasar más tiempo a solas con él y proponerle temas de conversación alejados del trabajo. Él la trataba siempre con dulzura, estaba pendiente de cómo se sentía, le había asignado un salario bastante generoso por su rol como asesora y le entregaba cada vez mayores responsabilidades que ella aceptaba con gusto.

Ya habían pasado tres meses desde que le había propuesto que se casaran y ella venía pensando desde hacía días cómo retomar la conversación. En su cabeza tradicionalista era él quien debía decírselo, pero después de haberlo rechazado no encontraba la forma de encaminarlo de nuevo.

Cristina llegó al despacho de Federico sin avisar y completamente destruida porque había descubierto que Javier le era infiel con una compañera de trabajo cuando apenas faltaban unos meses para la boda. Federico las dejó a solas para que pudieran hablar con calma, y cuando Cristina salió un par de horas después de la sala de juntas con una sonrisa, él supo que Sofía había encontrado la forma de tranquilizarla. Esa noche la conversación los llevó directamente hacia donde ambos querían.

—Sabes que no soy chismoso, pero quiero saber cómo lograste calmar a Cris.

—No fue nada fácil…

—¡Obvio! Llegó en medio de un ataque de histeria, y cuando salió parecía otra.

—Creo que fueron muchas cosas… Hablamos de las cualidades de Javier, de lo que ella pensaba sobre la fidelidad, de lo efímera y frágil que es la vida, de lo difícil que es encontrar el amor verdadero, meditamos, rezamos…

—Bueno pues funcionó.

—Sí, creo que sí. Hace unos minutos me mandó un mensaje diciéndome que ya se habían reconciliado.

—¡Uy! Deberías abrir un consultorio, yo sería tu primer paciente.

Sofía asumió un tono de sicóloga que le salía un poco gracioso.

—¿Ah sí? ¿Y a usted qué lo aqueja señor?

—Un mal de amores.

—¿A un hombre tan guapo? ¿Quién lo traicionó?

—Yo mismo doctora, y lo peor es que todos los días estoy con el amor de mi vida pero ella no quiere casarse conmigo.

—Veo… ¿Está seguro?

—Por supuesto, ya se lo pregunté y me dijo que no.

—¿Y volvió a preguntárselo?

Federico entendió rápidamente la señal e hizo de nuevo la pregunta: ¿quieres casarte conmigo? Sofía sin darle lugar a la duda de inmediato le respondió que sí.

Día 270

Se despidió de Nom Pen al mediodía para tomar un bote rápido que lo llevó por el río Mekong hasta Chau Doc en Vietnam en un recorrido tranquilo que tardó un poco menos de cinco horas. En el trayecto pudo ver cómo en el río la pesca era abundante y sus aguas cafés y turbias bañaban los campos aledaños haciéndolos terreno fértil para el principal sustento del país: el arroz.

Devoró una guía que le prestó una pareja de belgas con la que compartió el viaje. Su imaginario de Vietnam fue mutando de las imágenes de las películas estadounidenses que cuentan su versión de la guerra hacia una construcción más compleja y completa que iría estructurando en los próximos días en su travesía de miles de kilómetros de Sur a Norte.

Al llegar a Chau Doc encontró una ciudad densamente poblada, sucia y caótica. Observando a los locales descubrió una técnica precisa para cruzar las calles: fijar la mirada en el destino y no detenerse manteniendo siempre el mismo ritmo, de esa manera son los miles de motociclistas quienes calculan cómo esquivar a los peatones y no al contrario.

Lo mejor de sus días era hablar con Tatiana, contarle todas las

cosas que iba descubriendo y confirmar que, aunque él estaba en la Conchinchina, se sentía más cerca de ella que nunca.

Día 271

Aunque Pablo ya había dado su consentimiento para la liquidación de la sociedad conyugal, los trámites no podrían hacerse hasta que su papá viajara a Colombia a firmar los documentos. Federico le sugirió a Sofía que no hicieran pública su relación antes del procedimiento para evitar el resentimiento de Pablo y que hiciera más difíciles las cosas.

Mientras se daban las circunstancias necesarias, acondicionaron mejor el apartamento de Federico para que ella estuviera cómoda: sacaron algunos muebles para que pudiera moverse con facilidad en la silla de ruedas, instalaron barandas de apoyo en el baño principal, llevaron un respirador adicional y prepararon todas las medicinas y soportes básicos que ella podía necesitar.

Con el amor que se volvía a despertar, Sofía le pidió a Mónica que retomaran las terapias de sexo tántrico para estar más preparada cuando llegara el momento con Federico.

Regresaron a lo básico: los ejercicios de respiración. Después de la traqueotomía todo el flujo de aire de Sofía había cambiado y debía aprender a controlarlo para sincronizarlo con su energía. Incrementó las sesiones con Mónica para trabajar con ella todos los días, aunque no quiso contarle a Federico el motivo.

Día 272

Antes de salir al Mekong en un tour que había contratado el día anterior, le envió un mensaje de cumpleaños a Tatiana para que ella lo viera al despertarse, en el que además de felicitarla le proponía que tuvieran una cita por la noche. También hizo seguimiento al regalo que le había comprado por Internet para asegurarse de que llegara a tiempo y le escribió a Aitor pidiéndole que le mandara algunas fotografías cuando ella llegara a la oficina y encontrara las flores que había encargado.

El tour le mostró una realidad con la que no esperaba encontrarse. Visitaron varias granjas de pesca que no eran más que unas casas flotantes en las que en piscinas construidas con redes criaban durante siete meses una gran cantidad de peces. Los pudo ver atrincherados en pequeños espacios, separados por edades, con apenas unos centímetros para moverse antes de alcanzar el tamaño suficiente para ser vendidos en el mercado.

Tatiana lo llamó emocionada y feliz por los regalos. Su mamá y sus hermanos le habían organizado una cena esa noche y al día siguiente se iría de fiesta con sus amigas por lo que sugirió que dejaran la cita para el fin de semana. La parte de la fiesta no le

gustó mucho a Pablo recordando el bar *swinger* pero ella lo tranquilizó diciéndole que irían a un karaoke.

Día 273

Además de los ejercicios de respiración, Mónica le explicó a Sofía que era importante que incrementara su energía erótica de manera permanente.

—Pero Moni, ¡no puedo andar pensando en sexo todo el día!

—Sí puedes… pero no es algo tan literal.

Le propuso algunos ejercicios para que practicara a diario, por ejemplo, ser más consciente de los estímulos externos que le producían placer (no necesariamente sexual) como el sabor de su comida favorita, el olor de la loción de Federico o la música que le gustaba. Para las noches cuando estuviera sola le sugirió que jugara con los recuerdos: ¿cuál había sido la mejor experiencia erótica que había tenido?, ¿qué la había hecho diferente? ¿Cómo se sentía en ese momento de su vida?

Como todo proyecto importante, comenzó con una hoja de cálculo en la que registró los nombres de todas sus parejas, las fechas aproximadas, lo positivo y lo negativo de cada una y algo que la hiciera pensar en el mejor encuentro sexual con esa persona.

Hubo un nombre que escribió y borró varias veces. Si quería ser honesta debía incluirlo, pero recordar la experiencia la hacía sentir avergonzada. Escribió al final de la lista "Viviana".

A Viviana la había conocido a los pocos días de llegar a Miami. Aunque había nacido en Bogotá, cuando era adolescente su familia se había ido a los Estados Unidos y compartía el apartamento con una amiga del trabajo de Sofía. Tenía un blog en el que compartía "postales" de Miami: imágenes de los pequeños secretos que guardaba la ciudad, más allá de los centros comerciales, la playa o los lugares de fiesta. Después de un par de meses pasaban todos los fines de semana juntas, unidas por el gusto por la fotografía.

Un domingo mientras tomaban fotos en el museo de Vizcaya, se besaron cariñosamente. Sofía vivió el momento en cámara lenta. Viviana la mira a los ojos, a la boca, a los ojos, a la boca. Se acerca. Le acaricia la mejilla. Le desliza los dedos por la nuca, los enreda en su pelo. Sofía se siente confundida. Atraída. Pecadora. Curiosa. Cierra los ojos y se dedica a sentir. Su boca suave y tibia. La respiración húmeda sobre su piel. Las manos que se encuentran y entrelazan. Pecadora. Pecadora. ¡Pecadora! Se separa rápido y se va sin decirle nada.

La evitó durante varias semanas y aunque pensaba en ella todo el día, resistía la tentación de buscarla. No podía enamorarse de otra mujer, iba en contra de su educación, su religión y sus

principios. Viviana la seguía invitando a sus exploraciones fotográficas y sin tocar el tema que realmente la atormentaba, Sofía se negaba una y otra vez. Cuando terminó su período de práctica, Marcos y Felipe, con quienes había construido una gran amistad, le organizaron una cena de despedida y volvió a ver a Viviana. Se sentó al otro lado de la mesa desde donde la miraba todo el tiempo. Aunque se repetía lo contrario, estaba enamorada.

Día 274

En Can Tho su perspectiva del río fue diferente. Cientos de pequeños barcos se amontonaban para vender toda clase de frutas y verduras en el mercado flotante. Las embarcaciones no eran únicamente tiendas móviles, también eran la vivienda de sus propietarios y a veces se podía ver la ropa extendida recién lavada o los perros en la cubierta. Cada uno de los botes anunciaba lo que vendía colgando el producto de un palo para hacerlo visible a lo lejos, de esa manera los compradores podían ir más fácil hasta la tienda que necesitaban o llamarlos desde la orilla.

El tour que había tomado incluía una fábrica de noodles donde explicaban el proceso artesanal y otra planta procesadora de arroz en la que comprendió lo importante que es ese cereal para los vietnamitas.

Había quedado de conectarse con Tatiana a las 3 a. m. de Vietnam por lo que decidió irse a dormir temprano y poner una alarma. A la hora acordada ella lo estaba esperando en su apartamento, con una copa de vino tinto, las luces tenues y escuchando Maroon 5. Llevaba puesto un *body* de encaje blanco y la pulsera que él le había enviado de regalo.

Pablo se sintió más cómodo que la primera vez. Le pidió que hiciera cosas específicas y la incitó a que jugara con su cuerpo. El cibersexo requería mucha confianza y conexión, pero sobre todo mucha imaginación de cada uno, además de la capacidad para verbalizar los sentimientos y así lograr que los sentidos se involucraran completamente, haciéndoles olvidar que no estaban ahí y permitirse el placer de complacerse y de complacer al otro.

Día 275

Ese domingo en el almuerzo familiar compartieron la noticia del compromiso con sus papás, explicándoles que era muy importante que nadie se enterara aún, especialmente Pablo (al hablar de esto Sofía miró a su mamá porque sabía que era la fuente de información a través de su suegra).

Su plan era esperar a que el papá de Pablo firmara los documentos necesarios y anunciarlo un mes después. Si esto no se daba, el peor escenario era que él volviera del viaje y lo hiciera

personalmente, para lo cual faltaban menos de tres meses. Se casarían a final del año en una ceremonia civil con su círculo más cercano. Debían buscar un apartamento más grande para que Sofía estuviera más cómoda y donde pudieran tener una habitación para sus terapias.

La familia estaba emocionada, inclusive hicieron bromas sobre ser abuelos, una posibilidad sobre la que Sofía había pensado pero de la que no habían hablado todavía.

Día 276

Después de correr alrededor de un pequeño parque, Pablo tomó un bote para dirigirse a una granja de procesamiento de coco donde pudo ver cómo aprovechaban hasta el último pedazo de la fruta. Para llegar cruzaron unos canales del delta del Mekong en pequeñas lanchas sin motor. Vietnam le pareció un país en desarrollo que estaba llevando bien la posguerra. La economía estaba creciendo a pasos agigantados y la tasa de desempleo era baja.

Más allá de las cifras veía personas trabajadoras que respiraban libertad, alegría, seguridad y prosperidad. La mayoría de los vietnamitas eran jóvenes y los pocos ancianos que habían sobrevivido a la guerra veían con esperanza un país que se levantaba para ofrecer un futuro a las próximas generaciones.

Día 277

Federico había tenido que viajar a Bogotá durante la semana para asistir a una reunión del partido. Sofía aprovechó para trabajar desde la casa y evitar el tiempo de desplazamiento. Su meta de la semana era contactar a todos los compañeros del colegio de él para involucrarlos en la campaña. Iba a necesitar una red de apoyo muy grande siendo un candidato desconocido y la forma de lograrlo sin tener que dejar todo a la publicidad era construyendo una base de seguidores.

Las últimas sesiones con Mónica la tenían muy contenta. Ese día la terapeuta le propuso revisar el ejercicio de su "historia sexual" para entender cuáles eran esos estímulos que habían sido importantes en el pasado y ver si identificaban un patrón. Sofía quedó en *shock* recordando el último nombre que había puesto en la lista.

—¿Qué pasa Sofi? ¿Hay algo que te moleste de este ejercicio?

—La verdad… me da un poco de miedo.

—¿De qué exactamente? Sé que no has tenido una situación de abuso, ya lo hablamos alguna vez… ¿Qué te da miedo?

Sofía prefirió abrir el archivo para mostrarle. Sin decir nada, ubicó el cursor al final de la lista. Mónica sonrió con empatía.

—Entiendo que por tu formación católica esto te atormenta,

pero hay mucho positivo para rescatar de la experiencia. No me hagas esa cara, ya lo verás… Te prometo que iremos poco a poco.

Cuando a Sofía apenas le quedaba una semana en Miami para regresarse a Colombia, decidió confrontar sus sentimientos hacia Viviana invitándola a cenar. De alguna manera se había convencido de que no estaba realmente enamorada, que era una mezcla de idealización, soledad y cariño fraternal. Ella estaba segura de su preferencia sexual, había pedido perdón y había rezado mucho para superar el error que había cometido al besarla.

Viviana sonríe con todo lo que Sofía le cuenta. Se aparta el pelo de la cara. Se humedece tenuemente los labios. La mira con atención. Le roza la mano sobre la mesa. Camina sensual cuando se para al baño. Sofía reconoce las señales. Las que ella misma ha usado incontables veces. Mira a su alrededor temiendo que los otros comensales del restaurante se hayan dado cuenta. Paga la cena con nerviosismo. La besa en cuanto entran a su apartamento. Siente que se quema, que Viviana la quema, que es fuego puro. Duda. Pecadora. La besa. Se recorren descubriendo esa piel suave que se eriza al contacto con la otra. Se desnudan. Se desviven en caricias sin prisas, jugando al espejo con sus propios cuerpos. Tocado con la intensidad precisa, en los puntos clave, sin perder detalle. Pecadora. Pecadora. ¡Pecadora! La aparta bruscamente, le dice que no quiere seguir, se encierra en el baño, se moja la cara, llora.

No volvieron a verse. Sofía le mandó un correo electrónico pidiéndole perdón, confesó su pecado ante el sacerdote de turno y cumplió con el doble de penitencia.

Día 278

Ho Chi Minh fue su inmersión real a lo que siempre había conocido como la guerra de Vietnam y que localmente llamaban la guerra de América. Tomó un tour hacia los túneles de la guerrilla que estaban cerca de la ciudad. Hasta entonces su conocimiento del conflicto estaba sesgado por lo que había visto en las historias de Hollywood como *Platoon*, *Nacido el cuatro de julio*, *Cuando éramos soldados* y la favorita de su papá y que había visto varias veces: *Misión del deber* con la canción *Paint it, black* de The Rolling Stones que le encantaba escuchar.

“No odiamos a los franceses, no odiamos a los japoneses, no odiamos a los americanos. Los hemos perdonado… pero no hemos olvidado” fue lo que dijo su guía antes de empezar el recorrido. Hacía mucho calor y la humedad era extrema. Cerca a la ciudad los turistas como él podían internarse en los túneles que en su momento construyeron los vietnamitas para moverse por su propio país, mientras sobre la superficie los soldados estadounidenses

luchaban no solo contra ellos sino contra un clima inclemente para el que no estaban preparados. La red de túneles era de más de doscientos kilómetros y con asombro pudo ver cómo literalmente desaparecían las personas al internarse en pequeños agujeros que camuflaban con hojas bajo la superficie.

La historia contada por los vietnamitas hablaba de familias escondiéndose en esos pequeños espacios donde tenían que sobrevivir sin ver la luz del sol, sin bañarse, sin saber qué estaba pasando con quienes salían a combatir y nunca regresaban. Después de descender unos metros Pablo empezó a sentirse mareado, las paredes parecían acercarse y le faltaba el aire. Intentó retroceder pero la posición en la que estaba (arrodillado y apoyándose en sus manos) no le daba espacio suficiente para girar, así que todos los que iban detrás de él tuvieron que ir en reversa para poder salir. Una vez afuera, aspiró el aire con fuerza, empujándolo hacia los pulmones como si los llenara por primera vez.

Sintió un dolor profundo pensando en los motivos que habían dado pie a esos conflictos y que seguramente estaban tan lejos de la realidad de tantos inocentes que sufrieron sus consecuencias. Esa tarde en el hotel buscó más información en Internet y la mayoría de lo que encontró contaba el mismo lado de la historia, ese que durante años él había tomado por cierto, ese en el que los vietnamitas eran el enemigo. Supo que era un privilegio estar ahí y tener la oportunidad de escuchar las voces que nunca habían llegado hasta su lado del mundo.

Día 279

La meta de Sofía iba bastante bien, había logrado contactar a casi todos los compañeros de Federico que seguían viviendo en Medellín y contaba con el apoyo de la mayoría. En la lista había una antigua compañera del colegio que varios refirieron como una persona clave: se trataba de Ángela, quien tenía una carrera política en crecimiento en Washington.

Sofía se obsesionó con llegar a ella. Le pareció que sería un logro importante para Federico contar con su apoyo porque le ayudaría a construir su credibilidad como un líder joven. Ese día logró contactar a una hermana que todavía vivía en Medellín quien le prometió que le pasaría el mensaje.

Para su sorpresa en cuestión de minutos recibió una llamada de Ángela. Sofía se excusó explicándole que por una condición médica no podía hablar por un largo período de tiempo, le dio una introducción general y le prometió que le enviaría un correo electrónico contándole mejor de qué se trataba.

Día 280

La guerra entre Vietnam y Estados Unidos fue el resultado del juego de poderes entre los franceses, los japoneses, los estadounidenses y el Frente de Liberación Nacional (conocido también como *Viet Cong)*, la guerrilla local liderada por Ho Chi Minh.

Los soldados estadounidenses se embarcaron en una guerra para la que no estaban preparados: padecieron la inclemencia de la selva húmeda tropical, fueron emboscados por guerrilleros que desaparecían como fantasmas y murieron sin entender muy bien los motivos. El odio escaló rápidamente y la guerra fue convirtiéndose en sevicia, venganza y maldad, dando paso a masacres indiscriminadas y al desplazamiento masivo de los campesinos hacia las ciudades.

Los estadounidenses concluyeron que era más fácil luchar contra los *Viet Cong* si no tenían donde esconderse y bombardearon el país entero con el Agente Naranja y el napalm para acabar con la vegetación.

Pablo recorría el Museo de los Vestigios de la Guerra sin creer lo que decían los carteles. ¿Cuánta maldad se necesita para querer acabar con las personas, la fauna y la flora de un país entero? El resultado: cuatro millones de muertos vietnamitas, cincuenta y cinco mil americanos y tres millones de enfermos como consecuencia de las armas químicas.

Mientras regresaba al hostal, pudo ver a una niña acurrucada en el asfalto en medio de la basura. Uno de sus pies tenía los dedos unidos. Escrito sobre un cartón algunas letras en el idioma local decían algo que Pablo no podía entender. Cuando intentó acercarse, la niña lo miró con el miedo de los que han sido repudiados. Unas mujeres que pasaban por ahí le gritaron Agente Naranja mientras apuraban el paso.

Una cerveza tras otra en el bar del hostal le sirvieron para olvidarse por esa noche de todo el horror que había visto.

Día 281

Ese día tendría una videoconferencia con Ángela, que se había ofrecido a darle retroalimentación sobre el plan de campaña que había hecho para Federico y solo tenía tiempo los sábados. Sofía estaba un poco nerviosa, la había visto en varios videos y era una mujer muy carismática. Temía que su proyecto, que tenía un enfoque de negocios y no de política, estuviera lejos de lo que debería hacerse en esos casos.

Contrario a sus dudas, Ángela la felicitó por haber construido un plan de trabajo que se veía bastante completo. Le recomendó que empezaran a trabajar en el primer borrador del plan de gobierno

porque de lo contrario los grupos de apoyo que estaba convocando iban a sentir que se quedaban sin un fundamento concreto. A Sofía le pareció que además de ser muy inteligente era una mujer absolutamente encantadora, con una personalidad magnética que la había hecho sentir importante.

Estaba ansiosa por contarle a Federico sobre esa nueva aliada que tenía para su campaña, pero quiso reservar la noticia hasta que él regresara de su viaje y así alcanzar a incorporar las sugerencias que ella le había hecho. Ángela le había dicho que él tenía la capacidad y el carisma para llegar a ser presidente si se lo proponía y Sofía soñó por primera vez con la idea de convertirse algún día en primera dama.

Día 282

Hoi An era el destino al que querían llegar todos los viajeros que Pablo había conocido en Vietnam. El pueblo era tranquilo y tenía un estilo arquitectónico que le hizo pensar en Cartagena o Villa de Leyva. Las construcciones eran máximo de tres pisos, estaban pintadas de color mostaza, tenían amplios balcones y techos de tejas cafés. El comercio era abundante, siendo la gran especialidad local los trajes de paño para los hombres y los vestidos de fiesta para las mujeres, hechos a la medida en un par de días y por un costo que no llegaba a ser una décima parte del valor que se pagaría un país europeo por algo de mucha menor calidad.

Hoi An le hizo pensar también en otros lugares que había visitado como Tofo en Mozambique y Dahab en Egipto. El ambiente tranquilo y relajado impregnaba a las hordas de turistas que no podían resistirse a los bares con terrazas hacia el río donde por un dólar podían comprar ocho cervezas. Después del atardecer las calles peatonales se llenaban de hermosas lámparas tradicionales, bailarines de danzas locales y músicos en vivo, haciendo sentir a Pablo una nostalgia por Sofía que no había tenido en varios días.

Día 283

Federico regresó muy emocionado. Los líderes del partido con los que se había reunido estaban dispuestos a apoyar su candidatura y lo habían invitado a varias reuniones que harían durante el año. Sofía lo escuchaba excitada viendo cómo cada día estaba más posicionado en su rol y transformándose en el líder que ella había diseñado en sus planes.

—Fede, ¿tú crees que puedas llegar a ser presidente?

—¡Claro mi vida! Pero faltan muchos años. ¿Tú qué piensas?

—¡Total! Y Ángela Restrepo también, esta semana hablé con ella.

La expresión de Federico cambió completamente y empezó a dar

golpes sobre la mesa.

—¿Ángela Restrepo? ¿Te volviste loca Sofía? ¿Cómo se te ocurrió contactarla sin preguntarme?

Sofía se puso pálida al ver su reacción. Mientras movía la cabeza en negación subía más y más la voz hasta que los gritos hicieron que el resto del despacho se quedara en silencio. Adjetivos como "bruta", "desorientada" y hasta "traidora" saltaban en las frases que Sofía ni siquiera lograba entender.

—Perdóname Fede…

—¿Perdonarte Sofía? ¡Lo destruiste todo en una semana que me fui de viaje!

Sin entender lo que estaba pasando no pudo aguantar las lágrimas y Federico en un ataque de ira salió de la oficina sin decir más.

Día 284

Pablo llevaba dos días sintiéndose demasiado triste. Hablaba con Tatiana con desgano mientras que ella emocionada hacía planes para verlo en Semana Santa. Tenía a Sofía atravesada en la cabeza y en el corazón. Su mamá era la mejor fuente de información pero esta vez no supo darle ninguna novedad.

> Sofía:
>
> Espero que estés bien. Con todo mi corazón. Perdóname por escribirte, no espero que me respondas, solo quiero que sepas que sin importar qué sea de tu vida o la mía, siempre estaré anhelando que seas feliz. Te mando un abrazo desde Vietnam.
>
> Pablo.

Caminando por las calles de Hoi An imaginaba que iba con Sofía tomados de la mano.

Día 285

Después de haber discutido con Federico y de tantos días sin saber de Pablo, recibir su mensaje la destruyó emocionalmente. Quería llorar en silencio y que él la abrazara. Estando tan lejos lo sintió muy cerca, de alguna manera ese mensaje había llegado justo en el momento que más necesitaba sentirlo a su lado.

Federico no la había buscado y ella a pesar de su orgullo lo había llamado varias veces para terminar siempre en el buzón. Recordó todas las veces en que su mal temperamento había sido motivo de eternas discusiones y algunas separaciones cuando fueron novios en el pasado, pero en esta ocasión, por más vueltas que le daba al asunto, seguía sin entender qué había hecho mal. No tenía que ver con controlar lo que ella hacía en su nombre; durante las

últimas semanas Sofía había tomado muchas decisiones, había contactado personas de todos los círculos, organizado reuniones, enviado mensajes desde sus cuentas en las redes sociales, y cada cosa que había hecho él la había aplaudido a pesar de enterarse después de ejecutada.

Si él no se lo iba a decir tal vez Ángela tendría respuestas. Ingresó a una de las cuentas en redes sociales de Federico y la añadió como contacto, esperando que aceptara. Antes de dormirse le escribió a Pablo.

Mensaje de Sofía: Espero que estés bien, con todo mi corazón.

Día 286

Mientras iba en el minibus de Hanói a Halong Bay, Pablo repetía las palabras de Sofía en su cabeza sabiendo que eran sus propias palabras. Las escuchaba con la voz de ella, pero no la nueva voz; las oía de la voz de la que se había enamorado, la que decía todo siempre con las palabras correctas, con firmeza, a veces bruscamente. La voz que era incapaz de imitar otros acentos o de cantar cualquier canción en el tono adecuado.

Buscó en sus últimas conversaciones de *chat* los audios que ella le había mandado. El más reciente era de al menos un año y medio, cuando ya estaban organizando todo para ese viaje. Ella le decía que había leído un artículo sobre las diez ciudades más atractivas del mundo y que le parecía que él debía ir a todas las que pudiera en su recorrido.

Escuchó todos los audios que pudo en esas cinco horas de recorrido. Con los ojos cerrados la imaginaba recordándole que comprara algo que faltaba del mercado, explicándole la información que le había dado el médico después de un examen, poniéndole quejas de un problema en el trabajo, contándole una anécdota del gimnasio, diciéndole que lo amaba.

De acuerdo con su plan original le quedaban menos de tres meses para regresar. ¿Regresar a qué? Ya sin Sofía, se acercaba el momento de plantearse qué hacer con su vida.

Día 287

Dispuesta a no rendirse, Sofía siguió añadiendo a Ángela en todas las redes sociales desde las cuentas de Federico a las que tenía acceso. La única que él manejaba era la de sus amigos cercanos que la revisaba a diario para ver los cumpleaños del día por si no tenía a alguno registrado en su teléfono. Había otras que ella misma le había creado, que él no había logrado entender del todo y de las que ni siquiera tenía las claves.

Finalmente lo logró. Ella lo aceptó en una de las plataformas.

Tuvo que contenerse para no escribirle de inmediato, y después de algunas horas inició la conversación.

—Hola.

Dos horas más para que Ángela respondiera.

—Hola Federico.

Era difícil seguir el hilo sin tener ningún contexto. Pensó en elegir muy bien las palabras.

—¿Cómo vas?

Al parecer había logrado captar la atención de Ángela porque le respondió de inmediato. Sofía se tardaba más entre pensar qué decirle y la dificultad que le daba escribirlo.

—Ahí estás pintado, buscándome ahora que seguro me necesitas, ¿no te da pena?

Sofía no sabía cómo seguir. Tuvo que pensar un buen rato para contestar algo ambiguo pero que pudiera serle útil.

—¿A qué jugamos?

—Dímelo tú Federico. Hace apenas unos meses viniste por última vez a Washington a calentarme la cama para que te ayudara con tu campaña, después decidiste dejarme para estar con esa exnovia lisiada que te sirve más que yo para tu fachada política y ahora la mandas a presentarme su estúpido plan de practicante... ¿Así de podrida tienes la cabeza? ¿Qué sigue? ¿Ya estás pensando en cómo comprar votos o con qué mafioso te vas a juntar para que te financie? No puedo creer lo torcido que eres, ojalá te humillen como te mereces en las elecciones.

—Espera. Todo tiene explicación.

—¡Claro! eso piensan todos los manipuladores como tú… Más bien contéstame el teléfono que te estoy marcando para que me expliques entonces.

En un ataque de pánico Sofía cerró el computador como si con eso cortara la conversación. ¿De qué estaba hablando Ángela? ¿Qué debía hacer? ¿Se había expuesto ante Federico? Abrió de nuevo el portátil que se tardaba en iniciar. Ingresó a la aplicación desde el celular. Ángela ya no aparecía conectada. Revisó la conversación para entenderla mejor. Necesitaba organizar las ideas. Su celular empezó a sonar, era Federico. Marta llegó con la enfermera a ver por qué no contestaba el teléfono y la encontró convulsionando.

—Fede…

—¿Marta? ¿Estás con Sofía?

—Sí, Fede… vamos a la clínica, acabo de llamar una ambulancia, Sofía tuvo un ataque.

Día 288

Había pasado los últimos tres días en un barco de estilo chino

antiguo con acabados de madera en el que también iba una pareja de alemanes y un grupo de cinco australianos. Halong era una bahía impresionante con cerca de dos mil islas que parecían enormes piedras redondeadas puestas aleatoriamente en el mar. Las aguas eran tan tranquilas que había pueblos flotantes construidos en las orillas de las islas sobre barcos atracados entre sí. Casas, escuelas, tiendas e incluso servicios médicos funcionaban en las pequeñas embarcaciones que formaban una compleja red de servicios sobre el agua.

La comida en el barco había sido deliciosa. Hicieron un par de excursiones cada día en las que pudieron ver cómo vivían los locales, y adentrarse en *kayaks* hasta algunas cuevas que había en la base de las islas, la mayoría de las cuales eran tan pequeñas y de paredes tan empinadas que sus únicos habitantes eran los pájaros y los insectos, lo que producía un concierto de sonidos envolventes.

A Pablo le pareció uno de los lugares más lindos que había conocido. Habría querido que Sofía estuviera ahí con él.

Sofía:

Gracias, sé que es así. Mañana me voy a Kuala Lumpur, recordé que me habías recomendado esa ciudad.

Besos,

Pablo.

Día 289

El doctor Ramírez no entendía por qué Sofía había tenido el ataque ni por qué no estaba respondiendo al tratamiento. Según los exámenes nada estaba mal; a excepción de los problemas propios de su enfermedad, su cuerpo estaba funcionando normalmente y los órganos encargados de mantenerla viva no mostraban ningún problema.

Marta se sentía incapaz de soportar otra recaída. Su vida era una montaña rusa en la que un par de meses estables de repente se convertían en la angustia de que Sofía pudiera… morir. Federico le dijo que estaba muy ocupado con un proyecto del trabajo, había ido solo un rato en la mañana para ver cómo seguía Sofía y le había pedido a Marta que le ayudara a recuperar el computador de su hija para copiar un documento que necesitaba.

A diferencia de la crisis anterior en la que Sofía tenía algunos momentos de lucidez y otros en los que podía escuchar lo que pasaba a su alrededor, esta vez sus sentidos estaban apagados, como si estuviera dormida y sin soñar.

CAPÍTULO 10

Día 290

Después de su paso por España, Pablo había bajado la velocidad del recorrido y cada vez sentía que quería disfrutar con mayor detalle los lugares por los que pasaba. Recordó al francés aquel que había conocido en Malaui, al que en su momento se refirió como un loco por viajar sin ir a los lugares turísticos, y sintió que todo tenía sentido. Después de tantos meses sin un hogar llega el momento en el que los lugares se observan de una manera diferente, se acaba la adrenalina del que corre cien metros para darle paso a la estrategia del que se enfrenta a la maratón.

En su cabeza el plan era quedarse un mes en Malasia, otro mes en Indonesia y tal vez unos días en Singapur antes de finalizar el viaje. Ya no decía "regresar", al menos no a Medellín, hablaba más bien del momento en el que su año sabático se cumplía y llegaba la hora de tomar una decisión.

En el aeropuerto de Kuala Lumpur se estrelló una vez más con su condición de colombiano. A pesar de que su visa de entradas múltiples tenía una vigencia de tres meses, podía quedarse máximo dos semanas consecutivas en el país. Eso desbarataba por completo su idea y se pasó el resto del día en el hostal rehaciendo todo el itinerario.

Cuando llamó a Tatiana para contarle, ella se emocionó de una manera incomprensible.

—¡Entonces nos vamos a Filipinas en Semana Santa!

—Tati ¿¡pues cómo!? ¿Qué hay para hacer allá?

—Déjamelo a mí cariño, vas a alucinar.

El tiempo coincidía perfectamente y los tiquetes aéreos eran baratos; en tan solo unos minutos ya estaba reestructurado lo que haría los siguientes días: dividiría su estancia de cuatro semanas en Malasia, yéndose a Filipinas en el intermedio, un país que ni siquiera tenía en planes y que no pedía visa a los colombianos.

Día 291

El área metropolitana de Kuala Lumpur tenía más de siete millones de habitantes. En medio de una zona tropical, enormes rascacielos se elevaban imponentes. Grandes avenidas, almacenes de lujo, un sistema de transporte tan completo que resulta difícil de navegar, y la mezcla de descendientes malayos, chinos e indios creaban un panorama abrumador para Pablo.

Aunque había sido poco constante para correr, en las últimas

semanas había recuperado el ritmo y pudo ver la ciudad como más le gustaba: temprano en la mañana cuando todos van hacia su lugar de trabajo o estudio, el calor aún es soportable y dejándose llevar por las calles sin un plan definido.

Su hostal estaba en Chinatown, una de las zonas más baratas para alojarse. Allí la basura, el ruido y el comercio parecían atacar a los transeúntes. Hizo un recorrido caminando por el barrio a partir de un mapa que le dieron en el hostal. Los atractivos más representativos eran los diferentes templos budistas y un templo hindú, el mercado central y algunas calles peatonales llenas de baratijas e imitaciones de grandes marcas.

Era la primera vez que visitaba un templo hindú y lo sorprendió la variedad de estatuas que representaban a los diferentes dioses, sus características antropomorfas y los colores exagerados con los que estaban pintados.

El hostal tenía muy buen ambiente, y aunque las habitaciones eran diminutas y carecían de ventanas, los corredores estaban decorados simulando una calle de barrio chino. Antes de dormir pensó en Sofía y se sintió triste al darse cuenta de que no le había respondido su mensaje.

Día 292

Sofía seguía estable pero los médicos todavía no encontraban la razón por la que permanecía inconsciente. Decidieron hacerle varios exámenes para definir su tratamiento. Marta empezaba a sentirse sin esperanza y Federico había dejado de ser un apoyo para ella. Cada vez que lo llamaba le decía que estaba ocupado, que tenía mucho trabajo, que debía suplir las labores de Sofía personalmente para evitar que su candidatura tuviera algún tropiezo; “es lo que ella habría querido” solía decirle para terminar la conversación.

Mónica, en cambio, estaba con ellas cada minuto que podía. Había cancelado las citas de todos los pacientes que no tuvieran alguna necesidad inaplazable. Sofía se veía muy tranquila, simplemente dormida. Mónica le hacía masajes y todos los ejercicios posibles para evitar que sus músculos se debilitaran más o se atrofiaran.

Día 293

Cuando Pablo se despertó encontró un mensaje de su mamá en el que le decía que Sofía estaba hospitalizada de nuevo. Aprovechando que apenas eran las siete de la noche en Miami la llamó antes de salir a correr.

—Pablo, hijo... menos mal me llamaste.

—¿Qué pasó mamá? ¿Por qué está Sofía en el hospital?

—No sabemos.

—¿Marta no te contó?

—No es eso, mejor dicho, nadie sabe. Marta la encontró convulsionando y lleva tres días inconsciente.

—Mamá, no puede ser…

—Sí hijo, qué angustia, los médicos no saben nada.

Pablo se quedó muy preocupado por todo lo que le contó su mamá que incluía un resumen de la vida de Sofía como asesora de campaña de Federico y lo feliz que venía trabajando intensamente desde hacía un par de meses. Ella misma se había vuelto una activista, distribuyendo la información que Sofía le enviaba en los grupos de *chat* a los que pertenecía de Medellín y siguiendo a Federico en las diferentes redes sociales.

Él le contó por primera vez que estaba dudando sobre regresar a Colombia. Su mamá se emocionó cuando le dijo que una alternativa sería irse a Miami, al menos por un tiempo. Hablaron tanto que se le hizo tarde para correr. Pablo había explorado un poco más allá del barrio, hacia la zona de Merdeka, la plaza conmemorativa de la independencia que estaba rodeada por edificios antiguos de influencia árabe. Después de organizarse se fue hacia la zona de negocios y comercio donde encontró algunos edificios de oficinas, centros comerciales y bares. Al llegar al hostal le mandó un mensaje a Tatiana con una excusa para no hablar con ella como lo venían haciendo todos los días, estaba muy angustiado por las noticias sobre Sofía.

Día 294

Antes de salir a correr, Pablo habló con su mamá para constatar que no hubiera alguna novedad con Sofía y después de un corto recorrido, desayuno y ducha, tomó un vuelo hacia Kuching, una ciudad en la isla de Borneo.

Se encaminó hacia la reserva Semenggoh, situada a una hora de distancia. El lugar era ideal para ver los orangutanes ya que allí vivía un grupo de veinte primates que habían sido rescatados del comercio ilegal o recuperados de heridas graves en las plantaciones de palma. En la reserva los orangutanes vivían libres, pero cada día a las 9 a. m. y a las 3 p. m. podían acercarse a unas plataformas de alimentación donde los guardabosques los esperaban con generosas porciones de fruta. Al finalizar el momento de la comida, pudieron ver al macho alfa del grupo merodeando por las oficinas del parque.

Pablo sintió por un momento que su mirada se cruzó con la de Richie, el enorme orangután. Protegido detrás de una baranda lo observó balancearse rítmicamente, erguido, apoyado en las patas delanteras hasta que se detuvo en frente del racimo de plátanos que le habían dejado. Uno a uno los devoró sin detenerse, en silencio,

sondeando con la mirada a todos los turistas que, con sus cámaras listas para una buena toma, lo veían a través del lente.

De regreso al hostal llamó a Tatiana y aprovechó que ella no le contestó para enviarle un mensaje diciéndole que estaba cansado y se iría a dormir temprano. Sentía que se le partía el corazón sin tener noticias claras sobre Sofía.

Día 295

Pablo había hecho una reserva para irse a Bako, un parque nacional cerca a Kuching. Después de una hora y media en bus y media más en bote, llegó a un embarcadero con tantas instrucciones de cómo interactuar con la vida salvaje del lugar que parecía más una instalación militar. Tomó el camino que llevaba a las oficinas donde todos los turistas debían registrarse. En el corto recorrido pudo ver varios macacos y algunos cerdos salvajes que tenían el hocico cubierto con un denso pelaje.

El alojamiento que había elegido era una habitación dentro de una cabaña en la que la mayoría de las cosas estaban corroídas por la humedad. Por un momento se imaginó lo rápido que la naturaleza podría tomarse un sitio así si no fuera por el mantenimiento constante de los humanos. Esa tarde se aventuró a una caminata en medio de una jungla espesa y extremadamente caliente. Los senderos estaban marcados y había mapas en enormes tableros que cada cierta distancia mostraban las diferentes opciones.

Después de cenar se apuntó para hacer otra caminata sin muchas expectativas, interesado en socializar un poco. El grupo de ocho turistas se internó en la selva con linternas y empezaron a descubrir, gracias a la habilidad de los dos guías, serpientes, arañas y muchos otros insectos, ranas y pájaros, animales nocturnos que se camuflaban perfectamente.

En el parque no había conexión a Internet y antes de dormir cerró los ojos esperando que Sofía estuviera mejor.

Día 296

Pablo se levantó temprano a correr por la playa del parque que aunque no era muy extensa, ofrecía un terreno relativamente estable en comparación con los caminos que se internaban en la selva. Apenas había empezado cuando vio un movimiento en la copa de unos árboles. Al acercarse pudo ver por primera vez un par de monos proboscis, una especie de primates caracterizada por una enorme nariz y de los cuales apenas quedan unos pocos en el mundo. Su cara tenía un aspecto humanoide y la larga cola les permitía balancearse y saltar grandes distancias entre las copas de los árboles, pareciendo que volaban.

Después de desayunar y ducharse, se unió a un grupo de

franceses que haría una caminata en dirección opuesta a la que había tomado el día anterior. Aunque eran cordiales, no hablaban casi inglés y antes de llegar a la mitad del recorrido ya se había adelantado lo suficiente y no valía la pena esperarlos. La ruta era extenuante; debía ascender hacia la parte más alta del parque en medio de la humedad y el calor del mediodía, pero la recompensa fue grande y llegó a una pequeña bahía con una playa desierta en la que se dio un baño antes de tomar un bote para regresar al punto de partida.

Esa noche, de nuevo en Kuching, llamó a su mamá quien le contó que no había novedades sobre Sofía.

Día 297

Desde Kuching Pablo tomó un vuelo para visitar otra reserva de orangutanes llamada Sepilok. Fascinado por la experiencia anterior, tenía grandes expectativas ya que había leído que era más grande, pero al llegar ahí esa resultó ser la principal desventaja: cientos de turistas llenaban el lugar a la espera de la hora de alimentación de los animales. El momento mágico para ver a los hermosos primates de color naranja fue empañado por el exceso de personas y el ruido del lugar, haciendo difícil observarlos.

Antes de dormir llamó a Marta. Al principio de la conversación fue cortante, pero al darse cuenta de que estaba de verdad preocupado por Sofía, se derrumbó y se puso a llorar. Después de unos segundos, alguien más tomó el teléfono.

—Hola Pablo, soy Mónica… la terapeuta de Sofía.

—Hola Mónica, gracias por pasar, no sé si hice bien llamando a Marta… ¿Está bien?

—Sí, no te preocupes. Creo que necesitaba desahogarse, es difícil mantenerse fuerte siempre.

—¿Y cómo está Sofía?

—Aún no sabemos. Los exámenes que le han hecho salen bien pero ella sigue inconsciente.

—¿Qué dicen los médicos?

—Por ahora no mucho, que debemos esperar.

Antes de colgar, Pablo le pidió que le diera sus datos para poder estar en contacto y que le avisara cualquier novedad. Ninguno de los dos mencionó a Federico: él prefería no enterarse y ella no tenía claro qué tanto sabía él.

Día 298

Un poco más tranquilo después de hablar con Mónica, y sabiendo que Sofía a pesar de estar inconsciente parecía fuera de peligro, Pablo se fue a hacer un recorrido por las islas cercanas a Kota Kinabalu donde esperaba encontrar algunos buenos lugares

para hacer *snorkeling*. La realidad fue otra: turistas con enormes flotadores pisaban el coral intentando mantenerse en pie, destrozando el hábitat marino y las oportunidades de ver la fauna local.

Corriendo para dejar todo organizado en la oficina, Tatiana se cuestionaba si valía la pena ir a ver a Pablo. De nuevo estaba distante y eso la hacía sentir insegura, le generaba ansiedad pensar en lo que él estaría viviendo (y sobre todo con quién) y últimamente parecía que ni siquiera la necesitaba para ayudarle a organizar su vida.

Aitor la convenció de que fuera (sería la única forma de saber si su relación tenía futuro) y esa noche viajó hacia Filipinas para encontrarse con él al día siguiente.

Día 299

Federico pasó temprano por el hospital para ver cómo seguía Sofía, avisarle a Marta que estaría los días festivos de Semana Santa en la finca con sus papás y que después posiblemente tendría que viajar a Washington. También aprovechó para contarle que antes de la crisis había notado un poco rara a su hija, casi paranoica, hablando de conspiraciones y otras cosas sin sentido. Marta se alarmó ante el comentario, ella no había notado nada extraño ni las enfermeras o Mónica habían mencionado el tema, así que le prometió comentarlo con los médicos para ver si era relevante.

Pablo y Tatiana se encontraron en Puerto Princesa, una precaria ciudad en la isla de Palawan. No hubo la misma emoción de las veces anteriores, y aunque a ella le saltaba el corazón de la felicidad, se contuvo para dejar que fuera él quien pusiera el ritmo. Pablo intentó ser cálido pero todos sus pensamientos giraban alrededor de lo que podía estar pasando con Sofía, e incluso por primera vez en todos los meses del viaje, había llegado directamente a comprar una tarjeta para usar el celular y tener conexión permanente en caso de que lo buscaran sus papás, su suegra o Mónica.

Sin ganas de inventar excusas para no tener sexo, esa noche le devolvió a Tatiana los besos apasionados con otros más secos y puso una película de acción para evadirla. Ella se durmió mirando la pared, con el dolor de tenerlo al lado y sentirlo a kilómetros de distancia.

Día 300

Tatiana se había encargado de coordinar todo el itinerario y muy temprano los recogió un minibus para ir a conocer el río subterráneo. Allí encontraron una enorme cueva por la cual corría un río formado por la filtración de agua durante millones de años,

dando lugar a las más creativas estalactitas y estalagmitas de piedra caliza.

El río es navegable por un tramo de ocho kilómetros, pero el acceso de turistas, a bordo de un pequeño bote impulsado con remos, comprende menos de la tercera parte. Es el segundo río subterráneo más largo del planeta y una de las siete maravillas del mundo natural. El turismo está cuidadosamente controlado y las instrucciones impartidas a los visitantes para no dejar ni la más mínima huella han permitido preservar el lugar de la mejor manera posible.

De regreso al puerto tomaron un minibús hacia El Nido. Ya era de noche cuando llegaron a su hotel en Corong Corong, ubicado unos kilómetros antes del pueblo. Pablo quería hablar con Mónica o al menos con su mamá, pero no encontró oportunidad para llamarlas estando con Tatiana, así que les envió a ambas un mensaje preguntándoles por Sofía.

Día 301

Pablo se despierta y Tatiana está dormida dándole la espalda. Le acaricia el pelo y se lo corre un poco para darle besos en el cuello. A ella se le escapa un pequeño sonido de aprobación todavía entre sueños. La rodea con los brazos, le da un mordisco suave en la oreja que la despierta, le sube la pijama y ella se la quita del todo. La gira dejándola boca abajo. Le besa la espalda. Le acaricia la cadera. Ella con gemidos tenues le pide que continúe. Él le pasa lentamente la lengua por el pliegue entre las nalgas y las piernas. La muerde juguetón. Ella se retuerce, intenta girarse para besarlo, él no la deja.

Pablo le acaricia las piernas y se las abre suavemente. Con el anhelo del amante, sumerge la cabeza entre ellas y cierra los ojos para olerla, perdiéndose en el aroma de sus fluidos. Con la boca busca su sexo. Lo prueba, lo aprueba, lo besa. Se unta de ella la cara, la siente caliente y ansiosa. Con los dedos le separa los labios, ella sube un poco la cadera para recibirlo mejor. Los gemidos dejan de ser discretos. Los dedos entran y salen haciéndole pedir más. Él no tiene prisa. Le acaricia de nuevo la espalda, le besa el cuello. Ella se alcanza con sus propias manos, se toca por fuera con movimientos circulares, se introduce los dedos, adentro y afuera rápidamente, una y otra vez.

Él embate contra ella, la inmoviliza, la penetra, la atraviesa. Acoplados, ella boca abajo, él sobre su espalda, se mueven como uno solo, se disfrutan, se reencuentran, se mezclan.

Pasaron el día en la habitación, jugándolo todo en la tarea infinita de descubrir hasta el último rincón de sus cuerpos y de adivinar las reacciones del otro ante cada contacto. Intentando

desafiar la maldición del Viernes Santo, caen extenuados confirmando que aquello de quedarse pegados solo es un mito.

Día 302

Antes de salir a correr Pablo revisó sus mensajes y vio que su mamá le había escrito que todo con Sofía seguía igual, no había mejorado ni empeorado en los últimos días. Mientras desayunaban Tatiana le explicó que había cuatro recorridos por las islas cercanas que podían hacer y luego de revisar las rutas eligieron el tour A. Tomaron un taxi hacia el pueblo, un lugar caótico, sucio y plagado de turistas de todas partes del mundo.

Apenas llevaban unos minutos de navegación cuando el encanto de El Nido empezó a hacerse evidente. Salieron de una hermosa bahía donde el mar calmado permitía ver el reflejo de las islas sobre el agua. Ese día visitaron las lagunas Pequeña, Secreta y Grande, la isla Shimizu y la playa Siete Comandos. Cada lugar les parecía más hermoso que el anterior. Cambiaban las formas de las montañas en las islas, el color del agua, las siluetas de las rocas, haciendo que todos los sitios tuvieran un encanto especial.

Tatiana volvió a ganarse la atención de Pablo. Lo consentía, le decía cosas bonitas, estaba pendiente de él todo el tiempo. Después de tantos meses de viaje, de pasar por lugares tan diversos, de estar casi siempre solo o compartir apenas por pocos días con alguien conocido en el camino, esa intimidad que compartía con ella lo hacía sentir especial.

Día 303

Al otro lado de la bahía en la que estaba su hotel, en la playa Marimegmeg encontraron bares con sillas asoleadoras y alquiler de equipo para practicar deportes acuáticos. La música competía entre todos los lugares que buscaban llamar la atención de los clientes con cocteles de nombres rebuscados, comidas ligeras y algún *DJ* tocando en vivo. Eligieron el que les pareció más calmado para poder descansar todo el día, leer, bañarse en el mar y tomar batidos de frutas que a Pablo lo hacían pensar en su infancia, especialmente cuando pidió algo llamado *golden nugget shake* y descubrió que era jugo de níspero.

En la tarde los batidos fueron reemplazados por cocteles, y después de contemplar un atardecer de colores intensos se fueron al hotel para entregarse con la piel todo lo que sentían el uno por el otro.

Día 304

Ese lunes Federico llegó al hospital muy temprano para ver cómo seguía Sofía. Marta le contó que no había novedades y él sin

mayor expresividad sugirió que hablaran con los médicos para que les dijeran si ya su cerebro había dejado de funcionar.

—No te entiendo Federico, ¿qué estás sugiriendo?

—Perdóname Marta, alguien te lo tiene que decir y a falta de quien se atreva, parece que me tocó a mí.

—De verdad que no te entiendo.

—Me imagino que como madre debe ser difícil admitirlo, pero si Sofía ya es un vegetal, no tiene sentido mantenerla viva.

Marta levantó la mano para darle una cachetada pero se contuvo, no podía creer la frialdad con la que le decía todo eso. Era algo que los doctores ni siquiera habían mencionado como una posibilidad remota, de hecho los exámenes mostraban que su cerebro venía funcionando normalmente y era justo por eso que no habían llegado todavía a un diagnóstico.

—Te prohíbo que siquiera lo menciones Federico. Si eso es lo que Sofía vale para ti, mejor no vuelvas por acá.

Sacando fortaleza de la rabia que tenía para no llorar, lo miraba fijamente esperando alguna reacción de su parte.

—Perdóname Marta, tienes razón, no sé por qué me puse tan dramático hoy. Lo siento. Perdóname. Han sido días difíciles, y sin Sofía ya no sé ni cómo seguir.

A pesar de que siguieron hablando por un buen rato, ya más tranquilos, Marta sintió que Federico no era el mismo de hacía algunos días, y aunque no podía determinar cuál de las dos versiones de su comportamiento era la verdadera, se abrió una brecha en la confianza que antes le tenía.

Día 305

Pablo cruzaba un par de mensajes con Mónica todos los días, en la mañana y en la noche, para saber si había novedades con Sofía. A pesar de que las noticias seguían siendo las mismas, ella siempre le daba mensajes que lo tranquilizaban.

Con Tatiana los días en El Nido parecían una luna de miel. La belleza del lugar era impresionante. Ese día hicieron el tour C donde el principal plan era el *snorkeling* y estuvieron en la isla Helicóptero, el santuario Matinloc y las playas Secreta, Estrella y Escondida.

Como lo hacían todos los días, después de darse una ducha se fueron a uno de los bares de Marimegmeg para ver el atardecer. Tatiana tenía claro que a Pablo le quedaban dos meses para completar el año de su viaje, que estaba enamorada de él, que soñaba con un futuro juntos. Mientras el sol se ocultaba en el horizonte dejando una paleta de colores encendidos en el cielo, ella se imaginaba una vida en la que él era lo primero que veía todos los

días al despertar... pero no sabía cómo tocar el tema. Él no le daba ningún indicio: si bien los últimos días habían sido mejores de lo que ella esperaba, a veces lo sentía retraído y no le había dicho aún qué planes tenía en adelante.

Día 306

Cuando Tatiana se despertó Pablo estaba dándole la espalda y quiso sorprenderlo acercándose muy despacio para despertarlo a besos. Se dio cuenta de que no estaba dormido, tenía abierta una aplicación de *chat* en el teléfono y estaba muy concentrado en medio de una conversación. Ella se acercó un poco más para intentar ver con quién hablaba, pero solo alcanzó a ver por la foto de perfil que era una mujer, y cuando él se dio cuenta de que lo había descubierto puso rápidamente el celular en la mesa de noche con la pantalla hacia abajo.

—¿Qué es esto cariño? ¿Con quién hablabas?

—Con nadie… no era nada importante.

—Pues parecía muy importante. ¿Qué está pasando?

—Nada, de verdad, es una amiga de Colombia, me estaba contando algo.

—Pues si no es nada, dímelo.

La discusión se fue calentando y mientras él seguía ocultándole lo que pasaba, ella más quería saber.

—¿Qué te pasa Tati? ¿Desde cuándo tú con esos celos?

—¿Desde cuándo? ¡Desde que me ocultas las cosas!

Tatiana ya estaba empezando a empacar sus cosas sin fijarse en qué metía en la maleta cuando él accedió a contarle la verdad.

—Es Sofía… o bueno, mejor dicho, es sobre Sofía. Lleva varios días inconsciente en la clínica y estaba hablando con su terapeuta que me estaba contando de unos exámenes que le van a hacer hoy.

—¿Así de tonta crees que soy?

—Es la verdad, mira los mensajes si quieres.

—¿Y por qué no me lo quisiste decir? ¿Qué hay de malo en eso?

—Justamente tenía miedo de que te enojaras… Ya sé, soy un imbécil…

Le extendió el teléfono y ella vio en la conversación que lo que le había dicho era cierto.

—Cariño, esto no tiene por qué pasar. Si pienso que me ocultas cosas ¿cómo voy a estar tranquila en España?

—Perdóname, fue una bobada, tienes razón.

Hablaron mucho sobre lo que estaba pasando. Él le contó que eso lo tenía preocupado porque aunque su relación con Sofía ya estaba muy deteriorada, él la quería y le dolía pensar que estaba mal o que podría pasarle algo grave. También le dijo que estaba

pensando no regresar a Medellín cuando terminara el viaje y ella sin decírselo se pasó todo el día soñando con que tal vez podría irse a España.

Día 307

Envueltos de nuevo en la fantasía de lo que estaban viviendo, alquilaron una moto para ir hacia la playa Nacpan donde pasaron el día. Al ser un lugar un poco más alejado del pueblo había menos turistas y la playa de arena blanca y menuda se podía disfrutar tranquilamente sin el ambiente de los bares.

Por primera vez en tantos meses Pablo le preguntó a Tatiana qué pensaba sobre tener hijos y ella le dijo que aunque no lo descartaba del todo, por ahora pensaba que no quería ser madre. Él por su parte le confesó que siendo hijo único siempre se había ilusionado con tener una familia numerosa y que ese también era el sueño de Sofía, pero que durante el viaje se había hecho más consciente sobre el impacto de los humanos en la destrucción del planeta y ahora pensaba más en la posibilidad de adoptar o de plano no tenerlos.

Hablaron también de muchos otros temas trascendentales, de esos que surgen cuando las parejas empiezan a considerar con mayor profundidad cómo sería un futuro juntos. Él le preguntó qué sabía sobre la industria de la construcción en España, si veía buenas opciones y qué planes tenía para su futuro profesional en los próximos años.

Mientras que el sexo del reencuentro solía ser arrebatado y desesperado, el sexo de la despedida siempre estaba marcado por un tiempo más lento, por la necesidad de estirar los segundos al máximo. Esa era su última noche juntos y durmieron apenas lo necesario para levantarse al amanecer y tomar el minibus de regreso a Puerto Princesa.

Día 308

El vuelo de Puerto Princesa a Manila lo pasaron en silencio. Tatiana tenía que cambiarse de terminal para tomar su avión hacia España pero aún faltaban algunas horas antes de tener que ir a la sala de espera. Sin hablar, se sentaron en una de las frías sillas metálicas y ella se recostó en su hombro con los ojos cerrados. Él la abrazó con fuerza. A esas alturas las despedidas no deberían ser tan difíciles, pero después de los días que habían pasado juntos estaban llenos de temores.

Tatiana pensaba que sería la última vez. No porque a él pudiera pasarle algo malo, de alguna manera ya lograba sortear mejor todos los pequeños tropiezos que se iba encontrando en el viaje; más bien se imaginaba que podía enamorarse de otra mujer, o regresar con su

esposa o que la distancia abriera un abismo tan grande que no quisiera estar más con ella.

Pablo pensaba en otras cosas. En lo mucho que disfrutaba viajar con ella, tener con quien compartir tantas experiencias, discutir las decisiones, maravillarse con todo lo bueno que vivían en cada lugar o conversar antes de dormirse. Alguien con quien no tuviera que empezar una historia, explicarle sobre Sofía, sobre su viaje. Temía quedarse solo otra vez y tener que enfrentarse al momento de tomar una decisión, un momento que se hacía más inminente cada segundo.

Cuando llegó la hora de separarse, ella se puso a llorar. Intentaba reprimirlo pero era imposible. Él la abrazó calmándola como si fuera una niña que le teme a los truenos en medio de la noche. La besó despacio, suavemente, diciéndole que la amaba, secándole las lágrimas. Adivinando sus miedos le prometió que no sería la última vez.

Día 309

Después de haber estado ausente toda la semana, Federico fue el sábado a visitar a Sofía en compañía de su mamá. Mientras buscaba al médico para hablar con él, Gloria se encargó de suavizar un poco la situación con Marta, hablándole de lo estresado que había estado su hijo en los últimos días y de la preocupación que tenía por la condición de Sofía.

Marta también se sentía desesperada por la impotencia. Ya ni siquiera era capaz de rezar por estar revisando todo el tiempo los aparatos que Sofía tenía conectados. A pesar de ser su hija quien estaba inconsciente, era ella quien se debilitaba cada día y hablando con Gloria no aguantó más y se puso a llorar.

Cuando Federico regresó con el médico la encontraron bastante alterada. Intentaron calmarla pero seguía llorando con desesperación.

—Doctor… dígame la verdad… ¿Mi hija ya es… un vegetal?

—No Marta, ¿cómo se te ocurre? ¿De dónde sacas eso?

—Es que doctor… mírela… no se mueve… A veces me parece que respira por todas estas máquinas… si no…

—No, claro que no, las máquinas le ayudan porque con su enfermedad los músculos están débiles, pero ella está bien, necesitamos que reaccione. Todos los exámenes han salido bien.

Se fue calmando poco a poco. El médico le recomendó a Federico que buscaran la forma de que ella no pasara veinticuatro horas al día en el hospital, le preocupaba que terminara también enferma; él se ofreció a quedarse esa noche con Sofía para que Marta pudiera descansar.

Día 310

Federico pudo constatar que Sofía no tenía ninguna reacción que la mostrara consciente ante los estímulos externos. Durante la noche le había hablado de diferentes temas usando distintos tonos, observando si movía los ojos bajo los párpados, si apretaba las manos, si hacía una mueca, o cualquier otro movimiento que pudiera ser interpretado como un símbolo de que se daba cuenta de lo que le decía.

Las últimas tres semanas habían sido un infierno para él intentando evitar un escándalo. Días atrás, cuando vio que Ángela lo estaba llamando, de inmediato lo asoció al contacto que Sofía había tenido con ella, pero en principio no entendía nada: ¿cuál *chat*?, ¿cuál explicación? ¿De qué le estaba hablando? Rápidamente se dio cuenta de que Sofía se estaba haciendo pasar por él y luego de aclarar un poco las cosas con Ángela y prometerle que iba a ir a verla, llamó de inmediato a Sofía para confrontarla. No pudo evitar pensar que era una cobarde por lograr evadir la responsabilidad terminando en la clínica, pero jamás pensó que llegaría a ser algo tan grave y sin un pronóstico de recuperación.

Al igual que Sofía, él había concluido tiempo atrás que Ángela era la mejor opción para apalancar su carrera política. Se había acercado a ella hacía un par de años, primero de forma casual a través de las redes sociales, luego en un viaje que hizo a Washington la invitó a tomar un café y fue construyendo una amistad que no había existido cuando estudiaban juntos. Ella estaba dedicada por completo a su carrera política y después de finalizar una especialización en Desarrollo Público en Harvard había logrado trabajar para un senador mexicano con quien empezó como asistente hasta convertirse en su mano derecha.

Sus días eran interminables; había sacrificado cualquier aspecto de su vida personal para sobresalir en medio de todos los demás miembros del equipo y fue así como Federico encontró un camino para atraparla: le enviaba la cena a la oficina si sabía que estaba trabajado hasta tarde, le compartía algún artículo que le sirviera para sus proyectos, durante los pocos días libres que tomaba al año la invitaba a un viaje para desconectarse del estrés y la trataba como una princesa. No tuvo que esforzarse demasiado, ella no había tenido una relación sentimental desde hacía varios años y de repente contaba con alguien que estaba siempre pendiente de ella, apoyándola, y con quien tenía el sexo más intenso que había vivido en su vida.

Cuando ya estaba completamente enamorada, él empezó a materializar sus planes. Al principio le hacía preguntas que parecían inocentes sobre cómo había escalado tantas posiciones en tan corto

tiempo, cuál era la mejor manera para que alguien que quería desarrollar una carrera política empezara a figurar, qué tipo de alianzas se tejían en el proceso, cómo desarrollar una imagen apropiada para los electores. Ella sin ningún reparo le contestaba todas las preguntas y le empezó a compartir información sobre los planes de campaña del senador en los próximos años.

Todo iba bien hasta que ella fue contactada por una revista colombiana que quería destacar algunas mujeres que estaban haciendo carrera en el exterior y apareció en el *ranking* como el segundo talento joven más importante del país, después de una ingeniera que estaba trabajando en la NASA. Cuando Federico leyó la entrevista pasó de la excitación a la indignación: ¿cómo era posible que no hubiera hablado de él? Para Ángela la discusión ni siquiera tenía sentido hasta que él le dijo "¿no ves que esto me habría ayudado con los miembros del partido?".

La conversación terminó con él diciéndole que estaba tan fascinado con ella y su trabajo que él mismo quería iniciar una carrera política, y aunque no hablaron más del tema y aparentemente todo siguió igual, ella encendió las alarmas, empezó a observar mejor todo lo que él hacía y a ser más discreta en la información que le compartía. Él pudo sentir el hermetismo en la conversación y decidió irse con un plan más directo compartiéndole el esbozo del proyecto que estaba trabajando con Camilo y Daniela, sus dos amigos más cercanos, y con quienes estaba organizando una estrategia para las siguientes elecciones locales.

Después de revisarlo ella le dijo que pensaba que debía trabajar en volver su imagen más humana; él siempre había sido parte de la élite y las elecciones se ganaban con la masa, por lo tanto necesitaba verse como alguien cercano, vulnerable, con quien todos pudieran sentir empatía.

—Sabes Fede, por ejemplo, lo que te habría servido de verdad sería estar casado con esa exnovia tuya que tiene ELA; a la gente le encanta el drama.

Algunos días después no la volvió a llamar y cuando ella lo buscaba siempre estaba muy ocupado en el trabajo. El día que su hermana le contó que la ex de Federico quería hablar con ella para contarle de su plan político, supo que él había tomado su recomendación al pie de la letra.

En los días de Semana Santa Federico viajó a Washington para hablar con ella. La envolvió con sus encantos de nuevo y juntos planearon una salida en caso de que Sofía quisiera usar esa información en su contra: borraron la conversación desde la cuenta de ambos, revisaron el computador de Sofía para estar seguros de que no quedaran rastros y construyeron toda una historia que él

estaría dispuesto a contar sobre los ataques de paranoia de su ex.

Quedaba un cabo suelto y era el celular de Sofía. Quedarse esa noche en el hospital le dio la oportunidad para prenderlo y revisar que no tuviera copias de la conversación.

Día 311

De regreso a Malasia, Pablo se fue hacia la zona conocida como Cameron Highlands. Cada día, en la mañana y en la noche, hablaba con su mamá, con Marta o con Mónica sobre la evolución de Sofía esperando que le dieran buenas noticias, pero siempre le decían que estaba estable y no había novedades.

En Cameron Highlands encontró por primera vez desde que había llegado a Asia un clima fresco y un ambiente seco. Esa zona era la preferida por los ingleses para pasar el verano durante la colonia donde además habían encontrado una tierra propicia para los cultivos de té. Había muchas actividades como visitar las famosas plantaciones, hacer caminatas por las montañas, ir a los parques naturales donde había algunas especies endémicas y, lo que haría él ese día: adentrarse en el bosque para buscar las flores más grandes del mundo, las Rafflesias, que no eran fáciles de ver ya que crecían en estado salvaje y no se les podía cultivar.

Después de dos horas en una camioneta iniciaron una caminata a través de un bosque que para sorpresa de Pablo se estaba convirtiendo en granjas de cultivos hidropónicos. El camino estaba cubierto por kilómetros de tubos para llevar el agua de los ríos a los cultivos, destruyendo el hábitat natural y posiblemente condenando a la Rafflesia a su extinción. Después de media hora encontraron una flor que se había abierto hacía cuatro días. Uno a uno los turistas se tomaron fotos con ella y vieron más adelante un botón al que le faltaban aún algunos meses para abrir, una flor marchitándose que ya llevaba una semana y otra muerta.

Sofía:

Hoy vi las flores más grandes del mundo: ¡miden en promedio un metro de diámetro! Se demoran meses en crecer, y cuando al fin se abren durante menos de una semana sus cinco pétalos de color rojo con puntos amarillos atraen a los insectos polinizadores con un olor a carne descompuesta.

Sé que te habría encantado estar ahí. A lo mejor ya sabías todo sobre estas flores que yo vine a descubrir que existían hace apenas dos días.

En medio de la soledad de mi cuarto siento que te necesito para seguir adelante. La vida no es vida sin ti.

Pablo.

Día 312

Después de pasar una noche llena de pesadillas, Pablo se levantó con la determinación de regresar a Colombia cuanto antes para estar al lado de Sofía. Todavía estaban casados, él la amaba, ella lo necesitaba… Hasta sentía vergüenza por no haber tomado la decisión antes. Ya tenía comprado un tiquete de avión desde Indonesia hacia España pero faltaba más de un mes. Había elegido esa ruta para terminar el viaje porque desde Madrid podía viajar fácilmente a Medellín o a Miami, lo cual todavía no tenía definido.

Conforme pasó el día los pensamientos fueron mutando. Hacer el cambio en el vuelo era casi tan costoso como comprarlo de nuevo, y no sabía con qué se iba a enfrentar cuando regresara a Colombia: si Sofía lo tomaría como algo positivo o cuál sería en ese momento su relación con Federico; además también debía pensar en Tatiana, no era justo dejarla así.

Pasó todo el día en el hotel evaluando las opciones, revisando costos, incluso considerando que no tenía en Medellín un lugar al cual llegar. Entre más lo pensaba más obstáculos encontraba. Regresar era también cortar el viaje antes de culminarlo, renunciar a ese alto en el camino que posiblemente no podría repetir nunca y tener que decidir cuál sería su futuro profesional.

Por tercera noche consecutiva cenó en un restaurante indio que le había encantado, uno de esos lugares en los que los dueños seguían preparando la comida usando las recetas de sus abuelos cuando emigraron y en el que se sentía el amor de hogar.

Día 313

Había tenido otra noche con sueños confusos. Se despertó varias veces, la primera de ellas no reconoció la habitación y le tomó un par de minutos recordar que estaba de viaje por Malasia (lo que de paso le sirvió para entender por qué no estaba Sofía en la cama). En otra ocasión sintió que alguien lo miraba desde el borde de la cama, la sensación fue tan profunda que, aunque intentó gritar no le salía la voz, y solo cuando alcanzó el interruptor de la lámpara pudo sentirse más tranquilo. La mayoría de las pesadillas involucraban a Sofía, pero no lograba recordar los detalles. Cuando a las cuatro de la mañana no pudo dormir más, llamó a Mónica para ver si tenía noticias.

—¡Pablo! No puedo creer que me llames, estoy con Sofía mientras su mamá y Federico se reúnen con los médicos…

—¿Por qué? ¿qué pasó?

—Después de un examen que le hicieron ayer, piensan que puede tener un tumor cerebral y necesitan decidir si hacerle una biopsia o no.

Mónica le explicó la situación lo mejor que pudo procurando transmitirle la información sin ningún sesgo. El principal problema era que el procedimiento era delicado y el riesgo muy alto; pero no hacerlo implicaba mantener a Sofía sin tratamiento y enfrentarse a la posibilidad de que no saliera del coma.

—¡Necesito hablar con ellos por favor!

—No tengo cómo pasarte la llamada, están en una zona de la clínica a la que no tengo acceso y Marta dejó acá su celular.

—Bueno y a todas estas ¿por qué Federico está con ellos? ¿Qué autoridad tiene él para decidir sobre la vida de mi esposa?

Para Mónica fue difícil explicárselo; le contó que Marta llevaba varios días bastante decaída anímicamente y que ante una situación tan complicada y sin tener a quién más recurrir había llamado a Federico, quien se presentó ante los médicos como el prometido de su hija. Pablo estaba furioso pero sabía que Mónica no era la culpable, colgó con ella pidiéndole que lo mantuviera al tanto y llamó a sus papás para ver si podían hacer algo. Después de varias horas de conversaciones en las que seguía sin saber nada de la junta médica, su papá le dijo que viajaría al siguiente día a Medellín para representarlo.

Mientras era de día en Malasia era de noche en Colombia. Se pasó las horas repasando todas sus opciones pero tener a su papá en Medellín era la mejor alternativa para entender lo que estaba pasando y tomar una decisión final.

Día 314

Intentó dormir pero no hizo más que revisar el celular todo el tiempo pendiente de alguna noticia. Apenas descansó un rato cuando su papá le avisó que ya iba a tomar el avión y Mónica le envió un mensaje diciéndole que todavía no habían decidido nada de la biopsia.

Salió a correr apenas amaneció. Sintió por primera vez en tres días un poco de paz mientras respiraba el aire puro de los cultivos de té que se extendían como tapetes de verde intenso kilómetros a la redonda. En esos momentos nada era más importante que esquivar los obstáculos del camino y sentir que su cuerpo respondía a cada paso que daba. Aunque hacía frío cuando salió, pronto entró en calor y se llenó de una especie de euforia, una felicidad que no tenía nada que ver con esos días de indecisión y angustia, algo que salía de adentro, que casi le gritaba “¡estoy corriendo por las montañas de Malasia!”.

Un par de horas después cuando regresó al hotel encontró un mensaje en el que su papá le avisaba que ya había llegado a Medellín pero no podía ver a Sofía porque había pasado la hora de

visita. Pablo lo llamó y Jorge le contó que ya había hablado con Marta y se verían al siguiente día a las 10 a. m. en el hospital. Tal como le había contado Mónica, no se había tomado ninguna decisión: mientras que Federico quería hacer la biopsia, Marta no estaba de acuerdo y la opinión de los médicos también estaba dividida.

Sofía:

Hace dos años nos casamos. Suena tan lejos que me cuesta creerlo. Imaginábamos un futuro opuesto al que ahora tenemos: dos años parecían el tiempo perfecto para empezar a pensar en tener hijos o tal vez comprarnos un apartamento más grande. Y acá estoy y allá estás. Y en la mitad una distancia que, aunque parecería que se puede recortar con tomar un par de vuelos, es un abismo emocional que los dos creamos (especialmente yo) y que hoy que estás hospitalizada no podemos resolver.

Ni siquiera en sueños logro alcanzarte pero siento que eres mi vida y no quiero perderte.

Feliz aniversario de algodón (obvio tuve que buscarlo en Internet porque sé que esas cosas te encantan).

Te amo,

Pablo.

Día 315

Un poco después de la medianoche Jorge le envió a Pablo una foto de Sofía en la que se veía dormida y conectada a muchos aparatos, con un mensaje en el que le decía que tenía que esperar a la tarde para hablar con los médicos. A él lo impresionó verla tan delgada; y aunque la piel le escurría sobre los huesos mantenía las hermosas facciones de su rostro y se veía tranquila.

El cansancio de todas las noches sin dormir le cayó encima y quedó profundo en minutos. Cuando se despertó ya eran más de las ocho de la mañana; tenía varias llamadas perdidas de Jorge y un mensaje en el que le decía que tenía buenas noticias.

—Papá ¿qué pasó?

—Logré que le repitieran la tomografía a Sofía y donde antes había salido una mancha esta vez apenas salió un punto. ¡No hay necesidad de hacer la biopsia!

—¿Es en serio? ¿Y por qué no hicieron eso antes?

—No sé hijo, vos sabés cómo son a veces las cosas en los hospitales…

—Ay papá no sabés lo que siento. ¿Y entonces?, ¿qué sigue?

—Descartando el tumor van a seguir con otros exámenes… aunque hablé con la terapeuta y me dijo sobre unas vainas locas con cristales y aromas y sonidos y unos *chakras*… Es una mujer muy

rara, pero parecía muy confiada en que podía hacer algo.

—Bueno, en este momento creo que todo vale la pena. Cuando sea más tarde en Colombia la llamo para ver de qué se trata.

Con más tranquilidad decidió irse para Penang, una isla de la que todo el mundo le había hablado desde que llegó a Malasia.

Día 316

Para Federico la llegada de Jorge era una oportunidad y un riesgo: si lograba convencer a Marta de que lo hicieran firmar los papeles de la separación cuando Sofía saliera del hospital podía retomar su plan, pero si empezaba a meterse demasiado en las decisiones sobre la salud de Sofía él tendría que apartarse un poco para evitar quedar comprometido. Una cosa era manipular a Marta que siempre estaba buscando la aprobación del círculo social que su familia dominaba, y otra cosa intentar mantener ocultos sus planes ante Jorge. Por el momento había decidido retirarse discretamente y que su mamá, desempeñando el rol de buena amiga de Marta, lo mantuviera informado.

Mónica preparó la información que venía recopilando para su llamada con Pablo. Había estudiado casos de pacientes como Sofía que se habían recuperado del coma usando terapias alternativas de alineación de energía, aunque los médicos las consideraban "charlatanería".

Gracias a Jorge logró quedarse sola con Sofía para hacer una videollamada con Pablo y mostrarle cómo funcionaba el *reiki*, una de las opciones que quería intentar. En cuanto Pablo vio a Sofía en la cama se puso a llorar. Mónica se culpó por no haberse anticipado al golpe que sería para él verla después de más de diez meses alejados y entendió que en ese momento era más importante ayudarlo a él que mostrarle la terapia.

Le pidió que respirara profundo, que le contara lo que sentía, que no se avergonzara ante ella a pesar de no conocerla. Lo ayudó a retomar el control y cuando estuvo más calmado Mónica tomó la mano derecha de Sofía y la apretó suavemente mientras le iba mostrando a Pablo lo que hacía. Le organizó el cabello que ahora lo llevaba mucho más corto que cuando estaba con él. La acarició con cariño el contorno de la cara. Le mostró el gesto tranquilo de su boca.

Él seguía llorando pero ya sin desesperación, era un llanto de gozo. Cuando se fue no esperaba que Sofía viviera tanto pero ahí estaba, dormida, pero ahí. Tan lejos y tan cerca. Él empezó a hablarle, a pedirle perdón por haberse ido, por haberle ocultado cosas, por haberla juzgado, por tratarla mal, por no devolverse, por seguir lejos. Ya no tenían más tiempo antes de que entrara la

enfermera y acordaron que retomarían la llamada otro día.

Pablo sintió una paz que no había sentido hacía varios meses y se quedó dormido imaginando que era él quien acariciaba a su esposa.

Día 317

Era domingo y Mónica no podía ir al hospital, por lo que Pablo después de hablar con su papá salió a recorrer George Town, la ciudad en la que llevaba ya dos días prácticamente sin salir del hostal.

Había regresado al calor y la humedad viendo cómo la ciudad se desdoblaba ante sus ojos. Los olores de la comida india, el arte callejero en las paredes, el tono alegre de los chinos al hablar, las mujeres musulmanas cubriendo sus cabezas… Todo lo que había vivido en las últimas semanas en Malasia estaba condensado en unas pocas cuadras, rodeándolo, abrazándolo, casi consumiéndolo. El hostal era un pequeño oasis, un escape al bullicio de la calle, pero una vez afuera los sentidos se inundaban en una mezcla de culturas difícil de asimilar.

En el distrito colonial de George Town las calles principales dividían las zonas en las que los diferentes grupos de inmigrantes se asentaron, de acuerdo con la distribución que en su momento hicieron los ingleses, a veces inclusive dándole espacio a cada subminoría para evitar conflictos. Esas fronteras virtuales seguían existiendo, con sus costumbres, sus comidas, sus formas de vestir, sus religiones, sus idiomas… Sin embargo, era maravilloso ver cómo se conservaba el sutil balance que permitía que todos vivieran en paz a pesar de sus diferencias.

Después de llenarse de todas esas sensaciones, regresó al hostal y aprovechó para hablar con Tatiana, a quien había descuidado los últimos días. Intentando no entrar en detalles sobre sus sentimientos, le contó que Sofía seguía hospitalizada y que él había tenido que encargarse de varios asuntos dado que aún estaban legalmente casados. Ella seguía siendo encantadora con él, inclusive se ofreció a ayudarle si decidía que debía regresar a Colombia antes de lo previsto, y tal vez podía conseguir que le cambiaran las fechas del boleto sin tener que pagar tanto dinero.

Día 318

Para correr en George Town tenía que salir muy temprano antes de que el calor fuera insoportable. Con el horario trastocado intentando estar despierto a las horas en las que era de día en Colombia, Pablo no se sentía con la energía suficiente y apenas hizo un tramo corto para ubicarse.

Corrió por la “calle de la armonía” donde pudo ver a pocos

metros entre sí la iglesia cristiana anglicana de San Jorge, el templo budista chino Kuan Yin Teng, el templo hindú Sri Mahamariamman y la mezquita musulmana Kapitan Keling. En las calles los peatones representaban también todos los grupos que cohabitaban en la ciudad y eso le pareció impactante, sobre todo comparándolo con su propio país donde los amigos que habían crecido juntos podían llegar a matarse en una riña por un equipo de fútbol.

El resto del día lo pasó revisando de nuevo sus opciones para regresar a Colombia, y se durmió temprano para levantarse a las cuatro de la mañana para otra videollamada con Mónica y Sofía.

Día 319

Pablo abrió los ojos unos minutos antes de que sonara el despertador, o al menos eso le pareció. La verdad es que se había despertado tantas veces durante la noche que esa sincronización casi perfecta fue más una casualidad que una señal. Rápidamente se paró de la cama, se lavó la cara y encendió el computador; cinco minutos antes de la hora de encuentro ya estaba listo para conectarse. Revisó que la cámara y el micrófono funcionaran, se recogió el pelo en una cola, decidió que ya era hora de cortárselo, sacó una libreta para tomar notas y le envió un mensaje a su papá para avisarle que estaba listo.

Jorge se llevó a Marta a tomar café para que Mónica se quedara a solas con Sofía justo después de que la enfermera pasara a revisar que todo estuviera bien. Verla dormida siempre le había transmitido paz y a pesar de los aparatos que tenía conectados, estaba fascinado por su expresión tranquila. Mónica puso el celular en una posición desde la que pudiera ver lo que ella iba haciendo. Le explicó que iba a pasar sus manos por encima de Sofía sin llegar a tocarla, concentrándose en algunos puntos especiales donde sintiera que su energía necesitaba alinearse.

Le pidió que le hablara. Él no se sentía cómodo, no sabía qué decir y Mónica le sugirió que le contara alguna anécdota de los dos o un recuerdo que tuviera. Él empezó a relatar lo que habían hecho en su primera Navidad juntos mientras veía a la terapeuta mover las manos sobre el corazón de Sofía, su garganta, sus ojos y la parte superior de la cabeza. Antes de terminar Pablo le pidió que acercara más el teléfono a la cara de Sofía para decirle que la amaba.

Se acostó a dormir por algunas horas más y al despertarse, lleno de una felicidad que no podía explicar dadas las circunstancias, salió en busca del famoso arte callejero de George Town que incluía desde sencillos dibujos hechos con aerosol, hasta espectaculares montajes de artistas famosos, pasando por caricaturas enormes hechas en metal en las que se resaltaban las tradiciones de la

ciudad. También fue a ver los templos budistas, había uno birmano y en frente otro tailandés. Aunque ambos seguían la misma religión, los detalles arquitectónicos y las representaciones de buda eran muy diferentes. Después de haber estado en ambos países, le pareció muy impactante como con solo cruzar la calle podía vivir ambas experiencias.

Día 320

Luego de hablar con Mónica para asegurarse de que Sofía estaba bien, Pablo alquiló una moto para ir hasta el parque nacional Penang donde hizo una caminata por un sendero en medio de la selva que terminaba en una playa habitada únicamente por tortugas. También subió en funicular al cerro más alto de la isla donde encontró restaurantes, juegos infantiles y atracciones mecánicas, nada que le interesara hasta que en las copas de los árboles pudo ver a los monos langur de anteojos, unos pequeños primates de pelo largo negro que tenían una mancha blanca redonda alrededor de sus ojos.

> Sofía:
>
> Hoy fue mi último día en Penang y definitivamente es una isla que lo tiene todo: historia, cultura, gastronomía, playas, selva… Un lugar tan diverso en el que podría quedarme a vivir si no estuviera tan lejos de donde tú estás. Lucha amor, pronto estaré contigo.
>
> Pablo.

Día 321

La forma en la que Mónica le permitía conectarse con Sofía a pesar de la distancia lo hacía sentir más presente en la vida de su esposa que muchos momentos que pasaron juntos, despertándose en la misma cama, comiendo en la misma mesa o viendo televisión en el mismo sofá. ¿Cuántos días habían sido la repetición de acciones sin ni siquiera estar presentes en la vida del otro?

Reflexionando sobre esto mientras corría en Kuala Lumpur, se convenció de que no había perdido a Sofía durante el viaje al abrirle espacio a Federico, la había perdido mucho tiempo atrás, cuando sus conversaciones se limitaban a los aspectos prácticos de vivir en pareja, pasando los días de lunes a viernes con la ansiedad de llegar al fin de semana para hacer algo que realmente les gustara. Supo con certeza que, aunque no se hubiera ido para el viaje, aunque Sofía no se hubiera enfermado, su matrimonio en piloto automático iba directo al fracaso.

El problema no era la rutina, no era que el amor se acabara porque todos los días eran iguales. El problema era pasar esos días

sin darse cuenta. Sin tomarse unos minutos para escuchar al otro, reflejarse en él, aprender, enseñar. Estar cerca no era estar juntos, estar presente no era compartir el espacio.

Visitó las cuevas de Batu, un lugar de peregrinaje hindú a pocos kilómetros de la ciudad donde se encontraba el templo dedicado a Murugan. En la cueva principal, a la que se accedía a través de 272 escalones, había dos enormes bóvedas que albergaban el lugar de culto. El techo de la cueva se había desplomado muchos años atrás y la luz se filtraba iluminando tenuemente las formaciones rocosas que estaban cubiertas de una ligera capa de musgo. Los macacos robaban las ofrendas de los creyentes y con agilidad escalaban las empinadas paredes del sitio. En silencio Pablo se descubrió haciendo una oración, enviándole a Sofía su amor, compartiéndole el gozo que sentía en ese momento, deseando que todas esas teorías de energías de las que hablaba Mónica fueran reales y él pudiera ayudarla a recuperarse.

Día 322

Su última mañana en Kuala Lumpur la aprovechó para salir a correr por los jardines botánicos, un enorme parque en el que a esa hora muchos otros entusiastas hacían deporte. Por primera vez en meses sintió que sus pensamientos estaban claros y sabía lo que debía hacer a continuación.

Habló con Tatiana, con su papá, con Marta, con Mónica e incluso con el doctor Ramírez. Empacó la mochila y se fue hacia el aeropuerto dejando atrás la imagen de las enormes torres Petronas, despidiéndose de ese país que hasta el momento era el más diverso que había visitado.

CAPÍTULO 11

Día 323

Para Mónica había evidencia de que Sofía estaba respondiendo favorablemente; ella podía sentir que su energía estaba balanceándose y que cambiaba cuando le imponía las manos, sobre todo si escuchaba a Pablo hablarle. Él se había entregado con dedicación a pesar del escepticismo. Cada vez le hablaba con mayor fluidez y ya Mónica ni siquiera tenía que darle ideas sobre qué decirle. Sentía que estaba feliz de tener ese espacio con ella, aunque por las diferencias de horario debía hacer un gran sacrificio para conectarse.

Jorge había convencido a Marta de que las terapias alternativas que proponía Mónica no le hacían ningún daño y sí aportaban algo positivo: nada se perdía con intentarlo. Entre los tres organizaban las sesiones para que pudiera tener ese momento a solas sin la interrupción ni los cuestionamientos del personal médico.

Como Pablo estaría sin conexión mientras viajaba, le dejó enviado un audio para la sesión del día y a Mónica le sorprendió escucharlo con tanta propiedad hablándole a su esposa de la conexión que tenían ambos, de la energía de ella que vivía en él, de ese amor que sentía con mayor intensidad que nunca. Al final le leía el mensaje que le había mandado antes de tomar el avión:

> Sofía:
>
> Nadie me ha hecho sentir como tú lo haces, de tantas formas como no pensé que fuera posible. Me has enseñado a valorar más quien soy y lo que he vivido. Me has llevado a sensaciones que no había compartido con nadie. Me llenas de ganas de seguir mejorando cada día. Me incitas, me excitas, me retas. Me has dado tanta felicidad aún estando lejos como no lo esperaba cuando estábamos cerca. Me sorprendes y me das ganas de más. Te extraño como se extraña el amor en la distancia pero a la vez siento que estás acá, acostada a mi lado, que basta con cerrar los ojos y pensar en ti para que estés conmigo y me hagas sentir tranquilo, amado, tuyo. Eres la persona con quien puedo ser más honesto, más transparente, más yo. No temo a mostrarte quien soy, lo que pienso, lo que quiero. Pienso en ti cuando me despierto en medio de la noche, cuando me levanto, cuando vivo algo especial, cuando estoy triste y necesito consuelo. Sueño una vida en la que me eliges de nuevo y te elijo más allá de todo lo que hoy nos separa. Siento tu presencia en mí y sé que estás

pensándome o soñándome. Me llenas. Me calmas. Me encantas. Eres mi cielo, mi amor, mi todo.

Pablo.

Día 324

Indonesia es el país más poblado del mundo y uno de los más dispersos con cerca de dieciocho mil islas de las cuales solo una tercera parte está habitada. También era el destino que Sofía y Pablo habían soñado para terminar su viaje, un país cuyo nombre en sí mismo creaba todo un imaginario para ellos con playas paradisiacas, la cadena de volcanes más extensa del mundo y una tradición culinaria incomparable.

Decidió empezar por la isla Flores y llegó a Labuan Bajo, un pueblo desordenado y algo sucio que servía como base para visitar el hábitat de unos animales que le causaban fascinación desde niño: los dragones de Komodo.

Después de caminar de extremo a extremo la calle principal del pueblo y de leer las calificaciones en Internet de las diferentes empresas, programó un tour de dos días para ir al Parque Nacional de Komodo y reservó algunas inmersiones con un centro de buceo para los días siguientes.

Su papá había logrado convencer a Marta de que contrataran a Mónica para que se quedara con Sofía en las noches y así ella pudiera descansar. El cambio de horario le venía perfecto a Pablo para no tener que despertarse en medio de la noche para la videollamada y podían prolongar un poco más la sesión con menor riesgo de que llegaran a interrumpirlos.

Mientras le contaba a Sofía sobre el mercado de pescado fresco de Labuan Bajo en el que había probado el jugo de aguacate, a Mónica le pareció que había movido un poco los labios. Pablo no alcanzó a percibirlo por la distancia en la que estaba la cámara, pero ambos se emocionaron muchísimo y acordaron que al día siguiente Jorge pediría que le hicieran nuevos exámenes.

Día 325

Antes de salir hacia el parque, recibió una llamada de su papá. Emocionado contestó rápidamente pensando que tenía noticias de la recuperación de su esposa, pero lo llamaba para contarle que había salido un artículo en un periódico local en el que Federico hablaba de Sofía, se refería a ella como su prometida e inclusive mencionaba que Pablo la había abandonado para irse de viaje por el mundo.

Cuando colgaron le envió una foto para que pudiera leerlo. Pablo no podía creer lo que decía el artículo en el que claramente Federico buscaba mostrarse como un redentor de Sofía, presentarla

a ella como una víctima y a él como un egoísta. De inmediato empezó a recibir mensajes de sus contactos en las redes sociales que iban desde la solidaridad y repudio por las mentiras de Federico hasta insultos y amenazas (inclusive de desconocidos) por haberla abandonado.

Estaba considerando cancelar el tour cuando lo llamó Marta para decirle que ella se encargaría de pedirle a Federico y al periódico que publicaran una nota aclaratoria.

Escribió algo para sus redes sociales explicando la verdad pero decidió borrarlo antes de publicarlo: no tenía por qué justificarse ante nadie, si su familia sabía la verdad, para él era suficiente. Algo que había aprendido en el viaje era que no valía la pena preocuparse por cambiar lo que no estaba en sus manos. Le mandó un mensaje a su papá, un audio a Mónica para la sesión con Sofía de ese día y tomó la embarcación que sería su hogar por los siguientes dos días.

La primera parada fue la isla de Rinca en la que pudo ver a los pocos minutos el primer dragón de Komodo que apenas calentaba su sangre fría tras la larga lluvia de la mañana. Era un macho tan enorme que intimidaba con solo mirarlo. De la boca colgaba un hilito de saliva, la misma que era capaz de matar un búfalo por la infección causada en la herida después de morderlo. Con curiosidad y respeto observaba en silencio a los dragones que fueron encontrando en el camino. Aunque se movían con lentitud, podían correr durante algunos segundos a más de veinte kilómetros por hora. Eran animales macizos, lagartos que podían llegar a medir tres metros y pesar noventa kilogramos. Lo que más lo impresionó fue ver su lengua bífida y la forma en la que abrían exageradamente la mandíbula, algo necesario para engullir sus enormes presas.

Día 326

Antes del amanecer sintió el sonido del motor del barco. Ya estaba listo el desayuno y a las nueve de la mañana arribaron a la isla Palau donde después de un corto ascenso hacia una de sus colinas Pablo pudo admirar uno de los paisajes más impresionantes que había visto en su vida. La montañosa isla cubierta de una densa vegetación verde estaba rodeada por un mar de azul intenso. Después de tomarse muchas fotos entre sí el grupo continuó hacia Manta Point, donde pudieron ver grandes mantas de hasta cuatro metros de envergadura que flotaban inmóviles a unos centímetros de la superficie para que los peces las pudieran limpiar. Saltaron al agua para nadar con ellas cerca de una hora, disfrutando de la perfecta relación entre las dos especies.

El día terminó tomando el sol y haciendo *snorkeling* en la isla de

Kanawa, donde animadamente fueron pidiendo varias rondas de cervezas y cocteles. Embriagado por la belleza del lugar, el cansancio de estar por un par de días en el bote, la impotencia de las calumnias de Federico, el exceso de sol y el sabor dulce de los tragos, Pablo se unió a la fiesta que empezó en la isla, siguió en el bote y terminó en las calles de Labuan Bajo cuando regresaron del tour casi al anochecer.

Día 327

Se despertó en una cama que no podía reconocer al lado de una mujer cuyo nombre no recordaba. ¿Marie? ¿Mery? ¿Mary? Era casi el mediodía y tenía el celular descargado. La sacudió para despedirse sin que a ella le importara demasiado; caminó hasta su hostal anhelando encontrar una de esas sopas salvavidas que tomaba en Tailandia pero no encontró ni siquiera agua de coco, y se tomó un café con una tostada que le hicieron retorcer el estómago.

Puso a cargar el celular mientras se daba una ducha. Odiaba ser incapaz de controlar su relación con el alcohol. Era uno de los puntos por los que más había discutido con Sofía cuando empezaron a salir y con el tiempo ella había aprendido a mantenerlo distraído cuando iban a lugares donde ofrecían licor, hasta que llegó un momento en el que él mismo empezó a evitar ese tipo de planes. Sus amigos se burlaban diciéndole que se había vuelto un mojigato con ella, pero en lugar de dejarse intimidar decidió alejarse de esos círculos y en los últimos años su vida social giraba alrededor de las amistades que había conocido con Sofía.

En el viaje había sido distinto. Sin Sofía para ayudarlo a ponerle límites. Con situaciones en las que a veces sentía que un poco de licor lo ayudaba a socializar mejor con los desconocidos. En planes donde las bebidas eran ilimitadas. Ante momentos en los que había estado muy solo, muy triste, muy acompañado, muy alegre. Y ahí estaba intentando componerse para ver qué estaba pasando en Colombia.

Cuando encendió el celular en medio de todos los mensajes encontró uno de su papá en el que le decía que no se preocupara por lo del artículo, que Marta ya había hablado con el periódico e iban a publicar una nota aclaratoria; y otro par de Mónica en los que le contaba sobre las sesiones que había tenido con Sofía en esos dos días: en uno de ellos adjuntaba un video donde parecía ver que su esposa esbozaba una sonrisa cuando escuchaba un audio en el que él le decía que la amaba.

No era una hora apropiada para hablar con ellos y se acostó a dormir para recuperarse de la resaca en lo que quedaba del día.

Día 328

Federico estaba encantado con todo el ruido que había generado el artículo en el periódico. Había sido una recomendación de Ángela quien lo ayudó a conectarse con la persona adecuada para que le hiciera la entrevista. El artículo contaba cómo siempre había sido un líder en los diferentes círculos a los que había pertenecido, el amor por Sofía con quien había vuelto después de que su esposo la abandonara por tener una enfermedad degenerativa, y cómo en ella había encontrado no solo la pareja perfecta sino una directora de campaña que con tenacidad luchaba por crear consciencia sobre su enfermedad. Incluso afirmaba que Sofía era quien lo había convencido de iniciar una carrera política para ayudar a tantas personas que necesitaban un sistema de salud eficiente sin importar su condición económica. Finalizaba hablando de su candidatura y de su plan de gobierno centrado en la equidad social.

Un par de días atrás su mamá le había contado que Sofía estaba respondiendo a los estímulos con unas terapias que le estaba haciendo Mónica en las que participaba Pablo por videollamada. Eso lo alertó sobre la posibilidad de que ella se recuperara, dejándolo sin su fachada "humana" para la campaña. Aunque el artículo decía muchas cosas que no eran ciertas y había previsto que Marta o Pablo pedirían una rectificación, sabía que en Colombia la gente amaba el amarillismo y nadie le prestaría importancia a la nota posterior.

Todo funcionó según lo planeado y rápidamente empezó a recibir mensajes de apoyo, crecieron sus seguidores en las redes sociales y los directivos del partido lo felicitaron por ese reconocimiento súbito que estaba recibiendo.

Día 329

Después de un par de días buceando a Pablo le parecía imposible pensar que durante tantos años se había negado a intentarlo. El buceo en Komodo era reconocido como uno de los más espectaculares del mundo y a pesar de que llevaba pocas inmersiones, lograba mantenerse tranquilo bajo el agua, controlaba muy bien su flotabilidad y se movía ágilmente disfrutando la experiencia.

Cuando habló con Mónica le contó que ya no tenían que esconderse para las terapias. Los médicos estaban abiertos a que siguiera con los estímulos externos y ella evitaba hablar de lo que estaba haciendo a nivel energético para ahorrarse la controversia sobre el tema.

En la videollamada Pablo le contó a Sofía muchos detalles sobre el buceo y lo que días antes habían identificado como un esbozo de sonrisa ya era mucho más evidente para todos. Marta, que por

primera vez estaba presente en la terapia, no pudo aguantar la emoción y se puso a llorar, segundos después las lágrimas rodaban por las mejillas de Sofía.

Día 330

Todos se sentían esperanzados por primera vez ante la posibilidad de la recuperación. Aunque estaba agotada de tantos días con ella, Mónica aprovechaba cualquier momento para estimularla física, emocional y energéticamente. Le ponía música, audios que tenía guardados con la voz de Pablo, le imponía cristales y las manos, o la rodeaba de los olores que sabía que le gustaban.

Pablo quería contarle todo lo que le pasaba en el día. Le hablaba sobre cómo eran las calles por las que corría en la mañana, lo que había comido al desayuno, la forma en que lucían los indonesios y ese día que fue a cortarse el pelo le describió con detalle aquel *spa* de una francesa cuyo lujo y sofisticación contrastaba con el desorden y la sencillez de todo lo que había en la calle. Por primera vez sentía que vivía el viaje con ella, no para ella, que su presencia lo envolvía en cada momento.

Parecía que el cuerpo de Sofía iba despertando: hacía gestos con los labios, sus ojos se movían debajo de los párpados y agitaba torpemente los brazos, sobre todo el derecho.

Día 331

Cuando se bajó del avión en Denpasar, la capital de Bali, sintió por unos minutos el impacto de llegar a un lugar mucho más desarrollado y turístico, más organizado y congestionado, más hinduista y menos musulmán. El conductor de su hotel en Ubud lo estaba esperando para llevarlo a esa ciudad mediana y mientras avanzaban por la carretera hacia el Norte iban dejando atrás las cadenas de comida rápida y las tiendas de franquicias internacionales.

Tatiana le había enviado un mensaje pidiéndole que hablaran. Ella había sido bastante solidaria con todo lo que estaba pasando con Sofía, entendiendo que él necesitaba dedicarle tiempo y que se sentía bastante comprometido en el proceso de recuperación, pero quería entender en qué punto la dejaba todo esto y qué planes tenía Pablo para el futuro.

La conversación era difícil para ambos y él la venía posponiendo cada día. Se enviaban al menos un par de mensajes diarios pero desde que se habían despedido en Filipinas no habían hablado por teléfono. Después de los saludos, de intercambiar opiniones sobre Bali, de hablar de la primavera en Madrid, Tatiana abordó el tema sabiendo que él no lo tocaría.

—¿Cómo sigue Sofía?

—Todavía en coma, pero respondiendo a algunas terapias alternativas.

—¡Qué bueno! ¿Y qué piensas hacer?

—Sigo con el plan del viaje, me quedo en Indonesia el resto del mes y el 19 de mayo viajo a Madrid.

—¿Y qué has pensado sobre mí?, ¿sobre nosotros?

—Tati, para serte honesto… no he pensado en nada. Voy viviendo un día a la vez.

Ella se quedó en silencio, obligándolo a decir algo más.

—Mejor dicho, estoy enamorado de ti, eres una mujer espectacular, no tengo ninguna duda de eso.

Al otro lado de la línea, silencio.

—Perdóname Tati, no han sido los mejores días, sé que soy el peor novio que has tenido.

Ella se rio, Pablo merecía un monumento si lo comparaba con otras parejas que habían pasado por su vida.

—Va Pablo, un día a la vez.

Día 332

Regresar a la oficina el lunes después de pasarse la tarde anterior y buena parte de la noche llorando era la peor pesadilla para Tatiana. Llamó a Aitor para decirle que se sentía mal y avisarle que se quedaría en casa. Él le pidió que estuviera pendiente por si había alguna emergencia con sus clientes, ella apagó el celular y se quedó metida en la cama. ¿Haciendo qué? Nada. No era capaz de dormir, no veía televisión, no le quedaban lágrimas para llorar, no quería leer. Acurrucada, mirando a un punto fijo en la pared, pasaba de la tristeza al odio, de las ganas de venganza a la condescendencia consigo misma.

¿Qué había hecho mal? ¿En qué momento lo había perdido? ¿Acaso pensó que él realmente quería estar con ella? ¿Cómo pudo enamorarse tanto? ¿Cuánto maltrato estaba dispuesta a soportar? ¿Por qué Pablo no valoraba todo lo que ella había hecho por él? ¿Era consciente de cuánto daño le hacía? ¿Por qué seguía dando vueltas en esa montaña rusa en la que él la tenía? ¿La habría llamado para pedirle perdón? ¿Debería prender el celular? ¿Y si lo bloqueaba para que él no pudiera hablarle y se diera cuenta de cuánto la extrañaba?

Después de pasar por todas las emociones durante el día, decidió irse al bar *swinger* aprovechando que el día siguiente era festivo y no tenía que trabajar. No era necesario ir acompañada, una mujer sola siempre era bienvenida, la mayoría de las parejas que iban por primera vez lo hacían buscando alguna chica para hacer un trío.

Se duchó, se arregló un poco, encendió el celular para subir una

foto sexi en sus redes sociales. No tenía ningún mensaje de Pablo, ni uno solo en todo el día. Apagó de nuevo el teléfono, comió algo en el bar de la esquina y tomó un taxi hacia su destino. El lugar estaba bastante lleno para ser un lunes, pero después de dar varias vueltas no encontró a nadie que le llamara la atención. Rumbo a su apartamento casi a las tres de la mañana le escribió a Tomás, el amante que nunca le fallaba.

Día 333

Todavía no había amanecido cuando el teléfono de Pablo empezó a sonar insistentemente: Sofía estaba consciente. Jorge se había salido de la habitación para avisarle, ella todavía estaba un poco desorientada, casi no hablaba, tenían que hacerle exámenes, pero en principio parecía que estaba bastante bien considerando el tiempo que había pasado en coma.

—¿Preguntó por mí?

—No hijo, no puede hablar bien. Tenemos que esperar.

Aunque anhelaba otra respuesta después de todas las horas que había pasado conectado hablándole, su papá le explicó que la recuperación no era como en las películas: el proceso sería lento y solo con los días sabrían si había algún daño permanente en su cerebro.

—Por ahora lo importante es que empieza una nueva etapa para ella. Te aviso si hay alguna novedad.

Sofía intentaba entender lo que pasaba a su alrededor. En un proceso que había durado un par de días sin que los demás lo notaran tanto, había empezado a sentir los olores, esa emanación propia de los hospitales que ya reconocía muy bien. Lo siguiente que se despertó fue la percepción de los sonidos, las voces de los médicos, las enfermeras, su mamá, Mónica, ¿Pablo? seguro estaba soñando… Incluso le había parecido escuchar a su suegro. La boca le sabía a metal y tenía mucha sed cuando al fin pudo abrir los ojos e intentar formar con claridad las imágenes de lo que la rodeaba.

El doctor Ramírez llegó a los pocos minutos para examinarla. Le hizo preguntas que ella no lograba entender muy bien. La luz le parecía intensa y le molestaba muchísimo. Le dolía la cabeza, eso alcanzó a decirle. Quería dormir otra vez. Olvidar algo. Alejarse de alguien. ¿De Federico? ¿Dónde estaba él? ¿Qué había pasado?

Dadas las circunstancias, Jorge decidió regresar a Miami para no confundirla.

Día 334

Los días en Ubud habían sido muy especiales para Pablo. Había visitado varios de los templos hinduistas, presenciado un espectáculo de danza balinesa, probado diferentes delicias en los

restaurantes locales llamados *warung* y recorrido las calles del mercado central. En las mañanas corría atravesando las terrazas de arroz de Campuhan Ridge que quedaron atrapadas en medio de la ciudad, maravillándose por la ligera capa de neblina que se formaba unos minutos después del amanecer sobre los campos inundados.

El tráfico en la isla era estresante, las calles estrechas estaban llenas de vehículos que se movilizaban sin seguir ninguna regla. A pesar de esto alquiló una moto en el hotel para conocer los alrededores de la ciudad, visitó el templo llamado "La cueva del elefante" y los campos de arroz de Tegalalang que formaban hermosas terrazas sobre una colina.

En "La cueva del elefante" pasó varias horas. Era un centro sagrado tanto para los hindúes como para los budistas, con una historia que se remontaba al siglo VIII. En el interior de la cueva había nichos para meditar, estatuas y una piscina con fuentes. Alrededor había algunos templos, incluyendo las ruinas de una construcción destruida en un fuerte terremoto hacía varios años.

Antes de dormir habló con Mónica quien le contó mejor lo que su papá le había explicado: la recuperación sería lenta y todavía no sabían si Sofía tenía algún daño permanente a nivel cerebral; a pesar de que los exámenes no mostraban nada, había cosas que solo se podrían saber con el paso del tiempo.

Día 335

Federico recibió la noticia sobre la recuperación de Sofía con intranquilidad. Hasta no saber qué tanto recordaba ella prefirió mantenerse alejado, sin embargo su mamá le contó que por el momento pasaba la mayor parte del día dormida y que cuando estaba consciente solo se quejaba del dolor de cabeza.

Después de comentarlo con Ángela concluyeron que era una oportunidad para él. Publicó un comunicado en sus redes sociales agradeciendo a las "miles" de personas que los habían acompañado durante esos días difíciles y anunciando que Sofía estaba empezando a reaccionar, incluyendo una foto de los dos que les habían tomado la noche de las velitas el año anterior.

Le mandó un ramo de gerberas al hospital y habló por teléfono con Marta excusándose por no ir a verla: tenía que encargarse de algunos problemas de último minuto en el despacho.

Día 336

Pablo quería hablar con Sofía pero al doctor Ramírez le parecía que podía tener un efecto negativo sobre ella, por lo que acordaron que Mónica se encargaría de tocarle el tema sutilmente y ver cómo reaccionaba. Sofía pasaba más horas del día despierta aunque hablaba muy poco. Ya le habían explicado que llevaba casi siete

semanas en la clínica y que había estado inconsciente todo ese tiempo.

—Sofi, mientras estabas dormida, ensayamos muchas opciones de terapia… ¿Te acuerdas de algo?

—No…

—Bueno, básicamente ensayamos de todo, incluso Pablo estuvo involucrado.

—Pablo…

—Sí, está muy feliz de que te estés recuperando.

—Pablo…

—¿Te gustaría hablar con él?

Sofía cerró los ojos y se puso a llorar. Mónica se dio cuenta de que no era un llanto de tristeza, había mucha serenidad en su expresión, sin embargo no quiso abrumarla más por ese día.

Habló con él y le contó lo que había pasado intentando no alarmarlo sin necesidad. Al igual que la recuperación de ella, sería un proceso entender cómo construir de nuevo los lazos en su relación.

Él había pasado el día en Kuta, una famosa zona de playa a dos horas de Ubud. La arena era clara, el agua cristalina, el cielo azul. Parecía un sitio salido de una postal pero pocos lugares le habían parecido tan vacíos. Los mismos almacenes que podía encontrar en Miami Beach, vendedores ambulantes que se acercaban para ofrecerle drogas o entradas a clubes de *striptease*, cadenas de comida rápida, promotores de hoteles de tiempo compartido… No valía la pena viajar tanto para encontrar un sitio sin personalidad como ese.

Día 337

Tatiana extrañaba el sexo con Pablo, y aunque Tomás era un buen amante y estaba siempre disponible cuando lo llamaba sin preguntas ni reclamos, anhelaba hacer el amor, algo que había descubierto con Pablo después de todas las relaciones incompletas que había tenido antes.

Decidió incitarlo de nuevo. Se compró un vestido rojo muy escotado y de tela liviana que le caía sobre la piel. Se tomó varias fotos insinuantes y le mandó un mensaje proponiéndole una cita.

Él disfrutó de verla así. Mirándolo fijamente con lujuria. Recordando tantas veces en las que había sentido esa conexión profunda del sexo con amor.

“Me muero por ti. Dejemos la cita para dentro de dos semanas en Madrid”.

Ese día era la celebración de Tumpek Uduh, una fecha para mostrar gratitud hacia los árboles y la vegetación por dar soporte a la vida humana. Observó con curiosidad cómo las personas se

dirigían a los árboles, les hablaban y les hacían ofrendas como una forma de renovar su conexión con ellos. Lo conmovió la gran consciencia de los balineses al querer mantener una relación positiva con la naturaleza, algo tan contrastante con el estilo de vida de la mayoría de las civilizaciones.

Día 338

En Ubud había conocido a Alejandro, colombiano como él, paisa como él, del colegio San Marcos como él. Mientras salía de un *warung* se le había acercado para preguntarle en inglés si la comida era buena. Pablo se quedó mirándolo y le respondió en español "¿vos sos de Envigado?". Entre risas se abrazaron y no dejaron de hablar por horas.

Alejandro llevaba seis meses en Indonesia; era fotógrafo y quince años mayor que Pablo. Estaba en Ubud de paso coordinando una exposición que haría en un hotel, su residencia estaba por esos días en Nusa Lembongan, una isla cercana, menos turística y según le dijo con los atardeceres más espectaculares del mundo.

Sin necesidad de pensarlo demasiado, decidió irse con él y verlo por sí mismo. Recordaba los atardeceres sobre la sabana africana, con una fila de elefantes caminando en el horizonte. El agua con reflejos dorados del lago Malaui al final del día. El sol ocultándose sobre el desierto del Sahara. La silueta de los templos de Bagan justo antes del anochecer en Myanmar. Miles de islas llenándose del sonido de los insectos en Ha Long Bay en Vietnam. ¿Era posible darle el título del "mejor atardecer" a alguno de esos momentos?

Hablaba con Mónica en la mañana y en la noche todos los días para mantenerse al tanto de los avances de Sofía. La recuperación iba por buen camino y los médicos coincidían en que el pronóstico era positivo; sin embargo, aún no consideraban que fuera un buen momento para que él hablara con ella, todavía se comunicaba poco y aunque pasaba más horas despierta que antes, se cansaba con facilidad.

Día 339

Nusa Lembongan resultó ser una isla muy tranquila con dos pueblos principales: uno donde quedaba el puerto y otro en la playa. Alejandro había alquilado una pequeña cabaña al extremo de la playa donde lo recibió con gusto: ambos necesitaban tener con quien hablar.

Después de acomodarse en la cabaña y siguiendo la recomendación de su anfitrión, Pablo alquiló una moto para poder movilizarse por la isla. En su primer recorrido descubrió que había un enorme manglar al que se podía acceder alquilando una balsa. Se sorprendió viendo que los locales cuidaban de sus seres queridos

más allá de la muerte y no solo les llevaban ofrendas a las tumbas, inclusive instalaban paraguas para que no se mojaran en la época de lluvia. Encontró las playas preferidas de los surfistas y cruzó un puente amarillo que llevaba a una isla más pequeña llamada Nusa Ceningan.

Esa noche la tertulia fue extensa. Alejandro le contó que se había separado tres años atrás y que tenía una hija adolescente que esperaba fuera a visitarlo en diciembre. Pablo le habló de Sofía, de su viaje, de Tatiana, de las indecisiones que daban vueltas por su cabeza.

—Vos sos muy de buenas.

—¿¡Pues cómo!? ¿No ves en el problema en que estoy? En dos semanas viajo a Madrid y esta es la hora que no sé qué hacer.

—Al contrario, me parece que ya sabés perfectamente lo que vas a hacer. Pero no lo decía por eso… Ya quisiera estar así de joven y de enamorado de dos mujeres.

Alejandro lo dejó pensativo. ¿De verdad sabía lo que iba a hacer?

Día 340

Esa noche habló con Tatiana. Mayo solía ser un mes de mucho trabajo para ella porque recibían muchos turistas de Latinoamérica que buscaban el clima cálido sin llegar a ser todavía tan extremo como en verano. También tenían que finalizar los planes para los clientes españoles que desde finales de junio empezaban a salir buscando destinos más frescos.

Ella lo trataba con el mismo cariño de siempre a pesar de que él había estado bastante distante. Le contaba detalles de su día, de su círculo cercano, de sus clientes. Le hablaba de sus rutinas, de los planes que estaba haciendo para el resto del año, de un máster al que quería apuntarse para empezar en septiembre y que le serviría para ser coordinadora de una oficina o incluso moverse a otra rama del negocio turístico.

—Cariño, me has hecho tanta falta…

—Lo sé. Lo siento. Lo de Sofía…

—No, no me malinterpretes… no es por tu esposa. Es que quisiera estar ahí contigo.

Ella era muy descriptiva en todo lo que le contaba, podían hablar por horas y él se imaginaba perfectamente cada detalle. Sabía que con Tatiana la vida nunca caería en la rutina.

Día 341

Cuando se despertó encontró un mensaje de Tatiana en el que le contaba que su agencia estaba abriendo una posición que sería perfecta para él: estaban buscando un verdadero viajero que se

encargara del área de innovación de la empresa y no necesitaba tener formación en el sector turístico. Que fuera de Latinoamérica y estuviera viajando por un año caía perfecto dentro del perfil que describían. El salario no era el mejor, pero considerando que la empresa cubriría los gastos de la visa, la oportunidad era perfecta.

Estaba súper emocionada, sabía que además su experiencia en África sería muy valorada y ella podría darle una mano internamente. Pablo se quedó estupefacto. Después de casi un año no se imaginaba volviendo a su trabajo anterior, pero jamás habría pensado que alguna empresa considerara su experiencia de viajero como algo valioso para contratarlo.

Mientras atardecía en Nusa Lembongan, la puesta de sol más impresionante que había visto en su vida, pensaba en esas dos mujeres. En Sofía, en Medellín, superando una enfermedad que cualquier día podía terminar con su vida; su esposa, a la que había jurado amor eterno, con quien había soñado un futuro juntos. En Tatiana, en Madrid, con toda la vida por delante, con sus ganas de comerse el mundo, con quien no esperaba nada y encontraba todo.

Antes de vivirlo en carne propia pensaba que el amor era exclusivo de una persona. Que amar a dos mujeres significaba dividir el corazón y darle un pedazo a cada una. Pero lo que sentía era que el corazón se le había multiplicado, que no rivalizaba lo que sentía por cada una, que ambas eran únicas, importantes, necesarias para seguir viviendo. ¿Cómo conciliar algo así en un mundo en el que la tradición dice lo contrario?

Esa noche la conversación con Alejandro duró por varias horas. Abrieron una botella de vino tras otra. Cada uno desde su experiencia, desde lo que había vivido como el amor verdadero, intentando diseñar ese futuro perfecto que por ahora parecía imposible y lejano.

Día 342

Decidió irse de Nusa Lembongan antes de terminar quedándose para siempre. Alejandro le recomendó continuar hacia las islas Gili, tres pedazos de tierra entre Bali y Lombok.

En cuanto se bajó del bote en Gili Air quedó impresionado por la limpieza de las calles que a pesar de ser de tierra lucían impecables. Allí no había ningún vehículo motorizado: se llegaba a todas partes caminando, en bicicleta, en bote o en carruaje.

Habló con Mónica en cuanto fue de día en Colombia. Ella le contó que Sofía estaba mejor, ya hablaba más pero seguía un poco retraída. Los médicos esperaban darle salida máximo una semana después. De Federico sabían poco, no la había visitado desde que estaba consciente, su mamá llegaba siempre con el mismo mensaje:

“tiene mucho trabajo”.

Su hotel tenía una pequeña piscina y el restaurante estaba en el borde del mar. Al caer el sol podía ver en el horizonte la isla de Lombok, así como algunos practicantes de yoga sobre tabla que salían al final de la tarde para dejarse sorprender como él por ese hermoso espectáculo.

Día 343

Después de repasar con Tatiana el perfil que estaban buscando para la agencia, decidió postularse para el cargo. Para él era muy tentador. Aunque solo había conocido una pequeña parte de Madrid, le parecía una ciudad hermosa, inagotable, de la que no se cansaría nunca. La comida era deliciosa. Las personas que conoció, aunque menos cálidas que los latinos, siempre habían sido amables con él. La posibilidad de viajar fácilmente a otros países de Europa le parecía además una ventaja muy grande. Tatiana le había ayudado a hacer un presupuesto para que él entendiera cuánto le alcanzaba el dinero que podía ganarse y ambos habían llegado a la conclusión de que la única forma sería irse a vivir con ella para compartir los gastos.

Mientras hablaban por videollamada la observaba con detenimiento y le parecía una mujer hermosa. Estaba tan emocionada con la idea que él se entusiasmó aún más. No solo imaginaba un futuro en Madrid, también sentía viable la idea de una vida con ella.

Día 344

Cuando Federico llegó a visitar a Sofía estaba preparado para lo peor: temía que ella lo acusara de haberla manipulado para su campaña y ya había preparado todo un guion con Ángela que le sirviera para convencerlos a todos de que estaba paranoica. La realidad fue que encontró una gran indiferencia. No le mostró la más mínima emoción, contestó algunas preguntas con monosílabos, después de pocos minutos se quedó en silencio y se durmió. Eso lo tranquilizó y decidió que debía trabajar en una estrategia de salida, terminar de sacar el mayor provecho posible de Sofía y avanzar con la siguiente etapa en su carrera política.

Ella estaba consciente de lo que había pasado y de la forma en la que él estaba jugando sus cartas, sabía que no podía volver a confiar en él y decidió seguirle la obra de teatro. Hasta que no saliera de la clínica no valía la pena intentar desenmascararlo.

Pasaba mucho tiempo pensando en Pablo. Desde que había recuperado la consciencia lo sentía mucho más presente en su vida, incluso le parecía que estaba más enamorada pero pensaba que era su forma de huir del daño que le había causado Federico,

refugiándose en el único que consideraba su verdadero amor. Mónica le había hablado de su esposo un par de veces, pero no podía contener las lágrimas y temía preguntar por él.

Día 345

En Gili Air sintió que estaba de nuevo en forma para correr. Daba un par de vueltas a la isla antes de las siete de la mañana para evitar el calor. Desayunaba mirando el agua cristalina del mar a pocos metros de su mesa. Todo iba un poco más lento que en el resto del mundo y en lugar de sentir que era algo contra lo que debía luchar, dejaba que la vida fluyera al pasar muchas horas leyendo, caminando por la playa, hablando con los locales o haciendo *snorkeling* prácticamente desde la puerta del hotel.

Había días en que pensaba que podía tener una tercera opción: ni Sofía en Medellín, ni Tatiana en Madrid. ¿Qué tal sería empezar una nueva vida? Tal vez ahí mismo… en Gili Air. Podía dedicarse a la construcción, seguro había alguien que necesitaba remodelar su casa, un hotel haciendo una piscina, un restaurante que quería expandirse. Pensaba en la vida de Alejandro, después de haber trabajado durante tantos años en la industria del *software*, ahora tomando fotografías de los atardeceres de Indonesia y dedicándose a su verdadera pasión.

De inmediato se dio cuenta de que la comparación no tenía cabida. La construcción no era su pasión, siendo honesto… no tenía muy claro cuál era ese propósito del que últimamente hablaba todo el mundo. Él disfrutaba construyendo cosas y por eso había estudiado Ingeniería Civil, pero no sentía que fuera algo que de verdad llenara su vida. No sabía con certeza si ese propósito lo podía encontrar en el trabajo de la agencia de viajes, pero sin duda había descubierto muchas cosas en ese último año: siendo observador del mundo y de sí mismo había aprendido que a todos nos unen conexiones sutiles, el anhelo de ser mejores, la empatía, el amor por la familia y los amigos. ¿Podría ser esa su pasión?, ¿una vida alrededor de los viajes?

Día 346

Empezaba una nueva semana y Mónica quería buscar opciones para que Sofía avanzara más rápido en su recuperación. Le propuso que retomaran las terapias que le había hecho mientras estaba inconsciente a lo que ella accedió con curiosidad. Mientras Sofía tenía los ojos cerrados le hizo una meditación guiada para ayudarle a relajarse y le puso algunos cristales en diferentes puntos del cuerpo. Cuando sintió que era el momento, empezó a sonar un audio de los que tenía de Pablo.

—¿Pablo?

—Tranquila Sofi, es una grabación. Escúchala.

—Pero…

—Shhhhh, cuando terminemos hablamos del tema.

Sofía sentía mil cosas al escucharlo. Su voz estaba calmada y le contaba sobre los orangutanes en Borneo, como si hubieran hablado apenas el día anterior; sin embargo sonaba diferente, más reflexivo, más pausado. Terminaba diciéndole que la amaba ante lo cual ella no pudo resistirse y se puso a llorar.

Mónica la abrazó, la calmó con dulzura y le contó que Pablo había estado muy pendiente de su recuperación, que hablaba con él a diario, que durante los últimos días que estuvo inconsciente hacían videollamadas para que él estuviera en las sesiones de terapia, que Jorge había viajado a Medellín para apoyar a Marta en las decisiones difíciles.

—¿Podemos llamarlo?

—Ya es demasiado tarde... Está en Indonesia y deben ser como las tres de la mañana. Voy a dejarle un mensaje para ver si lo logramos mañana.

Sofía se sintió esperanzada. Después de la decepción que había vivido con Federico, saber que Pablo estaba a su lado a pesar de la distancia y que todavía la amaba era una motivación profunda para recuperarse cuanto antes.

Día 347

Pablo salió temprano para tomar un bote rumbo a Lombok, la isla que veía todos los días frente a su hotel. Su objetivo era hacer una caminata hasta la cima del volcán Rinjani, el segundo más alto de Indonesia. Vio un mensaje de Mónica en el que le decía que la llamara pero no tenía buena conexión en Sembalun, la ciudad desde la que salía su recorrido. Antes de montarse en la camioneta que lo llevaría al punto de partida, le escribió para avisarle que estaría tres días sin señal en la montaña.

El ascenso comenzó con lluvia y neblina. En su grupo iban un canadiense y una irlandesa, además de un guía y dos porteadores que llevaban lo necesario para cocinar y las carpas. Cada uno debía cargar su equipo personal desde los cultivos de la base del volcán hasta el anillo en el que pasarían la noche, a cinco horas de camino.

Esa noche escuchó a muchos otros quejarse del mal de altura, del cansancio del ascenso, del frío después de haber pasado varias horas bajo la lluvia. Él se sentía pleno, las montañas eran ese lugar donde era feliz. Sentado sobre algunas piedras pudo ver las estrellas en un cielo completamente despejado.

Día 348

A las dos de la mañana empezaron el ascenso hacia la cima.

Formados detrás de su guía iban en silencio y a paso lento para avanzar sin esforzarse demasiado. Pablo quería ir más rápido pero el guía tenía razón: llegaron al punto más alto justo unos minutos antes del amanecer. Después de encontrar un buen lugar protegidos del viento, pudieron ver cómo el sol salía delineando la silueta de Bali en el horizonte. Cada segundo parecía superar el anterior e imaginaba que Sofía estaba a su lado. Cerró los ojos para conectarse con ella, al otro lado del mundo.

Cuando ya era de día el espectáculo del cráter fue más impresionante de lo que había imaginado: después de la erupción se había formado un lago y en medio del lago emergía una isla donde parecía nacer un pequeño volcán, el Barujari, del que se escapaba una columna de humo. No podía pensar en un amanecer más perfecto.

Luego de regresar al campamento donde tomaron el desayuno, siguieron su camino hacia el siguiente destino ubicado en el costado noroccidental del anillo. Fue una larga jornada de catorce horas de caminata entre ascensos y descensos muy pronunciados, siempre marcados por un paisaje inolvidable.

Día 349

El último día de su recorrido en el Rinjani era el descenso para salir de la montaña. Dejaban atrás el volcán, la aridez de la cima, la morrena, para pasar nuevamente por el verde bosque y los cultivos de los campesinos. Las sonrisas inagotables del guía y los porteadores junto con la imagen única del volcán que había nacido en otro volcán, ya hacían parte de los recuerdos de aquel viaje. De alguna manera cada cosa que hacía en los últimos días le causaba una gran nostalgia, estaba en una cuenta regresiva que cada segundo parecía acelerarse, acercándose al momento de tomar la decisión sobre la que ya se inclinaba la balanza.

Día 350

Llamó a Mónica antes de tomar el vuelo hacia Yakarta, la capital y ciudad más grande de Indonesia. Para él sería solo un lugar de paso, comparada con todos los atractivos del país, había concluido que no era mucho lo que podía ofrecer aquella ciudad apodada “el gran durián”: esa fruta que había visto con frecuencia en los países del sudeste asiático y cuyo olor desagradable para su gusto no pasaba nunca desapercibido.

Apenas tenía un par de minutos pero Mónica le había dejado varios mensajes insistiéndole que la llamara y pensó que algo le había pasado a Sofía. Para su sorpresa, fue su esposa quien le contestó.

—¿Pablo?

—¡Sofi! Mi amor... ¿cómo estás?

No alcanzó a decirle más, ella se puso a llorar y él angustiado le pidió que le pasara a Mónica quien brevemente le contó que Sofía estaba recuperándose muy bien y le darían salida en pocos días. Había escuchado todos los audios que le había mandado durante el tiempo que estuvo inconsciente y estaba muy emocionada: el llanto era de felicidad.

Con la ilusión de la llamada, Pablo se subió al avión deseando que aterrizara rápido para volver a hablar con ella pero ya era muy tarde en Colombia. Después de algunas horas en el aeropuerto que se le hicieron eternas, tomó su vuelo hacia Madrid.

CAPÍTULO 12

Día 351

Tatiana lo esperó con el vestido rojo. El vestido que había comprado días atrás pensando en este momento. El vestido que Pablo ya sabía que tenía y que seguro había olvidado. Ponerse el vestido ya lo decía todo. Escote profundo en el pecho, en la espalda y en las piernas. Rojo profundo de principio a fin. Tela transparente y liviana. Cuando la vio por primera vez con el vestido puesto su gesto fue el que ella esperaba. Sorpresa, recuerdo y deseo, las tres en cualquier orden y en el mismo segundo.

La besa sin demora, profundamente, mientras le acaricia la cara. Tatiana lo lleva hasta el frente del espejo de cuerpo entero de la habitación, ella en frente y él detrás besándole el cuello mientras con las manos le abre el escote para tocar sus senos. Sus manos le aprietan los pezones, con firmeza, con ganas, con lujuria. Muerde sus orejas y a ella se le escapan los primeros gemidos.

Las manos de Tatiana le acarician la cabeza con dificultad por la posición mientras siente su sexo duro apoyado contra las nalgas. Pablo le da la vuelta y ambos se arrodillan en la cama. Otro beso profundo, mientras ella le quita la camisa y él le acaricia la espalda.

Él se mete entre el vestido, entre sus piernas, poniendo el sexo de ella sobre su cara. Está mojada, más que mojada, está chorreando los líquidos del deseo que guarda desde hace varios días. Con los dedos le abre suavemente los labios. Empieza a lamerla suave, recogiendo con la lengua sus fluidos, sabiendo que está derritiéndose de deseo por él. La recorre de extremo a extremo. Chupa suavemente su clítoris. Introduce con firmeza la lengua en su sexo. Aprieta sus labios contra los de ella para besarlos. La hace gemir una y mil veces. La acaricia en círculos. La penetra con los dedos mientras su lengua sigue lamiéndola.

La hace tan suya como siempre. La lleva al cielo, al infierno, al más allá. La hace venir como si nunca nadie lo hubiera hecho antes, como si con el vestido rojo fuera la caperucita que no se comió el lobo y ahora fuera su turno. La besa en la boca con dulzura, sabiendo que ninguno de los dos olvidará ese momento.

Día 352

Se despertaron tarde aprovechando las horas lentas del domingo en la mañana. Tatiana le había conseguido arepas y café colombiano para que él se sintiera como en casa. Se ducharon juntos, sin prisa, bañándose con las bocas y las manos y lo sexos.

Después de dormir un rato más, ella lo llevó a dar una vuelta por esos lugares que Pablo ya conocía pero que en esos días del final de la primavera se veían tan diferentes.

El parque del Retiro, la Gran Vía hasta el templo de Debod, el Palacio Real, el Mercado de San Miguel, la plaza Mayor y la Puerta del Sol desde donde disfrutaron del atardecer en una de las terrazas de los edificios; lugares que había visto con otros ojos y que ahora parecían exuberantes, llenos de vida y más fascinantes que antes.

En la noche fueron al cumpleaños de Aitor, donde conoció a varios de sus amigos quienes lo acogieron como uno más en el grupo, bromeando sobre ese novio imaginario de Tatiana que sí existía.

Día 353

Pablo recibió un mensaje a primera hora en el que lo citaban a entrevista en la sede principal de la agencia donde trabajaba Tatiana. Le explicaron de qué se trataba el rol, lo que esperaban del candidato y el monto que podían pagarle. Él se sintió extraño en un ambiente laboral tan diferente al que estaba acostumbrado pero la oportunidad sonaba increíble. Salió sin saber qué esperar, pero ella lo llamó un par de horas después para decirle que les había encantado su experiencia del último año y que tenía posibilidades de pasar a la siguiente etapa.

Caminó más de una hora hasta el apartamento dejándose atrapar por el encanto de Madrid. Compró algunas cosas para preparar comida el resto de la semana y le mandó un audio a Sofía a través de Mónica, preguntándole si podían hablar al día siguiente.

Tatiana lo trataba con un cariño que creía no merecer. Después de los lugares que habían visitado juntos y del tiempo que compartieron en Navidad, la sentía más cerca que nunca, la veía como alguien con quien podía ser feliz.

Día 354

Se despertó antes que Tatiana para salir a correr y tenía un mensaje en el que Mónica le confirmaba que Sofía sí quería hablar con él. Le dio una vuelta al parque del Retiro más rápido de lo que solía hacerlo, con la ansiedad de regresar y poder hablar con su esposa.

Tatiana empezó la mañana con lentitud y él miraba el reloj a cada minuto, queriendo apurarla para quedarse solo pero intentando disimular su ansiedad.

—Deja de mirar el reloj, no te van a llamar de la oficina antes de las diez.

—¿De cuál oficina?

—Pues de la agencia, para la entrevista. ¿No es eso lo que estás

esperando?

—Sí, claro. Eso.

Cuando Tatiana al fin salió se quedó mirándola por el balcón hasta estar seguro de que iba lejos y llamó a Mónica desde una esquina de la habitación donde solo se veía la pared.

—¿Pablo?

—Sofi, mi amor… ¿Cómo estás?

—Bien, aún recuperándome. Pero muy bien. ¿Y tú?

—Ay Sofi, pensando tanto en ti… ¡Qué susto el que nos diste! Te ves súper bien, después de haberte visto… No, no pongas esa cara. Estoy feliz de verte…

—¿Dónde estás?

—En… en Madrid. Me están ofreciendo un trabajo y vine a las entrevistas.

—Ah…

Se quedaron mirándose en silencio, sin saber cómo encontrarse después de la distancia. Mónica abrió el camino.

—Pablo, le conté a Sofi que hasta tu papá vino a ver que estuviera bien y todo lo que hablamos mientras ella estuvo inconsciente.

—¿Es verdad Pablo?

—¿Qué cosa?

—Que no me odias… Que ya me perdonaste…

—¿Cómo puedes pensar que te odio? Eres… Soy yo quien tiene que pedirte perdón… No amor, no llores… ¡Es verdad! Perdóname… por todo, por irme, por no volver, por no contarte de Tatiana, por haber sido tan cruel contigo cuando supe lo de Federico, por alejarme…

Mónica le ayudó a secarse las lágrimas.

—Pablo, yo tampoco tengo nada que perdonar… Yo… te amo.

El celular de Pablo sonaba insistentemente, sabía que lo estaban llamando para la entrevista pero no quería separarse de Sofía.

—Yo también te amo.

—¿Vas a volver?

El teléfono fijo del apartamento de Tatiana empezó a sonar. Pablo le dijo a Sofía que tenía que atender pero que la buscaría más tarde. Se dijeron te amo hasta que él colgó la llamada.

—Pablo ¿Dónde estabas? ¿Se te dañó el móvil? ¡Quieren que vengas a entrevista con el gran jefe en media hora!

—Ehhhh, Tati… yo…

—Apúrate tío, no te pongas nervioso, voy a avisarles que ya hablé contigo.

Tatiana colgó sin dejarlo decir nada más.

El gran jefe, casi tan joven como él, era heredero del negocio de

la familia y estaba buscando viajeros como Pablo que lo ayudaran a traer una nueva visión a la empresa: los medios digitales estaban transformando la industria y él quería reinventar la agencia desde adentro, alcanzar la innovación que los estaba dejando obsoletos y ganarle la carrera, creando el nuevo estándar del turismo en el mundo.

Los veinte minutos que tenían para la entrevista se convirtieron en casi dos horas en las que hablaron de muchos lugares que Pablo recordaba con nostalgia y de otros que aún no conocía pero que desde ya quería incluir en su próximo gran viaje. Se sorprendía al escucharse mientras hablaba de recorrer Asia central, de cómo sería acampar un mes entero en Nueva Zelanda, de los paisajes increíbles de Islandia, de todos los safaris que no había hecho.

Al terminar tenía varios mensajes de Tatiana diciéndole que se encontraran cuando ella saliera del trabajo en un restaurante por la calle Serrano para ir a celebrar, dando por hecho que lo habían seleccionado para el cargo. Él le pidió que mejor se vieran en el apartamento.

Cuando Tatiana llegó como un torbellino pudo ver en los ojos hundidos de él que algo andaba mal.

—¿Qué te pasa cariño? ¿Te sientes bien?

—Tati, tengo que decirte algo.

—Ya lo sé, Aitor me lo contó en cuanto saliste. ¡Mañana te hacen la oferta para el cargo!... ¿Qué pasa?, ¿no te alegras?

—Sí claro que me alegro, nunca pensé que pudiera trabajar en algo distinto, y te lo agradezco porque me abriste las puertas y además sé que de una u otra forma me has ayudado… pero…

—Ya sé que te preocupa el sueldo… y no te diré que es un detalle menor, pero entre los dos podemos arreglarnos.

—No Tati, no es eso… Yo... yo me regreso para Colombia. Ya compré los tiquetes, me voy mañana mismo.

Tatiana no entendía lo que estaba pasando.

—¿Es Sofía? ¿Le pasó algo?

—Sí. No… mejor dicho, sí es Sofía pero no le pasó nada. De hecho está mucho mejor, hoy hablé con ella…

De repente todo se hizo claro. Pablo seguía enamorado de su esposa.

—Perdóname… perdóname de verdad… sabes que te amo…

—¿Qué cosa Pablo? No vengas a insultarme con esas mentiras.

—Es verdad Tati, ¿acaso crees que puedo cambiar mis sentimientos de un día para otro?

—¡Pues es lo que parece!

La discusión se elevó a todos los tonos. Hubo llanto, reclamos, insultos. Una parte de ella quería echarlo de su casa, la otra quería

atarlo para que no se marchara nunca. Agotados por la discusión se quedaron en silencio, sin mirarse, sin saber cómo seguir.

Tatiana se levantó primero del sofá, se dio una ducha, se puso la pijama, se aplicó las cremas en la cara, se metió en el lado derecho la cama, ajustó el despertador, cerró los ojos con la cara hacia la pared. Él esperó a que pareciera dormida, se acostó al lado opuesto y le pidió perdón antes de que se instalara el silencio en la noche.

Día 355

Cuando se despertó Tatiana se había ido sin despedirse. Tendió la cama, se tomó un café, se duchó, empacó las cosas que le quedaban regadas por ahí y cuando iba a guardar el computador encontró una nota de ella sobre el teclado.

> Pablo:
>
> Hay un futuro que nunca será. Nacimos con las estrellas incorrectas. Luchamos, a veces más allá del cansancio, en contra de las probabilidades. Nos dijimos que encontraríamos la forma, que la vida nos mostraría el camino, que el amor no es solo como lo cuentan las revistas rosa. Conjugamos el verbo enamorarnos en todas sus formas y tiempos. Aprendimos a decirnos las cosas de frente y con señales. Nos prometimos tantas cosas, cumplimos hasta lo que nunca juramos. Así los segundos, los días, los meses. Mi alegría al despertar, mi pensamiento al dormirme. Ese futuro que nunca será y que ahora me duele como nunca. Porque sí. Porque Júpiter está en escorpio y la luna casi llena. Porque jugamos a que ese futuro sí podría ser, hasta que llega la hora de despedirnos. Ese abrazo en el que quisiera morir y volver a nacer. Ese beso que me arranca el aliento. Tus manos acariciando mi cara para reconocerme, midiendo mi cuerpo que cada día es más tuyo. Ese “eterno” que para mí es aquí y ahora pero que nunca dura más de tres años. Cierro los ojos esperando que al abrirlos pueda amarte menos. Que no me importe el futuro que nunca será porque el hoy ya fue suficientemente hermoso. Elegir el silencio porque no puedo elegirte. Callar porque no puedo gritarte. Descubrir con tristeza que entre más me llenas más vacía quedo. Murmurar tu nombre y convertirte en la melancolía de Carranza. Pensar en tu boca y tocarla con las manos de Cortázar. Saber que te envenenan los besos que no has dado como a Sabina. Morderme los labios. Recorrer mi piel. Imaginar ese futuro que nunca será, una y otra vez, con distintos finales felices, fantaseando que alguno de ellos tal vez sí sea. Sentirme más sola que nunca. Desear desearte menos. Suplicar que me enamores menos. Fracasar en ambos propósitos. A veces lo único que me mantiene en pie es pensar

que no tendré que vivir ese futuro que nunca será, que mañana tal vez la vida se apague.

Tati.

Cerró el apartamento y metió la llave en la casilla de correos. La llamó varias veces desde el aeropuerto antes de abordar pero siempre terminaba en el buzón de voz.

CAPÍTULO 13

Día 356

Mientras Pablo viajaba a Colombia, Sofía movió todo lo que estuvo a su alcance para que le dieran de alta. Después de convencer al doctor Ramírez de que estaría mejor en su casa, y justo un par de horas antes de que él llegara, ya estaban preparando todo en el apartamento.

Llevaba alrededor de un año sin verlo en persona y prácticamente seis meses desde que se habían alejado. Se sentía nerviosa, pensando en cuánto había cambiado su cuerpo en ese tiempo, en lo delgada que estaba, en el tubo que le salía de la garganta, en los moretones en la piel por el tiempo que había estado hospitalizada.

Después de hacer escala en Bogotá, Pablo sintió una alegría enorme cuando el avión empezó a descender sobre Rionegro, la ciudad donde está el aeropuerto de Medellín. ¡Amaba esas montañas! No se había imaginado nunca lo feliz que sería al ver los pueblos del oriente antioqueño como pequeñas manchas sobre una alfombra verde. El camino desde el aeropuerto hasta la ciudad lo conocía de memoria, durante varios años se había vuelto aficionado a recorrerlo en bicicleta y cuando el taxi empezó a bajar y pudo ver la ciudad en medio del valle sintió con todo su corazón que había tomado la decisión correcta.

Habría querido darse una ducha, ponerse ropa limpia y llegar en mejor estado, pero no quería desperdiciar un minuto más y se fue directo al apartamento de su suegra. Marta lo saludó en lágrimas, abrazándolo como si fuera su propio hijo. Mónica salió a recibirlo, muy emocionada por conocerlo personalmente. Él caminó por el pasillo despacio, como si no quisiera despertar a un bebé dormido. Apenas entró a la habitación vio la sonrisa de Sofía, la de siempre, sus ojos derramando lágrimas, los brazos levantados hasta donde podía, la emoción que no la dejaba hablar.

Se abalanzó para abrazarla sin pensar en nada más, besándole la frente, las mejillas, los labios. Cuando se fue la odió por no dejarlo despedirse, tantos días después, solo sentía agradecimiento por el regalo de volver a verla, abrazarla, besarla, saber que la vida no se había extinguido, que ella había luchado, superado los pronósticos, las expectativas, los malos momentos.

—Perdóname Sofi, perdóname, te amo, perdóname, te amo, te amo, te amo.

—Te amo a ti, no puedo creer que de verdad volviste.

No querían separarse ni un minuto. Él intentaba contarle tantas cosas, ella lo interrumpía preguntándole mil detalles y no lograban seguir un orden lógico en la conversación.

—Sé que no quieren escuchar esto pero… Sofía, tienes que descansar. Acabas de salir del hospital y hoy no has dormido nada.

—Mamá pero…

—Lo sé, lo sé… no quieren parar de hablar pero Pablo no se va a volver a ir, y si no descansas puedes terminar otra vez enferma.

Pablo la cargó hasta la cama, le dio un beso de buenas noches y después de ducharse, comer algo y hablar con sus papás, se acostó a su lado mirándola todo el tiempo que pudo antes de quedarse dormido mientras intentaba convencerse de que era de verdad: su esposa estaba viva, a su lado.

Día 357

Cuando Pablo se despertó era Sofía quien lo miraba incrédula.

—Sé que no soy la persona apropiada para decir esto pero… ¿te has dado cuenta de lo flaco que estás?

—Buenos días princesa… yo también te amo.

Ambos se echaron a reír, descubriendo que a pesar de todo lo que habían cambiado, seguían siendo los mismos. Pablo le empezó a contar con más orden lo que había pasado en los últimos meses, omitiendo los momentos que había compartido con Tatiana y sus sentimientos hacia ella. Ambos sabían que era un tema pendiente, pero tenían tanto de qué hablar que ninguno de los dos lo mencionó.

Sofía le contó algunas cosas de Federico, sin incluir la telaraña en la que la había sumido ni su compromiso. Por el momento necesitaban reconstruir su mundo, sin que interviniera nadie más.

Aprovechando que Pablo tenía que salir a activar su celular y comprar ropa, Sofía llamó a Federico para pedirle que fuera a verla. Él se mostró asombrado de que ya le hubieran dado de alta.

—Pensaba ir a verte mañana sábado a la clínica, hoy tengo reuniones todo el día. Pero entonces paso por tu casa.

—No, no te molestes, no vengas por favor.

—Mi vida, no es molestia, ¿cómo crees? ¿Por qué no me avisaste que te dieron de alta?

—Fue algo de último minuto y mañana debo ir a la clínica a unos exámenes. Te espero en mi apartamento el lunes a las tres.

Pablo regresó renovado. De nuevo las horas parecían cortas para todo lo que querían hablar y se quedaron dormidos tomados de las manos.

Día 358

Los papás de Pablo llegaron de sorpresa de Miami. Cecilia no

quería esperar más para ver a su hijo y las lágrimas del reencuentro volvieron a ser protagonistas en la casa de Marta. En la tarde el apartamento se llenó de tíos y primos que querían saludar a Sofía después de salir de la clínica y a Pablo para escuchar sus historias del viaje. En un par de ocasiones ambos tuvieron que sortear las conversaciones incómodas sobre "la española esa" o "lo buen partido que era Federico".

Cuando salían los temas a relucir se defendían el uno al otro, demostrándoles a todos, y en especial a ellos mismos, que su lazo era más fuerte que todos esos momentos difíciles que ya habían pasado. Bastó con decir frases como "no culpo a Tatiana por enamorarse de Pablo. ¿No les parece que está más guapo que cuando se fue?" o "Federico eligió a la mujer más inteligente del mundo, es impresionante todo lo que Sofía hizo sin tener experiencia en política" para que rápidamente la cizaña se apagara y volvieran a hablar de lo importante: el futuro por venir.

En la noche Pablo le preguntó a Sofía si quería que hablaran de Tatiana; ella le confesó que todavía no estaba preparada para tocar el tema pero que le agradecía haber tenido la iniciativa de hablarlo.

Mientras se quedaba dormida, Sofía pensó en esos cambios profundos que veía en Pablo y que la hacían enamorarse más de él. Expresaba más su propio criterio y defendía sus opiniones. Era solidario con su enfermedad, la ayudaba con lo que necesitaba sin ser condescendiente. Se veía más seguro, sin preocuparse tanto por agradar a los demás. En un par de ocasiones cuando en la reunión familiar se habló de su futuro profesional, explicó, con un espíritu emprendedor que nunca había mostrado, que tenía muchas ideas sobre cómo aprovechar todo lo que había aprendido en el viaje pero que su prioridad era Sofía.

Día 359

Pabló salió a correr temprano disfrutando de esas calles de Medellín que tanto le gustaban. Los andenes se interrumpían de repente, los conductores no respetaban a los deportistas, los buses lo ahogaban con los gases al pasar, pero era su ciudad, la que conocía desde niño. Paró en la cafetería donde compraba buñuelos para desayunar todos los domingos y don Pepe lo saludó con tanta alegría como si fuera su propio hijo. Regresar a Colombia no era solo regresar a Sofía, era también disfrutar de esas pequeñas cosas que construyen el imaginario de hogar.

Los papás de Pablo se estaban quedando en un hotel cerca pero pasaban todo el tiempo posible juntos. Su mamá y su suegra disfrutaban atendiéndolos a todos, rescatando la unidad de familia que habían perdido en el último año.

Cuando se quedaron solos Sofía le contó a Pablo que se vería con Federico al día siguiente. Él no intentó disimular su disgusto.

—Voy a contarte lo que pasó pero te pido que me dejes manejarlo a mí personalmente.

Pablo no podía creer la forma en que Federico había manipulado todo; cómo la había llevado hacia donde él quería, aprovechándose no solo de su inteligencia y su capacidad estratégica sino también de su enfermedad.

—No quiero que te veas con él sola… me da miedo que te haga daño.

—No te preocupes, estará Lorena, no va a pasarme nada.

Él entendió que para ella era importante enfrentarlo y darle un cierre a su relación, por lo que planeó irse con sus papás a hacer algunos trámites al día siguiente.

Día 360

Federico ya se había enterado del regreso de Pablo y sabía que su encuentro con Sofía no tendría un buen resultado, así que le pidió a su asistente que lo llamara cada diez minutos para tener una excusa de salida en caso de que la conversación se moviera en alguna dirección desfavorable para él.

Llegó puntual con algunas flores y saludando a Sofía efusivamente, como si nada hubiera pasado. Ella lo recibió con severidad pero tranquila, le presentó su renuncia oficial a la campaña y le pidió que rectificara a través de un comunicado lo que había dicho en la entrevista que se publicó mientras ella estaba en la clínica.

Él la escuchó atentamente, mostrándose sorprendido e incluso algo ofendido.

—No te entiendo, ¿por qué tengo que rectificar?

—Porque dijiste mentiras.

—Perdóname Sofía pero no dije ninguna mentira, me estoy enterando en este momento de que no quieres seguir trabajando conmigo… ¿También estás rompiendo nuestro compromiso?

Su cinismo la tenía al borde de perder el control pero decidió no darle gusto, eso sería perder la batalla.

—Así es, ya no me quiero casar contigo.

—Bueno, supongo que este es el fin. Espero que sigas recuperándote… Cuento con tu voto.

Esa frase final que era su nueva muletilla le costó que ella liberara todo el discurso que venía reprimiendo.

—Mira Federico. Puedes seguir engañando y manipulando a quien se deje. Me duele darme cuenta de que eres un político más, pensando solo en ti y en tus objetivos, sin importar lo que tengas

que hacer para lograrlos. Pero a mí ya me perdiste para siempre: como pareja, como amiga y como ciudadana. —Su teléfono sonó de manera oportuna.

—No tienes que simular que te necesitan. Yo ya dije todo lo que tenía que decir.

Día 361

Mientras corría se dio cuenta de que se sentía melancólico, nostálgico, un poco triste. Llevaba un par de días comparando todo y a todos. Sentía que ya Colombia no era igual, y que al otro lado del mundo había dejado un pedazo de sí mismo. Pensaba en Tatiana, sentía que merecía una explicación, que así como Sofía había cerrado su etapa con Federico, él debía hacer lo mismo. El primer paso era contarle todo a su esposa.

Sofía lo escuchó con tranquilidad, la mayoría de la historia ya se la había inventado viendo las fotos de Tatiana en las redes sociales, llenando los vacíos con su propia imaginación. Pablo se esforzó por limitarse a los hechos, pero Sofía podía ver más allá de sus palabras. Intentaba entender cómo el hombre al que amaba, el que evidentemente estaba enamorado de ella, también tenía sentimientos tan profundos por otra mujer. Cuando le contó que estuvo a punto de quedarse a vivir en Madrid y aceptar un trabajo que era mejor que cualquier sueño, se dio cuenta de que él había dejado una historia inconclusa más intensa de lo que ella había imaginado.

Le agradeció por ser tan honesto. Le repitió que no tenía que perdonarlo por nada. Él la abrazó para refugiarse en ella.

Día 362

Sofía tenía miedo de retomar la intimidad sexual con Pablo. Su movilidad estaba muy reducida comparada con la última vez que habían hecho el amor, casi un año y medio atrás. No se atrevía a que la viera sin ropa. Sus senos pequeños y con estrías. Su hueso pélvico marcado. Sus nalgas hundidas. Su piel reseca y con algunas escaras. Estaba aterrorizada pero también tenía ganas de estar de nuevo con él. De sentir el roce de sus cuerpos. El calor de su respiración. La humedad de sus besos.

Habló con Mónica sobre sus temores y la terapeuta le propuso que fuera despacio, hablando de manera abierta con Pablo. El sexo nunca había sido un tema de conversación entre los dos, pero los desafíos que les traía la situación de Sofía ameritaban exponer sin reservas las expectativas, miedos y deseos de cada uno.

Cuando Pablo regresó del aeropuerto después de llevar a sus papás, encontró a Sofía en la cama con una pijama de satín muy insinuante, de un estilo que ella no usaba nunca. Ella le contó que

había explorado su cuerpo de una manera diferente debido a la enfermedad y que había aprendido mucho sobre su propio placer.

Él la besa con pasión. Le dice lo hermosa que está. Ella se pone un poco triste. Le confiesa que aunque está agradecida de estar viva y de lo fuerte que es su cuerpo, sabe que no es el prototipo de mujer que esperan los hombres. Él la calla con un beso. La acaricia sobre la pijama diciéndole cuánto la ama. Ella le habla de todo eso que la avergüenza, sus senos, su pelvis, sus nalgas, su piel. Él va besando amorosamente cada parte conforme Sofía la nombra, sintiendo cómo su cuerpo que ahora es más pequeño, responde a esos estímulos.

Ambos sintieron que era un avance importante y se quedaron dormidos abrazados. Los nuevos caminos se construyen un paso a la vez.

Día 363

Mientras Tatiana se tomaba un café, intentaba no pensar que Pablo la había llevado a esa nueva costumbre en las mañanas, pero parecía que todo tenía que ver con él. En el celular empezó a sonar *El breve espacio en que no estás* en su versión favorita, interpretada por Pablo Milanés con Víctor Manuel (que para completar el cliché eran un español y un latino llamado como él), y odió darse cuenta de que Pablo no dejaba ningún espacio en su vida: pensaba en él desde que se despertaba, revisaba el celular varias veces al día esperando que le hubiera escrito y terminaba siendo un tema de conversación con su mamá, sus amigas y ahora hasta los de la oficina que no entendían por qué había rechazado el trabajo.

Le faltaba el último sorbo cuando recibió un mensaje de *chat*.

—Hola.

Cuatro letras y ella sintió un golpe en el abdomen.

—¡Hola!

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? ¿Qué tal el regreso a Colombia?

Mientras él le contaba sobre el vuelo y lo bonita que estaba Medellín, ella sin escucharlo sentía que todo le dolía por dentro. ¿Debió haber seguido el consejo de sus amigas y cortarlo de raíz? ¿Sacarlo de las redes sociales? ¿Bloquearlo para que no pudiera escribirle? No sentía que estuviera en ese punto, era incapaz de borrarlo de su vida. Después de una corta actualización sobre el calor que estaba haciendo en Madrid, prefirió confrontarlo.

—¿Por qué me buscas?

—Perdón Tati, quiero hablar contigo, ¿te puedo llamar?

—¡No! mejor dicho... no ahora… ya voy saliendo para la oficina. ¿Y qué haces despierto a esta hora?

—Insomnio... ¿Hablamos cuando llegues en la noche?

—No lo sé Pablo, no estoy preparada para escucharte.

—Vale, avísame.

Después de que Pablo rechazó el cargo, Aitor le recomendó a Tatiana que se postulara; él sabía que era una buena oportunidad en su carrera y pensaba que cumpliría con la mayoría de los requisitos. El gran jefe aún no estaba muy convencido, desde el principio había pensado que ninguno de los empleados de la agencia estaba capacitado para hacerlo, pero decidió darle la oportunidad y le pidió que preparara un plan de trabajo para evaluar sus posibilidades.

Y justo Pablo aparecía para revolver su vida el día en que debía presentar el proyecto. Tenía ganas de vomitar. Le daba vueltas la cabeza de pensar por qué la estaba buscando. Cuando entró a la sala de juntas Aitor se dio cuenta de que algo andaba mal. Estaba pálida, desarreglada, nerviosa. Antes de que pudiera preguntarle llegaron el gran jefe y la directora de mercadeo para evaluar su presentación.

Ella cerró brevemente los ojos dándoles la espalda mientras fingía conectar el computador al televisor. Sabía que no tendría una segunda oportunidad. Respiró profundo y decidió usar todas esas emociones que la quemaban por dentro para impactarlos. De la siguiente media hora no le quedó ningún recuerdo. Parecía no ser ella hablando de tendencias globales, de otras industrias que se habían transformado no “gracias a Internet” sino “a pesar de ella”, de los nuevos estereotipos de viajeros, de las experiencias que primaban sobre los destinos.

Cuando terminó todos se quedaron en silencio esperando a que el gran jefe dijera algo. Era difícil entender su gesto. Se balanceaba en la silla. Finalmente suspiró y le dijo que el puesto era suyo.

Sus compañeros de la oficina la invitaron a tomarse unos tragos y celebrar su ascenso. La excusa perfecta para no hablar con Pablo.

Día 364

Pablo la lleva en brazos a la cama. Se queda mirándola mientras ella se acomoda un poco mejor. Le acaricia la cara y le da un beso en la frente. Sofía busca su boca. Él la gira un poco con delicadeza y le besa el cuello mientras le acaricia la espalda. Siente que la ama, que ella lo ama. Ella lo guía, le explica cómo llevarla. Él la escucha, sigue sus indicaciones paso a paso. Ella respira rítmicamente, entregándole el control por primera vez a alguien más. Él la descubre de una manera diferente, la llena de caricias, de besos, de silencios. Mirándose fijamente se dicen todo lo que las palabras no logran transmitir, la felicidad de estar juntos de nuevo, de estar

vivos, de aprender a amar a ese otro que siendo el mismo cambió para siempre. Pablo recorre la piel de Sofía encontrando los puntos donde es más sensible. Sofía siente la conexión íntima que no habían tenido nunca. Se entregan sin prisa, sin expectativas, sin libretos, sin temores, sin preocuparse por llegar a una meta. Entregándose se reciben y esos momentos de sudores mezclados y respiraciones entrecortadas escriben el inicio una nueva historia para los dos.

Día 365

Tati,

Cuando pienso en todo lo que pasó en el último año, las imágenes de tantos lugares increíbles que visité pasan a un segundo plano si las comparo con lo que viví contigo. Ninguna experiencia me enseñó tanto sobre mí mismo como lo hiciste tú. Tu generosidad. Tu entrega. Tu pasión. Tu energía. Tu amor. Entendí tantas cosas sobre mis miedos, mis inseguridades, mis capacidades, mis valores. Encontré en ti esa compañera que me sacó de problemas, me retó a superar mis límites, me mostró que hay muchas formas de vivir la vida y que lo importante no es a dónde vamos sino lo que nos llevamos.

De este viaje me quedo contigo, aunque nuestras vidas ya no sigan juntas. Quiero que sepas que te amaré mientras exista y que estaré para ti cuando me necesites. Espero que algún día me perdones.

Gracias.

Mil veces gracias.

Pablo.

CAPÍTULO 14

Sofía escuchó en las noticias que Federico sería el nuevo candidato del partido a la presidencia. Después de verlo salirse con la suya y llegar al concejo, a la alcaldía, al senado, casarse con Ángela, ser embajador, viceministro... que lograra su objetivo de ser presidente no le parecía imposible. ¿Cómo habría sido su vida de haber seguido con él? ¿Cuántos años habría aguantado estar con una mujer cuyo cuerpo seguía apagándose de manera irreversible? ¿Por cuánto tiempo habría mantenido la mentira de amarla?

Sabía que tarde o temprano ella se habría enterado y tal vez ante otras circunstancias su suerte no habría sido la misma. El coma era lo mejor que le había pasado: lejos de él en el hospital había recuperado a Pablo y con él la vida misma.

Cuando ya no pudo hablar ni mover las manos, empezó a utilizar un rastreador ocular para controlar el computador y poder comunicarse. Con gran habilidad, abrió con el movimiento de sus ojos un nuevo archivo, escribió la fecha y a continuación "Soy feliz". ¿Cómo no serlo? Su fundación para apoyar a los pacientes con ELA crecía cada año y estaban a punto de abrir una clínica de terapias alternativas, era una bloguera exitosa y estaba rodeada de amor.

Con otro movimiento abrió la aplicación de *chat* y le envió a Pablo un mensaje de buenos días pidiéndole que fuera a buscarla para desayunar; quería comentar la candidatura de Federico, tal vez podría aprovechar todas las mentiras que dijo en su momento para pedir públicamente que incluyera en su plan de gobierno algo relacionado con las enfermedades huérfanas como la suya. Sabía que podía convencerlo: seduciéndolo con la comunidad de la fundación y con los millones de lectores de su blog, o amenazándolo con publicar todo lo que ella sabía de él, incluyendo la conversación con Ángela que había guardado muy bien antes del coma.

Tatiana estuvo en desacuerdo.

—¿De verdad quieres traer ese hombre a nuestras vidas?

—Es por una buena causa.

—No eres tú Sofía, no te veo haciendo algo malo para llegar a algo bueno. Además, te odiarías por ayudarlo a ser presidente, seguro hay otras formas.

—Estoy cansada Tati, cuántos años y no logro nada.

—Has logrado miles de cosas, deja de hacerte la víctima que no te queda.

Pablo observaba esa conversación en la que Tatiana expresaba más de lo que decían sus palabras con los gestos que hacía y Sofía le respondía a través del audio del computador moviendo los ojos con desesperación para formar las palabras y terminar las frases sin ser interrumpida.

Ambas se quedaron calladas de repente y lo miraron, buscando su punto de vista. Odiaba que lo pusieran en esa situación de la que solía librarse sin opinar, pero este no era un tema menor.

—Creo que entre más lejos estemos de Federico mejor para todos.

Sofía entendió las razones. Seguiría el camino largo: escribió una entrada en su blog sobre el abandono del Estado a tantos enfermos invisibles que muchas veces no tenían los recursos para vivir una vida digna, incluyendo un plan de acción que cualquier gobierno podía incorporar. Rápidamente los miembros de su fundación y toda la red de apoyo de ELA, no solo de Colombia sino de varios países, estaban ya compartiéndola en las redes sociales.

Si había alguien que lograba centrarla era Tatiana. Cuestionándola sin juzgarla, ayudándola en todo lo que necesitaba, dirigiendo la fundación con la energía que le faltaba a su cuerpo.

Cuando la llamó tantos años atrás Tatiana pensó que Sofía estaba demente... ¿Quería que fuera a Colombia para que estuviera con Pablo?, ¿con su esposo?

—Él te ama.

—Y... yo a él... pero...

—¿Pero está casado?

—Pero está casado contigo Sofía. ¿O es que le vas a pedir el divorcio?

—No, claro que no. Pero creo que él sería más feliz si estuviera contigo y yo... yo no puedo irme para España. ¡Vente a vivir con nosotros!

—Estás loca.

—Tal vez, pero creo que es la solución perfecta. ¿A qué le temes?

—¿Él te pidió esto?

—Él no lo sabe. Es mi idea. Pero si las dos estamos de acuerdo ¿por qué habría de negarse?

Tatiana lo pensó y después de darle muchas vueltas decidió al menos ir a conocerla. Entender si de verdad alguien podía amar tanto.

Cuando llegó a Colombia llevaba más de un año sin ver a Pablo. Seguían en contacto esporádicamente, pero siempre alguno de los dos decidía cortar pensando en que lo que estaban haciendo carecía de integridad.

Sofía y él vivían en una casa grande en las afueras de Medellín y Mónica fue al aeropuerto a recogerla. Estaba muy nerviosa pero el paisaje del oriente antioqueño le ayudó a calmarse un poco. Al llegar a la casa, aún en el carro, Mónica la abrazó y le dijo que confiara. Si estaba ahí era porque la decisión ya había sido tomada. Pablo abrió la puerta. Perplejo la veía sonreír tímidamente. Sofía sentada en la sala rompió el hielo: "Bienvenida Tatiana, sigue...".

Tatiana le dio un par de besos en las mejillas a Pablo y caminó rápido hacia Sofía a quien abrazó como si fuera una amiga de toda la vida. Habían hablado tanto en los últimos días, se habían dicho tantas cosas. Habían discutido, habían llorado, habían planeado hasta el último detalle. Pablo seguía sin entender, sin pronunciar palabra.

—Cariño, Sofía y yo queremos vivir contigo.

—¿Cómo?

—Como una familia. Los tres.

—Están locas. Las dos.

Le explicaron lo que querían hacer, lo que habían planeado, cómo veían las posibilidades, hasta las reglas que habían definido para que su convivencia funcionara. Lo único que faltaba era que Tatiana llegara y que él estuviera de acuerdo. Sin embargo no querían obligarlo. Tatiana había sacado un mes de vacaciones, si las cosas no funcionaban regresaba a España y al menos todos sabrían que lo habían intentado. Si funcionaban, quería proponerle al gran jefe que iniciaran la expansión hacia Latinoamérica, algo que estaba en los planes de la agencia a mediano plazo.

No fue un mes fácil. Las cosas parecían más sencillas cuando las habían planeado que en la realidad. Tatiana se sentía invadiéndolos y Sofía se ponía celosa cuando pasaban la noche juntos. Mónica fue la clave para ayudarlos a encontrar el camino. Los ayudó a lograr el balance, a expresar sus sentimientos, a crear los espacios para cada par y para los tres a la vez. Cuando se terminó el primer plazo, Tatiana regresó a Madrid para hablar con el gran jefe y fue estando lejos esos días que todos se dieron cuenta de que no querían vivir separados.

El gran jefe le pidió a Tatiana un proyecto más estructurado y entre ella y Sofía prepararon un plan de negocios ambicioso pero ante el que era imposible negarse, al fin y al cabo era poco lo que tenía que perder; ni siquiera tenía que subirle el salario a Tatiana que en euros era bastante bueno para vivir en Colombia, y como basarían la operación sobre todo en medios digitales los demás costos eran bajos, creciendo solo en la medida en que se dieran los resultados. Algunos años después y aunque la agencia se consolidó por encima de las proyecciones, Tatiana renunció para iniciar la

fundación con Sofía.

Dos meses después Tatiana llegó a vivir con ellos de manera definitiva. Decidieron irse a una de las casas de un proyecto ambientalmente sostenible que Pablo estaba construyendo, un lugar en el que cada uno tuviera su espacio. La convivencia estaba marcada por la variabilidad de sus temperamentos. Sofía con sus ataques de ira. Pablo con sus inseguridades. Tatiana con sus momentos de indiferencia.

Cuando Sofía buscó a Tatiana pensaba que no le quedaba mucho tiempo y que Pablo estaría mejor con una mujer como ella. Un par de años después, un tratamiento de células madre le extendía la vida de manera indefinida y se cuestionó si había tomado la decisión correcta. Fueron meses difíciles en los que intentó que Tatiana eligiera irse y las peleas entre las dos eran extenuantes.

Pablo tenía que ausentarse con frecuencia para buscar nuevos proveedores de materiales de construcción, presentar sus proyectos en ferias o encontrar inversionistas. Cada que se despedía pensaba que podía ser la última vez que las vería juntas y mientras estaba de viaje recibía mensajes de ambas quejándose de la otra, de sus defectos, de lo difícil que era la convivencia cuando él no estaba. A veces sentía que no quería regresar. Que vivir con las dos mujeres que amaba solo era una utopía.

Tatiana se había puesto como tiempo límite tres años. Eran los ciclos con los que vivía su vida y si definitivamente las cosas seguían mal, regresaría a Madrid, incluso había hablado de la posibilidad con su jefe. En uno de los viajes de Pablo, se lo dijo a Sofía en medio de una pelea.

—¡No entiendo por qué me invitaste a tu vida si me odiaste desde antes de conocerme! ¿Qué necesidad tenías de arruinarme la vida?, ¿es tu forma de vengarte?

—Mira Tatiana, deja de hacerte la víctima. Viniste porque te dio la gana, porque eres una roba maridos. ¿Crees que fue fácil enfrentarme a mi familia y a mis amigos trayendo a la amante de mi marido a nuestra casa?

—¡Vaya! qué gran sacrificio has hecho Sofía... dañar tu reputación de esposa católica, ¿qué es eso al lado de lo que yo he hecho?

—Pues si te parece muy horrible, ¿por qué no te largas? Aquí nadie te quiere, o no has visto que Pablo cada vez se ausenta más.

—Sabes qué Sofía, lo cierto es que me voy. Me voy porque no tengo por qué aguantarte, desde hace algunas semanas estoy buscando quien me reemplace en la empresa para regresarme a Madrid.

Sofía se quedó en silencio. Pensó que perdería a Pablo de nuevo.

Se dio cuenta que perdería a Tatiana.

—Tati… no… ¿Es en serio?

Tatiana vio como a Sofía se le llenaban los ojos de lágrimas que no dejaba salir. Sintió el dolor de perderla.

—Sofi… esto no es vida… Para ninguno de los tres.

Sofía le extiende los brazos. Tatiana se acerca y le seca una lágrima. Sofía piensa en lo hermosa que es. Tatiana la abraza. Sofía le dice que la quiere, que la perdone. Tatiana le da un beso en la mejilla. Sofía le busca la boca. Tatiana la besa en los labios. Sofía se mueve para rozarla con el cuello. Las manos de una se multiplican para que sean las de la otra. Las pieles se encuentran por primera vez. Los sentimientos se desbordan entre la curiosidad y el miedo. Sofía encuentra en ese cuerpo que es de otra mujer, la sensibilidad para descubrir el suyo. Tatiana entiende que la ama, que esos años difíciles han creado un lazo profundo entre las dos. Olores, sonidos, sabores. Las pieles se mezclan y se funden. Sofía se deja llevar por esa mujer que recorre los lugares en los que nunca había descubierto el placer: los pliegues de las rodillas, los codos, los espacios entre los dedos. Tatiana la recorre sin prisa, sin el anhelo del orgasmo, con paciencia, encontrando las partes de su cuerpo en las que el simple roce del pelo o la calidez de la respiración la hacen vibrar.

Así los minutos, las horas y los días hasta que Pablo regresa, encontrando que el campo de batalla se transformó de manera incomprensible. La siguiente vez que él buscó a Tatiana para hacer el amor, ella le pidió que involucraran a Sofía.

—¿Quieres que arda Troya? Ya sabía que esta paz no iba a ser duradera.

—Vamos cariño, confía en mí.

Tatiana besa a Sofía. Pablo las observa sin entenderlo. Sin atreverse a romper ese vínculo en el que ambas se funden de manera perfecta. Su esposa lo invita a unírseles. Tatiana le muestra esos lugares, esas formas, esos movimientos que él nunca había explorado. Sin buscar el placer del momento, los tres se entregan dejando a un lado los prejuicios y los miedos. Aprendiendo. Entendiendo. Recibiendo ese presente en el que la vida les abre un nuevo camino.

Después de que Tatiana decidió quedarse, hicieron una pequeña ceremonia con la familia y los amigos más cercanos, con esos que entendían hasta dónde podía llegar el amor sin juzgarlos, y se lanzaron juntos a la vida, con sus altibajos, con la complejidad de cada día, con los problemas que de una u otra forma tenían solución. Especialmente con amor, con el amor de quien puede dejar a su pareja para cumplirle los sueños, el amor de quien

entiende que en lugar de dividir puede multiplicar, el amor de quien se atreve a entregarse, porque entregándose es como se termina recibiendo.

ACERCA DE LA AUTORA

Alexandra Castrillón Gómez nació en Bogotá, Colombia el 1 de marzo de 1978. Desde niña se interesó por los libros, aprendió a leer a los tres años y escribió principalmente cuentos cortos. Estudió Ingeniería de Sistemas, pero fiel a su interés por la literatura participó en sus años universitarios en diferentes actividades afines como el periódico estudiantil (donde publicaron algunos de sus textos), el grupo de teatro así como talleres de escritura y narración oral. Adelantó adicionalmente estudios en Hermenéutica Literaria.

Viajar es otra de sus grandes pasiones, ha recorrido los cinco continentes y realizado dos recorridos alrededor del mundo (en 2011 y 2017). Los relatos de sus aventuras los comparte en su blog ViajaLiviano.com donde además publica consejos para viajeros independientes. Ha vivido también en España, México y Estados Unidos. *Me muero por vivir* es su primera novela.